



b o u n d
b y h o n o r

incluso la mayoría de los bastardos de corazón frío tienen un corazón.

C o r a R e i l l y

Bookzinga & Book Hunters

Esta traducción fue realizada sin fines de lucro por la cual no tiene costo alguno.

Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

2

Sinopsis

Nacida en una de las principales familias de la mafia en Chicago, Aria Scuderi lucha por encontrar su propio camino en un mundo donde no hay opciones. Aria sólo tenía quince años cuando sus padres la prometieron a Luca “Tenazas” Vitiello, el hijo mayor del jefe de la Cosa Nostra en Nueva York para así asegurar la paz entre las dos familias.

Ahora a los dieciocho años, el día que Aria ha estado temiendo desde hace años se cierne peligrosamente: el día de su boda con Luca.

Aria teme casarse con un hombre que apenas conoce, sobre todo alguien como Luca, que obtuvo su apodo de “Tenazas” por triturar la garganta de un hombre con sus propias manos. Luca podría ser uno de los hombres más deseados en Nueva York gracias a su buena apariencia, riqueza y carisma digna de un depredador que sólo irradia poder, pero las chicas de la sociedad que se arrojan a él no saben lo que Aria sí: el aura de chico malo no es sólo un juego; la sangre y la muerte acechan debajo de los sorprendentes ojos grises de Luca así como detrás de su sonrisa arrogante.

En su mundo un exterior tan atractivo a menudo esconde al monstruo en su interior; un monstruo que puede matarte tan fácilmente como besarte.

La única manera de escapar del matrimonio con Luca sería huir y dejar todo lo que ha conocido alguna vez detrás, pero Aria no puede soportar la idea de no volver a ver a su familia nunca más.

A pesar del miedo, decide seguir adelante con el matrimonio; Aria ha crecido entre depredadores como Luca y sabe que incluso los bastardos más fríos y despiadados tienen un corazón y ella tiene toda la intención de abrirse paso en el de Luca.

Born in Blood Mafia Chronicles #1

Prólogo

Traducido por LizC
Corregido por M.Arte

Mis dedos temblaban como hojas al viento a medida que los levantaba, mis latidos tan rápidos como los de un colibrí. La fuerte mano de Luca era firme y estable cuando tomó la mía y puso el anillo en mi dedo.

De oro blanco con veinte pequeños diamantes.

Lo que tiene intención de ser un signo de amor y devoción para otras parejas no era más que un testimonio de su propiedad sobre mí. Un recordatorio diario de la jaula de oro en la que estaría atrapada el resto de mi vida. Hasta que la muerte nos separe no era una promesa vacía como sucede con tantas otras parejas que entraban al sagrado vínculo del matrimonio. No había manera de salir de esta unión para mí. Era de Luca hasta el amargo final. Las últimas palabras del juramento que los hombres hacían cuando iniciaban en la mafia podrían muy bien haber sido el cierre de mi voto matrimonial: *Entro con vida y tendré que salir muerta.*

4

Debería haber corrido cuando aún tenía la oportunidad. Ahora, con cientos de rostros de las familias de Chicago y Nueva York observando detrás de nosotros, huir ya no era una opción. Tampoco el divorcio. La muerte era el único final aceptable para un matrimonio en nuestro mundo. Incluso si me las arreglaba para escapar de los ojos vigilantes de Luca así como de sus secuaces, la violación a nuestro acuerdo significaría la guerra. Nada de lo que mi padre pudiera decir impediría a la familia de Luca ejercer venganza por hacerles quedar en ridículo.

Mis sentimientos no importaban, nunca lo hicieron. Había estado creciendo en un mundo donde no se conceden opciones, especialmente a las mujeres.

Esta boda no iba del amor, la confianza o la elección. Iba sobre el deber y el honor, de hacer lo que se espera.

Un vínculo para asegurar la paz.

No era idiota. Sabía de qué otra cosa se trataba todo esto: dinero y poder. Ambos estaban disminuyendo desde que la Mafia Rusa “la Bratva”, la Tríada Taiwanesea, y otras organizaciones del crimen habían estado tratando de ampliar su influencia en nuestros territorios. Todas las familias italianas en los EE.UU.

necesitaban dejar a un lado sus luchas internas y trabajar juntas para vencer a sus enemigos. Debería estar honrada de casarme con el hijo mayor de la familia de Nueva York. Eso es lo que mi padre y cada otro pariente masculino habían intentado decirme desde mi compromiso con Luca. Lo sabía, y no era como si no hubiera tenido tiempo para prepararme para este momento exacto y, sin embargo, el miedo atenaza mi cuerpo encorsetado en un agarre implacable.

—Puede besar a la novia —dijo el sacerdote.

Levanté la cabeza. Cada par de ojos en el pabellón me escudriñó, esperando un destello de debilidad. Padre se pondría furioso si dejaba que mi terror se mostrara en mi expresión y la familia de Luca lo utilizaría contra nosotros.

Pero había crecido en un mundo donde una máscara perfecta era la única protección que tenían las mujeres y no tuve problemas para adoptar una expresión plácida. Nadie sabía lo mucho que quería escapar. Nadie más que Luca. No podía esconderme de él, sin importar cuánto lo intentara. Mi cuerpo no paraba de temblar. A medida que mi mirada se encontraba con los ojos grises y fríos de Luca, me di cuenta que lo sabía. ¿Con qué frecuencia había infundido miedo en los demás? Reconocerlo era probablemente una segunda naturaleza para él.

Se inclinó para cubrir los veinticinco centímetros que se elevaba por encima de mí. Sin ninguna señal de duda, miedo o vacilación en su rostro. Mis labios temblaron contra su boca a medida que sus ojos se clavaban en los míos. Su mensaje era claro: *Eres mía.*

5

Uno

*Traducido por LizC
Corregido por M.Arte*

Tres Años Antes.

Me acurrucaba en el sillón de nuestra biblioteca, leyendo, cuando un golpe sonó. La cabeza de Liliana descansaba en mi regazo y ni siquiera se movió cuando la puerta de madera oscura se abrió y nuestra madre intervino, su cabello rubio oscuro recogido con fuerza y anudado en un firme moño en la parte posterior de su cabeza. Madre estaba pálida, su rostro contraído por la preocupación.

—¿Pasó algo? —pregunté.

Ella sonrió, pero era su sonrisa falsa.

—Tu padre quiere hablar contigo en su oficina.

Me moví con cuidado de debajo de la cabeza de Lily y la acomodé en la tumbona. Ella atrajo las piernas contra su cuerpo. Era pequeña para una niña de once años de edad, pero yo tampoco era exactamente alta con un metro sesenta y dos. Ninguna de las mujeres de nuestra familia lo era. Madre evitó mis ojos cuando avancé hacia ella.

—¿Estoy en problemas? —No sabía lo que podía haber hecho mal. Por lo general, Lily y yo éramos las obedientes; Gianna era la que siempre rompía las reglas y era castigada.

—De prisa. No dejes que tu padre espere —dijo madre simplemente.

Tenía el estómago en nudos cuando llegué frente a la oficina de papá. Después de un momento reprimiendo mis nervios, llamé.

—Adelante.

Entré, obligando a mi cara a lucir cuidadosamente reservada. Padre estaba sentado detrás de su escritorio de caoba en un amplio sillón de cuero negro; detrás de él se alzaban estantes de caoba llenos de libros que padre nunca había leído, pero que escondían una entrada secreta al sótano y un pasillo que conducía fuera de las instalaciones.

Levantó la vista de una pila de hojas, su cabello gris peinado hacia atrás.

—Siéntate.

Me hundí en una de las sillas frente a su escritorio y crucé las manos en mi regazo, tratando de no mordirme el labio inferior. Padre odiaba eso. Esperé a que empezara a hablar. Tenía una extraña expresión en su rostro a medida que me escrutaba.

—La Bratva y la Tríada están tratando de reclamar nuestros territorios. Son cada vez más audaces. Tenemos más suerte que la familia de Las Vegas que también tiene que lidiar con los mexicanos, pero no podemos seguir ignorando por más tiempo la amenaza que los rusos y los taiwaneses representan.

La confusión me invadió. Padre nunca hablaba de negocios con nosotras. Las chicas no tenían que saber de los detalles más delicados del negocio de la mafia. Sabía que no debía interrumpirlo.

—Tenemos que poner nuestra rivalidad con la familia de Nueva York a un lado y combinar fuerzas si queremos luchar contra la Bratva y la Tríada. —¿Paz con la familia? Padre y todos los demás miembros de la Organización de Chicago odiaban a la familia. Se habían estado matando entre sí durante décadas y solo recientemente decidieron ignorarse mutuamente a favor de matar a los miembros de otras organizaciones criminales, como la Bratva y la Tríada—. No hay un vínculo más fuerte que la sangre. Al menos la familia entiende eso bien.

Fruncí el ceño.

—Nacido en sangre. Jurado en sangre. Ese es su lema.

Asentí, pero mi confusión solo aumentó.

—Ayer me reuní con Salvatore Vitiello. —¿Padre se reunió con el Capo dei Capi, el jefe de la mafia de Nueva York? Un encuentro entre Nueva York y Chicago no había tenido lugar en una década y la última vez no había terminado bien. Todavía se conoce como el Jueves Sangriento. Y padre no era ni siquiera el Jefe. Era solo el Consigliere, el asesor de Fiore Cavallaro que gobernaba la Organización en ese entonces y con ello la delincuencia en el Medio Oeste.

—Hemos acordado que, para que la paz sea una opción, tenemos que convertirnos en una sola familia. —Los ojos de padre se clavaron en mí y de repente ya no quise escuchar lo demás que tenía que decir—. Cavallaro y yo acordamos que te cases con su hijo mayor Luca, el futuro Capo dei Capi de la familia.

Sentí como si estuviera cayendo en picada.

—¿Por qué yo?

—Vitiello y Fiore han estado hablando por teléfono varias veces en las últimas semanas, y Vitiello quería a la chica más hermosa para su hijo. Por supuesto, no podíamos darle a la hija de uno de nuestros soldados. Fiore no tiene hijas, de modo que dijo que eras la chica más bella disponible.

Gianna era igual de hermosa, pero más joven. Eso probablemente la salvó.

—Hay tantas otras chicas hermosas —dije ahogadamente. No podía respirar. Padre me miraba como si fuera su posesión más preciada.

—No hay muchas chicas italianas con el cabello como el tuyo. Fiore lo describió como de oro. —Padre carcajeó—. Eres nuestra puerta a la familia de Nueva York.

—Pero, padre, tengo quince años. No puedo casarme.

Padre hizo un gesto desdeñoso.

—Si yo accediera, podrías hacerlo. ¿Qué nos importan las leyes?

Agarré los brazos de la silla con tanta fuerza que mis nudillos se volvieron blancos, pero no sentí dolor. El entumecimiento se estaba abriendo paso a través de mi cuerpo.

—Pero le dije a Salvatore que la boda tendría que esperar hasta que cumplas los dieciocho años. Tu madre se mostró inflexible en cuanto a ser mayor de edad y terminar la escuela. Fiore dejó que le rogara.

Así que el Jefe le había dicho a mi padre que la boda tendría que esperar. Mi propio padre me habría arrojado a los brazos de mi futuro esposo ahora mismo. Mi *esposo*. Una oleada nauseabunda se estrelló sobre mí. Solo sabía dos cosas acerca de Luca Vitiello; se convertiría en el jefe de la mafia de Nueva York una vez que su padre se retirara o muriera, y que consiguió su apodo de “Tenazas” al triturar la garganta de un hombre con sus manos desnudas. No sabía qué edad tenía. Mi prima Bibiana tuvo que casarse con un hombre treinta años mayor que ella. Luca no podía ser tan viejo, si su padre aún no se había retirado. Al menos, eso es lo que esperaba. ¿Era cruel?

Había aplastado la garganta de un hombre. Será el jefe de la mafia de Nueva York.

—Padre —susurré—. Por favor, no me obligues a casarme con ese hombre.

La expresión de padre se tensó.

—Vas a casarte con Luca Vitiello. Estreché la mano con su padre Salvatore en cuanto a eso. Vas a ser una buena esposa para Luca, y cuando te reúnas con él para la fiesta de compromiso, vas actuar como una dama obediente.

—¿Fiesta de compromiso? —repetí. Mi voz sonaba distante, como si un velo nebuloso cubriera mis orejas.

—Por supuesto. Es una buena manera de establecer vínculos entre nuestras familias, y va a dar a Luca la oportunidad de ver lo que está obteniendo con el trato. No queremos decepcionarlo.

—¿Cuándo? —Me aclaré la garganta, pero el bulto permaneció inmóvil—. ¿Cuándo es la fiesta de compromiso?

—En agosto. No hemos fijado una fecha todavía.

9

Eso era en dos meses. Asentí, aturdida. Me encantaba leer novelas románticas y siempre que las parejas se casaban en ellas, había imaginado cómo sería mi boda. Siempre había imaginado que estaría llena de emoción y amor. Nada más que sueños vacíos de una niña estúpida.

—¿Entonces van a permitirme seguir asistiendo a la escuela? —¿Incluso, qué importa si me gradúo? Nunca iría a la universidad, nunca trabajaría. Todo lo que tendría permitido hacer sería calentar la cama de mi marido. Mi garganta se apretó aún más y las lágrimas escocieron mis ojos, pero no las dejaría caer. Padre odiaba cuando perdíamos el control.

—Sí. Le dije a Vitiello que asistes a una escuela católica para niñas, cosa que pareció complacerle.

Por supuesto que sí. No podía correr el riesgo de que me acercara ni remotamente a los niños.

—¿Eso es todo?

—Por ahora.

Salí de la oficina como si estuviera en trance. Había cumplido quince hacía cuatro meses. Mi cumpleaños se había sentido como un gran paso hacia mi futuro, y

por eso había estado emocionada. Tonta de mí. Mi vida ya había terminado antes de comenzar. Todo estaba decidido para mí.



No podía dejar de llorar. Gianna acarició mi cabello mientras apoyaba mi cabeza en su regazo. Ella tenía trece años, solo dieciocho meses más joven que yo, pero hoy esos dieciocho meses significaban la diferencia entre la libertad y una vida en una prisión sin amor. Intenté muy duro no resentirme con ella por ello. No era su culpa.

—Podrías tratar de hablar con padre de nuevo. Tal vez cambie de opinión — dijo Gianna en voz baja.

—No lo haré.

—Tal vez madre será capaz de convencerlo.

Como si padre alguna vez dejaría a una mujer tomar una decisión por él.

—Nada de lo que cualquiera pueda decir o hacer hará alguna diferencia —dije miserablemente. No había visto a madre desde que me envió a la oficina de padre. Probablemente ni siquiera podía enfrentarme, sabiendo a lo que me había condenado.

—Pero Aria...

Levanté la cabeza y me sequé las lágrimas de mi cara. Gianna me miraba con sus ojos azules lastimosos, el mismo cielo azul de verano, sin nubes, como los míos. Pero donde mi cabello era rubio claro el de ella era de color rojo. Padre a veces le decía bruja; y no era con cariño.

—Ya estrechó la mano con el padre de Luca.

—¿Se reunieron?

Eso es lo que también me había preguntado. ¿Por qué había encontrado tiempo para reunirse con el jefe de la familia de Nueva York, pero no para contarme de sus planes de venderme como si fuera su mejor puta? Me sacudí la frustración y desesperación tratando de abrirse paso por mi cuerpo.

—Eso es lo que padre me dijo.

—Tiene que haber algo que podamos hacer —dijo Gianna.

—No lo hay.

—Pero ni siquiera has conocido al chico. ¡Ni siquiera sabes cómo se ve! Podría ser feo, gordo y viejo.

Feo, gordo y viejo. Me hubiera gustado que esas fueran las únicas características de Luca de las que tendría que preocuparme.

—Vamos a Google. Tiene que haber fotos de él en Internet.

Gianna saltó y tomó mi laptop de mi escritorio, luego se sentó a mi lado, nuestros costados presionados uno contra otro.

Encontramos varias fotos y artículos sobre Luca. Tenía los ojos grises más fríos que jamás hubiera visto. Podía imaginar muy bien cómo esos ojos miraban hacia abajo a sus víctimas antes de poner una bala en sus cabezas.

—Es más alto que los demás —dijo Gianna con asombro. Así era; en todas las fotos que salía, era varios centímetros más alto que quienquiera que estuviera junto a él, y era musculoso. Eso probablemente explicaba por qué algunas personas lo llamaban el Toro a sus espaldas. Ese era el apodo que los artículos usaban, aunque también lo llamaban el heredero del empresario y dueño del club, Salvatore Vitiello. *Empresario.* Tal vez por fuera. Todo el mundo sabía lo que realmente era Salvatore Vitiello, pero por supuesto nadie era tan estúpido como para escribir sobre ello.

—Está con una chica nueva en cada foto.

Me quedé mirando la cara sin emoción alguna de mi futuro esposo. El periódico lo llamaba el soltero más deseado en Nueva York, heredero de cientos de millones de dólares. *Heredero de un imperio de muerte y sangre*, es lo que debería decir.

Gianna resopló.

—Dios, las chicas se lanzan a sus brazos. Supongo que es bien parecido.

—Se lo pueden quedar —dije con amargura. En nuestro mundo un exterior atractivo a menudo ocultaba al monstruo en su interior. Las chicas de sociedad solo veían su buena apariencia y riqueza. Pensaban que el aura de chico malo era un juego. Adulaban su carisma de depredador bien parecido, ya que irradiaba poder. Pero lo que no sabían, era que la sangre y la muerte acechaba debajo de la sonrisa arrogante.

Me puse de pie abruptamente.

—Necesito hablar con Umberto.

Umberto tenía casi cincuenta años y era el leal soldado de mi padre. También era el guardaespaldas de Gianna y mío. Él sabía todo de todos. Madre lo llamaba chismoso. Pero si alguien sabía más sobre Luca, ese era Umberto.



—Se convirtió en un hombre hecho y derecho a los once —dijo Umberto, afilando su cuchillo en un molinillo como hacía todos los días. El olor a tomate y orégano llenaba la cocina, pero no me dio una sensación de confort como por lo general hacía.

—¿A los once? —pregunté, tratando de mantener mi voz estable. La mayoría de las personas no se convertían en miembros plenamente iniciados de la mafia hasta los dieciséis años—. ¿Debido a su padre?

Umberto sonrió, revelando un incisivo de oro, e hizo una pausa en sus movimientos.

—¿Crees que se le hizo fácil porque es el hijo del Jefe? *Mató* a su primer hombre a los once, por eso se decidió que iniciara antes.

Gianna se quedó sin aliento.

—Es un monstruo.

Umberto se encogió de hombros.

—Es lo que tiene que ser. Para gobernar toda Nueva York, no puedes ser un mariquita. —Les dio una sonrisa de disculpa—. Una gallina.

—¿Qué pasó? —No estaba segura de querer saber. Si Luca había matado a su primer hombre a los once, ¿cuántos más había matado en los nueve años transcurridos desde entonces?

Umberto negó con su cabeza afeitada, y se rascó la larga cicatriz que iba desde la sien hasta la barbilla. Era delgado, y no de buen parecido, pero mi madre me dijo que pocos eran más rápidos con un cuchillo que él. Nunca lo había visto pelear.

—No puedo decirlo. No estoy tan familiarizado con Nueva York.

Vi a nuestro cocinero mientras preparaba la cena, tratando de concentrarme en algo que no fuera mi estómago revuelto y mi miedo abrumador. Umberto estudió mi cara.

—Es un buen partido. Él será el hombre más poderoso en la Costa Este lo suficientemente pronto. Va a protegerte.

—¿Y quién me va a proteger de él? —susurré.

Umberto no dijo nada porque la respuesta era clara: nadie me podía proteger de Luca después de nuestra boda. No Umberto, y mucho menos mi padre si es que se sintiera inclinado a hacerlo. Las mujeres en nuestro mundo pertenecían a su marido. Eran de su propiedad para hacer frente de cualquier forma que les placiera.

Dos

*Traducido por M.Arte, Luisa.20, Lyla y Apolineah17
Corregido por Ana Ancalimë*

Los últimos dos meses habían pasado demasiado rápido sin importar lo mucho que deseaba que el tiempo frene, para darme más tiempo para prepararme. Solo dos días hasta mi fiesta de compromiso. Madre estaba ocupada ordenando a los sirvientes alrededor, asegurándose que la casa estuviera impecable y que nada saliera mal. Ni siquiera era una gran celebración. Solo nuestra familia, la familia de Luca y las familias de los respectivos jefes de Nueva York y Chicago fueron invitadas. Umberto dijo que era por razones de seguridad. La tregua todavía era demasiado reciente para arriesgarse a una reunión de cientos de invitados.

Me hubiera gustado que la cancelaran por completo. En lo que a mí concernía, no tenía que conocer a Luca hasta el día de nuestra boda. Fabiano saltaba de arriba abajo en mi cama, con una mueca en su rostro. Tenía solo cinco años y tenía demasiada energía.

—¡Quiero jugar!

—Madre no quiere que corras por la casa. Todo debe estar perfecto para los invitados.

—¡Pero ni siquiera están aquí! —Gracias a Dios. Luca y el resto de los invitados de Nueva York llegarían mañana. Solo una noche más hasta que conozca a mi futuro esposo, un hombre que mató con sus propias manos. Cerré los ojos.

—¿Estás llorando otra vez? —Fabiano saltó de la cama y se acercó a mí, deslizando su mano en la mía. Su cabello rubio oscuro era un desastre. Traté de aplacarlo pero Fabiano apartó la cabeza.

—¿Qué quieres decir? —Había intentado ocultar mis lágrimas de él. Sobre todo lloraba de noche cuando estaba protegida por la oscuridad.

—Lily dice que lloras todo el tiempo porque Luca te ha comprado.

Me quedé helada. Tendría que decirle a Liliana que deje de decir esas cosas. Solo me metería en problemas.

—Él no me compró. —Mentirosa. Mentirosa.

14

—Da lo mismo —dijo Gianna desde la puerta, sorprendiéndome.

—Shhh. ¿Qué pasa si padre nos escucha?

Gianna se encogió de hombros.

—Sabe que odio que te vendiera como una vaca.

—Gianna —advertí, haciendo un gesto hacia Fabiano. Él miró hacia mí.

—No quiero que te vayas —susurró.

—No me iré por un largo tiempo, Fabi. —Pareció satisfecho con mi respuesta y la preocupación desapareció de su rostro y fue reemplazada por su expresión de estar tramando algo.

—¡Atrápame! —gritó y salió corriendo, empujando a un lado a Gianna mientras corría como un rayo junto a ella.

Gianna corrió tras él.

—¡Voy a patear tu trasero, pequeño monstruo!

Me precipité hacia el pasillo. Liliana asomó la cabeza fuera de su puerta y ella también corrió tras mi hermano y hermana. Madre me cortaría la cabeza si rompían otra reliquia familiar. Volé escaleras abajo. Fabiano todavía se encontraba a la cabeza. Era rápido, pero Liliana casi lo había atrapado mientras que Gianna y yo éramos demasiado lentas en los tacones que mi madre nos obligaba a usar para practicar. Fabiano corrió hacia el pasillo que conducía al ala oeste de la casa y el resto de nosotras lo siguió. Quise gritarle que se detenga. La oficina de padre estaba en esta parte de la casa. Estaríamos en grandes problemas si nos sorprendía jugando. Se suponía que Fabiano debía actuar como un hombre. ¿Qué niño de cinco años actuaba como un hombre?

Pasamos la puerta de padre y el alivio se apoderó de mí, pero luego tres hombres doblaron la esquina al final del pasillo. Separé mis labios para gritar una advertencia, pero ya era demasiado tarde. Fabiano se detuvo en seco pero Liliana colisionó con el hombre en el centro con toda su fuerza. La mayoría de las personas habrían perdido el equilibrio. La mayoría de las personas no median dos metros y no eran macizas como un toro.

Paré en seco mientras el tiempo parecía detenerse a mi alrededor. Gianna jadeó detrás de mí, pero mi mirada estaba congelada en mi futuro esposo. Miraba hacia la cabeza rubia de mi hermana pequeña, estabilizándola con sus fuertes manos. Manos que había utilizado para aplastar la garganta de un hombre.

—Liliana —dije, mi voz aguda por el miedo. Nunca llamaba a mi hermana por su nombre completo a menos que estuviera en problemas o que algo anduviera muy mal. Deseé ocultar mejor mi terror. Ahora todo el mundo me estaba mirando, incluido Luca. Sus fríos ojos grises me escanearon de pies a cabeza, deteniéndose en mi cabello.

Dios, era alto. Los hombres junto a él median más de un metro ochenta, pero él los eclipsaba. Sus manos todavía estaban sobre los hombros de Lily.

—Liliana, ven aquí —dije con firmeza, extendiendo una mano. La quería lejos de Luca. Ella retrocedió y luego voló a mis brazos, enterrando su rostro contra mi hombro. Luca levantó una ceja negra.

—¡Ese es Luca Vitiello! —dijo Gianna amablemente, sin molestarse en ocultar su disgusto. Fabiano hizo un sonido similar a un gato salvaje enfurecido, arremetió contra Luca y comenzó a golpearle las piernas y el estómago con sus pequeños puños.

—¡Deja en paz a Aria! ¡No la tendrás!

Mi corazón se detuvo en ese momento. El hombre junto a Luca dio un paso hacia adelante. El contorno de un arma de fuego era visible debajo de su chaleco. Tenía que ser el guardaespaldas de Luca, aunque realmente no entendía por qué necesitaría uno.

16

—No, Cesare —dijo Luca simplemente y el hombre volvió a su puesto. Luca capturó las manos de mi hermano en una de las suyas, deteniendo el asalto. Dudé que incluso sintiera los golpes. Empujé a Lily hacia Gianna, quien envolvió un brazo protector alrededor de ella, entonces me acerqué a Luca. Estaba completamente asustada, pero necesitaba alejar a Fabiano de él. Tal vez Nueva York y Chicago estaban tratando de dejar su enemidad de lado, pero las alianzas se pueden romper en un abrir y cerrar de ojos. No sería la primera vez. Luca y sus hombres seguían siendo el enemigo.

—Qué cálida bienvenida recibimos. Esta es la infame hospitalidad de la Organización —dijo el otro hombre con Luca; tenía el mismo cabello negro pero sus ojos eran más oscuros. Era un par de centímetros más bajo que Luca y no tan ancho, pero era inequívoco que eran hermanos.

—Matteo —dijo Luca en una voz baja que me hizo temblar. Fabiano todavía estaba gruñendo y luchando como un animal salvaje, pero Luca lo sostenía a un brazo de distancia.

—Fabiano —dije firmemente, agarrando su antebrazo—. Es suficiente. Esa no es la forma en que tratamos a los invitados.

Fabiano se congeló y luego me miró por encima de su hombro.

—Él no es un invitado. Quiere robarte, Aria.

Matteo rio entre dientes.

—Esto es demasiado bueno. Me alegro que padre me convenciera de venir.

—Te lo ordenó —corrigió Luca, pero sin apartar sus ojos de mí. No pude devolverle la mirada. Mis mejillas ardían con fervor por su escrutinio. Mi padre y sus guardaespaldas se aseguraban que Gianna, Lily y yo no estuviéramos rodeadas de hombres muy a menudo, y aquellos que dejaban estar cerca de nosotras eran familiares o ancianos. Luca no era de la familia, ni anciano. Solo tenía cinco años más que yo, pero parecía un hombre y me hacía sentir como una niña pequeña en comparación.

Luca soltó a Fabiano y tiré de él hacia mí, su espalda contra mis piernas. Crucé mis manos sobre su pequeño pecho jadeante. Él no dejó de mirar a Luca con ira. Deseé tener su valor, pero él era un niño, un heredero al título de mi padre. No se vería obligado a obedecer a nadie, salvo al Jefe. Podía *permitirse* la valentía.

—Lo siento —dije, aunque las palabras me supieron agrias—. Mi hermano no tenía la intención de ser irrespetuoso.

—¡Sí la tenía! —gritó Fabiano. Cubrí su boca con mi mano y él se retorció debajo de mi agarre, pero no lo dejé ir.

—No te disculpes —dijo Gianna bruscamente, ignorando la mirada de advertencia que le disparé—. No es culpa nuestra que él y sus escoltas ocupen tanto espacio en el pasillo. Por lo menos, Fabiano dice la verdad. Todo el mundo piensa que necesita rebosar de cariño ya que él va a ser el Capo...

—¡Gianna! —Mi voz fue como un látigo. Ella cerró la boca con un chasquido, mirándome con los ojos como platos—. Lleva a Lily y a Fabiano a sus habitaciones. Ahora.

—Pero... —Eché un vistazo a mis espaldas. Y me alegré que no pudiera ver la expresión de Luca.

—¡Ahora!

Agarró la mano de Fabiano y lo arrastró lejos junto con Lily. No creí que el primer encuentro con mi futuro esposo pudiera haber salido peor. Reuniendo coraje, me enfrenté a él y a sus hombres. Esperaba ser recibida con furia, pero en su lugar me encontré con una sonrisa irónica en la cara de Luca. Mis mejillas ardían de vergüenza, y ahora que estaba sola con los tres hombres, los nervios retorcieron mi estómago. Madre se pondría furiosa si descubría que no me había vestido adecuadamente para

mi primer encuentro con Luca. Llevaba puesto uno de mis vestidos hasta el tobillo favoritos con mangas que llegaban a mis codos y estaba silenciosamente feliz por la protección que toda la tela me ofrecía. Crucé los brazos frente a mi cuerpo, insegura de qué hacer.

—Me disculpo por mi hermana y hermano. Son... —Luché por una palabra además de rudos.

—Protectores contigo —dijo Luca simplemente. Incluso su voz era profunda, sin emociones—. Este es mi hermano Matteo.

Los labios de Matteo estaban extendidos en una gran sonrisa. Agradecí que no intentara tomar mi mano. No creí que pudiese mantener mi compostura si uno de ellos se hubiese movido más cerca.

—Y este es mi mano derecha, Cesare. —Él me dio el más breve asentimiento antes de regresar a su tarea de escanear el corredor. ¿Qué era lo que estaba esperando? No teníamos asesinos escondidos en trampillas secretas.

Puse mi atención en la barbilla de Luca y esperé que pareciera como si en realidad estuviese viendo sus ojos. Di un paso atrás.

—Debería ir con mis hermanos.

Luca tenía una expresión concedora en su cara, pero no me importaba que él viera qué tan incómoda, qué tan *asustada* me había puesto. Sin esperar que me de permiso, no era mi esposo ni mi prometido aún, me di la vuelta y rápidamente me fui, orgullosa de no haber caído en la urgencia de correr.

18



Madre jaló del vestido que padre había elegido para la ocasión. Para el espectáculo de carne, como Gianna lo llamaba. Aunque sin importar lo mucho que madre jale, el vestido no se hacía más largo. Me miré en el espejo con incertidumbre. Nunca había llevado nada tan revelador. El vestido negro se pegaba a mi trasero y cintura, y terminaba en lo alto de los muslos; la parte superior consistía en un corpiño dorado brillante con tiras de tul negro.

—No puedo usar esto, madre.

Madre encontró mi mirada en el espejo. Su cabello estaba peinado hacia arriba esta vez; era unos pocos tonos más oscuro que el mío. Llevaba un elegante vestido largo hasta el piso. Deseé que me hubiesen permitido algo más modesto.

—Te ves como una mujer —susurró.

Gemí.

—Me veo como una puta.

—Las putas no pueden permitirse un vestido como ese.

Las amantes de mi padre tenían ropas que costaban más de lo que algunas personas gastaban en un carro. Madre puso sus manos en mi cintura.

—Tienes una cintura de avispa y el vestido hace que tus piernas se vean muy largas. Estoy segura que Luca lo apreciará.

Miré mi escote. Tenía pechos pequeños, que incluso el efecto push-up del corpiño no cambiaba. Era una quinceañera vestida para verse como mujer.

—Ten. —Madre me dio unos tacones negros de doce centímetros. Quizá alcanzaría la barbilla de Luca usándolos. Me deslicé en ellos. Madre forzó una sonrisa falsa en su cara y acomodó mi largo cabello—. Mantén tu cabeza en alto. Fiore Cavallaro te llamó la más hermosa mujer de Chicago. Muéstrale a Luca y a su séquito que eres más hermosa que cualquier mujer en Nueva York también. Después de todo, Luca las conoce a casi todas. —La manera en que lo dijo me hizo estar segura que también había leído los artículos sobre las conquistas de Luca, o quizá padre le había dicho algo.

—Madre —dije vacilante, pero ella dio un paso atrás.

—Ahora ve. Iré después de ti, pero este es tu día. Deberías entrar al salón sola. Los hombres estarán esperando. Tu padre te presentará a Luca y luego iremos juntos al comedor para la cena. —Ya me lo había dicho docenas de veces.

Por un momento, quise tomar su mano y rogarle que me acompañe; en su lugar, me di la vuelta y salí de mi habitación. Agradecí que mi madre me hubiera forzado a llevar tacones las últimas semanas. Cuando estuve frente a la puerta del salón con chimenea en el primer piso del ala oeste, mi corazón estaba latiendo en mi garganta. Deseé que Gianna estuviera a mi lado, pero madre probablemente le había advertido que debía comportarse. Tenía que hacer esto sola. Se suponía que nadie robara el espectáculo de la futura esposa.

Miré la madera oscura de la puerta y consideré huir. Risas de hombre se escuchaban detrás de ella, mi padre y el Jefe. Un cuarto repleto de los más poderosos

y peligrosos hombres en el país y se suponía que tenía que entrar. Un solitario cordero entre lobos. Sacudí la cabeza. Tenía que dejar de pensar así. Ya los había hecho esperar demasiado tiempo.

Agarré la manija y la bajé. Me deslicé dentro, aún sin mirar a nadie mientras cerraba la puerta. Reuniendo mi coraje, enfrenté la habitación. La conversación murió. ¿Se suponía que diga algo? Me estremecí y esperé que no pudieran verlo. Mi padre parecía como el gato que consiguió la crema. Mis ojos buscaron a Luca y su penetrante mirada me dejó helada. Contuve la respiración. Él dejó su vaso con líquido oscuro con un audible sonido metálico. Si nadie decía algo pronto, huiría de la habitación. Rápidamente escaneé las caras de los hombres allí reunidos. De Nueva York estaban Matteo, Luca y Salvatore Vitiello, y dos guardaespaldas: Cesare y un hombre joven que no conocía. De la Organización de Chicago estaban mi padre, Fiore Cavallaro y su hijo, el futuro líder Dante Cavallaro, así como Umberto y mi primo Raffaele a quien odiaba con la fiera pasión de mil soles. Y a un lado estaba el pobre Fabiano, quien llevaba un traje negro como todo el mundo allí. Podía ver que él quería correr hacia mí y buscar consuelo, pero sabía lo que padre diría de eso.

Padre finalmente se movió hacia mí, puso su mano en mi espalda y me guio hacia los hombres como un cordero hacia el sacrificio. El único hombre que parecía en verdad aburrido era Dante Cavallaro; él solo tenía ojos para su whisky. Nuestra familia había ido al funeral de su esposa dos meses atrás. Un viudo en sus treinta. Podría haber sentido pena si no me asustara tanto, casi tanto como Luca me asustaba.

Por supuesto, padre me dirigió directamente hacia mi futuro esposo con una expresión desafiante, como si esperara que Luca se arrodillara con devoción. Por su expresión, Luca bien podría estar viendo una roca. Sus ojos grises eran duros y fríos cuando enfocaron a mi padre.

—Esta es mi hija, Aria.

Aparentemente, Luca no le había mencionado nuestro embarazoso encuentro. Fiore Cavallaro habló:

—No prometí demasiado, ¿verdad?

Deseé que la tierra se abriera y me trague entera. Nunca había estado sometida a tanta... atención. La manera en que Raffaele me miraba puso mi piel de gallina. Él había sido iniciado solo recientemente y había cumplido dieciocho dos semanas atrás. Desde entonces, había sido incluso más desagradable que antes.

—No lo hiciste —dijo Luca simplemente.

Padre pareció obviamente desconcertado. Sin nadie viéndolo, Fabiano se había colado detrás de mí y deslizó su mano en la mía. Bueno, Luca se había dado cuenta y estaba mirando a mi hermano, lo que provocó que su mirada quedara demasiado cerca de mis muslos desnudos. Me moví nerviosamente y Luca alejó la mirada.

—¿Quizá los futuros esposos quieren estar solos por unos pocos minutos? —sugirió Salvatore Vitiello. Mis ojos se dirigieron bruscamente en su dirección y no logré ocultar mi sorpresa lo suficientemente rápido. Luca se dio cuenta pero no pareció que le importara.

Mi padre sonrió y se dio la vuelta para irse. No lo podía creer.

—¿Debería quedarme? —preguntó Umberto. Le di una rápida sonrisa, que desapareció cuando mi padre sacudió la cabeza.

—Dales unos pocos minutos a solas —dijo. Savatore Vitiello en realidad le guiñó a Luca. Todos se fueron hasta que solo Luca, Fabiano y yo nos quedamos.

—Fabiano —llegó la fuerte voz de padre—. Sal de ahí *ahora*.

Fabiano renuente dejó ir mi mano y se fue, pero no antes de enviarle a Luca la más mortal mirada que un niño de cinco años podía lograr. Los labios de Luca se arquearon. Luego la puerta se cerró y nos quedamos solos. ¿Qué había significado el guiño del padre de Luca?

Lancé una rápida mirada a Luca. Había estado en lo correcto: con mis tacones, la parte superior de mi cabeza alcanzaba su barbilla. Él miró afuera por la ventana. No me dio ni una sola mirada. Vestirme como una puta no había hecho que Luca se interesara más por mí. ¿Por qué lo haría? Había visto las mujeres con las que salía en Nueva York. Ellas habrían llenado el corpiño mucho mejor.

—¿Tú elegiste el vestido?

Salté, sorprendida de que hable. Su voz era profunda y calmada. ¿Alguna vez se emocionaba?

—No —admití—. Mi padre lo hizo.

La mandíbula de Luca se tensó. No podía leerlo y me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Metió la mano en el interior de su chaqueta y por un ridículo segundo realmente pensé que estaba sacando un arma. En su lugar, sostuvo una caja negra en su mano. Se volvió hacia mí y miré fijamente su camisa negra. Camisa negra, corbata negra, chaqueta negra. Negro como su alma.

Este era un momento que millones de mujeres soñaban, pero me sentí fría cuando Luca abrió la caja. En el interior había un anillo de oro blanco con un diamante grande en el centro entre dos diamantes ligeramente más pequeños. No me moví.

Luca tendió su mano cuando la incomodidad entre nosotros alcanzó su pico máximo. Me sonrojé y extendí la mano. Me estremecí cuando su piel rozó la mía. Deslizó el anillo de compromiso en mi dedo, y luego me soltó.

—Gracias —me sentí obligada a decir las palabras e incluso mirarlo a la cara, que lucía impasible, aunque lo mismo no podía decirse de sus ojos. Se veían enojados. ¿Había hecho algo mal? Extendió su brazo y enlacé el mío con el suyo, dejando que me lleve fuera del salón, hacia el comedor. No hablamos. ¿Tal vez Luca estaba lo suficientemente decepcionado conmigo que cancelaría el compromiso? Pero no habría puesto el anillo en mi dedo si ese fuera el caso.

Cuando entramos al comedor, las mujeres de mi familia se habían unido a los hombres. Los Vitiello no habían traído compañía femenina. Tal vez porque no confiaban en mi padre y los Cavallaro lo suficiente para arriesgarse a traer mujeres a nuestra casa.

No podía culparlos. Tampoco confiaría en mi padre o el Jefe. Luca dejó caer su brazo y rápidamente me uní a mi madre y hermanas, que pretendieron admirar mi anillo. Gianna me dio una mirada. No sabía con qué la había amenazado mi madre para mantenerla callada. Podía decir que Gianna tenía un comentario crítico en la punta de la lengua. Sacudí la cabeza y ella puso los ojos en blanco. La cena pasó como un borrón. Los hombres discutieron negocios mientras las mujeres permanecían en silencio. Mis ojos se mantuvieron desviándose hacia el anillo en mi dedo. Se sentía demasiado pesado, demasiado apretado, *demasiado todo*. Luca me había marcado como su posesión.

22



Después de cenar, los hombres se trasladaron al salón para beber, fumar y hablar de cualquier otra cosa que necesitara ser discutida. Volví a mi habitación, pero no pude conciliar el sueño. Con el tiempo, me puse una bata encima del pijama, salí de mi habitación y bajé las escaleras. En un arrebato de locura, tomé el pasillo que conducía a la puerta secreta detrás de la pared en el salón. Mi Abuelo pensó que era necesario tener escapes secretos en la oficina y el salón con chimenea porque ahí es donde los hombres de la familia usualmente mantenían sus reuniones. Me pregunté,

¿qué pensó que pasaría con las mujeres después de que todos los hombres hubieran huido a través del pasadizo secreto?

Encontré a Gianna con los ojos presionados contra la mirilla de la puerta disimulada. Por supuesto, ella ya estaba allí. Se dio la vuelta, sus ojos muy abiertos, pero se relajó cuando me vio.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —pregunté en un susurro, preocupada de que los hombres en el salón pudieran oírnos.

Gianna se movió a un lado, así que pude ver a través de la segunda mirilla.

—Casi todo el mundo ya se ha ido. Padre y Cavallaro tienen detalles que discutir con Salvatore Vitiello. Solo están Luca y su séquito ahora.

Bizqueé a través del agujero, lo que me dio una vista perfecta de las sillas llenas de gente alrededor de la chimenea. Luca se apoyaba contra la repisa de mármol de la chimenea, con las piernas cruzadas casualmente, un vaso de whisky en la mano. Su hermano Matteo se recostaba en un sillón junto a él, sus piernas separadas y esa sonrisa lobuna en su rostro. Cesare y el segundo guardaespaldas que habían llamado Romero durante la cena se sentaba en el otro sillón. Romero parecía ser de la misma edad de Matteo, por lo tanto, alrededor de los dieciocho. Apenas hombres para el estándar de la sociedad, pero no en nuestro mundo.

23

—Podría haber sido peor —dijo Matteo, sonriendo. Podría no haberse visto tan letal como Luca, pero algo en sus ojos me decía que solo era capaz de ocultarlo mejor—. Ella podría haber sido fea. Pero, mierda, tu pequeña prometida es una aparición. Ese vestido. Ese cuerpo. Ese cabello y rostro. —Matteo silbó. Parecía que estaba provocando a su hermano a propósito.

—Es una niña —dijo Luca con desdén. La indignación se levantó en mí, pero sabía que debía estar contenta que no me viera como un hombre veía a una mujer.

—No se veía como una niña para mí —dijo Matteo, luego chasqueó la lengua. Le dio un codazo al hombre mayor, Cesare—. ¿Qué dices? ¿Luca está ciego?

Cesare se encogió de hombros con una mirada cautelosa hacia Luca.

—No la miré de cerca.

—¿Y tú, Romero? ¿Tienes ojos funcionales en tu cabeza?

Romero alzó la vista, y rápidamente volvió a mirar abajo a su bebida.

Matteo echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Maldición, Luca, ¿le dijiste a tus hombres que cortarías sus penes si miraban a esa chica? Ni siquiera estás casado con ella.

—Ella es mía —dijo Luca en voz baja, enviando un escalofrío por mi espalda con su voz, por no hablar de sus ojos. Miró a Matteo, quien sacudió la cabeza.

—Durante los próximos tres años, estarás en Nueva York y ella estará aquí. No puedes mantener siempre un ojo en ella, o tienes la intención de amenazar a cada hombre en la Organización. No puedes cortarles a todos sus penes. Tal vez Scuderi conoce a unos eunucos que puedan mantenerla vigilada.

—Haré lo que tenga que hacer —dijo Luca, removiendo la bebida en su vaso—. Cesare, encuentra a los dos idiotas que se supone deben proteger a Aria. —La forma en que mi nombre salió de su lengua me hizo temblar. Ni siquiera sabía que tenía dos guardias ahora. Umberto siempre me había protegido a mí y a mis hermanas.

Cesare se alejó inmediatamente y regresó diez minutos después con Umberto y Raffaele, ambos parecían ofendidos por haber sido convocados como perros por alguien de Nueva York. Padre estaba un paso por detrás de ellos.

—¿Qué significa esto? —preguntó padre.

—Quiero tener unas palabras con los hombres que eligió para proteger lo que es *mío*.

Gianna resopló a mi lado, pero yo la pellizqué. Nadie podía saber que estábamos escuchando esta conversación. A padre le daría un ataque si reveláramos la posición de su puerta secreta.

—Son buenos soldados, ambos. Raffaele es el primo de Aria y Umberto ha trabajado para mí por casi dos décadas.

—Me gustaría decidir por mí mismo si confío en ellos —dijo Luca. Contuve la respiración. Eso era lo más cercano a un insulto que podría decir sin llegar a insultar a mi padre abiertamente. Los labios de padre se tensaron, pero dio una breve inclinación de cabeza. Permaneció en la habitación. Luca se acercó a Umberto—. Oí que eres bueno con el cuchillo.

—El mejor —intervino padre. Un músculo en la mandíbula de Luca tembló.

—No tan bueno como su hermano, según los rumores —dijo Umberto con un gesto hacia Matteo, quien le dedicó una sonrisa de tiburón—. Pero mejor que cualquier otro hombre en nuestro territorio —admitió Umberto finalmente.

—¿Estás casado?

Umberto asintió.

—Por veintiún años.

—Eso es mucho tiempo —dijo Matteo—. Aria debe verse muy deliciosa en comparación con tu vieja esposa.

Ahogué un jadeo.

La mano de Umberto se retorció un centímetro hacia la funda alrededor de su cintura. Todo el mundo lo vio. Padre observó como un halcón, pero no interfirió. Umberto se aclaró la garganta.

—Conozco a Aria desde su nacimiento. Ella es una *niña*.

—No será una niña durante mucho más tiempo —dijo Luca.

—Siempre será una niña ante mis ojos. Y soy fiel a mi esposa. —Umberto miró con furia a Matteo—. Si insultas a mi mujer de nuevo, le pediré a tu padre permiso para desafiarte en una pelea con cuchillos para defender su honor y te mataré.

Esto terminaría mal.

Matteo inclinó la cabeza.

—Podrías intentar. —Mostró sus blancos dientes—. Pero no tendrías éxito.

Luca cruzó los brazos, luego dio una inclinación de cabeza.

—Creo que eres una buena opción, Umberto.

Umberto dio un paso atrás, pero mantuvo su mirada fija en Matteo, que no le hizo caso.

Los ojos de Luca se enfocaron en Raffaele y dejó caer la civilidad que había envuelto al monstruo en su interior hasta ese momento. Se movió tan cerca de Raffaele que mi primo tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para devolverle la mirada. Raffaele intentó mantener una expresión arrogante y segura de sí mismo, pero se veía como un cachorro Chihuahua tratando de impresionar a un tigre de Bengala. Luca y él bien podrían haber sido de dos especies diferentes.

—Él es de la familia. ¿Honestamente vas a acusarlo por tener interés en mi hija?

—Vi cómo veías a Aria —dijo Luca, sin apartar los ojos de Raffaele ni un momento.

—Como un melocotón jugoso que quieres follarte —agregó Matteo, disfrutando de esto mucho más de lo necesario.

Los ojos de Raffaele se lanzaron hacia mi padre, en busca de ayuda.

—No lo niegues. Conozco el deseo cuando lo veo. Y tú deseas a Aria —gruñó Luca. Raffaele no lo negó—. Si descubro que la estás mirando así de nuevo. Si me entero que estás en una habitación a solas con ella. Si averiguo que tocas aunque sea su mano, te mataré.

Raffaele se puso rojo.

—Tú no eres miembro de la Organización. Nadie te dirá nada incluso si la *violo*. Podría iniciarla para ti. —*Dios, Raffaele, cierra la boca. ¿No podía ver el asesinato en los ojos de Luca?*—. Tal vez incluso lo filmaré para ti.

Antes de poder siquiera parpadear, Luca había tirado al suelo a Raffaele y clavaba una rodilla en su columna vertebral, uno de los brazos de mi primo retorcido hacia atrás. Raffaele luchó y maldijo, pero Luca lo contuvo rápido. Una de sus manos se apoderó de la muñeca de Raffaele mientras alcanzaba debajo de su chaleco con la otra, sacando un cuchillo.

Mis piernas se volvieron débiles.

—Vete ahora —le dije a Gianna en un susurro. Ella no escuchó.

Aparta la mirada, Aria.

Pero no podía. Padre seguramente detendría a Luca. Pero la expresión de padre era de disgusto a medida que observaba a Raffaele. Los ojos de Luca buscaron la mirada de padre; Raffaele no era su soldado. Este ni siquiera era su territorio. El honor exigía que obtuviera permiso del Consigliere, y cuando mi padre asintió, él bajó el cuchillo y cortó el meñique de Raffaele. Los gritos resonaron en mis oídos a medida que mi visión se volvía negra. Mordí mi puño para sofocar el sonido. Gianna no lo hizo. Ella dejó escapar un chillido que podría haber despertado a los muertos antes de vomitar. Al menos, se había girado y apuntó lejos de mí. Su vómito se derramó por los escalones.

Detrás de las puertas, reinó el silencio. Nos habían escuchado. Agarré la parte superior de los brazos de Gianna cuando la puerta secreta se abrió de golpe, revelando el rostro furioso de padre. Detrás de él estaban de pie Cesare y Romero, ambos con sus armas preparadas. Cuando nos vieron a Gianna y a mí, las devolvieron a sus fundas bajo sus chaquetas.

Gianna no lloró. Pocas veces lo hacía, pero su rostro estaba pálido y se apoyaba pesadamente contra mí. Si no la hubiera sostenido, mis propias piernas se habrían desplomado. Pero tenía que ser fuerte por ella.

—Por supuesto —dijo padre entre dientes, frunciéndole el ceño a Gianna—. Debí haber sabido que eras tú causando problemas otra vez. —La apartó violentamente de mí y la lanzó dentro del salón, levantó la mano y la golpeó con fuerza en el rostro.

Di un paso en su dirección para protegerla y padre levantó su brazo de nuevo. Me preparé para el golpe, pero Luca atrapó la mano de mi padre con su mano izquierda. Su mano derecha todavía estaba agarrando el cuchillo que había usado para cortar el dedo de Raffaele. El cuchillo y la mano de Luca estaban cubiertos de sangre. Mis ojos se ampliaron. Padre era el dueño de la casa, el dueño de todos nosotros. La intervención de Luca era un insulto contra el honor de mi padre.

Umberto sacó su cuchillo y padre puso la mano en su arma. Matteo, Romeo y Cesare habían sacado sus propias armas. Raffaele estaba acurrucado en el suelo, inclinado sobre su mano, sus quejidos siendo el único sonido en la habitación. ¿Había habido alguna vez un compromiso rojo?

—No era mi intención faltarle el respeto —dijo Luca tranquilamente como si la guerra entre Nueva York y Chicago no estuviera a punto de estallar—. Pero Aria ya no es su responsabilidad. Perdió su derecho a castigarla cuando la hizo mi prometida. Ella es mía para lidiar ahora.

Padre bajó la mirada al anillo en mi dedo, y luego inclinó la cabeza. Luca soltó su muñeca, y los otros hombres en la habitación se relajaron ligeramente, pero no guardaron sus armas.

—Eso es cierto. —Dio un paso atrás e hizo un gesto hacia mí—. Entonces, ¿te gustaría el honor de hacerla entrar en razón?

La dura mirada de Lucas se fijó en mí y dejé de respirar.

—Ella no me desobedeció.

Los labios de padre se estrecharon.

—Tienes razón. Pero como yo lo veo, Aria estará viviendo bajo mi techo hasta la boda y ya que el honor me impide levantar la mano contra ella, tendré que encontrar otra manera de hacer que me *obedezca*. —Fulminó a Gianna con la mirada y la golpeó una segunda vez—. Por cada una de tus malas acciones, Aria, tu hermana aceptará el castigo en tu lugar.

Apreté los labios, con las lágrimas escociendo en mis ojos. No miré a Luca o a padre, no hasta que pudiera encontrar una manera de ocultar mi odio de ellos.

—Umberto, lleva a Gianna y a Aria a sus habitaciones y asegúrate que se queden allí. —Umberto enfundó su cuchillo y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Pasé junto a mi padre, arrastrando a Gianna conmigo, quien tenía la cabeza gacha. Se puso rígida cuando pasamos por encima de la sangre en el piso de madera y el dedo cortado yaciendo abandonado sobre este. Mis ojos se desviaron hacia Raffaele quien estaba aferrándose a su herida para detener el sangrado. Sus manos, su camisa y sus pantalones estaban cubiertos de sangre. Gianna tuvo arcadas como si fuera a vomitar de nuevo.

—No —dije con firmeza—. Mírame.

Ella apartó los ojos de la sangre y se encontró con mi mirada. Había lágrimas en sus ojos y su labio inferior tenía un corte que estaba goteando sangre en su barbilla y camisón. Mi mano sobre la de ella se tensó. *Estoy aquí para ti.* Nuestras miradas encontradas parecieron ser su única ancla a medida que Umberto nos guiaba fuera de la habitación.

—Mujeres —dijo mi padre en tono de burla—. Ni siquiera pueden soportar ver un poco de sangre. —Prácticamente podía sentir la mirada de Luca perforando mi espalda antes de que la puerta se cerrara. Gianna se limpió el labio sangrando mientras nos apresurábamos detrás de Umberto a través del pasillo y por las escaleras.

—Lo odio —murmuró—. Los odio a todos.

—Shh. —No quería que hable así delante de Umberto. Él se preocupaba por nosotras, pero era el soldado de mi padre de los pies a la cabeza.

Me detuvo cuando quise seguir a Gianna a su habitación. No quería que estuviera sola esta noche. Y tampoco quería estar sola.

—Escuchaste lo que dijo tu padre.

Miré a Umberto.

—Necesito ayudar a Gianna con su labio.

Umberto sacudió la cabeza.

—No es nada. Ustedes dos juntas en una habitación siempre traen problemas. ¿Crees que es sabio irritar a tu padre más esta noche? —Umberto cerró la puerta de Gianna y suavemente me empujó en dirección a mi habitación contigua a la suya.

Di un paso dentro, luego me giré hacia él.

—Una habitación llena de hombres adultos observando a un hombre golpear a una chica indefensa, ese es el famoso valor de los *hombres de la mafia*.

—Tu futuro esposo detuvo a tu padre.

—De golpearme a *mí*, no a Gianna.

Umberto sonrió como si fuera una niña estúpida.

—Luca podría gobernar Nueva York, pero esto es Chicago y tu padre es el Consigliere.

—Admiras a Luca —dije con incredulidad—. Lo viste cortar el dedo de Raffaele y lo admiras.

—Tu primo tiene suerte que El Tenazas no le cortó otra cosa. Luca hizo lo que todo hombre habría hecho.

Tal vez todo hombre en nuestro mundo.

Umberto palmeó mi cabeza como si fuera un gatito adorable.

—Ve a dormir.

—¿Vigilarás mi puerta toda la noche para asegurarte que no me escape de nuevo? —pregunté desafiante.

—Mejor te acostumbras a ello. Ahora que Luca ha puesto un anillo en tu dedo, se asegurará que siempre estés vigilada.

Cerré la puerta de golpe. Vigilada. Incluso desde lejos Luca estaría controlando mi vida. Había pensado que mi vida seguiría como solía ser hasta la boda, pero, ¿cómo podría serlo cuando todo el mundo sabía lo que el anillo en mi dedo significaba? El meñique de Raffaele era una señal, una advertencia. Luca había hecho su reclamo sobre mí y lo haría cumplir a sangre fría.

No apagué las luces esa noche, preocupada de que la oscuridad traiga de regreso imágenes de sangre y extremidades cortadas. De todos modos vinieron.

Tres

*Traducido por M.Arte, Beatrix85 y LizC
Corregido por M.Arte*

Mi respiración sale en bocanadas a medida que deja mis labios. Incluso mi grueso abrigo no podía protegerme del invierno de Chicago. La nieve crujía bajo mis botas mientras seguía a madre por la acera hacia el edificio de ladrillo, el cual albergaba la tienda de novias más lujosa en el Medio Oeste. Umberto se arrastraba cerca, mi constante sombra. Otro de los soldados de mi padre cubría la parte trasera, detrás de mis hermanas.

Unas puertas giratorias de latón nos dieron la bienvenida al iluminado interior de la tienda y la dueña y sus dos asistentes nos dieron recibieron inmediatamente.

—Feliz cumpleaños, señorita Scuderi —dijo la dueña con su voz cadenciosa.

Forcé una sonrisa. Se suponía que mi decimoctavo cumpleaños debía ser un día de celebración. En cambio significaba que solo era otro paso más cerca de casarme con Luca. No lo había visto desde aquella noche que cortó el dedo de Raffaele. Me había enviado joyas costosas por mi cumpleaños, navidad, día de San Valentín y el aniversario de nuestro compromiso, pero ese era el alcance de nuestro contacto en los últimos treinta meses. Había visto fotos de él con otras mujeres en internet, pero incluso eso se detuvo hoy cuando nuestro compromiso se filtró a la prensa. Al menos ya no haría alarde de sus putas en público.

No me engañaba pensando que él no seguía durmiendo con ellas. Y no me importaba. Mientras tuviera a otras mujeres para follar, con suerte no pensaría en mí de esa manera.

—¿Solo seis meses hasta su boda si estoy correctamente informada? —añadió la dueña de la tienda alegremente. Era la única persona que parecía emocionada. No es de extrañar realmente, haría mucho dinero hoy. La boda que marcaba la unión definitiva de la mafia de Chicago y Nueva York iba a ser un asunto espléndido. El dinero era irrelevante.

Incliné la cabeza. 166 días hasta que tenga que intercambiar una jaula de oro por otra. Gianna me dio una mirada que dejaba en claro lo que pensaba del asunto,

30

pero mantuvo la boca cerrada. A sus dieciséis años y medio, Gianna finalmente había aprendido a manejar sus arrebatos, *en su mayoría*.

La dueña de la tienda nos llevó a la sala de probadores. Umberto y el otro hombre se quedaron fuera de las cortinas. Lily y Gianna se dejaron caer en el lujoso sofá blanco mientras madre comenzaba a ver los vestidos de novia en exhibición. Me quedé de pie en medio de la habitación. La vista de todo el tul blanco, seda, velos, brocados y lo que representaban hizo un nudo en mi garganta. Pronto sería una mujer casada. Citas de amor decoraban las paredes de la sala de probadores; se sentían como una burla teniendo en cuenta la dura realidad que era mi vida. ¿Qué era el amor sino un sueño tonto?

Podía sentir los ojos de la dueña y sus asistentes sobre mí, cuadré los hombros antes de unirme a mi madre. Nadie podía saber que no era la novia feliz que se suponía debía ser sino un peón en un juego de poder. Finalmente, la dueña de la tienda se acercó a nosotras y nos mostró sus vestidos más caros.

—¿Qué tipo de vestido preferiría tu futuro esposo? —preguntó agradablemente.

—Del tipo desnudo —dijo Gianna, y mi madre le lanzó una mirada. Me sonrojé, pero la dueña de la tienda rio como si fuese todo muy divertido.

—Hay tiempo para eso en la noche de bodas, ¿no crees? —dijo y guiñó un ojo.

Alcancé el vestido más caro de la colección, un sueño de brocado; el corpiño estaba bordado con perlas e hilos plateados que formaban un delicado patrón floreado.

—Los hilos son de platino —dijo la dueña. Eso explicaba el precio—. Creo que tu novio estará contento con tu elección.

Entonces ella lo conocía mejor que yo. Luca era tan extraño para mí como lo había sido hace casi tres años.



La boda se celebraría en los amplios jardines de la mansión Vitiello en los Hamptons. Todo el mundo ya era un hervidero con los preparativos. No había puesto un pie en la casa o incluso en las instalaciones todavía, pero mi madre me mantenía al día, no es que se lo hubiera pedido.

Para el momento en que mi familia llegó a Nueva York hace unas horas, mis hermanas y yo habíamos estado acurrucadas en nuestra suite en el Hotel Mandarin Oriental de Manhattan. Salvatore Vitiello había sugerido que viviéramos en una de las muchas habitaciones en la mansión hasta la boda en cinco días, pero mi padre había declinado. Tres años de cooperación tentativa y aún no confían entre sí. Me alegré. No quería poner un pie en la mansión hasta que tuviera que hacerlo.

Padre había accedido a dejarme compartir una suite con Lily y Gianna, así mi madre y él tomaron una suite para ellos. Por supuesto, un guardaespaldas estaba posicionado frente a cada una de las tres puertas de nuestra suite.

—¿Realmente tenemos que asistir mañana a la despedida de soltera? —preguntó Lily, sus piernas desnudas se balanceaban sobre el respaldo del sofá. Madre siempre decía que Nabokov debió tener en mente a Liliana cuando escribió Lolita. Mientras Gianna provocaba con sus palabras, Lily utilizaba su cuerpo para eso. Había cumplido catorce años en abril, una niña que usaba sus indefinidas curvas para obtener una reacción de todo el mundo que nos rodeaba. Se veía como la modelo adolescente Thylane Blondeau, solo que su cabello era un poco más claro y no tenía un espacio entre sus dientes frontales.

Eso me preocupaba. Sabía que era su forma de rebelarse contra la jaula dorada que era nuestra vida, pero aunque los soldados de padre observaban su coqueteo con diversión, había otros allá afuera que amarían malinterpretarlo.

—Por supuesto que debemos ir —murmuró Gianna—. Aria es la feliz novia, ¿recuerdas?

Lily resopló.

—Claro. —Se incorporó bruscamente—. Estoy aburrida. Vamos de compras.

Umberto no estuvo entusiasmado con la sugerencia, incluso con otro de los guardaespaldas de mi padre a su lado, afirmó que era casi imposible que nos mantuvieran bajo control. Finalmente cedió como siempre lo hacía.



Estábamos de compras en una tienda que vendía ropa al estilo rockera sexy que Lily desesperadamente quería probar cuando recibí un mensaje de Luca. Era la primera vez que tenía contacto conmigo directamente y durante mucho tiempo lo

único que pude hacer fue mirar la pantalla. Gianna se asomó sobre mi hombro desde el probador.

—“Nos vemos en tu hotel a las seis. Luca”. Que amable de su parte *preguntar*.

—¿Qué quiere? —susurré. Tenía la esperanza de no tener que verlo hasta el 10 de agosto, el día de nuestra boda.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Gianna, comprobando su reflejo.



Estaba nerviosa. No había visto a Luca en mucho tiempo. Me alisé el cabello y luego enderecé mi blusa. Gianna me había convencido de ponerme unos jeans negros ajustados que había comprado hoy. Ahora me preguntaba si algo que atrajera menos atención a mi cuerpo hubiera sido mejor. Todavía tenía quince minutos antes de que Luca quisiera reunirse conmigo. Ni siquiera sabía en dónde todavía. Supuse que me llamaría una vez que llegara y me pediría bajar al vestíbulo.

—Dejar de tontear —dijo Gianna desde su lugar en el sofá, leyendo una revista.

—Realmente no creo que este atuendo sea una buena idea.

—Lo es. Es fácil manipular a los hombres con él. Lily tiene catorce años y ya lo ha averiguado. Padre siempre dice que somos el sexo débil porque no llevamos cerca una pistola. Tenemos nuestras propias armas Aria, y tendrás que empezar a usarlas. Si quieres sobrevivir a un matrimonio con ese hombre, deberás usar tu cuerpo para manipularlo. Los hombres, incluso los bastardos e insensibles como ellos, tienen una debilidad y esta cuelga entre sus piernas.

No creía que Luca pudiera ser manipulado fácilmente. No parecía como alguien que perdiera el control, a menos que él lo quisiera y realmente no estaba segura de desear que note mi cuerpo de esa manera.

Un golpe me hizo saltar y mis ojos volaron hacia el reloj. Todavía era demasiado temprano para Luca y él realmente no subiría a nuestra suite, ¿o sí?

Lily salió corriendo de su dormitorio antes de que Gianna o yo pudiéramos siquiera movernos. Llevaba su atuendo de chica rockera: pantalones de cuero ajustados y una camiseta negra ajustada. Creía que se veía tan adulta en él. Gianna y yo pensamos que parecía una joven-de-catorce-años esforzándose demasiado.

Abrió la puerta, acentuando su cadera hacia afuera, tratando de lucir sexy. Gianna gimió pero yo no le estaba prestando atención.

—Hola, Luca —dijo Lily con voz aguda. Me acerqué para poder ver a Luca. Estaba mirando hacia Lily, obviamente tratando de averiguar quién era ella. Matteo, Romero y Cesare estaban parados detrás de él. Vaya, había traído a su séquito. ¿Dónde estaba Umberto?

—Eres Liliana, la hermana más joven —dijo Luca, ignorando la expresión coqueta de Lily.

Lily frunció el ceño.

—Ya no soy tan joven.

—Sí, lo eres —dije con firmeza, acercándome a ella y poniendo mis manos sobre sus hombros. Ella era solo un par de centímetros más baja que yo—. Ve con Gianna.

Lily me dio una mirada de incredulidad pero luego se escabulló lejos.

Mi pulso estaba acelerado cuando me volví hacia Luca. Su mirada se detuvo en mis piernas, y luego se movió lentamente hacia arriba hasta que llegó a mi cara. Esa mirada no había estado en sus ojos la última vez que lo vi. Y me di cuenta con un sobresalto que era lo que quería.

—No sabía que nos encontraríamos en mi suite —dije, y luego me di cuenta que debí haberle saludado, o al menos intentado sonar menos grosera.

—¿Vas a dejarme entrar?

Dudé, y luego di un paso atrás y dejé que los hombres pasen junto a mí. Solo Cesare se quedó afuera. Cerró la puerta, aunque hubiera preferido que la mantuviera abierta.

Matteo fue hacia Gianna, quien rápidamente se incorporó y le dio su mirada más desagradable. Lily, por supuesto, le sonrió.

—¿Puedo ver tu arma?

Matteo le sonrió abiertamente pero antes de que pudiera responder, dije:

—No, no puedes.

Podía sentir los ojos de Luca en mí, deteniéndose en mis piernas y en mi culo una vez más. Gianna me dio una mirada de *te-lo-dije*. Ella me pidió que use mi

cuerpo; el problema era que prefería a Luca ignorando mi cuerpo porque todo lo demás me aterrorizaba.

—No deberían estar aquí a solas con nosotras —murmuró Gianna—. No es apropiado. —Casi bufé. Como si Gianna le importara eso.

Luca entrecerró los ojos.

—¿Dónde está Umberto? ¿No debería estar custodiando esta puerta?

—Probablemente está en el aseo o fumándose un cigarrillo —dije, encogiéndome de hombros.

—¿Sucede a menudo que las deja sin protección?

—Oh, todo el tiempo —dijo Gianna burlonamente—. Verás, Lily, Aria y yo nos escapamos cada fin de semana porque tenemos una apuesta de quién puede ligar con más chicos. —Lily dejó escapar una risa aguda.

—Quiero tener unas palabras contigo, Aria —dijo Luca clavándome su mirada fría.

Gianna se levantó del sofá y se acercó a nosotros.

35

—¡Estaba bromeando, por el amor de Dios! —dijo ella, tratando de interponerse entre Luca y yo, pero Matteo la agarró por la muñeca y tiró de ella hacia atrás. Lily observaba todo con los ojos muy abiertos y Romero se quedó en la puerta, pretendiendo que esto no le concernía.

—Suéltame, o te voy a romper los dedos —gruñó Gianna. Matteo levantó las manos con una amplia sonrisa.

—Vamos —dijo Luca, su mano tocando mi espalda baja. Tragué un jadeo. Si se dio cuenta, no hizo ningún comentario—. ¿Dónde está tu habitación?

Los latidos de mi corazón palpitaron más rápido mientras asentía hacia la puerta de la izquierda. Luca me llevó en esa dirección, ignorando las protestas de Gianna.

—¡Voy a llamar a nuestro padre! No puedes hacer eso.

Entramos en mi habitación y Luca cerró la puerta. No pude evitar sentir miedo. Gianna no debería haber dicho esas cosas. Para cuando Luca se enfrentó a mí, dije:

—Gianna estaba bromeando. Ni siquiera he besado a nadie, lo juro. —El calor se deslizó en mi cara ante la admisión, pero no quería que Luca se enoje por algo que ni siquiera había hecho.

Los ojos grises de Luca me observaron fijamente con intensidad.

—Lo sé.

Mis labios se separaron.

—Oh. ¿Entonces por qué estás enojado?

—¿Me veo enojado contigo?

Decidí no responder. Él sonrió.

—No me conoces muy bien.

—Esa no es mi culpa —murmuré.

Tocó mi barbilla y me convertí en una estatua de sal.

—Eres como una cierva nerviosa ante las garras de un lobo. —No sabía lo cerca que llegó a lo que pensaba de él—. No voy a atacarte.

Debo parecer dudosa porque soltó una pequeña risa, bajando la cabeza hacia la mía.

—¿Qué estás haciendo? —susurré con nerviosismo.

36

—No voy a tocarte así si eso es lo que te preocupa. Puedo esperar unos días más. Después de todo, he esperado tres años.

No podía creer que había dicho eso. Por supuesto, sabía lo que se esperaba en una noche de bodas, pero casi me había convencido de que Luca no estaba interesado en mí de esa manera.

—Me llamaste niña la última vez.

—Pero ya no eres una niña —dijo Luca con una sonrisa depredadora. Sus labios estaban a menos de un centímetro de los míos—. Estás haciendo esto realmente difícil. No te puedo besar si me miras de esa manera.

—Entonces tal vez debería darte esta expresión en nuestra noche de bodas —lo reté.

—Entonces tal vez voy a tener que tomarte desde atrás, así no tengo que verla.

Mi expresión cayó y alejé tambaleando, mi espalda chocando con la pared.

Luca negó con la cabeza.

—Relájate. Estaba bromeando —dijo en voz baja—. No soy un monstruo.

—¿No lo eres?

Su expresión se endureció y se enderezó, levantándose a toda su estatura de nuevo. Me arrepentí de mis palabras, a pesar de que eran la verdad.

—Quería discutir la cuestión de tu protección contigo —dijo en una voz sin emociones, formal—. Una vez que te mudes a mi penthouse después de la boda, Cesare y Romero serán responsables de tu seguridad. Pero quiero a Romero a tu lado hasta entonces.

—Tengo a Umberto —protesté, pero él negó con la cabeza.

—Al parecer, él está tomando demasiados descansos para ir al baño. Romero no dejará tu lado a partir de ahora.

—¿También va a vigilarme cuando me duche?

—Si quiero lo hará.

Levanté la barbilla, tratando de apagar mi ira.

—¿Permitirías que otro hombre me vea desnuda? En serio debes confiar en que Romero no tomará ventaja de la situación.

Los ojos de Luca ardieron.

—Romero es leal. —Se inclinó más cerca—. No te preocupes, voy a ser el único hombre que alguna vez te vea desnuda. No puedo esperar. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo.

Crucé los brazos sobre mi pecho y aparté los ojos.

—¿Qué hay de Lily? Ella y Gianna comparten esta suite conmigo. Viste cómo puede ser Lily. Va a coquetear con Romero. Hará cualquier cosa para llamar su atención. No se da cuenta en lo que podría meterse al hacerlo. Necesito saber que está a salvo.

—Romero no tocará a tu hermana. Liliana solo está jugando. Es una niña. A Romero le gustan sus mujeres maduras y dispuestas.

“¿Y tú no?” Casi pregunto, pero me tragué las palabras y asentí en su lugar.

Mis ojos se dirigieron hacia mi cama. Este era un recordatorio terrible de lo que sucedería pronto.

—Hay algo más. ¿Estás tomando la píldora?

El color desapareció de mi cara mientras me quedaba mirándolo.

—Por supuesto que no.

Luca me escrutó con una calma inquietante.

—Tu madre podría haber hecho que empieces como preparación para la boda.

Estaba bastante segura que iba a tener un ataque de nervios en cualquier momento.

—Mi madre nunca haría eso. Ni siquiera quiere hablar conmigo de estas cosas.

Luca levantó una ceja.

—¿Pero sabes lo que sucede entre un hombre y una mujer en una noche de bodas?

Estaba burlándose de mí, el muy bastardo.

—Sé lo que ocurre entre las parejas normales. En nuestro caso, creo que la palabra que estás buscando es violación.

Los ojos de Luca brillaron con emoción.

—Quiero que empieces a tomar la píldora. —Me entregó un pequeño paquete. Eran anticonceptivos.

38

—¿No necesito ver a un médico antes de empezar a tomar el anticonceptivo?

—Tenemos un médico que ha estado trabajando para la familia durante décadas. Esto proviene de él. Tienes que empezar a tomar la píldora inmediatamente. Tarda unas 48 horas para que empiecen a funcionar.

No lo podía creer. Parecía muy ansioso por dormir conmigo. Mi estómago se retorció.

—¿Y si no lo hago?

Luca se encogió de hombros.

—Entonces voy a utilizar un condón. De cualquier manera, en nuestra noche de bodas serás mía.

Abrió la puerta y me indicó que avanzara. Como si estuviera en trance, entré en la sala de estar de la suite. No tenía intención de hacerlo enojar, pero ahora era demasiado tarde. De todos modos, probablemente no era la última vez.

Umberto estaba junto a Gianna y Lily, luciendo molesto. Le frunció el ceño a Luca.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Deberías prestar más atención en el futuro y mantener tus descansos al mínimo —le dijo Luca.

—Me fui solo unos pocos minutos y había guardias delante de las otras puertas.

Gianna sonrió engréida. Los ojos de Matteo estaban fijos en ella.

—¿Qué estás mirando? —le espetó.

Matteo se inclinó hacia delante.

—Tu cuerpo caliente.

—Entonces sigue mirando. —Ella se encogió de hombros indiferente—. Porque eso es todo lo que alguna vez llegarás a hacer con mi *cuerpo caliente*.

—Basta —advirtió Umberto.

No estaba observándolo, sino a Matteo, que tenía una expresión calculadora en su rostro.

—Romero se hará cargo del deber de guardia hasta la boda —dijo Luca. Umberto abrió la boca, pero Luca levantó una mano—. Está hecho. —Se volvió hacia Romero, que se incorporó a la vez. Se alejaron unos pasos de nosotros.

Gianna se presionó hacia mí.

—¿Qué quiere decir?

—Romero es mi nuevo guardaespaldas.

—Solo quiere controlarte.

—Shh. —Estaba viendo a Luca y Romero. Después de un momento, Romero miró a Lily, luego asintió y dijo algo. Finalmente regresaron a nosotros.

—Romero se quedará contigo —dijo Luca simplemente. Estaba siendo más frío desde que lo había llamado un monstruo.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —preguntó Umberto.

—Puedes vigilar su puerta.

—O puedes unirme a nuestra despedida de soltero —sugirió Matteo.

—No me interesa —dijo Umberto.

Luca se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras. Scuderi viene con nosotros.

¿Mi padre iba con ellos? Ni siquiera quería saber lo que estaban tramando.

Luca se volvió hacia mí.

—Recuerda lo que te dije.

No respondí nada, solo agarré con fuerza el paquete de píldoras en mi mano. Sin decir una palabra más, Luca y Matteo se fueron. Romero mantuvo la puerta abierta.

—También puedes irte —le dijo a Umberto quien lo fulminó con la mirada pero salió después de un momento. Romero cerró la puerta con llave.

Gianna se quedó boquiabierta.

—No puedes hablar *en serio*.

Romero se apoyó en la puerta, con los brazos cruzados delante de él. No reaccionó.

—Ven, Gianna. —La jalé conmigo hacia el sofá y nos dejamos caer en él. Lily ya estaba de rodillas en el sillón, viendo a Romero con gran atención. Los ojos de Gianna revolotearon a mi mano.

—¿Qué es esto?

—Anticonceptivos.

—No me digas que ese imbécil te lo dio hace un momento para que así pueda follarte en su noche de bodas.

Apreté los labios.

—No vas a tomarlas, ¿verdad?

—Tengo que hacerlo. Si no lo hago, Luca igual no se detendrá. Solamente estará enojado.

Gianna sacudió la cabeza, pero le di una mirada suplicante.

—No quiero discutir contigo. Vamos a ver una película, ¿de acuerdo? Realmente necesito la distracción. —Después de un momento, Gianna asintió. Elegimos una película al azar, pero era difícil concentrarse con Romero vigilándonos.

—¿Te vas a quedar ahí parado toda la noche? —pregunté finalmente—. Me estás poniendo nerviosa. ¿No puedes sentarte al menos?

Se dirigió hacia el sillón vacío y se dejó caer. Se quitó la chaqueta, revelando una camisa blanca y una funda sosteniendo dos armas junto a un largo cuchillo.

—Guau —susurró Lily. Se puso de pie y se acercó a él. Romero mantuvo su atención en la puerta. Ella dio un paso en su camino y no tuvo más remedio que mirarla. Ella sonrió y se deslizó rápidamente en su regazo, así que él se puso tenso. Salté del sofá de inmediato y la jalé fuera de él.

—Lily, ¿qué es lo que te pasa? No puedes actuar de esa manera. Un día, un hombre va a aprovecharse de ti. —Muchos hombres tenían problemas para entender que la ropa y los actos de provocación no significaban que una mujer *se lo buscó*.

Romero se enderezó en el sillón.

—No me hará daño. Luca se lo prohibió, ¿cierto?

—Podría robar tu virtud y después cortarte la garganta de modo que no puedas decirle a nadie —dijo Gianna sin ayudar a nadie. Le lancé una mirada furibunda.

Los ojos de Lily se abrieron como platos.

—No lo haría —dijo Romero, sorprendiéndonos con su voz.

—No deberías haber dicho eso —murmuró Gianna—. Ahora va a adularte.

—Lily, ve a la cama —le ordené y lo hizo bajo una protesta ruidosa—. Lo siento —dije—. No sabe lo que está haciendo.

Romero asintió.

—No te preocupes. Tengo una hermana de su edad.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabajas para Luca?

Gianna apagó el televisor para centrarse en su interrogatorio. Me acomodé en el respaldo.

—Cuatro años, pero he estado haciendo este trabajo durante seis años.

—Debes ser bueno si Luca te eligió para proteger a Aria.

Romero se encogió de hombros.

—Saber cómo desenvolverse en una pelea no es la razón principal. Luca sabe que soy leal.

—Lo que significa que no vas a manosear a Aria.

Puse los ojos en blanco ante ese comentario de Gianna. Romero probablemente lamentaba haber abandonado su puesto en la puerta.

—Luca sabe que puede confiar en mí con lo que es suyo.

Los labios de Gianna se tensaron. Eso no era lo que debía decir.

—Así que, si Aria sale desnuda de su habitación esta noche y tienes una erección porque realmente no puedes evitarlo, ¿Luca no te castraría?

Romero estaba obviamente sorprendido. Se me quedó mirando, como si en realidad le preocupara que hiciera eso.

—Ignórala. No lo haré.

—¿A dónde irán Luca y los otros hombres para la despedida de soltero?

Romero no respondió.

—Probablemente a un club nudista y después a uno de los prostíbulos que tiene la familia —murmuró Gianna—. ¿Por qué es que los hombres pueden putear por ahí mientras que nosotras tenemos que salvaguardar nuestra virginidad para la noche de bodas? ¿Y por qué Luca puede follarse a quien quiera mientras Aria ni siquiera puede besar a un chico?

—Yo no hago las reglas —dijo Romero simplemente.

—Sin embargo, te aseguras que no la rompemos. No eres nuestro protector, eres nuestro guardián.

—¿Alguna vez has considerado que estoy protegiendo a chicos que no saben quién es Aria? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Luca mataría a cualquiera que se atreviera a tocarlo. Por supuesto, podrías salir, ligar con un chico y seguir adelante, porque no serías a la que Luca degolle.

—Luca no es mi prometido —dijo Gianna.

—Tu padre mataría a cualquier hombre que se acerque a ti, porque no querría que nadie eche a perder sus posesiones más preciadas.

Por primera vez, me di cuenta que solo porque me habían cedido a Luca eso no significaba que Gianna no se vería obligada a casarse con otra persona. De repente me sentí muy cansada.

—Me voy a la cama.

Me quedé despierta toda la noche, pensando en maneras de escapar de la boda, pero la única opción sería huir, y aunque Gianna sin duda vendría conmigo, ¿qué hay de Liliana? No podría mantenerlas a ambas a salvo. Y ¿qué hay de Fabiano? ¿Qué hay de mi madre? No podía dejar a todos atrás. Esta era mi vida. No conocía nada más. Tal vez era una cobarde, aunque casarme con un hombre como Luca probablemente requiere más valor que huir.

Cuatro

*Traducido por M.Arte
Corregido por Ana Ancalimë*

La sala de estar de la suite estaba decorada para la despedida de soltera. Había tenido la esperanza de salvarme de esa tradición pero mi madre insistió que sería una ofensa para las mujeres de la familia de Luca si no me conocían antes de la boda.

Alisé el vestido de cóctel verde. Era de un color que se suponía traía buena suerte. Sabía que mi interpretación de lo que sería buena suerte a estas alturas difería ampliamente de la interpretación de Luca y mi padre.

A Lily no se le permitió asistir a la despedida de soltera ya que se le consideraba joven, pero Gianna había discutido hasta lograr quedarse. Aunque me preocupaba que pudiera haber otra razón detrás del consentimiento por parte de madre. Gianna había cumplido diecisiete hacía unos días. Eso significaba que casi era lo suficientemente mayor para casarse. Alejé ese pensamiento. Podía oír a madre y Gianna discutiendo en el dormitorio sobre lo que se suponía que vestiría Gianna cuando llamaron a la puerta de la suite. Era un poco temprano; no se suponía que los invitados llegaran hasta dentro de diez minutos.

Abrí la puerta. Valentina estaba de pie frente a mí, Umberto detrás de ella. Era mi prima pero cinco años mayor que yo. Su madre y mi madre eran hermanas. Ella sonrió disculpándose.

—Sé que llego temprano.

—Está bien —dije, retrocediendo para que así pudiera entrar. Umberto se sentó de nuevo en la silla fuera de mi puerta. Me gustaba mucho Valentina, así que no me importaba pasar algún tiempo a solas con ella. Era alta y elegante, con el cabello marrón oscuro, casi negro, y ojos del más oscuro verde que se pueda imaginar. Llevaba un vestido negro con una falda lápiz que llegaba a sus rodillas. Su esposo Antonio había muerto hacía seis meses, y mi boda sería la primera vez en la que ella usaría algo que no fuera negro. A veces se esperaba que las viudas, sobre todo las mayores, llevaran el luto por un año después de la muerte de su marido, pero Valentina solo tenía veintitrés. La edad de Luca. Me sorprendí deseando que su marido hubiera

44

muerto antes de modo que ella pudiera haberse casado con Luca y luego me sentí horrible. No debería estar pensando así. Romero se encontraba junto a la ventana.

—¿Podrías por favor esperar afuera? Una despedida de soltera no es lugar para un hombre.

Inclinó su cabeza y luego salió sin decir nada.

—¿Tu esposo te envió su propio guardaespaldas? —preguntó Valentina.

—Aún no es mi esposo.

—No, tienes razón. Te ves triste —dijo con una expresión concedora mientras se dejaba caer en el sofá. Champagne, refrescos y una gran variedad de aperitivos estaban colocados en una mesa detrás de él.

Tragué con fuerza.

—También tú. —Y me sentí inmediatamente estúpida por decir algo como eso.

—Mi padre quiere que vuelva a casarme —dijo, girando su anillo de boda.

Mis ojos se ampliaron.

—¿Tan pronto?

—No inmediatamente. Al parecer ya está hablando con alguien.

No podía creerlo.

—¿No puedes decir que no? Ya estuviste casada.

—Pero fue un matrimonio sin hijos, y soy demasiado joven para quedarme sola. Tuve que volver con mi familia. Mi padre insistió en ello para protegerme.

Ambas conocíamos ese código. Las mujeres siempre necesitaban protección del mundo exterior, sobre todo si estaban en edad de casarse.

—Lo siento —dije.

—Es lo que es. Lo sabes tan bien como yo.

Reí con amargura.

—Sí.

—Ayer vi a tu esposo cuando fui a visitar la mansión Vitiello con mis padres. Es... imponente.

—Aterrador —agregué en voz baja. La expresión de Valentina se ablandó, pero nuestra conversación fue interrumpida cuando madre y Gianna salieron de la habitación. Y poco después llegaron más invitados.

Los regalos fueron de todo tipo, desde lencería a joyería hasta certificados por un día en un spa de lujo en Nueva York. Sin embargo, la lencería fue lo peor, y cuando abrí el regalo de la madrastra de Luca, Nina, tuve problemas para mantener una expresión seria. Levanté el camión blanco apenas existente y sonreí tensa. Todo el centro era transparente y era tan corto que ni siquiera cubriría mis piernas. Debajo de él, en la caja de regalo, había una pieza más pequeña de ropa: bragas de encaje blanco que revelarían la mayor parte de mi trasero y se mantenían unidas por un arco en la parte posterior. Un coro de murmullos de admiración provino de las mujeres a mi alrededor.

Me quedé boquiabierta ante la lencería. Gianna colocó discretamente la punta de su dedo en su sien.

—Esto es para tu noche de bodas —dijo Nina con un brillo calculador en sus ojos—. Apuesto que Luca amará quitártelo. Debemos complacer a nuestros maridos. Luca sin duda esperará algo atrevido.

Asentí.

—Gracias.

¿Acaso Luca le había dado esto a su madrastra para que me lo diera? No me sorprendería de su parte. No después de que él hubiera comprado las pastillas anticonceptivas para mí. Mi estómago se retorció por la preocupación, y solo se puso peor cuando la mujer empezó a hablar de su noche de bodas.

—¡Estaba tan avergonzada cuando llegó el momento de la presentación de sábanas! —susurró Cosima, la prima de Luca.

—¿La presentación de sábanas? —pregunté.

La sonrisa de Nina fue condescendiente cuando dijo:

—¿Tu madre no te lo explicó?

Miré a mi madre, quien apretó los labios, dos manchas rojas aparecieron en sus mejillas.

—Es una tradición siciliana que la familia ha mantenido con orgullo durante generaciones —explicó Nina, sus ojos fijos en mi rostro—. Después de la noche de bodas, las mujeres de la familia del novio van con la pareja a recoger las sábanas donde pasaron la noche. Luego las sábanas se presentan a los padres de la novia y el

novio y a todo aquel que quiera ver la prueba de que el matrimonio ha sido consumado y que la novia era pura.

Cosima rio.

—También se llama la tradición de las sábanas sangrientas por esa razón.

Mi cara estaba congelada.

—¡Esa es una tradición bárbara! —siseó Gianna—. Madre, no puedes permitirlo.

—No depende de mí —dijo madre.

—Así es. No abandonaremos nuestras tradiciones. —Nina se dirigió a mí—. Y por lo que sé has estado bien protegida de la atención masculina, así que, no hay nada que temer. Las sábanas probarán tu honor.

Los labios de Gianna se crisparon, pero todo en lo que podía pensar era que esta tradición significaba que definitivamente tenía que dormir con Luca.

Cinco

*Traducido por M.Arte, Apolineah17, Luisa.20, Lyla y Beatrix85
Corregido por Camii*

La tarde antes del día de la boda, mi familia salió del Mandarin Oriental y se dirigió a la mansión Vitiello en los Hamptons. Era una enorme construcción inspirada en palacios italianos, rodeada por poco más de una hectárea de jardines. El camino de entrada era largo y sinuoso, dando lugar a cuatro cocheras dobles y dos casas de huéspedes hasta finalizar en la mansión de frente blanco y techo con tejas rojas. Estatuas de mármol blanco se situaban en la base de la escalera doble que conducía a la puerta principal.

En el interior, los techos decorados, columnas y pisos de mármol blanco, la vista de la bahía y la larga piscina a través de las ventanas panorámicas me dejaron sin aliento. El padre y la madrastra de Luca nos llevaron hacia el segundo piso del ala izquierda, donde se encontraban nuestras habitaciones.

Gianna y yo insistimos en compartir habitación. No me importaba si nos hacía ver inmaduras. La necesitaba a mi lado. Desde la ventana podíamos ver cómo los trabajadores comenzaban a levantar el enorme pabellón que serviría mañana como iglesia. Más allá, el océano se agitaba. Luca no llegaría hasta el día siguiente, así no podríamos cruzarnos por accidente antes de la boda, lo que significaría mala suerte. Sinceramente no sé cómo podía tener más mala suerte de la que ya tenía.

48

—¡Hoy es el día! —dijo madre con falsa alegría.

Me arrastré fuera de la cama. Gianna tiró de las mantas sobre su cabeza, murmurando algo acerca de ser demasiado temprano.

Madre suspiró.

—No puedo creer que compartieran habitación como niñas de cinco años.

—Alguien tenía que asegurarse que Luca no entrara —dijo Gianna por debajo de la manta.

—Umberto patrulló el corredor.

—Como si él protegería a Aria de Luca —murmuró Gianna, sentándose finalmente. Su cabello rojo era un desastre.

Madre frunció los labios.

—Tu hermana no necesita protección de su esposo.

Gianna resopló, pero madre la ignoró y me hizo entrar al baño.

—Tenemos que preparate. La esteticista estará aquí en cualquier momento. Toma una ducha rápida.

A medida que el agua caliente se vertía sobre mí, la compresión se instaló. Esto era todo, el día que había estado temiendo durante tanto tiempo. Esta noche sería Aria Vitiello, esposa del futuro Capo dei Capi y ex-virgen. Me apoyé contra la cabina de la ducha. Deseé ser como otras novias. Deseé poder disfrutar de este día. Deseé no tener que esperar mi noche de bodas con temor, pero había aprendido hace mucho tiempo que desear no cambia nada.

49

Cuando salí de la ducha, sentí frío. Ni siquiera mi suave bata de baño pudo detener mi estremecimiento. Alguien llamó y Gianna entró con una taza y un plato en la mano.

—Ensalada de frutas y café. Al parecer no puedes comer panqueques porque podría hincharte. Qué mierda.

Tomé el café, pero negué con la cabeza a la comida.

—No tengo hambre.

—No puedes ir todo el día sin comer o te desmayarás cuando camines por el pasillo. —Hizo una pausa—. Aunque, pensándolo bien, me encantaría ver la cara de Luca cuando lo hagas.

Tomé un sorbo de café y luego del tazón de Gianna saqué y comí unos trozos de plátano. Realmente no quería desmayarme. Padre se pondría furioso y Luca probablemente tampoco estaría muy feliz por ello.

—La esteticista ha llegado con su séquito. Podrías pensar que se necesitan para embellecer un ejército de pescadoras.

Sonreí débilmente.

—No las hagamos esperar.

Su mirada preocupada me siguió a medida que entrabamos al dormitorio, donde Lily y mi madre estaban esperando junto con las tres esteticistas. Comenzaron su trabajo a la vez, depilando con cera mis piernas y axilas. Cuando pensé que la tortura había terminado, la esteticista preguntó:

—¿También la zona del bikini? ¿Sabe cómo la prefiere su esposo?

Mis mejillas explotaron con rubor. Madre en realidad me miró en espera de una respuesta. Como si supiera algo sobre Luca y sus preferencias, especialmente en lo referente al vello corporal.

—Tal vez podríamos llamar a una de sus putas —sugirió Gianna.

Madre jadeó.

—¡Gianna!

Lily parecía desorientada sobre toda la situación. Podría ser la reina del coqueteo pero eso era todo.

—Voy a quitar todo excepto un pequeño triángulo, ¿de acuerdo? —dijo la esteticista con voz suave y asentí, dándole una sonrisa de agradecimiento.

50

Nos tomó horas prepararnos. Cuando nuestro maquillaje estuvo listo y mi cabello quedó recogido en un elaborado peinado que más tarde sostendría el velo y la diadema de diamantes, mis tías Livia y Ornatella entraron con mi vestido de novia y los vestidos de dama de honor de Lily y Gianna. Faltaba solo una hora para la ceremonia.



Observé mi reflejo. El vestido era precioso; la cola se desplegaba a mi espalda, el bordado de platino brillaba donde la luz del sol lo golpeaba, y la cima de la cintura estaba acentuada por una cinta de satén blanco.

—Me encanta el corte corazón. Te da un escote impresionante —dijo tía Livia. Ella era la madre de Valentina.

—Luca seguramente lo apreciará —comentó tía Ornatella.

Algo en mi rostro debe haberle dicho a mi madre que estaba a punto de tener un ataque de nervios, así que apresuró a mis tías para que salgan.

—Dejemos que las tres chicas tengan un momento.

Gianna apareció a mi lado. Su cabello rojo contrastaba maravillosamente con el vestido color menta. Abrió la caja con el collar. Diamantes y perlas rodeados por intrincados hilos de oro blanco.

—Luca no escatima en costes, ¿verdad? Este collar y tu diadema probablemente cuestan más de lo que la mayoría de la gente paga por su casa.

La conversación y la risa de los invitados reunidos se elevaban desde los jardines a través de la ventana abierta en la habitación. De vez en cuando se oía un ruido metálico.

—¿Qué es ese ruido? —pregunté, tratando de distraerme. Gianna caminó hasta la ventana y se asomó.

—Los hombres están sacando sus armas y poniéndolas en cajas de plástico.

—¿Cuántas?

Gianna arqueó una ceja.

—¿Cuántas armas coloca cada hombre?

—Una. —Ella frunció el ceño, entonces cayó en cuenta y asentí con gravedad—. Solo un tonto saldría de casa con menos de dos armas de fuego.

—Entonces, ¿por qué el espectáculo?

—Es simbólico —dije. *Al igual que esta horrible boda.*

—Pero si todos quieren paz, ¿por qué no asistir desarmados? Es una boda, después de todo.

—Ha habido bodas rojas antes. Vi fotos de una boda donde no se podía decir el color del vestido de la novia. Estaba empapado en sangre.

Lily se estremeció.

—Eso no va a suceder hoy, ¿verdad?

Cualquier cosa era posible.

—No, Chicago y Nueva York se necesitan demasiado entre sí. No pueden correr el riesgo de derramar sangre mientras la Bratva y los Taiwaneses representen una amenaza.

Gianna bufó.

—Oh genial, eso es reconfortante.

—Lo es —dije firmemente—. Al menos sabemos que nadie va a venir a hacer daño hoy. —Mi estómago se retorció en un nudo. Excepto por mí, tal vez. Probablemente.

Gianna envolvió sus brazos alrededor de mí por detrás y descansó la barbilla en mi hombro desnudo.

—Todavía podemos huir. Podríamos quitarte el vestido y salir a hurtadillas. Están todos ocupados. Nadie se daría cuenta.

Lily asintió vigorosamente y se levantó de donde estaba encaramada en la cama.

Luca se daría cuenta. Forcé una sonrisa valiente.

—No. Es demasiado tarde.

—No lo es —siseó Gianna—. No te rindas.

—Habrá sangre en mis manos si rompo el acuerdo. Se matarían entre sí en retribución.

—Todos tienen sangre en sus manos. Cada puta persona en el jardín.

—No digas groserías.

—¿En serio? Una dama no maldice. —Gianna imitó la voz de nuestro padre al decirlo—. ¿Desde cuándo te comportas como una jovencita obediente?

Aparté la vista. Ella tenía razón. Eso me había llevado directamente a los brazos de uno de los hombres más letales en el país.

—Lo siento —susurró Gianna—. No lo dije en serio.

Entrelacé nuestros dedos.

—Lo sé. Y tienes razón. La mayoría de las personas en el jardín tienen sangre en sus manos y merecen morir, pero son nuestra familia, lo único que tenemos. Y hay inocentes como Fabiano.

—Fabiano tendrá sangre en sus manos muy pronto —dijo Gianna con amargura—. Se convertirá en un asesino.

No podía negarlo. Fabiano comenzaría su proceso de iniciación a los doce. Si lo que Umberto había dicho era cierto, Luca había matado a su primer hombre a los once.

—Pero ahora es inocente, y por ahí hay otros niños y mujeres así.

Gianna me inmovilizó con una dura mirada en el espejo.

—¿De verdad crees que alguno de nosotros es inocente?

Haber nacido en nuestro mundo significaba haber nacido con sangre en las manos. Con cada respiración que tomábamos, el pecado era grabado profundamente en nuestra piel. Nacido en sangre. Jurado en sangre, como el lema de la Cosa Nostra de Nueva York.

—No.

Gianna sonrió sombríamente. Lily se acercó a la cama y levantó mi velo unido a la diadema. Doblé las rodillas para que así pudiera fijarlo en lo alto de mi cabeza. Ella lo alisó suavemente hacia afuera.

—Desearía que te estuvieras casando por amor. Desearía que pudiéramos reír sobre tu noche de bodas. Desearía que no lucieras tan jodidamente triste —dijo Gianna con fiereza.

El silencio entre nosotras se extendió. Lily eventualmente asintió hacia la cama.

—¿Aquí es donde dormirás esta noche?

Mi garganta se tensó.

—No, Luca y yo pasaremos la noche en el dormitorio principal. —No creía que consiguiera mucho, si es que algo, de descanso.

Alguien llamó y cuadré los hombros, poniendo mi expresión serena. Bibiana y Valentina entraron, seguidas por madre.

—Guau Aria, estás hermosa. Tu cabello se ve como oro hilado —dijo Valentina. Ella ya llevaba su vestido de dama de honor y el color menta se veía precioso con su cabello oscuro. Técnicamente, solo a las mujeres solteras se les permitía ser damas de honor, pero mi tío había insistido en que hiciéramos una excepción con Valentina. Él estaba realmente interesado en encontrar un nuevo esposo para ella. Bibiana llevaba un vestido granate que llegaba hasta el suelo con mangas largas a pesar del calor de verano. Probablemente estaba destinado a ocultar cuán delgada se había puesto.

Forcé una sonrisa. Madre tomó el brazo de Lily.

—Vamos, Liliana, tus primas necesitan hablar con tu hermana. —Condujo a Lily fuera de la habitación y luego miró hacia atrás, hacia Gianna quien estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el sofá.

—¿Gianna?

Gianna la ignoró.

—Me voy a quedar. No dejaré a Aria sola.

Madre sabía que era mejor no discutir con mi hermana cuando estaba de mal humor, así que cerró la puerta.

—¿De qué se supone que hablarán conmigo?

—De tu noche de bodas —dijo Valentina con una sonrisa de disculpa.

Bibiana hizo una mueca, lo cual me recordó lo joven que era. Solo veintidós años. Se había puesto delgada. No podía creer que hubieran elegido enviar a estas dos para hablar conmigo sobre mi noche de bodas. El rostro de Bibiana hablaba de su infelicidad. Desde su boda con un hombre casi treinta años mayor que ella, se había estado desvaneciendo. ¿Eso estaba destinado a calmar mis miedos? Y Valentina había perdido a su esposo hace seis meses en un altercado con los rusos. ¿Cómo podían esperar que hable de felicidad conyugal?

Alisé mi vestido con nerviosismo.

Gianna negó con la cabeza.

—¿Quién las envió de todos modos? ¿Luca?

—Tu madre —dijo Bibiana—. Quiere asegurarse que sepas lo que se espera de ti.

—¿Lo que se espera de ella? —siseó Gianna—. ¿Qué hay con lo que Aria quiere?

—Es lo que es —dijo Bibiana con amargura—. Esta noche Luca esperará reclamar sus derechos. Al menos él es guapo y joven.

La lástima por ella se despertó en mí, pero al mismo tiempo mi propia ansiedad hizo difícil consolarla. Tenía razón. Luca era apuesto. No podía negarlo, pero eso no cambiaba el hecho de que estaba aterrada por tener intimidad con él. No me parecía un hombre que fuera gentil en la cama. Mi estómago se sacudió de nuevo.

Valentina se aclaró la garganta.

—Luca sabrá qué hacer.

—Tú simplemente acuéstate boca arriba y dale lo que quiere —añadió Bibiana—. No trates de luchar contra él; eso solo lo empeorará.

Todas la observamos y ella apartó la mirada.

Valentina tocó mi hombro.

—No estamos haciendo un buen trabajo consolándote. Lo siento. Estoy segura que estará bien.

Gianna resopló.

—Tal vez madre debería haber invitado a una de las mujeres que Lucas se ha follado a la boda. Ellas podrían haberte dicho qué esperar.

—Grace está aquí —dijo Bibiana, luego se puso roja, y tartamudeó—: Quiero decir, eso es solo un rumor. Yo... —Miró hacia Valentina en busca de ayuda.

—¿Una de las viejas novias de Luca está aquí? —susurré.

Bibiana se estremeció.

—Pensé que sabías. Y en realidad no era su novia, era más como un juguete. Luca ha estado con muchas mujeres.

55

Cerró la boca de golpe. Estaba luchando por el control. No podía dejar que la gente viera lo débil que era. ¿Por qué incluso me importaba si la puta de Luca estaba en la boda?

—Está bien —dijo Gianna poniéndose de pie—. ¿Quién carajo es Grace y por qué mierda está invitada a esta boda?

—Grace Parker. Es la hija de un senador de Nueva York que está en la nómina de la mafia —explicó Valentina—. Tenían que invitar a su familia.

Las lágrimas nublaron mi visión y Gianna se apresuró hacia mí.

—Oh, no llores Aria. No vale la pena. Luca es un idiota. Ya sabías eso. No puedes dejar que sus acciones lleguen hasta ti.

Valentina me entregó un pañuelo.

—Vas a arruinar tu maquillaje.

Parpadeé un par de veces hasta que tuve control de mis emociones.

—Lo siento. Solo estoy un poco emocional.

—Creo que es mejor si se marchan ahora —dijo Gianna bruscamente, ni siquiera mirando a Bibiana y a Valentina. Hubo crujidos y después la puerta se abrió y se cerró. Gianna envolvió sus brazos alrededor de mí—. Si él te hace daño, lo mataré. Lo juro. Tomaré una de esas malditas armas y pondré un agujero en su cabeza.

Me apoyé contra ella.

—Sobrevivió a la Bratva y a la Tríada, y es el boxeador más temido en la familia de Nueva York, Gianna. Él te mataría primero.

Gianna se encogió de hombros.

—Lo haría por ti.

Me aparté.

—Aún eres mi hermana menor. Yo debería protegerte.

—Nos protegeremos la una a la otra —susurró—. Nuestro vínculo es más fuerte que sus estúpidos juramentos, la Omertá¹ y sus votos de sangre.

—No quiero dejarte. Odio que tenga que mudarme a Nueva York.

Gianna tragó fuerte.

—Te visitaré a menudo. Padre estará feliz de librarse de mí.

Hubo un golpe y madre entró.

—Es hora. —Escaneó nuestros rostros pero no hizo ningún comentario. Gianna dio un paso atrás, sus ojos ardiendo en los míos. Luego se dio la vuelta y salió. Los ojos de madre se enfocaron en el ligero de encaje blanco sobre mi tocador—. ¿Necesitas ayuda para ponértelo?

Negué con la cabeza y lo deslicé hasta arriba hasta que llegó a descansar sobre la parte superior de mi muslo. Más tarde esta noche Luca lo quitaría con su boca y lo lanzaría hacia el grupo de solteros reunidos. Alisé mi vestido de novia.

—Vamos —dijo madre—. Todos están esperando.

Me entregó mi ramo de flores, un hermoso arreglo de rosas blancas, rosas nácar y ranúnculos rosas. Caminamos en silencio a través de la casa vacía, mis tacones resonando sobre los pisos de mármol. Mi corazón latía con fuerza en mi pecho mientras atravesábamos la puerta corredera de cristal hacia la terraza con vistas al patio trasero y a la playa. La parte del frente del jardín estaba ocupada por el enorme

¹ La ley del silencio u omertá, es el código de honor siciliano que prohíbe informar sobre las actividades delictivas consideradas asuntos que incumben a las personas implicadas.

pabellón blanco donde se llevaría a cabo la ceremonia de la boda. Pero detrás del pabellón docenas de mesas habían sido colocadas para la fiesta posterior. Me llegaban voces desde el interior del pabellón donde los invitados estaban esperando mi llegada. Un camino de pétalos de rosas rojas conducía desde la terraza hasta la entrada del pabellón. Seguí a madre dentro del pequeño espacio entre la parte exterior y la parte principal del pabellón. Padre estaba esperando y se enderezó cuando entramos. Madre le dio un breve asentimiento antes de entrar a la capilla improvisada. Su sonrisa lucía seria cuando me ofreció su brazo.

—Te ves hermosa —dijo en voz baja—. Luca no sabrá lo que le golpeó.

Agaché la cabeza.

—Gracias, padre.

—Se una buena esposa, Aria. Luca es poderoso y una vez que tome el lugar de su padre, su palabra será ley. Haz que me sienta orgulloso, haz que la Organización se sienta orgullosa.

Asentí, mi garganta demasiado apretada para las palabras. La música empezó a sonar: un cuarteto de cuerdas y un piano. Padre bajó mi velo. Me alegré de tener una capa extra de protección, sin importar cuán delgada sea. Tal vez ésta ocultaría mi expresión desde lejos.

Padre me llevó hacia la entrada y dio una orden en voz baja. La tela se separó, revelando el largo pasillo y muchos cientos de invitados a cada lado de este. Mis ojos fueron atraídos hacia el final del pasillo donde Luca estaba de pie. Alto e imponente en su traje y chaleco de color carbón con un lazo plateado y camisa blanca. Sus padrinos estaban vestidos con un chaleco y pantalones de vestir de un gris más claro, y no llevaban chaqueta, así como corbatín en lugar de una corbata. Fabiano era uno de ellos, con solo ocho, mucho más pequeño que los demás hombres.

Mi padre me empujó a lo largo del pasillo y mis piernas parecieron llevarme por propia voluntad a medida que mi cuerpo se sacudía con nervios. Traté de no mirar a Luca, en su lugar observé a Gianna y a Liliana por el rabillo de mi ojo. Ellas eran las dos primeras damas de honor y verlas me dio la fuerza suficiente para mantener la cabeza en alto y no salir corriendo.

Pétalos de rosas blancas cubrían mi camino y quedaban aplastadas debajo de mis pies. Eso era un poco simbólico en sí mismo, aunque estaba segura que no estaba destinado a serlo.

La caminata nos llevó siglos y aun así terminó demasiado pronto. Luca extendió su mano, con la palma hacia arriba. Mi padre tomó las esquinas de mi velo

y lo levantó, luego depositó mi mano sobre la de Luca, cuyos ojos grises parecieron arder con una emoción que no pude entender. ¿Podía sentir mi temblor? No me encontré con su mirada.

El sacerdote nos recibió en su blanca toga, luego los invitados, antes de que comenzará su oración de apertura. Traté de no desmayarme. El apretón de Luca era la única cosa que me mantenía centrada. Tenía que ser fuerte. Cuando el sacerdote finalmente llegó a las líneas finales del evangelio, mis piernas apenas eran capaces de soportarme. Anunció el rito de matrimonio y todos los invitados se levantaron de sus sillas.

—Luca y Aria —nos llamó el padre—. ¿Han venido aquí libremente y sin reservas para entregarse el uno al otro en matrimonio? ¿Amarán y honrarán al otro como hombre y mujer por el resto de sus vidas?

Mentir era un pecado, pero también lo era matar. Y este salón *exudaba* pecado.

—Sí —dijo Luca con su voz profunda y un momento más tarde mi propio “sí” le siguió. Salió firme.

—Ya que es su intención contraer matrimonio, unan sus manos derechas y declaren su consentimiento ante Dios y su Iglesia.

58

Luca apretó mis manos. Las suyas estaban calientes contra mi fría piel. Nos enfrentamos el uno al otro y no tuve más remedio que mirarlo a los ojos.

—Yo, Luca Vitiello, te tomo a ti Aria Scuderi, como mi esposa. Prometo ser fiel en las buenas y en las malas, en la enfermedad y en la salud. Te amaré y te honraré todos los días de mi vida. —Qué dulces sonaban las mentiras en su boca.

Recité las esperadas palabras y el sacerdote bendijo nuestros anillos. Mis latidos iban tan rápidos como aleteos de colibrí. Luca tomó mi anillo del cojín rojo. Mis dedos temblaban como hojas al viento a medida que los levantaba, su mano fue fuerte, firme y estable cuando tomó la mía.

—Aria, acepta este anillo como un signo de mi amor y fidelidad. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Deslizó el anillo en mi dedo. De oro blanco con veinte pequeños diamantes.

Lo que tiene intención de ser un signo de amor y devoción para otras parejas no era más que un testimonio de su propiedad sobre mí. Un recordatorio diario de la jaula de oro en la que estaría atrapada el resto de mi vida. Hasta que la muerte nos separe no era una promesa vacía como sucede con tantas otras parejas que entraban al sagrado vínculo del matrimonio. No había manera de salir de esta unión para mí. Era de Luca hasta el amargo final. Las últimas palabras del juramento que los hombres

hacían cuando iniciaban en la mafia podrían muy bien haber sido el cierre de mi voto matrimonial: *Entro con vida y tendré que salir muerta.*

Era mi turno para decir las palabras y deslizar el anillo en el dedo de Luca. Por un momento, no estuve segura si podía lograrlo. El temor sacudiendo mi cuerpo era tan fuerte que Luca tuvo que tomar mi mano y ayudarme. Esperé que nadie lo hubiera notado, pero los usuales ojos afilados de Matteo descansaban en mis dedos. Él y Luca eran cercanos; probablemente se reirían de mi miedo por largo tiempo.

Debería haber corrido cuando aún tenía la oportunidad. Ahora, con los cientos de rostros de las familias de Chicago y Nueva York observando detrás de nosotros, huir ya no era una opción. Tampoco el divorcio. La muerte era el único final aceptable para un matrimonio en nuestro mundo. Incluso si me las arreglaba para escapar de los ojos vigilantes de Luca así como de sus secuaces, la violación a nuestro acuerdo significaría la guerra. Nada de lo que mi padre pudiera decir impediría a la familia de Luca ejercer venganza por hacerles quedar en ridículo.

Mis sentimientos no importaban, nunca lo hicieron. Había estado creciendo en un mundo donde no se conceden opciones, especialmente a las mujeres.

Esta boda no iba del amor, la confianza o la elección. Iba sobre el deber y el honor, de hacer lo que se espera.

59

Un vínculo para asegurar la paz.

No era idiota. Sabía de qué otra cosa se trataba todo esto: dinero y poder. Ambos estaban disminuyendo desde que la Mafia Rusa “la Bratva”, la Tríada Taiwanesa, y otras organizaciones del crimen habían estado tratando de ampliar su influencia en nuestros territorios. Todas las familias italianas en los EE.UU. necesitaban dejar a un lado sus luchas internas y trabajar juntas para vencer a sus enemigos. Debería estar honrada de casarme con el hijo mayor de la familia de Nueva York. Eso es lo que mi padre y cada otro pariente masculino habían intentado decirme desde mi compromiso con Luca. Lo sabía, y no era como si no hubiera tenido tiempo para prepararme para este momento exacto y, sin embargo, el miedo atenaza mi cuerpo encorsetado en un agarre implacable.

—Puede besar a la novia —dijo el sacerdote.

Levanté la cabeza. Cada par de ojos en el pabellón me escudriñó, esperando un destello de debilidad. Padre se pondría furioso si dejaba que mi terror se mostrara en mi expresión y la familia de Luca lo utilizaría contra nosotros.

Pero había crecido en un mundo donde una máscara perfecta era la única protección que tenían las mujeres y no tuve problemas para adoptar una expresión plácida. Nadie sabría lo mucho que quería escapar. Nadie más que Luca. No podía

esconderme de él, sin importar cuánto lo intentara. Mi cuerpo no paraba de temblar. A medida que mi mirada se encontraba con los ojos grises y fríos de Luca, me di cuenta que lo sabía. ¿Con qué frecuencia había infundido miedo en los demás? Reconocerlo era probablemente una segunda naturaleza para él.

Se inclinó para cubrir los veinticinco centímetros que se elevaba por encima de mí. Sin ninguna señal de duda, miedo o vacilación en su rostro. Mis labios temblaron contra su boca a medida que sus ojos se clavaban en los míos. Su mensaje era claro: *Eres mía.*

No exactamente. Pero lo sería esta noche. Un estremecimiento me recorrió y los ojos de Luca se estrecharon brevemente antes de que los rasgos de su rostro se volvieran en una apretada sonrisa a medida que encarábamos a los invitados aplaudiendo. Él podía cambiar su expresión en un segundo. Tendría que aprender a hacerlo si quería una oportunidad en este matrimonio.

Luca y yo caminamos más allá del pasillo, los invitados aplaudiendo, y dejamos el pabellón. Fuera, docenas de camareros esperaban con copas de champagne y pequeños platos de canapés. Era nuestro turno de aceptar las bendiciones de cada invitado antes de poder dirigirnos a las mesas y sentarnos para la cena. Luca tomó dos copas de champagne y me ofreció una.

60

Luego apretó mi mano otra vez y no pareció tener alguna intención de soltarla en ningún momento. Se inclinó, sus labios rozando mi oreja y susurró:

—Sonríe. Eres una novia feliz, ¿recuerdas?

Me puse rígida peroforcé la más brillante sonrisa en mi cara mientras los primeros invitados se apilaban fuera del pabellón y se alineaban para hablar con nosotros.

Mis piernas comenzaron a doler cuando ya habíamos pasado la mitad de nuestros invitados. Las palabras dichas a nosotros eran siempre las mismas. Elogios para mí y mi belleza, y felicitaciones a Luca por tener una esposa tan hermosa, como si eso fuera todo un logro, siempre seguidos por insinuaciones no tan ocultas sobre la noche de bodas. No estaba segura si mi cara permaneció alegre en todo el transcurso. Aunque Luca se mantuvo observándome como si quisiera asegurarse que seguía manteniendo la farsa.

Bibiana y su esposo fueron los siguientes. Él era pequeño, gordo y calvo. Cuando besó mi mano me obligué a no estremecerme. Después de unas pocas palabras de felicitación obligatorias, Bibiana agarró mis brazos y me acercó a su cuerpo para susurrarme al oído:

—Hazlo ser bueno contigo. Hazlo amarte si puedes. Es la única manera de pasar por esto.

Después se alejó y su esposo envolvió su mano alrededor de su cintura, con una carnosita mano posándose en su cadera, y luego se fueron.

—¿Qué te dijo? —preguntó Luca.

—Nada —dije rápidamente, contenta por los siguientes buenos deseos que evitaron que Luca me pregunte más cosas. Asentí y sonreí, pero mi mente zumbó alrededor de lo que Bibiana me había dicho. No estaba segura si alguien podía hacer que Luca hiciera algo que no quiera. ¿Podía hacerlo *querer* ser bueno conmigo? ¿Podía hacerlo *querer* amarme? ¿Era incluso capaz de sentir tal emoción?

Arriesgué una mirada a él mientras hablaba con un soldado del grupo de Nueva York. Estaba sonriendo. Sintiendo mis ojos sobre él, se volvió y por un momento nuestras miradas se encontraron. Había la más oscura y ardiente posesividad en sus ojos y enviaron un estremecimiento de miedo a través de mi cuerpo. Dudé que hubiera un parpadeo de gentileza o amor en su negro corazón.

—Felicidades, Luca —dijo una fuerte voz femenina. Luca y yo nos volteamos y algo en su comportamiento cambió ligeramente.

—Grace —dijo Luca con un asentimiento.

Mis ojos se detuvieron sobre la mujer, incluso cuando su padre el Senador Parker comenzó a hablar conmigo. Era hermosa de una manera artificial con una nariz demasiado estrecha, labios rellenos y un escote que hacía que mi moderado pecho pareciera un juego de niños. No creí que algo de eso fuera natural. O quizá mis celos estaban hablando. Alejé el pensamiento tan rápido como había llegado.

Con una mirada en mi dirección, ella se inclinó y le dijo algo a Luca. Su cara permaneció en una máscara pasiva. Finalmente, se volvió a mí y me abrazó. Me tuve que forzar a no ponerme rígida.

—Debería advertirte. Luca es una bestia en la cama, también está equipado como tal. Te dolerá cuando te tome y no le importará. No le importa nada sobre ti o tus ridículas emociones. Te follará como un animal. Te follará como un maldito salvaje —murmuró, luego dio un paso atrás y siguió a sus padres.

Pude sentir el color drenándose en mi cara. Luca tomó mi mano y me estremecí, pero la apretó de todas maneras. Me concentré en mí y lo ignoré. No podía mirarlo ahora, no después de lo que esa mujer había dicho. No importaba si era necesario invitarla a ella y a sus padres. Luca debería haberlos mantenidos lejos.

Podía notar que se frustraba con mi continúa negativa a encontrarme con su mirada a medida que hablábamos con los últimos invitados. Cuando caminamos hacia las mesas que habían sido establecidas bajo el techo de guirnaldas unidas a las vigas de madera, dijo:

—No puedes ignorarme para siempre, Aria. Ahora estamos casados.

Ignoré eso también. Estaba aferrándome a mi compostura con desesperado abandono y aun así la sentía deslizarse a través de mis dedos como arena. No podía, *no rompería* a llorar en mi propia boda, sobre todo porque nadie las confundiría con lágrimas de felicidad.

Antes de que pudiéramos tomar nuestros asientos, un coro de “Bacio, Bacio²” estalló entre nuestros invitados. Había olvidado esa tradición. Cada vez que los invitados gritaran las palabras tendríamos que besarnos hasta que estuvieran satisfechos. Luca me atrajo contra su pecho duro como una piedra y presionó otro beso contra mis labios. Traté en vano de no estar tan rígida como una muñeca de porcelana, sin ningún resultado. Luca me soltó y, finalmente, se nos permitió sentarnos.

Gianna se sentó a mi lado, luego se inclinó para susurrarme al oído:

—Me alegra que no empujara su lengua hasta tu garganta. No creo que pudiera tragar algún alimento si tuviera que ser testigo de eso.

También me alegró. Ya estaba lo suficientemente tensa. Si Luca realmente trataba de profundizar un beso frente a cientos de invitados, podría perder por completo la compostura.

Matteo se sentó junto a Luca y le dijo algo que hizo que ambos se rieran. Ni siquiera quiero saber qué clase de broma obscena podría haber sido. El resto de los asientos en la mesa pertenecían a mis padres, Fabiano y Lily, al padre de Luca y su madrastra, así como a Fiore Cavallaro, su esposa y su hijo Dante. Sabía que debería estar hambrienta. Lo único que había comido en todo el día eran los pocos trozos de plátano por la mañana, pero mi estómago parecía contento de vivir solo de miedo.

Matteo se levantó de su silla después que todo el mundo se hubo acomodado y golpeó su cuchillo contra la copa de champaña para silenciar a la multitud. Con una inclinación de cabeza hacia Luca y a mí, comenzó su brindis.

—Damas y caballeros, viejos y nuevos amigos, hemos venido aquí hoy para celebrar la boda de mi hermano Luca y su impresionante y hermosa esposa Aria...

² **Bacio:** “beso” en italiano.

Gianna alcanzó mi mano debajo de la mesa. Odiaba tener la atención de todos sobre mí, pero fingí una sonrisa brillante. Matteo pronto hizo varios chistes inapropiados que tuvieron a casi todo el mundo bramando e incluso Luca se inclinó hacia atrás en su silla con una sonrisa engreída, que parecía ser la única clase de sonrisa que se permitía la mayor parte del tiempo. Después de Matteo, fue el turno de mi padre; alabó la gran colaboración de la mafia de Nueva York y la Organización de Chicago, haciendo que sonara como si esto fuera una fusión de negocios y no una fiesta de bodas. Por supuesto también dio algunas indirectas que era el deber de una esposa obedecer y agradar a su marido.

Gianna agarró mi mano con tanta fuerza que para entonces estaba preocupada que se cayera. Por fin, fue el turno del padre de Luca para brindar por nosotros. Salvatore Vitiello no era tan impresionante, pero cada vez que sus ojos se posaban en mí, tenía que reprimir un escalofrío. La única cosa buena de escuchar el brindis era que nadie podría gritar “Bacio, Bacio” y que la atención de Luca estaba centrada en otros lugares. Sin embargo, ese respiro duró poco.

Los mozos comenzaron a montar las mesas con los aperitivos; todo, desde la ternera Carpaccio, el Vitel Toné, la mozzarella di Bufala, toda una pata de jamón de Parma, sobre una selección de quesos italianos, ensalada de pulpo, calamares marinados, así como ensaladas verdes y ciabiatta. Gianna agarró un pedazo de pan y lo mordió, y luego dijo:

—Quise hacer un brindis como tu dama de honor pero padre lo prohibió. Parecía preocupado que dijera algo para avergonzar a nuestra familia.

Luca y Matteo miraron en nuestra dirección. Ella no se había molestado en bajar su voz y deliberadamente ignoró la mirada de muerte de padre. Tiré de su brazo. No quería que se metiera en problemas. Con un resoplido, llenó su plato con aperitivos y empezó a comer. Mi plato aún estaba vacío. Un mozo me llenó la copa con vino blanco y tomé un sorbo. Ya había bebido una copa de champaña; eso combinado con el hecho de que no había comido mucho durante todo el día me hizo sentir un poco mareada.

Luca puso una mano sobre la mía, impidiéndome tomar otro trago.

—Deberías comer.

Si no hubiera sentido los ojos de todos en la mesa sobre mí, habría ignorado su advertencia y bebido el vino. Agarré una rebanada de pan, comí un bocado, luego puse el resto en mi plato. Los labios de Luca se apretaron pero no trató de convencerme a comer más, ni siquiera cuando la sopa fue servida y la dejé pasar sin tocarla. Sirvieron asado de cordero para el plato principal. La vista de los corderos

enteros me revolvió el estómago pero era tradicional. El cocinero rodó una tabla de rostizados hacia nosotros, ya que teníamos que ser servidos primero. Luca como el esposo consiguió la primera rebanada y antes de que pudiera declinar, le dijo al cocinero que también me diera una. El centro de la mesa se llenó con papas asadas al romero, puré de papas trufado, espárragos a la parrilla y mucho más.

Forcé una porción de cordero y de papa en mi boca antes de dejar mis cubiertos. Mi garganta estaba demasiado cerrada para comer. La acompañé con otro sorbo de vino. Por suerte Luca estaba ocupado hablando con los hombres de la mesa sobre un club de rusos que habían atacado en Nueva York. Incluso Dante Cavallaro, el futuro Jefe de la Organización se veía casi animado cuando hablaba de negocios.

Una banda empezó a tocar cuando la cena hubo terminado, señal de que era el momento para el baile obligatorio. Luca se puso de pie, tendiendo su mano. Dejé que me levante y al mismo tiempo resonó “Bacio, Bacio”. Gianna entrecerró los ojos y escaneó a los invitados, como si estuviera pensando en atacar al culpable que había iniciado el canto.

Cuando Luca me empujó hacia él, tropecé contra su pecho a medida que el mareo me alcanzaba. Por suerte, nadie se dio cuenta, porque sus brazos a mi alrededor me sostuvieron firmes. Sus ojos perforaron los míos cuando bajó sus labios y los rozó contra los míos. La banda tocó más y más rápido, impulsándonos a entrar finalmente a la pista de baile; las mesas se habían colocado en círculos alrededor de ella. Luca mantuvo su brazo alrededor de mi cintura mientras me conducía hacia el centro. Todo el mundo a nuestro alrededor lo veía como un abrazo amoroso, pero era lo único que me mantenía en posición vertical.

Me atrajo contra su pecho para el vals y no tuve más remedio que descansar mi mejilla contra él. Podía sentir una pistola debajo de su chaleco. Incluso el novio no pudo venir a su boda desarmado. Por primera vez me alegraba de su fuerza. No tuvo problemas en mantenerme de pie durante el baile. Cuando terminó, se inclinó.

—Una vez que estemos de vuelta en la mesa, vas a comer. No quiero que te desmayes durante nuestra celebración y mucho menos durante nuestra noche de bodas.

Hice lo que me pidió y me obligué a comer unos cuantos bocados más de papas y carne fría ahora. La mirada alerta de Luca comprobándome mientras hablaba con Matteo. La pista de baile estaba llena con otras personas ahora. Lily se levantó de su silla y le pidió bailar a Romero. Ninguna sorpresa ahí. Él no pudo negarse, por supuesto. Tampoco pude negarme cuando el padre de Luca me pidió un baile. Después de eso me entregaron de un hombre al siguiente hasta que perdí la cuenta de sus nombres y caras. Durante todo momento, los ojos de Luca siguieron cada uno de mis

movimientos, incluso cuando se puso a bailar con las mujeres de nuestras familias. Gianna, tampoco pudo escapar a la pista de baile. La atrapé bailando con Matteo al menos tres veces y su cara se volvía más sombría a cada minuto.

—¿Puedo?

Me sobresalté al oír la voz lejanamente familiar que envió un escalofrío de miedo a través de mi cuerpo. Dante Cavallaro tomó el lugar de quien había bailado antes conmigo. Era alto, aunque no tan alto como Luca, y no tan musculoso.

—No pareces impresionada con los festejos.

—Todo es perfecto —dije mecánicamente.

—Pero no elegiste este matrimonio.

Lo miré boquiabierta. Su cabello rubio oscuro y ojos azules le daban un aspecto de fría eficiencia, mientras que Luca irradiaba brutalidad feroz. Diferentes caras de la misma moneda. En pocos años la Costa Este y el Medio Oeste temblarían bajo sus órdenes. Cerré mi boca.

—Es un honor.

—Y tu deber. Todos tenemos que hacer cosas que no queremos. A veces puede parecer que no tenemos ninguna elección en absoluto.

—Eres un hombre. ¿Qué sabes acerca de no tener opción? —le dije con dureza, y luego me puse rígida y agaché mi cabeza—. Lo siento. Eso estuvo fuera de lugar.

No podía hablar así con alguien que era prácticamente mi Jefe. Entonces recordé que ya no lo era. Ya no caía bajo las reglas de la Organización de Chicago. Con mi matrimonio, me había convertido en parte de la mafia de Nueva York y por lo tanto de Luca y las reglas de su padre.

—Creo que tu marido está ansioso por tenerte de regreso en sus brazos —dijo Dante con una inclinación de cabeza y luego me entregó a Luca, quien le dio una dura mirada. Dos depredadores frente a frente.

Una vez que estuvimos fuera del alcance del oído de Dante Cavallaro, Luca me miró.

—¿Qué quería Cavallaro?

—Felicitarme por los festejos.

Me dio una mirada que dejó en claro que no me creía. Había un atisbo de desconfianza en su expresión.

La música se detuvo y Matteo palmeó sus manos, silenciando a los invitados.

—¡Es hora de aventar la liga!

Dejamos que los invitados se reunieran alrededor de la pista de baile para ver el espectáculo. Algunos incluso se pusieron de pie sobre sillas o sostenían en alto a sus hijos para que todos pudieran ver bien. Luca se arrodilló ante mí bajo los aplausos de nuestros invitados y levantó las cejas. Agarré mi vestido y lo levanté hasta mis rodillas. Él deslizó sus manos hasta mis pantorrillas, sobre mis rodillas y sobre mis muslos. Me inmovilicé por completo ante el tacto de sus dedos en mi piel desnuda. Piel de gallina estalló por todo mi cuerpo. El toque era ligero y nada incómodo, y sin embargo me aterrorizó.

Los ojos de Luca lucieron decididos cuando miró mi cara. Sus dedos rozaron la liga en mi muslo derecho y empujó mi vestido más alto para que todos pudieran ver, revelando toda la longitud de mi pierna. Agarré el dobladillo y él puso los brazos detrás de su espalda, luego se inclinó sobre mi muslo; sus labios rozando la piel debajo de la liga. Inspiré profundo pero traté de mantener mi expresión en modo novia-feliz.

Luca cerró los dientes alrededor del borde de la liga y la bajó por mi pierna hasta que aterrizó en mis tacones blancos. Levanté el pie de modo que pudiera retirar la pieza de encaje. Se enderezó y presentó la liga a la multitud aplaudiendo. Forcé una sonrisa y un aplauso también. La única persona que no estaba sonriendo era Gianna.

—Solteros —gritó Luca con su voz profunda—. Reúnanse alrededor. ¡Tal vez el afortunado será el siguiente en casarse!

Incluso los niños más pequeños dieron un paso adelante, Fabiano entre ellos. Él tenía el ceño fruncido. Madre probablemente lo había obligado a participar. Le guiñé un ojo y él sacó la lengua. No pude dejar de reír, el primer gesto genuino que había logrado durante la fiesta.

Los ojos de Luca se precipitaron hacia mí, con una expresión extraña en su rostro. Rápidamente desvié la mirada. Él levantó el brazo, la liga en su puño antes de arrojarla ante el grupo de hombres que esperaban.

Matteo la arrebató en el aire con una impresionante estocada.

—¿Alguna dama de la Organización está dispuesta a promover la unión entre nuestras familias? —disparó bromeando, moviendo las cejas.

Vítores y risas resonaron de muchas mujeres casadas y solteras. Por supuesto, Lily estaba entre ellas, saltando de arriba abajo con una sonrisa brillante. Todo era un juego para ella. No quería los ojos de Matteo sobre ella, no quería ni su nombre en su

mente cuando pensaba en matrimonio. Como era tradición tenía que escoger a una mujer soltera para bailar.

Luca se acercó a mí, su brazo alrededor de mi cintura en un informal gesto posesivo. Me estremecí ante el contacto inesperado y su cuerpo se puso rígido.

Matteo extendió su mano hacia Lily, que parecía estar cerca de explotar del entusiasmo por haber sido elegida. Mi pecho se apretó. Sabía que era una broma en este momento. Nadie tomaba una niña de catorce años en serio.

Mientras Luca y yo caminábamos hacia la pista de baile, mantuve un ojo en Lily y Matteo. Su mano estaba en lo alto de su espalda, su expresión burlona. No se veía como un hombre que había puesto sus ojos en su futura esposa.

—Si mi hermano se casara con tu hermana, tendrías familia en Nueva York — dijo Luca.

—No voy a dejar que tenga a Lily. —Las palabras fueron feroces. ¿Cómo podía ser dura cuando se trataba de proteger a mi hermana, pero no cuando se trataba de mí?

—No es Lily a quien quiere.

Mis ojos volaron a Gianna, quien se encontraba con los brazos envueltos alrededor de su pecho, los ojos como un halcón, siguiéndonos. Padre no regalaría otra de sus hijas a Nueva York. Si quería reforzar la posición de nuestra familia en la Organización de Chicago, necesitaba asegurarse de tener la suficiente familia a su alrededor. Después que el vals terminó, un ritmo más rápido comenzó y la pista de baile se llenó una vez más con los invitados.

Luca comenzó a bailar con mi madre y yo aproveché el momento para escapar. Necesitaba unos minutos para mí. Levanté mi vestido del suelo y corrí hacia el borde del jardín donde la hierba se reunía a la bahía, antes caminé los pocos pasos que llevaban al muelle, donde un yate estaba al acecho. A mi derecha había una larga playa. El océano se veía negro bajo el cielo de la noche y la brisa tiraba del vestido y arrancaba mechones de mi peinado recogido. Salí de mis zapatos de tacón alto y salté en el muelle, con los pies aterrizando en la arena fresca. Cerrando los ojos, escuché el sonido de las olas. Las tablas de madera crujieron, haciéndome tensarme antes de ver por encima del hombro a Gianna. Se quitó sus propios zapatos y se unió a mí en la playa, pasando un brazo alrededor de mis hombros.

—Mañana te irás a Nueva York y yo me iré de nuevo a Chicago —susurró.

Tragué fuerte.

—Estoy asustada.

—¿De esta noche?

—Sí —admití—. De esta noche y de todas las noches siguientes. De estar sola con Luca en una ciudad que no conozco, rodeada de gente que conozco menos aún, personas que todavía podrían ser el enemigo. De conocer a Luca y descubrir que es el monstruo que creo que es. De estar sin ti, Lily y Fabiano.

—Iremos a visitarte tan a menudo como padre lo permita. Y lo de esta noche.
—La voz de Gianna se endureció—. No puede forzarte.

Dejé escapar una risa ahogada. A veces olvido que Gianna era más joven que yo. Estos eran los momentos que me lo recordaban.

—Puede. *Lo hará.*

—Entonces, lucharás contra él con todo lo que tienes.

—Gianna —dije en un susurro—. Luca va a ser el Capo dei Capi. Es un luchador nato. Se reirá de mí si trato de resistirme. O mi negativa lo hará enojarse y entonces realmente querrá hacerme daño. —Hice una pausa—. Bibiana me dijo que debería darle lo que quiere, debería tratar de hacer que él sea bueno conmigo, tratar de hacer que me quiera.

—Estúpida Bibiana, ¿qué sabe ella? —Gianna me miró enojada—. Mírala, la forma en que se encoge frente a ese idiota gordo. Cómo le permite tocarla con esos dedos de salchicha. Prefiero morir que encontrarme debajo de un hombre así.

—¿Crees que puedo hacer que Luca me ame?

Gianna sacudió la cabeza.

—Tal vez puedes hacer que te respete. No creo que los hombres como él tengan un corazón capaz de amar.

—Incluso los bastardos más fríos tienen corazón.

—Bueno, entonces será tan negro como el alquitrán. No pierdas tu tiempo en el amor, Aria. No lo encontrarás en nuestro mundo.

Ella tenía razón, por supuesto, pero no podía evitar desearlo.

—Prométeme que serás fuerte. Prométeme que no vas a dejar que te trate como a una puta. Eres su mujer.

—¿Hay una diferencia?

—Sí, las putas al menos llegan a dormir con otros hombres y no tienen que vivir en una jaula de oro. Ellas están mejor.

Resoplé.

—Eres imposible.

Gianna se encogió de hombros.

—Eso te hizo sonreír. —Se dio la vuelta y su expresión se oscureció—. Luca envió a su perro faldero. Tal vez le preocupaba que hubieras huido.

Seguí su mirada para encontrar a Romero de pie en la cima de la pequeña colina con vista a la bahía y al muelle.

—Deberíamos haber agarrado ese yate y haber huido.

—¿A dónde podríamos escapar? Él me seguiría al fin del mundo. —Miré el elegante reloj de oro alrededor de mi muñeca. No conocía a Luca, pero conocía a los hombres de su especie. Eran posesivos. Una vez que les pertenecías, no había salida—. Debemos volver. El pastel de boda será servido en breve.

Nos pusimos nuestros zapatos de nuevo y caminamos de regreso hacia el ruido. No reparé en Romero, pero Gianna frunció el ceño.

—¿Acaso Luca te necesita para todo? ¿O al menos, puede hacer pis por si solo?

—Luca es el novio y tiene que atender a los invitados —dijo simplemente, pero por supuesto que era una amonestación en mi dirección.

Los ojos de Luca se posaron en mí al momento en que volví a la fiesta. Muchos de los invitados ya estaban borrachos, y algunos se habían dirigido a la piscina y se encontraban tomando un baño con la ropa puesta. Tendió su mano y agarrándola acerté la distancia entre nosotros.

—¿Dónde estabas?

—Solo necesitaba un momento a solas.

No hubo tiempo para más discusiones cuando el cocinero puso una mesa con nuestro pastel de boda en el centro. Era blanco, tenía seis pisos y estaba decorado con flores de durazno. Luca y yo la cortamos en virtud de otro aplauso, seguido de “Bacio, Bacio” y poniendo la primera pieza en nuestro plato. Luca tomó un tenedor y me dio de comer un poco como signo de que él me proveería, luego le di de comer un pedazo como señal de que yo me encargaría de él como una buena esposa se suponía haría.

Era cerca de la medianoche cuando los primeros gritos resonaron sugiriendo que Luca y yo nos retiráramos a la habitación.

—¡Estás casado con ella, ahora a la cama! —gritó Matteo, alzando sus brazos y topándose con una silla. Había bebido su parte justa de vino, whisky, aguardiente y cualquier otra cosa que pudiera tener en sus manos. Luca, por el contrario, estaba sobrio. El pequeño atisbo de esperanza que había albergado a que estuviera demasiado borracho para consumir nuestro matrimonio se evaporó. La sonrisa de Luca en respuesta, toda depredadora, toda hambrienta, toda deseosa, hizo que mi corazón lata con fuerza en mi pecho. Pronto la mayoría de los hombres e incluso muchas mujeres se unieron al coro.

Luca se levantó de la silla y yo hice lo mismo, aunque quería aferrarme a ella con desesperado abandono, pero no tenía otra opción. Unas miradas de comprensión y compasión de otras mujeres se dirigieron a mí, pero eran casi tan malas como las burlas.

Gianna se levantó de la silla, pero madre la agarró del brazo, sosteniendo su espalda. Salvatore Vitiello gritó algo sobre una sábana, pero el sonido y los colores me parecían atenuados, como si estuviera atrapada en la niebla. El agarre de Luca alrededor de mi mano a medida que me conducía hacia la casa era lo único que me mantenía en movimiento. Mi cuerpo parecía estar en piloto automático. Una gran multitud, que consistía principalmente en hombres, nos seguía detrás cantando:

—¡A la cama! ¡A la cama!

Cada vez más fuerte a medida que entrábamos en la casa y subíamos la escalera hacia el segundo piso, donde estaba el dormitorio principal. El miedo era una insistente punzada en mi pecho.

Probé el cobre y me di cuenta que me había mordido fuerte el interior de la mejilla. Finalmente llegamos frente a las oscuras puertas de madera de la habitación principal. Los hombres seguían aplaudiendo por detrás de nosotros y palmeaban los hombros de Luca. Nadie me tocaba. Me habría marchitado si lo hubieran hecho. Luca abrió la puerta, entré, encantada de poner un poco de distancia entre la multitud lasciva y yo. Los gritos aún resonaban en mi cabeza, e hice todo lo posible para no sujetar mis manos sobre los oídos.

—¡A la cama! ¡A la cama!

Luca cerró la puerta. Ahora estábamos solos para nuestra noche de bodas.

Seis

Traducido por Cook15, LizC y Rihano
Corregido por DariiB

La conmoción frente a la puerta se detuvo excepto por Matteo quien seguía gritando sugerencias lascivas de lo que Luca podría hacerme, o yo a él.
—Cállate Matteo y ve a encontrar una puta a la que follarte —gritó Luca.

El silencio reinó afuera. Mis ojos vagaron hacia la cama tamaño king en el centro de la habitación y el terror se apoderó de mí. Luca tenía su propia puta para follarse esta noche y hasta el final de los días. El precio por mi cuerpo no había sido pagado con dinero, pero bien podría haber sido así. Envolví los brazos alrededor de mi cintura, tratando de aplacar el pánico.

Luca se giró hacia mí con una mirada depredadora en su rostro. Mis piernas se debilitaron. Tal vez si me desmayaba, me libraría, e incluso si a él no le importaba si estaba consciente y de cualquier forma me tomaba, al menos no recordaría nada. Dejé su chaqueta sobre el brazo de la silla cerca de la ventana, los músculos de sus antebrazos flexionándose. Era músculo, fuerza y poder, y yo bien podría estar hecha de cristal. Un toque equivocado y me haría añicos.

Luca se tomó su tiempo admirándome. Dondequiera que sus ojos tocaban mi cuerpo, me marcaban como su propiedad, la palabra “mía” se grababa en mi piel una y otra vez.

—Cuando mi padre me dijo que tenía que casarme contigo, me dijo que eras la mujer más hermosa que la Organización de Chicago tenía para ofrecer, aún más hermosa que las mujeres de Nueva York.

¿Ofrecer? Como si fuera un trozo de carne. Clavé los dientes en mi lengua.

—No le creí. —Caminó hacia mí y me tomó por la cintura. Tragué un grito ahogado y meforcé a estar quieta mientras miraba su pecho. ¿Por qué tenía que ser tan alto? Se inclinó hasta que su boca estaba a menos de un centímetro de mi garganta—. Pero dijo la verdad. Eres la mujer más hermosa que he visto jamás y esta noche eres mía. —Sus labios calientes tocaron mi piel. ¿Podía sentir el terror palpitando en mis venas? Sus manos en mi cintura se apretaron. Las lágrimas se

71

agolpaban dentro de mis ojos, pero luché para contenerlas. No lloraría, pero las palabras de Grace se repetían dentro de mi cerebro. *Te follará como un animal.*

Se fuerte. Era una Scuderi. Las palabras de Gianna destellaron en mi mente. *No vas a dejar que te trate como a una puta.*

—¡No! —La palabra desgarró mi garganta como un grito de batalla. Me liberé de él, tropezándome unos pasos hacia atrás. Todo pareció detenerse entonces. ¿Qué acababa de hacer?

La expresión de Luca era de estupefacción, después se endureció.

—¿No?

—¿Qué? —espeté—. ¿Nunca antes has escuchado la palabra “no”? —*Cállate Aria. Por amor de Dios, cállate.*

—Oh, la escucho a menudo. El tipo al que le destrocé la garganta la dijo una y otra vez hasta que no pudo decirla más.

Di un paso hacia atrás, erizándome.

—Entonces, ¿también vas a aplastar mi garganta? —Era como un perro acorralado, mordiendo y gruñendo, pero mi oponente era un lobo. Un lobo muy grande y peligroso.

Una fría sonrisa afloró en sus labios.

—No, eso desafiaría el propósito de nuestro matrimonio, ¿no lo crees?

Temblé. Por supuesto, lo haría. No podía matarme. Al menos no si quería mantener la paz entre Chicago y Nueva York. Eso no quería decir que no podía golpearme o forzarme.

—No creo que mi padre esté feliz si me haces daño.

La mirada en sus ojos me hizo dar otro paso hacia atrás.

—¿Eso es una amenaza?

Desvié los ojos de su mirada. Mi padre podría arriesgarse a la guerra por mi muerte, no porque me amara, sino para mantener su reputación, pero definitivamente no lo haría por unos cuantos moretones o una violación. Para mi padre no sería violación: Luca era mi esposo y mi cuerpo era de él, para tomarlo cada vez que lo deseara.

—No —dije en voz baja. Me odié por ser sumisa como una perra inclinándose hacia su alfa, casi tanto como lo odié por obligarme a hacerlo.

—¿Pero me niegas lo que es mío?

Lo miré con furia. Maldita sea la sumisión. Maldito mi padre por venderme como ganado y maldito Luca por aceptar la oferta.

—No puedo negarte algo que no tienes derecho a tomar en primer lugar. Mi cuerpo no te pertenece. Es mío.

Me matará, el pensamiento se disparó en mi mente un segundo antes de que Luca se me acerque. Con más de un metro noventa, era aterradoramente alto. Vi su mano moverse en mi visión periférica y me encogí anticipando el golpe, mis ojos cerrándose. Nada ocurrió. El único sonido era la respiración dura de Luca y el latido de mi pulso en los oídos. Me arriesgué a echar una mirada hacia él. Luca me estaba viendo, sus ojos como un cielo tormentoso de verano.

—Podría tomar lo que quiero —dijo, pero la ferocidad se había ido de su voz.

No tenía caso negarlo. Era mucho más fuerte que yo. E incluso si gritaba nadie acudiría a ayudarme. Muchos hombres en mi familia y en la de Luca probablemente me detendrían para facilitárselo, no es que Luca tuviera problema alguno en someterme.

—Podrías —admití—. Y te odiaría por ello hasta el fin de mis días.

Rio entre dientes.

—¿Piensas que me importa eso? Esto no es un matrimonio por amor y ya me odias. Puedo verlo en tus ojos.

Tenía razón en ambas cosas. Esto no era por amor y ya lo odiaba, pero escucharlo decirlo aplastó el último trozo de ridícula esperanza que tenía. No dije nada.

Él hizo un gesto hacia las inmaculadas sábanas de la cama.

—¿Escuchaste lo que mi padre dijo acerca de nuestra tradición?

Mi sangre se heló. Lo había escuchado, pero hasta ahora lo había mantenido fuera de mi mente. Mi coraje no había servido de nada. Me acerqué a la cama y miré las sábanas, mis ojos fijos en el lugar en donde la prueba de mi virginidad perdida tendría que estar. Mañana temprano las mujeres de la familia de Luca tocarían a nuestra puerta y se llevarían las sábanas para presentarlas ante el padre de Luca y el mío, para que así, pudieran inspeccionar la prueba de nuestro matrimonio consumado. Era una tradición enferma, pero no una que pudiera evadir. El espíritu de lucha me abandonó.

Podía escuchar a Luca acercándose por detrás. Tocó mis hombros y cerré los ojos. No haría ningún sonido. Pero no llorar era una batalla perdida. Las primeras lágrimas se aferraron a mis pestañas y entonces se derramaron por mi piel, dejando un candente rastro por mis mejillas y barbilla. Luca deslizó sus manos sobre mi clavícula y después hasta el borde de mi vestido. Mis labios temblaron y pude sentir una lágrima goteando por mi barbilla. Las manos de Luca se tensaron contra mi cuerpo.

Por un momento, ninguno de los dos se movió. Me volteó hacia él y empujó mi barbilla hacia arriba. Sus fríos ojos grises escanearon mi rostro. Mis mejillas estaban húmedas con lágrimas silenciosas, pero no hice sonido alguno, solamente le devolví la mirada. Dejó caer sus manos, se echó hacia atrás con una serie de maldiciones italianas y después golpeó la pared con su puño. Jadeé y di un brinco hacia atrás. Apreté los labios mientras observaba la espalda de Luca. Estaba mirando hacia la pared, sus hombros agitándose. Rápidamente limpié las lágrimas de mi rostro.

Lo has hecho. Realmente lo has hecho enojar.

Mis ojos miraron rápidamente hacia la puerta. Tal vez podía alcanzarla antes que Luca. Tal vez hasta podía salir antes de que me alcance, pero nunca podría salir de la propiedad. Se giró y se quitó el chaleco, revelando una navaja negra y una funda para pistola. Sus dedos se cerraron alrededor del mango de la navaja, sus nudillos ya enrojeciendo por el impacto contra la pared, y la sacó. La hoja era curva como una garra: corta, filosa y mortal. Era negra como el mango, para que así no pudiera ser vista fácilmente en la oscuridad. Una navaja Karambit para combate cuerpo a cuerpo. ¿Quién sabría que la obsesión de Fabiano por las navajas sería alguna vez de utilidad para mí? Ahora podía cuando menos identificar la navaja que me abriría. Una risa histérica luchó por salir de mi garganta, pero me la tragué.

Luca se quedó mirando fijamente a la hoja. ¿Estaba tratando de decidir qué parte de mí iba a rebanar primero?

Ruégale. Pero sabía que eso no me salvaría. La gente probablemente le rogaba todo el tiempo y por lo que he oído nunca los salvaba. Luca no mostraba piedad. Se convertiría en el próximo Capo dei Capi de Nueva York y gobernaría con fría brutalidad.

Luca se acercó a mí y di un respingo. Una sonrisa oscura curvó sus labios. Presionó la punta afilada del cuchillo en la suave piel por debajo de la curva de su brazo, extrayendo sangre. Mis labios se abrieron con sorpresa. Dejó el cuchillo sobre la mesa pequeña entre los dos sillones, tomó un vaso y sostuvo su herida sobre él, luego observó su sangre gotear hacia el vaso sin un atisbo de emoción antes de finalmente desaparecer en el cuarto de baño contiguo.

Oí correr el agua y después regresó a la habitación. La mezcla de agua y sangre en el vaso tenía un color rojo claro. Se acercó a la cama, metió los dedos en el líquido y luego lo untó en el centro de la sábana. Mis mejillas se ruborizaron por completo al darme cuenta. Me acerqué a él lentamente y me detuve cuando aún estaba fuera del alcance de su brazo, no es que hiciera mucho bien. Miré hacia las sábanas manchadas.

—¿Qué estás haciendo? —susurré.

—Ellos quieren sangre. Tendrán sangre.

—¿Por qué el agua?

—La sangre no siempre tiene el mismo aspecto. —*Él sabría.*

—¿Es suficiente?

—¿Esperabas un baño de sangre? —Me dio una sonrisa sardónica—. Es sexo, no una lucha a cuchillo.

Te follará como un animal. Las palabras quedaron grabadas en mi cerebro, pero no las repetí.

¿Cuántas vírgenes ha tenido para saber de esto? ¿Y cuántas entraron voluntariamente en su cama? Las palabras yacían en la punta de mi lengua, pero no era suicida.

—¿No van a saber que es tuya?

—No. —Volvió a la mesa y sirvió whisky en el vaso con agua y sangre. Sus ojos sostuvieron los míos a medida que lo bebía de un trago. No pude evitar arrugar la nariz con asco. ¿Estaba tratando de intimidarme? Beber sangre realmente no era necesario para eso. Había estado aterrizada de él antes de haberlo conocido. Probablemente todavía estaré aterrada de él cuando incline la cabeza por encima de su ataúd abierto.

—¿Qué tal con una prueba de ADN?

Él rio. No era exactamente un sonido alegre.

—Van a aceptar mi palabra. Nadie va a dudar que he tomado tu virginidad durante nuestro momento a solas. No lo van hacer porque soy quien soy.

Sí, lo eres. Entonces, ¿por qué me libraste? Otro pensamiento que nunca dejó mis labios. Pero Luca debe haber estado pensando lo mismo porque sus oscuras cejas se juntaron a medida que sus ojos vagaban por la longitud de mi cuerpo.

Me puse rígida y di un paso hacia atrás.

—No —dijo en voz baja. Me quedé helada—. Esta es la quinta vez que retrocedes de mí esta noche. —Dejó el vaso y tomó el cuchillo en su mano. Luego avanzó hasta mí—. ¿Tu padre nunca te enseñó a ocultar tu miedo de los monstruos? Te persiguen si corres.

Tal vez esperaba que contradiga su pretensión de ser un monstruo, pero no era tan buena mentirosa. Sí había monstruos, los hombres en mi mundo pertenecían a ellos. Cuando se detuvo frente a mí, tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a la cara.

—Esa sangre en las sábanas necesita una historia —dijo simplemente mientras alzaba el cuchillo. Me estremecí y murmuró—: Con esta son seis veces.

Deslizó la hoja por debajo del borde del corpiño de mi vestido de novia y lentamente movió el cuchillo. La tela cedió al paso hasta que finalmente cayó a mis pies. La hoja no tocó mi piel ni una sola vez.

—Es una tradición en nuestra familia desnudar a la novia de esta forma.

Su familia tenía muchas tradiciones repugnantes.

Finalmente estaba de pie delante de él en mi apretado corsé blanco con sus cordones en la espalda y mis bragas con el lazo sobre mi trasero. La piel de gallina cubrió cada centímetro de mi cuerpo. La mirada de Luca era como fuego en mi piel. Retrocedí.

—Siete —dijo en voz baja.

La ira se apoderó de mí. Si estaba cansado que retroceda de él, entonces tal vez debería dejar de ser tan intimidante.

—Date la vuelta.

Hice lo que me ordenó, y la aguda inhalación de su aliento me hizo arrepentirme al instante. Se acercó más y sentí un suave tirón en el lazo que sostenía mis bragas en alto. *“Un regalo para desenvolver. ¿Cómo un hombre podría resistirse?”* Las palabras de la madrastra de Luca aparecieron inadvertidamente en mi cabeza. Sabía que debajo del lazo, la parte superior de mi trasero quedaría a la intemperie. *Di algo para distraerlo de ese estúpido lazo sobre tu trasero.*

—Ya sangraste por mí —dije con voz temblorosa, y luego casi inaudible—. Por favor, no. —Mi padre estaría avergonzado de mi demostración abierta de debilidad. Pero él era un hombre. El mundo era suyo para tomar. Las mujeres eran suyas para tomar. Y nosotras las mujeres teníamos que dar siempre sin protestar.

Luca no dijo nada, pero sus nudillos rozaron la piel entre mis omóplatos mientras llevaba el cuchillo a mi corsé. Con un siseo, la tela se deshizo bajo la cuchilla. Alcé mis manos antes de que esa barrera de protección pudiera caer también y presioné el corsé contra mi pecho.

Luca envolvió su brazo sobre mi pecho posesivamente, atrapando mi brazo bajo el suyo y agarrando mi hombro, presionándome contra él. Di un grito ahogado cuando algo duro me dio un ligero empujón en la espalda baja. Esa no era su arma. El calor inundó mis mejillas y el miedo se apoderó de mi cuerpo.

Sus labios rozaron mi oreja.

—Esta noche suplicaste que te evite, pero un día me vas a pedir que te folle. —No. Nunca, me juré a mí misma. Su aliento se sintió caliente contra mi piel así que cerré los ojos—. No creas que porque no reclamo mis derechos esta noche no eres mía, Aria. Ningún otro hombre tendrá nunca lo que me pertenece. Eres mía. —Asentí, pero él no había terminado todavía—. Si atrapo a un hombre besándote, le cortaré la lengua. Si atrapo a un hombre tocándote, le cortaré los dedos, uno por uno. Si atrapo a un hombre follándote, le cortaré la polla y sus pelotas, y se las daré de comer. Y te haré observar.

Dejó caer su brazo y dio un paso atrás. Por el rabillo del ojo, lo vi avanzar a grandes zancadas hacia el sillón y hundirse en él. Tomó la botella de whisky y se sirvió una generosa cantidad. Antes de que pudiera cambiar de opinión, entré rápidamente en el baño, cerré la puerta y giré la cerradura, luego me estremecí ante lo estúpida que era. Una cerradura no sería protección alguna frente a él, tampoco una puerta. Nada en este mundo me podía proteger.

Escudriñé mi cara en el espejo. Mis ojos estaban rojos y las mejillas húmedas. Dejé que los restos de mi corsé cayeran al suelo y levanté el camisón que uno de los sirvientes había doblado sobre la silla para mí. Una risa ahogada escapó de mi boca después de habérmelo puesto sobre las bragas. La parte sobre mis pechos estaba hecha de encaje, pero al menos no era transparente; a diferencia de toda la mitad del camisón. Era como la más fina tela de araña que había visto alguna vez y no dejaba nada a la imaginación. Mi estómago desnudo y las bragas quedaban expuestas. Terminaba por encima de mis rodillas con un dobladillo de más encaje. Podría igual de bien salir de este cuarto desnuda y terminar con esto, pero no era tan valiente.

Quitó mi maquillaje, cepillé mis dientes, solté mi cabello y cuando no pude prolongar más tiempo lo inevitable, agarré la manija de la puerta. ¿Sería tan malo si dormía en el cuarto de baño?

Tomando una respiración profunda, abrí la puerta y regresé al dormitorio. Luca todavía estaba sentado en el sillón. La botella de whisky estaba casi medio vacía. Los borrachos nunca eran una buena cosa. Sus ojos me encontraron y se rio sin humor.

—¿Eso es lo que eliges usar cuando no quieres que te folle?

Me sonrojé ante su lenguaje crudo. Era el whisky hablando, pero no podía decirle que deje de beber. Ya estaba al borde.

—Yo no lo escogí. —Cruce los brazos, desgarrada entre permanecer de pie y deslizarme bajo los cobertores de la cama. Pero acostarme se sentía como una mala idea. No quería hacerme más vulnerable de lo que ya estaba. Pero pararme delante de Luca medio desnuda tampoco era la mejor opción.

—¿Mi madrastra? —preguntó.

Simplemente asentí. Él dejó su vaso y se levantó. Por supuesto, me estremecí. Su expresión se oscureció. No dijo nada mientras caminaba junto a mí hacia el baño, ni siquiera cuando jadeé a medida que su brazo rozaba el mío. Para cuando la puerta se cerró, solté un suspiro áspero. Poco a poco me acerqué a la cama, mis ojos encontraron la mancha de color rojo claro. Me senté en el borde del colchón. El agua estaba corriendo en el baño, pero eventualmente, Luca saldría.

78

Me tumbé en el borde de la cama, me volví sobre mi costado y tiré de las mantas hasta mi barbilla, luego apreté los ojos con fuerza, obligándome a conciliar el sueño. Quería que este día terminara, incluso si era solo el comienzo de muchos días y noches infernales por venir.

El agua se detuvo y unos minutos más tarde Luca salió del baño. Traté de hacer que mi respiración incluso pareciera como si ya estuviera durmiendo. Me arriesgué a un vistazo rápido a través de los ojos medio cerrados, mi cara en su mayoría cubierta por la manta, y me convertí en piedra. Luca solamente estaba usando calzoncillos negros. Y si Luca era impresionante cuando estaba vestido, iba a todo un nuevo nivel de intimidación medio desnudo. Era puro músculo y su piel estaba cubierta de cicatrices, algunas delgadas y largas como si un cuchillo hubiera cortado a través limpiamente, algunas redondas y gruesas como si una bala hubiera desgarrado su carne. Letras estaban tatuadas en la piel sobre su corazón. No podía leerlas desde lejos, pero tenía la sensación de que era su lema. “Nacido en sangre. Jurado en sangre. Entro vivo y salgo muerto”.

Se acercó al interruptor principal de la luz y la apagó, bañándonos en oscuridad. De repente sentí como si estuviera sola en un bosque en la noche, sabiendo que en algún lugar algo me estaba acechando. La cama se hundió bajo el peso de Luca y me

agarré al borde de la cama. Apreté los labios, permitiéndome solo respiraciones superficiales.

El colchón se movió cuando Luca se acostó. Contuve la respiración, esperando a que él me alcance y tome lo que era *suyo*. ¿Sería siempre así? ¿Sería miserable por el resto de mi vida? ¿Mis noches llenas de temor?

La presión de las últimas semanas, o tal vez incluso años, cayeron sobre mí. Impotencia, miedo e ira se apoderaron de mí. El odio a mi padre me llenó, pero aún peor era el cuchillo caliente de la decepción y la tristeza. Me había entregado a un hombre del que no sabía nada, a excepción de su reputación como un asesino experto, me había ofrecido al enemigo para que hiciera lo que quisiera. El hombre que debería haberme protegido de cualquier daño, me había empujado a los brazos de un monstruo con el único fin de asegurar poder.

Ardientes lágrimas se derramaron de mis ojos, pero el peso en mi pecho no se levantó. Se puso más y más pesado hasta que no pude aguantar más y un sollozo entrecortado salió de mis labios. *Contrólate, Aria*. Traté de luchar contra esto, pero otro sollozo ahogado escapó de mis labios.

—¿Llorarás toda la noche? —La fría voz de Luca provino desde la negrura. Por supuesto, todavía no estaba dormido. Para un hombre en su posición, era mejor mantener siempre un ojo abierto.

79

Enterré mi cara en la almohada, pero ahora que las compuertas se habían abierto, no podía cerrarlas de nuevo.

—No puedo ver cómo podrías haber llorado mucho más, si te hubiera tomado. Tal vez debería follarte para darte una verdadera razón para llorar.

Empujé las piernas contra mi pecho, haciéndome tan pequeña como fuera posible. Sabía que tenía que parar. No había sido golpeada o peor, pero no podía conseguir controlar mis emociones.

Luca se movió y una suave luz inundó la habitación. Había encendido la lámpara de su mesita de noche. Esperé. Sabía que me estaba viendo, pero mantuve mi cara presionada contra la almohada. Tal vez dejaría la habitación si se hartaba del ruido. Tocó mi brazo y brinqué tan violentamente que me habría caído de la cama si Luca no me hubiera empujado hacia él.

—Es suficiente —dijo en voz baja.

Esa voz. Me calmé inmediatamente y lo dejé acostarme sobre mi espalda. Poco a poco estiré mis piernas y brazos, y me quedé tan inmóvil como un cadáver.

—Mírame —ordenó, y lo hice. ¿Era esa voz la que lo había hecho tan notorio?—. Quiero que dejes de llorar. Quiero que dejes de estremecerte por mi toque.

Asentí, aturdida.

Él sacudió la cabeza.

—Ese asentimiento no significa nada. ¿No crees que reconozco el miedo cuando me devuelves la mirada? Para el momento en que apague la luz, estarás de nuevo llorando como si te hubiera violado de una jodida vez.

No sabía lo que quería que hiciera. No era como si disfrutara estar terriblemente asustada. No que el miedo fuera la única razón para mi derrumbe, pero él no lo entendería. ¿Cómo podía entender que sentía que mi vida me había sido arrancada? Mis hermanas, Fabiano, mi familia, Chicago, eran todo lo que había conocido y ahora tenía que renunciar a ellos.

—Así que para darte paz mental y callarte, voy a hacer un juramento.

Me lamí los labios, saboreando el sabor salado de las lágrimas en ellos. Los dedos de Luca se tensaron en mi brazo.

—¿Un juramento? —susurré.

80

Tomó mi mano y apretó mi palma contra el tatuaje sobre su corazón. Exhalé cuando sus músculos se flexionaron bajo mi tacto. Él se sentía cálido, la piel mucho más suave de lo que había previsto.

—Nacido en sangre, jurado en sangre, juro que no voy a tratar de robar tu virginidad o lastimarte de ninguna manera esta noche. —Sus labios se torcieron y asintió hacia el corte en su brazo—. Ya sangré por ti, así que eso lo sella. Nacido en sangre. Jurado en sangre. —Cubrió mi mano con la suya sobre el tatuaje, mirándome con expectación.

—Nacido en sangre, jurado en sangre —dije en voz baja. Soltó mi mano y la bajé a mi estómago, aturdida y confusa. Un juramento era un gran asunto. Sin otra palabra, apagó la luz y volvió a su lado de la cama.

Escuché su rítmica respiración, sabiendo que no estaba dormido. Cerré los ojos. Él no rompería su juramento.

Siete

*Traducido por âmenoire y Apolineah17
Corregido por DariiB*

La luz del sol golpeó mi rostro. Traté de estirarme, pero un brazo estaba sobre mi cintura y un pecho firme presionado contra mi espalda. Me tomó un momento recordar dónde estaba y lo que había pasado ayer y luego me puse rígida.

—Bien, estás despierta —dijo Luca con una voz que sonaba ronca por el sueño.

La realización me golpeó. Luca. Mi marido. Era una mujer casada, pero Luca había cumplido su promesa. No había consumado el matrimonio. Abrí mis ojos. La mano de Luca agarraba mi cadera y me giró sobre la espalda. Estaba apoyado sobre un codo mientras sus ojos inspeccionaban mi rostro. Me hubiera gustado saber lo que estaba pensando. Era extraño estar en la cama con un hombre. Podía sentir el calor de Luca, a pesar de que nuestros cuerpos no se estaban tocando. A la luz del sol las cicatrices en su piel eran de alguna manera menos prominentes que la noche anterior, pero sus músculos eran igual de impresionantes. Me pregunté cómo se sentirían al tacto.

Extendió su mano y tomó un mechón de mi cabello entre dos dedos. Contuve la respiración, pero lo liberó después de un momento, su cara volviéndose calculadora.

—No pasará mucho tiempo hasta que mi madrastra, mis tías y las otras mujeres casadas de mi familia llamen a nuestra puerta para recoger las sábanas y las lleven al comedor, donde sin duda, todos los demás ya están esperando que empiece el jodido espectáculo.

Un rubor se extendió sobre mis mejillas y algo cambió en los ojos de Luca, parte de la frialdad sustituida por otra emoción. Mis ojos se encontraron con el pequeño corte en el brazo de Luca. No había sido profundo y ya tenía costra.

Luca asintió.

—Mi sangre les dará lo que quieren. Será la base de nuestra historia, pero esperarán que completemos los detalles. Sé que soy un mentiroso convincente. Pero, ¿serás capaz de mentirles a todos a la cara, incluso a tu madre, cuando les cuentes de nuestra noche de bodas? Nadie puede saber lo que sucedió. Me haría parecer débil.

—Sus labios se apretaron con arrepentimiento. Arrepentimiento de haberme liberado y haberse metido en la posición de depender de mis habilidades para mentir.

—¿Débil porque no quisiste violar a tu esposa? —susurré.

Los dedos de Luca en mi cadera se apretaron. Ni siquiera me había dado cuenta que todavía estaban allí. *Haz que quiera ser bueno contigo*, las palabras de Bibiana revolotearon por mi mente. Luca era un monstruo, no había duda de ello. No podía ser de otro modo si quería sobrevivir como un líder en nuestro mundo, pero tal vez podía hacerlo mantener al monstruo encadenado cuando estaba conmigo. Era más de lo que había esperado cuando anoche me había llevado hacia el dormitorio.

Luca sonrió con frialdad.

—Débil por no tomar lo que era mío para tomar. La tradición de las sábanas ensangrentadas en la mafia siciliana es tanto una prueba de la pureza de la novia como de la implacabilidad del marido. Entonces, ¿qué crees que dirá sobre mí el que te tuve yaciendo medio desnuda en mi cama, vulnerable y *mía*, y aun estás aquí intacta como lo estabas antes de nuestra boda?

—Nadie lo sabrá. No le diré a nadie.

—¿Por qué debería confiar en ti? No hago un hábito de confiar en la gente, especialmente la gente que me odia.

Descansé mi mano contra el corte en su brazo, sintiendo sus músculos flexionarse bajo mi tacto. *Haz que sea bueno contigo, haz que te ame*.

—No te odio. —Entrecerró los ojos, pero era mayormente verdad. Lo habría odiado si me hubiera forzado. Ciertamente odiaba lo que el matrimonio con él significaba para mí, pero no lo conocía lo suficientemente bien como para odiarlo de verdad. Tal vez vendría con el tiempo—. Y puedes confiar en mí porque soy tu esposa. No elegí este matrimonio, pero al menos puedo elegir hacer lo mejor con nuestro vínculo. No tengo nada que ganar al traicionar tu confianza, pero mucho que ganar al mostrarte que soy leal.

Hubo un destello de algo, tal vez respeto, en su expresión.

—Los hombres esperando en esa sala de estar son depredadores. Se aprovechan de los débiles y han estado esperando por más de una década por una señal de debilidad de mi parte. Para el momento en que vean una, van a abalanzarse.

—Pero tu padre...

—Si mi padre cree que soy demasiado débil para controlar a la familia, con mucho gusto dejará que me desgarren.

¿Qué tipo de vida era tener que ser fuerte todo el tiempo, incluso alrededor de tu familia más cercana? Al menos yo tenía a mis hermanas y hermano, e incluso hasta cierto punto, a mi madre y a gente como Valentina.

Las mujeres eran debilidad olvidada en nuestro mundo.

Los ojos de Luca lucían duros. Tal vez éste sería el momento en que decidiera que realmente no valía la pena el riesgo y me tomaría, pero cuando su mirada finalmente regresó a mi rostro, la oscuridad estaba controlada.

—¿Qué hay de Matteo?

—Confío en Matteo. Pero Matteo es sumamente imprudente. Conseguiría matarse tratando de defenderme. —Era extraño hablar con Luca, con mi marido, de esta manera, casi como si nos conociéramos.

—Nadie dudará de mí —dije—. Les daré lo que quieren ver.

Luca se enderezó y mis ojos fueron atraídos hacia el tatuaje, luego encontraron los músculos de su pecho y estómago. Mis mejillas se calentaron cuando me encontré con la mirada de Luca.

—Deberías estar usando más que esta mala excusa de camisón cuando lleguen las arpías. No quiero que vean tu cuerpo, especialmente tus caderas y muslos. Es mejor cuando se pregunten si dejé marcas en ti —dijo, luego sonrió—. Pero no podemos ocultar tu rostro de ellos. —Se inclinó sobre mí y su mano vino hacia mi rostro. Cerré los ojos fuertemente, encogiéndome.

—Esta es la segunda vez que piensas que voy a golpearte —dijo en voz baja.

Mis ojos se abrieron.

—Pensé que habías dicho... —Mi voz se apagó.

—¿Qué? ¿Que todos esperan que tengas moretones en tu rostro después de una noche conmigo? No golpeo a las mujeres.

Recordé cuando impidió que mi padre me abofeteara. Nunca había levantado su mano contra mí. Sabía que muchos hombres en la Organización de Chicago tenían un extraño código de reglas que seguían. No podías apuñalar a un hombre por la espalda, pero podías cortar su garganta de esa manera, por ejemplo. No estaba segura lo que hacía a uno mejor que el otro. Luca parecía tener sus propias reglas también. Aplastar la garganta de alguien con tus propias manos era aceptable, golpear a tu esposa no lo era.

—¿Cómo se supone que crea que puedes convencer a todos de que hemos consumado nuestro matrimonio cuando sigues encogiéndote ante mi toque?

—Créeme, el encogimiento hará que todos crean la mentira incluso más porque definitivamente no habría dejado de alejarme de tu toque si hubieras *tomado lo que es tuyo*. Cuanto más me aleje más te tomarán por el monstruo que quieres que piensen que eres.

Luca rio entre dientes.

—Creo que podrías saber más sobre el juego de poder de lo que esperaba.

Me encogí de hombros.

—Mi padre es el Consigliere.

Inclinó su cabeza en reconocimiento, luego levantó su mano y tomó mi rostro.

—Lo que quise decir antes es que tu rostro no parece que haya sido besado.

Mis ojos se abrieron más.

—Nunca he... —Pero por supuesto que él ya sabía eso.

Sus labios chocaron con los míos y mis palmas subieron contra su pecho, pero no lo alejé. Su lengua provocó a mis labios, pidiendo entrada. Me rendí y vacilantemente toqué mi lengua con la suya. No estaba segura de qué hacer y miré a Luca con los ojos muy abiertos, pero él tomó el liderato, cuando su lengua y labios apresaron mi boca. Era extraño permitir ese tipo de intimidad, pero no era desagradable. Perdí la noción del tiempo mientras me besaba, exigente y posesivo, su mano caliente contra mi mejilla. Su barba se frotó contra mis labios y piel, pero la fricción me hizo cosquillas en lugar de molestarme. Podía sentir la fuerza contenida a medida que su cuerpo se presionaba contra mí. Finalmente se retiró, sus ojos oscurecidos con deseo. Me estremecí, no solo por el miedo.

Un insistente golpeteo sonó y Luca sacó sus piernas de la cama y se puso de pie. Contuve la respiración ante la visión del bulto en sus calzoncillos.

Él sonrió.

—Se supone que un hombre tenga una erección cuando despierta junto a su esposa, ¿no lo crees? Ellos quieren un espectáculo, tendrán un espectáculo. —Asintió hacia el baño—. Ahora ve y agarra una bata.

Salté rápidamente de la cama con su sábana manchada y me apuré dentro del baño, donde agarré la larga bata de raso blanco y la puse sobre mi camisón antes de levantar los restos de mi corsé que había tirado la noche anterior.

Cuando regresé al dormitorio, vi a Luca colocar la funda de su pistola y cuchillo sobre su pecho desnudo, otra correa de cuchillo con uno de caza de mayor longitud en su antebrazo cubriendo el pequeño corte, y reacomodó su rigidez para que fuera incluso más obvia.

Mis mejillas se calentaron, me adentré más en la habitación y arrojé el corsé junto a mi arruinado vestido de novia. Luca era un magnífico espectáculo, con su cuerpo alto, músculos y fundas, por no mencionar el bulto en sus pantalones. Un toque de curiosidad me llenó. ¿Cómo luciría sin los calzoncillos?

Me apoyé contra la pared junto a la ventana y envolví un brazo a mi alrededor, repentinamente preocupada de que alguien se dé cuenta que Luca no había dormido conmigo. Estas eran todas mujeres casadas. ¿Notarían que algo no estaba bien?

Me preparé cuando él abrió la puerta de par en par, parándose frente a las mujeres reunidas en toda su gloria media desnuda. Hubo jadeos, risitas e incluso unas cuantas palabras italianas murmuradas, las cuales podrían haber sido oraciones o maldiciones, siendo pronunciadas demasiado rápido y bajo para que las escuche. Tuve que reprimir un resoplido.

—Hemos venido a recoger las sábanas —dijo la madrastra de Luca en lo que era alegría apenas oculta.

Lucas dio un paso atrás, abriendo más la puerta. Varias mujeres entraron a la vez, sus ojos moviéndose rápidamente hacia la cama y la mancha, y luego hacia mí. Sabía que mi rostro estaba rojo, a pesar de que no era mi sangre en las sábanas. ¿Cómo estas mujeres podían saltar ante la oportunidad de ver la prueba de mi virginidad tomada? ¿No tenían ninguna compasión? Tal vez pensaban que era simplemente justo pasar lo mismo que ellas habían pasado. Aparté la mirada, incapaz de soportar su escrutinio. Las dejé hacer lo que querían. La mayoría de los invitados se había ido, sobre todo los políticos y otra gente no perteneciente a la mafia; solo la familia más cercana se suponía que sería testigo de la presentación de las sábanas, pero dado el número de mujeres reunidas en el pasillo y en la habitación, no lo habrías sabido.

Únicamente a las mujeres en edad de casarse se les permitía estar presentes cuando las sábanas eran quitadas, como para no asustar los ojos virginales y puros de las chicas más jóvenes. Podía ver a mis tías entre los espectadores, así como a mi madre, Valentina y Bibiana, pero las mujeres de la familia de Luca estaban al frente ya que esta era su tradición, no la nuestra. *Ahora es tuya también*, me recordé con una punzada. Lucas se encontró con mis ojos brevemente a través de la habitación. Compartíamos un secreto ahora. No pude evitar sentirme agradecida hacia mi esposo, aunque no quería estar agradecida por algo como esto. Pero en nuestro mundo tenías

que ser agradecido por la amabilidad más pequeña, sobre todo de un hombre como Luca, especialmente cuando él no tenía que ser amable.

La madrastra de Luca, Nina, y su prima Cosima empezaron a desnudar la cama.

—Luca —dijo Nina con fingida indignación—. ¿Nadie te dijo que fueras gentil con tu novia virgen?

Eso en realidad le consiguió algunas risitas avergonzadas y bajé la mirada, a pesar de que quería fruncirle el ceño. Luca hizo un buen trabajo con eso, luego le lanzó una sonrisa lobuna que erizó los vellos de mi cuello.

—Estás casada con mi padre. Te parece que él es un hombre que enseña a sus hijos a ser gentiles con *alguien*.

Sus labios se estrecharon, pero no dejó de sonreír. Podía sentir los ojos de todos sobre mí y me retorcí bajo la atención. Cuando me arriesgué a mirar hacia mi familia, pude ver sorpresa y compasión en muchos de sus rostros.

—¡Déjenme pasar! —escuché la voz en pánico de Gianna. Mi cabeza se disparó. Ella estaba abriéndose paso a través de las mujeres reunidas y evitó a madre quien intentó detenerla. Gianna ni siquiera se suponía que estuviera aquí. Pero, ¿cuándo Gianna hacía lo que se suponía que debía hacer? Empujó a una mujer delgada fuera de su camino y se tambaleó dentro del dormitorio. Su rostro brilló con disgusto cuando vio las sábanas que la madrastra de Luca estaba sosteniendo y extendiendo sobre los brazos abiertos de Cosima.

Sus ojos encontraron mi rostro, permaneciendo en mis labios hinchados, mi cabello despeinado y mis brazos, los cuales todavía estaban envueltos alrededor de mi cintura. Deseé que hubiera una manera de hacerle saber que estaba bien, que no era lo que parecía, pero no con todas esas mujeres alrededor de nosotras. Ella se volvió hacia Luca, quien al menos ya no tenía una erección. La mirada en sus ojos habría enviado huyendo a la mayoría de las personas. Luca levantó las cejas con una sonrisa de suficiencia.

Ella dio un paso en su dirección.

—Gianna —dije en voz baja—. ¿Me ayudas a vestirme? —Dejé que mis brazos cayeran a mis costados y caminé hacia el baño, tratando de hacer una mueca de vez en cuando como si estuviera adolorida y esperando no exagerar. Nunca había visto a una novia, o a alguien más, después de supuestamente haber perdido su virginidad. En cuanto la puerta se cerró detrás de Gianna, lanzó sus brazos alrededor de mí.

—Lo odio. Los odio a todos. Quiero matarlo.

—No hizo nada —murmuré.

Gianna se apartó y puse un dedo sobre sus labios. La confusión llenaba su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—No me forzó.

—Solo porque no te resististe a él no quiere decir que no fue violación.

Cubrí su boca con mi mano.

—Sigo siendo virgen.

Gianna dio un paso atrás, así que mi mano cayó de sus labios.

—Pero la sangre... —susurró.

—Él se cortó a sí mismo.

Ella me miró con incredulidad.

—¿Tienes el Síndrome de Estocolmo³?

Puse los ojos en blanco.

—Shh. Estoy diciendo la verdad.

—Entonces, ¿por qué el espectáculo?

—Porque nadie puede saberlo. Nadie. Ni siquiera madre o Lily. No puedes decirle a nadie, Gianna.

Gianna frunció el ceño.

—¿Por qué haría eso?

—No lo sé. Tal vez no le gusta hacerme daño.

—Ese hombre mataría a un ciervo bebé si lo mirara de la manera equivocada.

—No lo conoces.

—Tampoco tú. —Negó con la cabeza—. No me digas que confías en él ahora. Solo porque no te folló anoche no significa que no lo hará pronto. Tal vez prefiere

³ **Síndrome de Estocolmo:** Trastorno psicológico que aparece en una persona que ha sido secuestrada y que consiste en mostrarse comprensivo y benevolente con la conducta de los secuestradores e identificarse progresivamente con sus ideas.

hacerlo en su penthouse con vistas a Nueva York. Eres su esposa y cualquier hombre con una polla funcional querría entrar en tus pantalones.

—Padre realmente desperdió todos sus comentarios sutiles frente a ti —dije con una sonrisa. Gianna siguió mirándome—. Gianna, supe cuando me casé con Luca que tendría que dormir con él eventualmente y acepté eso. Pero me alegra tener la oportunidad de al menos llegar a conocerlo un poco mejor primero. —Aunque no estaba segura que me gustarían las partes de él que llegara a conocer. Pero sus besos no habían sido desagradables en absoluto. Mi piel todavía se calentaba cuando pensaba en eso. Y Luca definitivamente era agradable a la vista. No que la buena apariencia pudiera contrarrestar la crueldad, pero hasta el momento no había sido cruel conmigo y de alguna manera pensé que no lo sería, por lo menos no intencionalmente.

Gianna suspiró.

—Sí, probablemente tienes razón. —Se sentó sobre la tapa del inodoro—. No dormí en toda la noche preocupada por ti. ¿No podías haberme enviado un mensaje de texto diciendo que Luca no reventó tu cereza?

Empecé a desvestirme.

—Claro. Y entonces padre o Umberto comprobarían tu celular y lo verían, y estaría condenada.

88

Los ojos de Gianna me escanearon de pies a cabeza mientras entraba a la ducha, probablemente todavía buscando una señal de que Luca me había maltratado.

—Aún tienes que actuar como si odiaras a Luca cuando lo veas más tarde, o las personas sospecharán —le dije.

—No te preocupes. Eso no será un problema porque todavía lo odio por apartarte de mí, y por *ser él*. No creo ni por un segundo que sea capaz de la bondad.

—Luca tampoco puede saber que te dije. —Abrí el grifo de la ducha y dejé que el agua caliente lave los últimos indicios de cansancio. Necesitaba estar completamente alerta para el espectáculo en la sala de estar después. Mis músculos tensos empezaron a relajarse a medida que la corriente de agua masajeaba.

—No puedes entrar —dijo Gianna con rabia, sorprendiéndome—. No me importa que seas su esposo. —Abrí los ojos para ver a Luca abriéndose paso hacia el baño. Gianna se interponía en su camino. Rápidamente les di la espalda.

—Tengo que arreglarme —gruñó Luca—. Y no hay nada aquí que no haya visto ya.

Mentiroso.

—Ahora sal, o verás tu primera polla, niña, porque voy a desnudarme ahora.

—Idiota arrogante, yo...

—¡Vete! —grité.

Gianna se marchó, pero no sin llamar a Luca con unas cuantas palabras. La puerta se cerró de golpe y nos quedamos solos. No estaba segura de lo que estaba haciendo Luca y no me daría la vuelta para comprobarlo. No podía oírlo a través de las salpicaduras del agua. Sabía que no podía permanecer en la ducha para siempre, así que cerré el agua y enfrenté la habitación.

Luca estaba extendiendo crema de afeitar sobre su barbilla con una brocha, pero sus ojos estaban mirándome en el espejo. Resistí el impulso de cubrirme, aunque sentí un rubor extendiéndose por mi cuerpo. Él bajó la brocha y alcanzó una de las toallas de felpa colgando sobre el calentador de toallas, luego se acercó a mí, todavía en calzoncillos. Abrí la ducha y tomé la toalla de su mano con un rápido gracias. Él no se movió, sus ojos insondables a medida que recorrían mi cuerpo. Envolví la toalla a mi alrededor, y entonces salí. Sin tacones, la parte superior de mi cabeza solo alcanzaba el pecho de Luca.

—Apuesto a que ya estás lamentando tu decisión —dije en voz baja. No necesitaba explicarme; él sabía lo que quería decir.

89

Sin decir una palabra, regresó al lavabo, recogió la brocha y reanudó lo que estaba haciendo antes. Estaba de camino hacia la habitación, cuando su voz me sorprendió.

—No. —Miré hacia atrás y me encontré con sus ojos—. Cuando reclame tu cuerpo quiero que te retuerzas debajo de mí de placer y no de miedo.

Ocho

*Traducido por Luisa.20 y Lyla
Corregido por Ana Ancalimë*

Ya estaba vestida con un ancho vestido naranja veraniego hasta las rodillas y un cinturón dorado para acentuar mi cintura, cuando Luca salió del baño con nada más que una toalla. Estaba sentada en la silla frente a mi tocador, poniéndome maquillaje, pero me congelé con el cepillo de la máscara de pestañas a centímetros de mi ojo cuando vi a Luca. Caminó hacia el guardarropa y tomó unos pantalones negros y una camisa blanca antes de dejar caer su toalla sin vergüenza. No miré hacia otro lado lo suficientemente rápido y fui recompensada con su firme trasero. Miré hacia el piso y me ocupé de revisar mis uñas hasta que me atreví a dar la cara al espejo otra vez y ponerme la máscara de pestañas.

Luca se abotonó la camisa, excepto por los dos botones superiores. Ató un cuchillo a su antebrazo y desenrolló su manga sobre este, luego puso una funda de pistola sobre su pantorrilla. Me di la vuelta.

90

—¿Alguna vez vas a alguna parte sin armas? —Hoy no se puso la funda en el pecho porque no podría quedar escondida con solo una camisa blanca.

—No si puedo evitarlo. —Me consideró—. ¿Sabes cómo disparar un arma o usar un cuchillo?

—No. Mi padre cree que las mujeres no deberían estar envueltas en peleas.

—Algunas veces las peleas llegan a ti. La Bratva y la Tríada no hacen diferencias entre hombres y mujeres.

—¿Entonces nunca has matado a una mujer?

Su expresión se endureció.

—No dije eso. —Esperé a que se explicara, pero no lo hizo. Quizá era lo mejor.

Me levanté, alisando mi vestido, nerviosa por encontrarme con mi padre y Salvatore Vitiello después de la noche de bodas.

—Buena elección —dijo Luca—. El vestido cubre tus piernas.

—Alguien podría levantar mi falda e inspeccionar mis muslos.

Eso estaba destinado a ser una broma pero los labios de Luca se curvaron en un gruñido.

—Si alguien trata de tocarte, va a perder su mano.

No dije nada. Su actitud protectora me emocionó y asustó por igual. Él me esperó en la puerta y me acerqué con incertidumbre. Sus palabras desde el baño todavía zumbaban en mis oídos. *Retorcerte de placer*. No estaba segura que estuviera siquiera cerca de estar lo suficientemente relajada a su alrededor para nada cercano al placer. Gianna estaba en lo correcto. No podía permitirme confiar en él tan fácilmente. Podía estar manipulándome.

Descansó su mano en mi espalda baja mientras salíamos. Cuando llegamos a lo alto de las escaleras, ya podía escuchar la conversación y unos pocos invitados dispersos estaban hablando en pequeños grupos en la gran entrada.

Me congelé.

—¿Están esperando para ver las sábanas sangrientas? —susurré, horrorizada.

Luca me lanzó una rápida mirada, sonriendo.

—Muchos de ellos, especialmente las mujeres. Los hombres podrían esperar detalles sucios, otros podrían esperar para hablar sobre negocios, pedir un favor, ponerse en mi lado bueno. —Gentilmente me presionó hacia adelante y bajamos las escaleras.

Romero estaba esperando a los pies de éstas, su cabello marrón desordenado. Inclino su cabeza hacia Luca, luego me dio una sonrisa breve.

—¿Cómo estás? —me preguntó, luego hizo una mueca, la parte posterior de sus orejas se volvieron rojas.

Luca rio. No conocía a ninguno de los hombres en la entrada, pero todos le dieron a Luca guiños y anchas sonrisas. La vergüenza se arrastró por mi cuello. Sabía lo que estaban pensando, podía prácticamente sentirlos desvistiéndome con sus ojos. Me desplazé más cerca de Luca y él enrolló sus dedos alrededor de mi cintura.

—Matteo y el resto de tu familia están en el comedor.

—¿Observando las sábanas?

—Como si pudieran leerlas como hojas de té —confirmó Romero, luego me dio una mirada de disculpa. No parecía sospechar nada.

—Vamos —dijo Luca, empujándome hacia las puertas dobles. Para el momento en que entramos al comedor, cada par de ojos estuvo sobre nosotros. Las

mujeres de la familia estaban reunidas a un lado de la habitación, divididas en pequeños grupos, mientras los hombres estaban sentados alrededor de la larga mesa, que estaba repleta de Ciabatta, uvas, jamón, mortadela, queso, bandejas de fruta y biscotti. Me di cuenta que realmente tenía hambre. Ya casi era la hora del almuerzo. Matteo se coló entre Luca y yo, con un expreso en su mano.

—Te ves como la mierda —dijo Luca.

Matteo asintió.

—Mi décimo expreso y todavía no despierto. Anoche bebí mucho.

—Estabas más que ebrio —dijo Luca—. Si no fueras mi hermano tendría que cortarte la lengua por algunas cosas que le dijiste a Aria.

Matteo me sonrió.

—Espero que Luca no hiciera la mitad de las cosas que le sugerí.

No estaba segura de qué decir a eso. Matteo todavía me ponía nerviosa. Él intercambió una mirada con Luca, quien deslizó su pulgar por mi espalda, haciéndome saltar.

—Toda una obra de arte lo que nos presentas —dijo Matteo con un asentimiento hacia la parte de atrás de la habitación donde las sábanas estaban puestas sobre un tipo de perchero para una mejor visualización.

Me tensé. ¿A qué se refería?

Pero Luca no pareció preocupado, en su lugar sacudió la cabeza. Salvatore Vitiello y mi padre estaban llamándonos para unirnos a ellos y podría haber sido descortés hacerlos esperar demasiado. Padre me sorprendió cuando llegamos a la mesa y me envolvió en sus brazos. Estaba sorprendida por esta abierta exhibición de cariño. Tomó mi nuca y susurró:

—Estoy orgulloso de ti.

Le di una sonrisa forzada cuando nos separamos. ¿Orgulloso por qué? ¿Por perder mi virginidad? ¿Por abrir mis piernas?

Salvatore puso una mano sobre mí y los hombros de Luca, y nos dio a ambos una sonrisa.

—Espero que podamos tener pequeños Vitiello pronto.

Me las arreglé para no dejar ver mi sorpresa. ¿No había mencionado Luca que estaba tomando anticonceptivos?

—Quiero divertirme con Aria por un largo tiempo. Y con la Bratva cerca, no quiero tener niños de los que preocuparme —dijo Luca tensamente. No había palabras para describir lo aliviada que estaba con las palabras de Luca. Realmente no estaba lista para niños. Ya tenía suficientes cambios sin añadir un bebé.

Su padre asintió.

—Sí, sí, por supuesto. Entendible.

Después, iniciaron una conversación sobre la Bratva y comenzó a ser bastante claro que estaba libre. Me deslicé del agarre de Luca y caminé hacia las mujeres. Gianna me atrapó a mitad del camino.

—Asqueroso —murmuró con un gesto hacia las sábanas.

—Lo sé.

Miré alrededor, pero no pude ver a Fabiano ni a Lily.

—¿Dónde están...?

—Escaleras arriba en su habitación con Umberto. Madre no quería que estuvieran aquí para la revelación de las sábanas. —Se inclinó conspiradora—. Estoy tan feliz que finalmente estés aquí. Estas mujeres han estado compartiendo historias de sus sábanas ensangrentadas por horas. ¿Qué carajo está mal con la familia de Nueva York? Si escucho una palabra más sobre esto voy a darles un verdadero baño de sangre.

—Ahora que estoy aquí, dudo que estarán hablando de nada más que la sábana con sangre de allí —murmuré. Me di cuenta que había estado en lo correcto. Casi cada mujer sintió la necesidad de abrazarme y ofrecerme palabras de consejo que solo me hicieron sentir nerviosa. *Mejorará. Algunas veces le toma un poco a una mujer para que sea cómodo.* Y el mejor: *Créeme, me tomó años disfrutarlo.*

Madre mantuvo su distancia. No estaba segura por qué. Valentina no dijo nada cuando envolvió sus brazos a mi alrededor y sonrió, antes de alejarse y que otra mujer llegara. Madre se paró con sus manos cruzadas frente a mí, la desaprobación estaba escrita en su rostro. Pero me alegró que no estuviera compartiendo historias de su noche de bodas con padre. Me detuve frente a ella y me envolvió en un apretado abrazo. Como mi padre, no era una persona muy cariñosa pero estaba feliz de su cercanía.

—Desearía poder haberte protegido de todo esto —susurró antes de dejarme ir. Hubo un destello de culpa en su rostro. Asentí. No la culpaba. ¿Qué podría haber hecho? Padre no le habría dejado escapar del trato.

—Luca no puede parar de mirarte. Debes haber dejado una buena impresión en él —dijo en broma la madrastra de Luca.

Me di la vuelta hacia ella y sonreí con cortesía. Luca probablemente solo quería asegurarse que no dejara salir nuestro secreto por accidente. Desde la esquina de mi ojo, vi la puerta del final abrirse y Lily se deslizó, seguida de Fabiano. Probablemente habían aprovechado la ida al baño de Umberto para escaparse. Gianna hizo una mueca cuando nuestro hermano se detuvo frente a mis sábanas.

Me disculpé y caminé hacia ellos con Gianna detrás de mí. Madre estaba envuelta en una conversación educada con la madrastra de Luca.

—¿Qué estás haciendo aquí, pequeño monstruo? —preguntó Gianna, apretando los hombros de Fabiano.

—¿Por qué hay sangre en la sábana? —medio gritó—. ¿Alguien está muerto?

Gianna se echó a reír mientras que Lily pareció sinceramente angustiada al ver las sábanas. Supuse que estalló su burbuja de los príncipes de cuento de hadas y hacer el amor bajo las estrellas. Los hombres de la mesa detrás de nosotras también se echaron a reír y la cara de Fabiano se arrugó con ira. Aunque solo tenía ocho años, tenía temperamento. Esperaba que se calmara pronto, o se metería en problemas una vez que fuera iniciado.

94

Gianna revolvió su cabello.

—¿Vas a ir a Nueva York con Luca? —preguntó Fabiano de repente.

Me mordí el labio.

—Sí.

—Pero quiero que vuelvas a casa con nosotros.

Parpadeé, tratando de ocultar mi angustia por escucharlo decir eso.

—Lo sé.

Lily apartó los ojos de las sábanas por un momento.

—¿No irás de luna de miel?

—No ahora. Los rusos y los taiwaneses le están dando problemas a Luca.

Fabiano asintió como si comprendiera, y tal vez lo hacía. Con cada año que pasaba él iba aprendiendo más del mundo oscuro en que vivía.

—Deja de mirar las sábanas —dijo Gianna en voz baja, pero Lily parecía demasiado atrapada con la vista.

Su rostro se arrugó.

—Creo que voy a vomitar. —Pasé un brazo por sus hombros y la conduje fuera. Ella se sacudió en mi agarre.

—Aguanta —le pedí mientras medio corríamos fuera de la habitación, los ojos de todos siguiéndonos. Nos tropezamos en el pasillo—. ¿Dónde está el baño? —Esta mansión tenía demasiadas habitaciones.

Romero nos hizo una seña hacia el final del pasillo y abrió una puerta y volvió a cerrarla cuando estuvimos dentro. Sostuve el cabello de Lily a medida que vomitaba en el inodoro y luego la hice sentarse en el suelo. Le limpié la cara con una toalla húmeda y un poco de jabón.

—Todavía me siento extraña.

—Pon la cabeza entre tus rodillas. —Me puse de cuclillas frente a ella—. ¿Cuál es el problema?

Ella se encogió de hombros.

—Te conseguiré un poco de té. —Me enderecé.

—No dejes que Romero me vea así.

—Romero no... —Mi voz se apagó. Lily, obviamente, estaba enamorada de él. Era inútil, pero al menos podía permitirle esa pequeña fantasía, cuando la vista de las sábanas ya la había angustiado tanto.

—Lo mantendré afuera —le prometí en su lugar y salí del cuarto de baño.

Romero y Luca esperaban frente a él.

—¿Tu hermana está bien? —preguntó Luca. ¿Estaba realmente preocupado, o solo era educado?

—Las sábanas la hicieron marearse.

La expresión de Romero se oscureció.

—No deberían permitir a chicas jóvenes presenciar algo así. Solo las asustará. —Miró a Luca como conteniéndose. Pero Luca hizo un gesto desdeñoso.

—Tienes razón.

—Lily necesita un poco de té.

—Puedo conseguirlo y quedarme con ella para que así puedas regresar con tus invitados —sugirió Romero.

Sonreí.

—Eso sería agradable, pero Lily no quiere que la veas.

Romero frunció el ceño.

—¿Me tiene miedo?

—Suenas como si eso no fuera posible —dije con una risa—. Eres un soldado de la mafia. ¿Por qué no habría de temerte? —Decidí no jugar más con él y bajé la voz—. Pero no es eso. Lily tiene un tremendo flechazo contigo y no quiere que la veas de esa manera. —Eso, y yo no quería a ninguno de los hombres de Luca a solas con Lily hasta que los conozca mejor.

Luca sonrió.

—Romero, todavía lo tienes. Capturando los corazones de niñas de catorce años a diestra y siniestra. —Luego volvió su atención hacia mí—. Pero tenemos que volver. Las mujeres estarán mortalmente ofendidas si no les das toda tu atención.

—Me haré cargo de Lily —dijo Gianna, apareciendo en el pasillo con Fabiano.

Sonreí.

—Gracias —le dije a medida que rozaba su mano al pasar. Para cuando estuve de vuelta en el comedor, las mujeres acudieron a mi alrededor, tratando de extraer más información de mí. Fingí estar demasiado avergonzada para hablar de ello, lo cual habría sido verdad, y solo les di respuestas vagas. Los invitados con el tiempo comenzaron a irse, y supe que pronto sería el momento de despedirme de mi familia y marchar a mi nueva vida.



Fabiano apretó su cara contra mis costillas casi dolorosamente y acaricié su cabello, sintiéndolo temblar. Padre observaba con un ceño fruncido de desaprobación. Él pensaba que Fabiano era demasiado mayor para mostrar emociones como esas, como si un niño no pudiera estar triste. Tendrían que salir para el aeropuerto pronto. Padre necesitaba regresar a Chicago para hacer negocios como de costumbre. Me hubiera gustado que pudieran haberse quedado más tiempo, pero Luca y yo también saldríamos para Nueva York hoy mismo.

Fabiano sorbió, luego se echó hacia atrás, mirando hacia mí. Las lágrimas escocían mis ojos pero las contuve. Si empezaba a llorar ahora, las cosas solo podían ser más difíciles para todos, especialmente para Gianna y Lily. Ambas se cernían a un par de pasos por detrás de Fabiano, esperando su turno para despedirse. Padre ya estaba junto al Mercedes negro de alquiler, impaciente por salir.

—Te veré de nuevo pronto —prometí, pero no estaba segura de cuán pronto sería eso. ¿Navidad? Eso estaba todavía a cuatro meses de distancia. El pensamiento se estableció como una pesada piedra en la boca de mi estómago.

—¿Cuándo? —Fabiano sobresalió su labio inferior.

—Pronto.

—No tenemos una eternidad. El avión se irá sin nosotros —dijo padre bruscamente—. Ven aquí, Fabiano.

Con una última mirada de anhelo hacia mí, Fabiano arrastró los pies hacia padre que de inmediato comenzó a regañarlo. Mi corazón se sintió tan pesado que no estaba segura de cómo podía mantenerse en mi pecho sin aplastar mis costillas. Luca se detuvo detrás del Mercedes en su Aston Martin Vanquish gris acero y salió, pero mi atención se centró en Lily que echó sus brazos alrededor de mí y después de un momento Gianna se unió al abrazo. Mis hermanas, mis mejores amigas, mis confidentes, mi *mundo*.

Ya no pude contener las lágrimas. No quería dejarlas ir. Quería llevarlas conmigo a Nueva York. Podrían vivir en nuestro apartamento, o incluso conseguir uno propio. Al menos, entonces tendría a alguien a quien amar y que me amara de regreso.

—Voy a extrañarte mucho —susurró Lily entre hipos y sollozos. Gianna no dijo nada. Solo apretó su cara en el hueco de mi cuello y lloró. Gianna, que casi nunca lloraba. Mi fuerte, impulsiva Gianna. No estaba segura de cuánto tiempo nos mantuvimos una sobre la otra, y no me importaba quién veía esta muestra abierta de debilidad. Que todos vean lo que significaba el amor verdadero. La mayoría de ellos nunca lo experimentarían.

—Tenemos que irnos —gritó padre. Y la grava crujió.

Levanté la cara. Madre se acercó a nosotras, brevemente tocó mi mejilla y luego tomó el brazo de Lily y la llevó lejos de mí. Otra parte de mí siendo alejada. Gianna no aflojó su agarre de hierro sobre mí.

—¡Gianna! —La voz padre fue como un látigo.

Ella levantó la cabeza, sus ojos rojos, sus pecas destacándose aún más. Trabamos miradas y por un momento ninguna de las dos dijo nada.

—Llámame todos los días. *Todos* los días —dijo Gianna con fuerza—. Júralo.

—Lo juro —me atraganté.

—¡Gianna, por el amor de Cristo! ¿Tengo que ir por ti?

Se apartó de mí poco a poco, luego se dio la vuelta y prácticamente huyó hacia el auto. Caminé unos pasos detrás de ellos cuando su auto pasó por el largo camino de entrada. Ninguna de mis hermanas se dio la vuelta. Me sentí aliviada cuando finalmente giraron una esquina y se hubieron ido. Lloré por mí misma por un tiempo y nadie me interrumpió. Sabía que no estaba sola. Al menos, no en el sentido físico.

Cuando finalmente me di la vuelta, Luca y Matteo estaban de pie a unos pasos detrás de mí. Luca me veía con una mirada que no tuve la energía para leer. Probablemente pensaba que era patética y débil. Esta era la segunda vez que había llorado delante de él. Pero hoy dolía peor. Bajó los escalones, mientras Matteo se quedaba atrás.

—Irte de Chicago no es el fin del mundo —dijo Luca con calma.

Él no podía comprender.

—Bien podría serlo. Nunca he estado separada de mis hermanas y hermano. Ellos eran mi mundo entero.

Luca no dijo nada. Hizo un gesto hacia su auto.

—Debemos irnos. Tengo una reunión esta noche. —Asentí. Nada me retenía aquí. Todo el mundo que me importaba se había ido.

—Estaré detrás de ti —dijo Matteo, y entonces se dirigió a una motocicleta.

Me hundí en los asientos de cuero de color gris oscuro del Aston Martin. Luca cerró la puerta, rodeó el capó y se instaló detrás del volante.

—¿Ningún guardaespaldas? —pregunté con voz apagada.

—No necesito guardaespaldas. Romero es para ti. Y este auto no tiene exactamente espacio para pasajeros adicionales. —Encendió el motor, el profundo estruendo llenando el interior. Enfrenté la ventana mientras nos apartábamos de la mansión Vitiello. Se sentía irreal que mi vida pudiera cambiar tan drásticamente debido a una boda. Pero lo hizo, y cambiaría aún más.

Nueve

Traducido por Osbeidy, Peticompeti, Cook 15, Apolineah17,
LizC y Rihano
Corregido por Ana Ancalimë

El viaje a Nueva York pasó en silencio. Estuve agradecida de que Luca no hubiera intentado entablar una conversación. Quería estar sola con mis pensamientos y mi tristeza. Pronto los rascacielos se elevaron alrededor del auto a medida que avanzábamos por Nueva York a un paso glacial. No me importó. Cuanto más largo fuera el viaje, podría fingir más tiempo que no tenía un nuevo hogar, pero eventualmente nos detuvimos en un garaje subterráneo. Nos bajamos del auto sin decir palabra y Luca sacó nuestras maletas del maletero. La mayor parte de mis pertenencias ya habían sido llevadas al apartamento de Luca hacía unos días pero ésta sería la primera vez que viera donde vivía.

Me quedé junto al auto mientras Luca se dirigía a las puertas del ascensor. Miró por encima de su hombro y también se detuvo.

—¿Pensando en correr?

Todos los días.

Me acerqué a él.

—Me encontrarías —dije simplemente.

—Lo haría. —Había dureza en su voz, colocó una tarjeta en la ranura y las puertas del ascensor se deslizaron, revelando mármol, espejos y una pequeña lámpara de araña. El ascensor dejaba claro que no era un edificio de apartamentos normales. Entramos y los nervios me retorcieron el estómago.

Había estado sola con Luca la última noche y durante el viaje hasta aquí pero la idea de estar solos en su penthouse de alguna manera era peor. Este era su reino. ¿A quién estaba engañando? Prácticamente todo Nueva York era su imperio. Se apoyó en la pared de espejos y me observó mientras el ascensor comenzaba su ascenso. Deseé que diga algo, *cualquier cosa en realidad*. Me distraería del pánico creciendo en mi garganta. Mis ojos revolotearon a la pantalla que mostraba en qué piso estábamos. Íbamos por el piso veinte y aún no se había detenido.

—El ascensor es privado, solo conduce a los últimos dos pisos. Mi penthouse está en la parte superior y Matteo tiene su apartamento en el piso de abajo.

—¿Puede venir a nuestro penthouse cuando quiera?

Luca escaneó mi rostro.

—¿Tienes miedo de Matteo?

—Tengo miedo de los dos. Pero Matteo parece más volátil, aunque dudo que tú hagas alguna vez algo que no quieres hacer. Pareces alguien que siempre está bajo control.

—A veces pierdo el control.

Giré el anillo de boda alrededor de mi dedo, evitando su mirada. Esa era información que no necesitaba saber.

—No tienes nada de qué preocuparte cuando se trata de Matteo. Está acostumbrado a venir a mi casa cuando quiere. Pero las cosas cambiarán ahora que estoy casado. La mayor parte de nuestros negocios se llevan a cabo en otro lugar, de todos modos.

El ascensor resonó y se detuvo, entonces las puertas se deslizaron, abriéndose. Luca me hizo un gesto para que salga primero. Lo hice e inmediatamente me encontré en una enorme sala de estar con elegantes sofás blancos, piso de madera oscura, una moderna chimenea de vidrio y metal, aparadores y mesas negras, así como lámparas de araña de vanguardia. Casi no había color en absoluto, excepto por algunas piezas de arte moderno en las paredes y piezas de arte hechas de cristal. Pero toda la pared frente al ascensor era de cristal. Las ventanas dejaban a la vista una terraza y un jardín en la azotea y, más allá, los rascacielos y Central Park. El techo se abría por encima de la parte principal de la sala de estar y una escalera conducía al segundo piso del penthouse.

Me adentré en el apartamento y levanté la cabeza. Barandillas de vidrio permitían una visión más clara de la parte superior. Una luminosa galería con varias puertas se dividía en él.

Una cocina abierta ocupaba el lado izquierdo de la sala de estar y una enorme mesa negra marcaba el borde entre el comedor y la sala. Podía sentir los ojos de Luca en mí a medida que asimilaba todo. Me acerqué a la ventana y miré hacia afuera. Nunca había vivido en un apartamento, incluso un jardín en la azotea no cambiaba el hecho de que era una prisión alta.

—Tus cosas están en la habitación de arriba, Marianna no estaba segura si querías acomodarlas por ti misma, así que las dejó en las maletas.

—¿Quién es Marianna?

Luca vino detrás de mí, nuestras miradas se encontraron en el reflejo de la ventana.

—Es mi ama de llaves, está aquí un par de días por semana.

Me pregunté si también era su amante. Algunos hombres en nuestro mundo de hecho se atrevían a ofender a sus mujeres llevando a sus prostitutas a su propia casa.

—¿Cuántos años tiene?

Los labios de Luca se retorcieron.

—¿Estás celosa? —Apoyó sus manos en mi cadera y me tensé. No se retiró, pero pude ver la ira cruzando su rostro. Aunque también noté que no había contestado mi pregunta.

Me salí de su agarre y me dirigí a una puerta de cristal que dirigía al jardín en la azotea.

—¿Puedo ir afuera?

Su mandíbula se tensó. No era estúpido. Había notado lo rápido que me había sacudido de su toque.

—Esta también es tu casa ahora.

No se sentía de esa manera. No estaba segura si lo haría alguna vez. Abrí la puerta y salí. Hacía viento y el distante sonido de las bocinas llegaba arriba desde las calles abajo. Muebles de salón blanco ocupaban la terraza, pero más allá de ella, un pequeño jardín bien cuidado se estiraba hasta una barrera de cristal. Había incluso en el suelo un jacuzzi cuadrado lo suficientemente grande para seis personas. Dos sillas de sol estaban establecidas junto a él. Di zancadas hasta el borde del jardín y dejé vagar mi mirada sobre Central Park. Era una hermosa vista.

—No estás pensando en saltar, ¿verdad? —preguntó Luca agarrando la barandilla a mi lado.

Incliné mi rostro hacia él, tratando de evaluar si éste era su intento de humor. Parecía serio.

—¿Por qué me mataría?

—Algunas mujeres en nuestro mundo lo ven como la única forma de obtener libertad. Este matrimonio es tu prisión.

Evalué la distancia entre el techo y el suelo. La muerte era segura, pero nunca consideraría matarme. Antes de hacerlo, habría corrido.

—No le haría eso a mi familia. Le rompería el corazón a Lily, Fabi y Gianna.

Luca asintió. No podía leer su expresión y eso estaba volviéndome loca.

—Volvamos adentro —dijo él, poniendo una mano en mi espalda baja y dirigiéndome dentro del apartamento. Cerró la puerta y luego giró hacia mí.

—Tengo una reunión en treinta minutos, pero estaré de vuelta en algunas horas. Quiero llevarte a mi restaurante favorito para la cena.

—Oh —dije, sorprendida—. ¿Cómo una cita?

Las esquinas de la boca de Luca se retorcieron, pero no sonrió.

—Podrías llamarlo de esa manera. Aún no hemos estado en una cita real. —Envolvió un brazo alrededor de mi cintura y me tiró contra él. Me congelé y la ligereza desapareció de sus ojos—. ¿Cuándo vas a dejar de tenerme miedo?

—¿No quieres que te tenga miedo? —Siempre había pensado que haría su vida más fácil si estaba aterrorizada de él. Sería más fácil mantenerme bajo control.

Las oscuras cejas de Luca se fruncieron.

—Eres mi esposa. Vamos a pasar nuestras vidas juntos, no quiero a una mujer encogida de miedo a mi lado.

Eso realmente me sorprendió. Madre amaba a padre pero también le temía.

—¿Hay gente por ahí que no te tenga miedo?

—Algunos —dijo antes de bajar la cabeza y presionar sus labios contra los míos. Me besó sin prisa, hasta que me relajé bajo su toque y separé mis labios para él. Levanté mi brazo y vacilantemente toqué la parte de atrás de su cuello, mis dedos rozando su cabello. Mi otra mano se presionaba sobre su pecho, disfrutando la sensación de sus músculos. Él se apartó.

—Tengo casi decidido cancelar esta puta reunión. —Frotó su pulgar sobre mis labios—. Pero todavía hay más que suficiente tiempo para esta tarde. —Miró su reloj—. En verdad necesito irme ahora. Romero estará aquí cuando me haya ido. Tómame tu tiempo y mira alrededor. —Con eso se dirigió a la puerta y se fue.

Por un momento, me quedé mirando la puerta preguntándome si alguien me detendría si salía de este edificio. En lugar de eso me dirigí a la escalera y subí al segundo piso. Solo una de las puertas blancas estaba entreabierta y empujé para abrirla. El dormitorio principal apareció frente a mí. Al igual que en la sala de estar, la pared entera estaba hecha de ventanas con vista a Nueva York. La cama extra grande estaba frente a ella. Me pregunté cómo sería ver el amanecer desde la cama. La pared detrás de la cama estaba tapizada con tela color negro. Al final de la habitación, una puerta conducía al vestidor y a la derecha pude ver una bañera independiente a través de la pared de cristal que separaba el dormitorio del cuarto de baño.

Caminé hacia allí. Incluso desde la bañera podrías ver la ciudad. A pesar del muro de cristal, el lavamanos y la ducha no eran visibles desde el dormitorio, y el váter estaba en su propia pequeña habitación.

—¿Aria?

Jadeé, mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho mientras seguía lentamente la voz y encontré a Romero en la galería, cargando mis bolsos.

—No pretendí sobresaltarte —dijo cuando vio mi cara.

Asentí.

—¿Dónde quieres que ponga tus bolsos?

Había olvidado que Luca los había dejado en el sofá.

—No lo sé, ¿quizás en el vestidor?

Pasó a zancadas por delante de mí y dejó los bolsos en un banco en el armario. Mis tres maletas al igual que dos cajas de mudanza estaban al lado.

—¿Sabes si necesito vestir elegante para esta noche? Luca dijo que quiere llevarme a su restaurante favorito, pero no me dijo si había un código de vestimenta.

Romero sonrió.

—No. Definitivamente sin código de vestimenta.

—¿Por qué? ¿Es un KFC? —En realidad nunca había comido en un KFC. Mis padres nunca nos habrían llevado a un lugar como ese. Gianna, Lily y yo una vez convencimos a Umberto para que nos llevara a McDonalds pero en realidad ese fue todo el alcance de mis experiencias con antros de comida rápida.

—La verdad es que no. Creo que Luca quiere sorprenderte.

Lo dudaba.

—Entonces, quizás debería desempacar. —Hice un gesto hacia mis maletas.

Romero mantuvo una distancia prudente de mí. Era amable pero profesional.

—¿Necesitas ayuda?

La verdad es que no quería que Romero tocara mi ropa interior.

—No. Preferiría estar sola.

El rostro de Romero se cubrió de compasión antes de darse la vuelta e irse. Esperé hasta estar segura que había vuelto al piso de abajo antes de abrir la primera maleta. Encima de todo estaba una foto mía con Gianna, Lily y Fabi. Lloré por tercera vez en menos de veinticuatro horas. Los había visto justo esa mañana, así que, ¿cómo podía ya sentirme tan sola?



104

Cuando Luca llegó casi cinco horas después, me había cambiado a una falda y una delgada camisa sin mangas. A pesar de mis mejores esfuerzos, mis ojos estaban aún un poco rojos de llorar. Había un límite para lo que el maquillaje podía hacer. Luca lo notó inmediatamente, su mirada se detuvo en mis ojos y luego se movió rápidamente a la foto de mi familia en la mesita de noche.

—No estaba segura de cuál era tu lado. Puedo moverme a la otra mesita de noche si quieres —dije.

—No, está bien. —El agotamiento estaba claramente escrito en su cara.

—¿La reunión fue bien?

Luca apartó la mirada.

—No hablemos de ello. Estoy hambriento. —Me tendió su mano, la agarré y le seguí hasta el ascensor. Estaba tenso y apenas dijo una palabra mientras íbamos en su auto. No estaba del todo segura si esperaba que le diera conversación, y estaba demasiado vacía emocionalmente para hacer un esfuerzo.

Cuando paramos en un semáforo rojo, me echó una mirada.

—Estás genial.

—Gracias.

Estacionó el auto en una zona de estacionamiento cerrada donde apilaban los autos uno encima de otro, después bajamos una calle con pequeños restaurantes ofreciendo de todo, desde comida India, Libanesa y hasta Sushi. Se detuvo en un restaurante Coreano y sostuvo la puerta abierta para mí. Sorprendida caminé dentro del concurrido y estrecho lugar.

Pequeñas mesas estaban dispuestas cuidadosamente juntas y la barra al frente ofrecía bebidas alcohólicas con etiquetas que ni siquiera podía leer. Un camarero se nos acercó y una vez divisó a Luca, nos guio hacia la parte trasera del restaurante y nos dio la última mesa disponible. La gente en la mesa de al lado observaban atentamente a Luca con los ojos bien abiertos, probablemente preguntándose cómo podría haberlo. Tomé asiento en el banco que recorría a lo largo de toda la habitación y Luca se estrujó en la silla frente a mí. El hombre detrás de él movió su silla a un lado, para que así Luca tuviera más espacio. ¿Sabían quién era o eran así de educados?

—Te ves sorprendida —dijo Luca después que el camarero hubiera tomado nota de nuestras bebidas y nos hubiera dejado con el menú.

—No pensé que te decantaras por la comida asiática, teniendo en cuenta *todo*. —Eso era todo lo que podía decir en un restaurante abarrotado, pero Luca supo que me refería a la Tríada Taiwanesa.

—Este restaurante es el mejor restaurante asiático de la ciudad y no pertenece a una *cadena* asiática.

Fruncí el ceño. ¿Estaba bajo la protección de la familia?

—Es independiente.

—¿Hay restaurantes independientes en Nueva York?

La pareja de la mesa de al lado nos miraron extrañados. Para ellos nuestra conversación era probablemente más que un tanto extraña.

—Algunos, pero ahora mismo estamos en negociaciones.

Resoplé.

Luca señaló mi menú.

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, nunca he probado comida coreana.

—La seda de tofu marinada y el bulgogi de ternera son deliciosos.

—¿Comes *tofu*?

Luca se encogió de hombros.

—Si está preparado así, entonces sí.

Negué con la cabeza. Esto era surrealista.

—Solo pide lo que creas que es lo mejor. Como de todo, excepto hígado.

—Me gustan las mujeres que comen más que ensaladas.

El camarero volvió y tomó nuestros pedidos, agarré los palillos chinos torpemente, intentando descubrir la mejor manera de usarlos.

—¿Nunca antes has utilizado palillos? —preguntó Luca con una sonrisa de superioridad. ¿Se estaba riendo de mí?

—Mis padres solo nos llevaban a su restaurante italiano favorito y no se me permitía mucho ir sola a ningún sitio. —La amargura repicó en mi voz.

—Ahora puedes ir a donde quieras.

—¿De verdad? ¿Sola?

Luca bajó la voz.

—Con Romero o conmigo, o Cesare cuando Romero no esté disponible.

Por supuesto.

—Ven, deja que te enseñe. —Agarró sus propios palillos chinos y los mantuvo arriba. Intenté imitar su agarre y después de varios intentos, conseguí mover los palillos sin que se me cayeran. Cuando llegó nuestra comida, me di cuenta que era mucho más difícil agarrar algo con palillos.

Luca me observó obviamente entretenido mientras me tomaba tres intentos llevar un trozo de tofu a mis labios.

—Con razón las neoyorquinas están tan delgadas si comen todo el tiempo así.

—Eres más hermosa que todas ellas —dijo.

Escaneé su cara, intentando averiguar si estaba siendo sincero, pero, como siempre, su rostro era ilegible. Me permití admirar sus ojos. Eran extraordinarios con su anillo más oscuro alrededor del gris. Ahora mismo no eran exactamente fríos, pero los recordaba siéndolo.

Luca arrancó un trozo de ternera marinada y lo sostuvo delante de mí. Mis cejas se alzaron sorprendidas. Luca reprodujo mi expresión pero la suya era más desafiante. Me incliné hacia delante y cerré mis labios alrededor de los palillos, y luego volví

atrás, disfrutando el sabor del bulgogi de ternera. Los ojos de Luca parecieron oscurecerse a medida que me observaba.

—Delicioso —dije.

Luca levantó enseguida un trozo de tofu y lo acepté ansiosa. Esto era mejor que luchar en vano intentando someter a los palillos chinos.

Estaba agradecida de que Luca me mostrara su lado normal. Me daba esperanza. Quizás esa era su intención, pero no me importó.



La relajación que había sentido durante la cena se evaporó cuando Luca y yo volvimos a nuestro penthouse y entramos al dormitorio. Fui al cuarto de baño y me tomé mi tiempo preparándome antes de volver.

Los ojos de Luca apreciaron mi camisón de satín largo y oscuro. Llegaba hasta mis pantorrillas pero tenía una abertura que llegaba hasta mis muslos. Seguía siendo mucho más modesto que la horrible cosa que había usado en nuestra noche de bodas. Y aun así estaba segura que había deseo en sus ojos.

Una vez que él hubo desaparecido en el baño, caminé hacia la ventana y me entretuve mirando el horizonte nocturno. Estaba casi tan nerviosa como la noche anterior. Sabía que no estaba lista para nada más que besarnos. No me giré cuando oí que Luca se acercaba por detrás. Su impresionante estatura se reflejaba en las ventanas. Como ayer, estaba usando solamente calzoncillos. Lo miré acercarse a mí y cada músculo de mi cuerpo se tensó. Si él notó mi reacción no lo demostró. Deslizó un nudillo por mi espalda, enviando una sensación estremecedora a lo largo de mi cuerpo. Cuando no reaccioné extendió su mano, con la palma hacia arriba, una invitación, no una orden, y aun así sabía que solo había una respuesta correcta.

Lo miré, pero mis ojos se desviaron hacia la larga cicatriz en su palma. Pasé las puntas de mis dedos por ella.

—¿Eso es por el juramento de sangre? —Espíe su rostro inescrutable. Sabía que durante la ceremonia de iniciación los hombres tenían que sangrar mientras recitaban las palabras del juramento.

—No, es esta. —Volteó su otra mano, en donde una pequeña cicatriz surcaba su palma—. Esa —dijo mirando hacia la cicatriz que yo seguía tocando—, ocurrió en una pelea. Tuve que prevenir el ataque de una navaja con mi mano.

Quise preguntarle de la primera vez que había matado a un hombre pero envolvió sus dedos alrededor de mi muñeca y me guio hasta la cama. Mi garganta se contrajo demasiado para las palabras cuando se sentó en el colchón y me jaló entre sus piernas. Traté de relajarme en su beso y cuando no hizo ningún movimiento para llevar las cosas más lejos sentí en realidad que la tensión se iba y comencé a disfrutar de su experimentada boca, pero después él se recostó y me jaló hacia la cama con él.

Sus besos se volvieron más fuertes y podía sentir su erección presionando contra mi muslo. Aun así no me retiré. Podía hacer esto. Sabía lo que venía. Su mano envolvió mi pecho y me tensé a pesar de mis buenas intenciones para no hacerlo. No la quitó, pero tampoco la movió. Sus besos hacían que mis pensamientos se enredaran. ¿Sería tan malo dormir con Luca? Él retrocedió un par de centímetros y dejó un rastro de besos hacia mi oreja.

—Nunca he querido follar a una mujer tanto como he querido follarte a ti en este momento.

Me congelé. Sus palabras me hicieron sentir barata. Él era mi esposo y tenía derecho a mi cuerpo, si le preguntabas a cualquiera en nuestra familia, de cualquier forma, pero me merecía más que eso. No quería que me folle como él estaba acostumbrado a hacer con otras mujeres. Era su esposa. Quería más. Volteé mi cabeza y empujé mis palmas contra su pecho. Después de un momento, él cedió.

—No quiero esto —dije, sin molestarme en esconder mi disgusto.

No lo miré pero prácticamente podía sentir su frustración. ¿Qué pensaba? ¿Qué repentinamente me sentiría lo suficientemente cómoda para dormir con él porque me había llevado una vez a cenar? ¿Era así como funcionaba con otras chicas? Por un largo tiempo no hizo más que mirarme, después se desprendió de mí.

Apagó la luz sin decir una palabra y se recostó en su lado de la cama. Deseé que al menos me abrazara. Esta era mi primera noche tan lejos de mi familia. Habría sido lindo si al menos me consolaba, pero no le pedí que lo hiciera. En lugar de eso, jalé las cobijas y cerré los ojos.



Cuando me desperté a la mañana siguiente, Luca se había ido. No había ninguna nota, ni siquiera un texto en mi teléfono. Estaba realmente disgustado. Aventé mis cobijas a un lado. *Bastardo*. Él sabía que no conocía a nadie en Nueva York y aun así no le importaba. Agarré mi laptop y abrí mi cuenta de correo. Gianna ya me había

enviado tres correos nuevos. El último era casi amenazador. Levanté el teléfono. Solo oír su voz era suficiente para hacerme sentir mejor. No necesitaba a Luca o a nadie más, mientras tuviera a Gianna.

El olor de café y algo más dulce me sacó eventualmente de la habitación para ir hacia el piso inferior. Los sartenes estaban resonado en la cocina y al dar vuelta en la esquina, encontré a una mujer pequeña y robusta que se veía lo suficientemente vieja para ser mi abuela en la estufa, haciendo panqueques. Su cabello oscuro estaba cubierto por una red. Romero estaba sentado en un banco en el bar adyacente a la isla de la cocina, una taza de café frente a él. Se volteó cuando me acerqué, sus ojos asimilando mi camión antes de voltear su cabeza rápidamente. ¿En serio?

La mujer se volteó y sonrió amablemente.

—Debes ser Aria. Soy Marianna.

Caminé hasta ella para estrechar su mano, pero me envolvió en un abrazo, presionándome contra su amplio pecho.

—Eres una belleza, *bambina*. No me sorprende que Luca esté embelesado contigo.

Me tragué un comentario sarcástico.

—Eso huele delicioso.

—Siéntate. El desayuno estará listo en un par de minutos. Es suficiente para Romero y para ti.

Me senté junto a Romero en un banco. Seguía mirando enfáticamente hacia el otro lado.

—¿Cuál es tu problema? No estoy desnuda —dije cuando ya no pude soportarlo más.

Marianna se rio.

—Al chico le preocupa que Luca se dé cuenta que se comió con los ojos a su chica.

Sacudí la cabeza, contrariada. Si Romero insistía en ser un cobarde, tendría que comer con los ojos cerrados. No me iba a poner una bata porque necesitaba un guardaespaldas en mi propio hogar.



Ya me estaba quedando dormida cuando Luca llegó a casa esa noche. Mientras él había pasado su día afuera haciendo Dios sabe qué, yo era una prisionera en su estúpido penthouse. Las únicas personas que me hacían compañía eran Marianna y Romero, pero ella se había ido después de preparar la cena y Romero no era exactamente el acompañante más comunicativo. Miré cuando Luca salió del cuarto de baño, recién bañado. Apenas reconoció mi presencia. ¿Pensaba que eso me importaba? Cuando se acostó a mi lado y apagó las luces, dije en la oscuridad:

—¿Puedo caminar por la ciudad mañana?

—Siempre y cuando lleves a Romero contigo. —Fue su corta respuesta.

Me tragué mi dolor y frustración. Cuando me había llevado a su restaurante favorito pensé que intentaría hacer que este matrimonio funcionara, pero solamente había sido un plan para meterme en la cama. Y ahora me castigaba con la ley del hielo.

Pero no lo necesitaba, nunca lo haría. Me quedé dormida escuchando su rítmica respiración.

Me desperté en medio de la noche por una pesadilla. El brazo de Luca estaba envuelto a mi alrededor, mi cuerpo rodeado por el suyo. Podría haberme retirado, pero su cercanía se sentía demasiado bien. Una parte de mí aun quería que este matrimonio funcionara.

110



Extrañaba tanto a Gianna y a Lilly, que era casi una cosa física.

Romero trataba de ser invisible pero siempre estaba ahí.

—¿Quieres ir de compras?

Casi me carcajeé. ¿Pensaba que ir de compras hacía que todo fuera mejor? Tal vez eso funcionara para algunas personas, pero definitivamente no para mí.

—No, pero me gustaría ir por algo de comer. Gianna me envió un correo electrónico con unos cuantos restaurantes que quiere probar cuando venga de visita. Me gustaría ir a uno de ellos hoy.

Romero se vio indeciso por un instante y yo exploté.

—Le pedí permiso a Luca hace un par de noches, así que no tienes que preocuparte. Tengo permitido abandonar esta prisión.

—Lo sé, me lo dijo.

Esto era ridículo. Lo dejé parado en medio de la sala y me apresuré por las escaleras hacia el dormitorio. Me cambié rápidamente a un lindo vestido de verano y sandalias, agarré mi bolso y mis gafas de sol, antes de regresar al piso inferior. Romero no se había movido de su lugar. ¿Por qué no podía fingir ser algo más que mi guardaespaldas?

—Vámonos —ordené. Si quería actuar como mi guardaespaldas, lo trataría de esa manera. Romero se puso un saco sobre la camisa para esconder su pistolera, y después oprimió el botón del elevador. No hablamos durante el viaje hacia abajo. Esta era realmente la primera vez que veía el lobby del edificio de apartamentos. Era elegante, mármol negro, arte moderno, un brillante mostrador blanco detrás del cual se sentaba un recepcionista de mediana edad en un traje negro. Él inclinó su cabeza hacia Romero antes de que sus ojos me enfocaran con obvia curiosidad.

—Buenos días, señora Vitiello —dijo con una voz demasiado respetuosa. Casi tropecé al escucharlo llamarme así. Era fácil olvidar que ya no era una Scuderi. Después de todo, mi esposo nunca estaba presente.

111

Asentí en reconocimiento y luego salí rápidamente. El calor estalló contra mi cuerpo cuando dejé el aire acondicionado del edificio. El verano en la ciudad, no era nada de lo que estar emocionada. El olor de escape y gasolina parecía ser llevado a través de las calles como niebla. Romero estaba un paso detrás de mí y me pregunté cómo podía soportar el calor en su elegante traje.

—Creo que necesitamos tomar un taxi —dije, mientras caminaba hacia la acera. Romero negó con la cabeza, pero ya había levantado el brazo y un taxi se desvió hacia un lado y se detuvo junto a mí.



Romeo se quedó unos cuantos pasos atrás, con su mirada alerta sobre mi espalda. Me estaba volviendo loca. Las personas me estaban dando miradas extrañas.

—¿Puedes caminar a mi lado, por favor? —pregunté a medida que avanzábamos por la calle Greenwich donde estaba el restaurante—. No quiero que la

gente piense que me estás protegiendo. —Probablemente todavía estaba enojado por haberle hecho tomar un taxi, en lugar del BMW negro que gritaba mafia desde lejos.

—Te estoy protegiendo.

Me detuve hasta que dio un paso a mi lado. El exterior del restaurante estaba rodeado por flores silvestres creciendo en macetas de terracota y el interior me recordó los pubs británicos sobre los que había leído. Parecía que cada uno de los meseros estaba tatuado y las mesas estaban colocadas tan juntas que podrías haber comido del plato de tu vecino. Pude ver por qué a Gianna le encantaría.

Los labios de Romero se retorcieron en evidente desaprobación. Probablemente era la pesadilla de un guardaespaldas.

—¿Tienes una reservación? —preguntó una mujer alta con una perforación en el tabique nasal.

—No. —Romero entrecerró los ojos como si no pudiera creer que alguien en realidad me estuviera preguntando algo como eso. Me encantaba. Aquí no era Aria, esposa de Luca Vitiello—. Pero solo somos nosotros dos. Y no nos tomará mucho —dije amablemente.

La mujer miró entre Romero y yo, luego sonrió.

—Tienen una hora. Son una linda pareja.

Se dio la vuelta para conducirnos hacia nuestra mesa y por eso no vio la expresión de Romero.

—¿Por qué no la corrigiste? —preguntó en voz baja.

—¿Por qué debería?

—Porque no somos una pareja. Tú eres de Luca.

—Yo soy yo. Y no lo soy.

Romero no discutió de nuevo, pero me di cuenta que lo hacía sentir incómodo actuar como si fuéramos otra cosa excepto un guardaespaldas y la esposa de su jefe. Comí una ensalada con el aderezo más delicioso y disfruté de observar a las personas a nuestro alrededor, mientras Romero comía una hamburguesa y monitoreaba nuestro entorno. No podía esperar para traer a Gianna aquí. La tristeza me llenó con el pensamiento. Nunca había estado tan sola en mi vida. Solo dos días en mi nueva vida y en realidad no sabía cómo sobrevivir los muchos miles de días que seguirían.

—Entonces, ¿Luca llegará nuevamente tarde a casa esta noche?

—Supongo —dijo Romero evasivamente.

Después de haber comido, obligué a Romero a dar un paseo por el vecindario del restaurante por un poco más de tiempo, pero finalmente me frustré con su postura rígida y su evidente inconformidad y accedí a regresar al apartamento.



Cuando el taxi se detuvo frente al edificio de apartamentos, Romero le pagó al chófer y salí del auto. Mientras me acercaba a la fachada de cristal, noté a una de las primas de Luca sentada en el interior del vestíbulo. ¿Qué estaba haciendo aquí? No habíamos hablado más que un par de frases en la boda y no había tenido la impresión de que ella estuviera interesada en mi amistad. Confundida, entré al vestíbulo. Los ojos de Cosima se movieron rápidamente hacia mí, se acercó sin dudar y me abrazó para mi sorpresa, luego empujó algo en mi mano.

—Toma. No dejes que Romero o alguien más lo vea. Ahora sonrío.

Lo hice, aturdida. Podía sentir un papel doblado y lo que parecía una llave en mi palma. Rápidamente los guardé en mi bolso cuando Romero apareció a mi lado.

113

—¿Qué estás haciendo aquí, Cosima? —Había un atisbo de sospecha en su voz.

Ella le mostró sus dientes.

—Quería ver cómo estaba Aria y preguntarle si podíamos encontrarnos pronto para almorzar. Pero ahora me tengo que ir. Tengo una cita con el estilista. —Me dio una mirada de advertencia, y luego se marchó, sus tacones resonando en el suelo de mármol.

Romero me estaba observando.

—¿Qué dijo?

—Lo que te dijo —respondí, levantando la barbilla—. Quiero subir. —Él quería que actuara como su jefa, así que no podía esperar que me abriera con él. Asintió y me condujo hacia el ascensor con una leve inclinación de cabeza hacia los dos recepcionistas.

Para cuando entramos al penthouse me excusé y me dirigí al baño de visitas. Saqué lo que Cosima me había dado y desdoblé el pedazo de papel.

Aria,

La llave es para uno de los apartamentos propiedad de Vitiello. Ven esta noche a las diez en punto para ver en lo que realmente está metido tu esposo mientras tú calientas su cama. Se cuidadosa, quédate tranquila y no le digas a nadie.

Romero tratará de detenerte. Deshazte de él.

La dirección estaba en la parte inferior de la página. La nota no estaba firmada y estaba escrita a computadora. ¿Era de parte de Cosima? Tendría sentido. La leí una y otra vez. Podía ser un truco, o peor: una trampa, pero la curiosidad ardía a través de mí. Luca no había sido precisamente el marido más presente. El único problema era cómo llegar al apartamento y cómo deshacerme de Romero. Él nunca dejaba mi lado.



Convencí a Romero de salir a cenar a un restaurante que, de acuerdo a Google Maps, estaba a solo cinco minutos a pie de la dirección que Cosima me había dado. Cuando Romero utilizó el baño de visitas de nuestro apartamento, empleé el momento para tomar una pequeña arma que Luca mantenía en uno de los cajones superiores de su armario. La noté cuando había desempacado mis maletas y doblado mi ropa en los cajones. La escondí en el bolsillo lateral de mi bolso. A pesar de que no tenía mucha experiencia con armas, sabía cómo manejarlas en teoría. Mejor prevenir que lamentar.

114



Eran las nueve y cuarto. Romero y yo acabábamos de terminar nuestro primer platillo, cuando me puse de pie y me dirigí al baño. Romero empujó su silla y comenzó a levantarse también.

Lo miré fijamente.

—No vas a seguirme al baño. ¿Crees que me perderé en el camino? Las personas estarán mirando. Nadie sabe quién soy aquí. Estoy a salvo.

Romero se hundió de nuevo. El baño estaba más allá de una esquina, más cerca de la puerta que de nuestra mesa. Salí del restaurante, saqué unos zapatos planos de mi bolso y me los puse. Luego me apresuré hacia la dirección. Tomaría al menos cinco

minutos antes de que Romero se aventurara hacia el baño y esperanzadoramente incluso más antes de que se metiera a comprobarme.

Cuando llegué frente al edificio de piedra rojiza, dudé. No tenía una recepción, solo un pasillo estrecho y una escalera empinada. Entonces tomé una respiración profunda y entré. La llave decía que el apartamento estaba en el tercer piso. Tomé el ascensor escondido en un rincón oscuro detrás de las escaleras. Durante el trayecto hacia arriba, la duda me superó. Tal vez no debería haber leído la carta. El ascensor se detuvo y la puerta se abrió con una sacudida. Mis ojos se movieron rápidamente hacia el botón que me llevaría de nuevo hacia la planta baja, pero en lugar de eso salí y encontré la puerta del apartamento. No estaba completamente cerrada.

Mi corazón se agitó con miedo. Esto parecía una idea realmente mala, pero la curiosidad fue más fuerte que la preocupación. Empujé la puerta y me asomé. La sala de estar estaba oscura y vacía, pero luz venía de otro lugar. Descansé mi mano en la pistola en mi bolso, entonces me deslicé aún más adentro, pero me quedé inmóvil cuando escuché a una mujer gritar.

—¡Sí! ¡Más duro!

El temor se instaló en mí mientras seguía la voz. La había escuchado antes. La luz se derramaba fuera de una puerta abierta. Me detuve frente a esta, dudando. Todavía podía darme la vuelta y fingir que nunca había recibido la carta. Otro gemido flotó fuera de la habitación y me asomé al interior. El calor se precipitó hacia mi rostro, y entonces pareció drenarse de mi cuerpo por completo.

115

Grace Parker estaba de rodillas con los antebrazos sobre la cama mientras Luca la follaba por detrás. Los golpes de su cuerpo al embestir su culo llenaban el silencio, solo ocasionalmente interrumpido por sus alentadores gritos y gemidos. Los ojos de Luca estaban cerrados a medida que sus dedos se clavaban en sus caderas y chocaba contra ella una y otra vez. Grace volvió su cabeza para mirarme a los ojos y sonrió triunfalmente. La bilis subió por mi garganta. Así que esto era lo que Luca había estado haciendo las últimas dos noches.

Por un loco instante, consideré sacar la pistola y arrojársela a la cabeza a esa zorra. No dispararía contra ella, incluso si quería. No era una mafiosa. No era Luca. Mis hombros se desplomaron y di un paso atrás. Necesitaba escapar. Los ojos de Luca se abrieron de golpe, estirando la mano hacia el arma de fuego en la cama junto a él, pero entonces me vio. Se sacudió, y luego se congeló.

—¿Qué pasa, Luca? —preguntó Grace, moviendo su culo contra él. Todavía estaba enterrado dentro de ella. Luca y yo nos miramos el uno al otro y pude sentir las lágrimas acumulándose en mis ojos.

Me di la vuelta y corrí. Tenía que escapar. Solo irme. Para cuando salí del ascensor en el primer piso, comencé a temblar pero no me detuve. Corrí hasta fuera casi chocando con Romero que debió haber seguido el GPS de mi teléfono. Se tambaleó un poco, vio mi cara, luego al edificio y abrió los ojos de par en par. Él sabía. Todo el mundo parecía saber, a excepción de la estúpida de mí.

Seguí a toda prisa, corriendo más rápido de lo que había corrido en mi vida. Cuando crucé la calle hacia la estación del metro, alcancé a ver a Luca con la camisa y los pantalones desabrochados tambaleándose por la puerta. Romero ya estaba persiguiéndome.

Pero era rápida. Años de ejercitar en la cinta de correr finalmente dieron sus frutos. Prácticamente volé por los escalones y busqué a tientas la tarjeta del metro que mis hermanas y yo habíamos comprado antes de la boda después de haber obligado a Umberto a mostrárnoslo. Me las arreglé para pasar a duras penas por las puertas ya cerrándose de un vagón. Ni siquiera estaba segura de hacia dónde se dirigía. Pero cuando vi a Luca y Romero dirigiéndose a los rieles, lo único que importó era que me estaba alejando de ahí. Lejos de la sonrisa triunfal que Grace me había dado, del sonido del cuerpo de Luca bombeando contra su culo, de su traición.

En nuestra noche de bodas le dije a Luca que no lo odiaba. Deseé que me preguntara de nuevo hoy. Me hundí en un asiento libre, pero todavía estaba temblando. ¿A dónde iba?

116

No podía huir. Luca probablemente ya habría enviado a cada soldado detrás de mí. Dejé escapar una risa ahogada y recibí algunas miradas extrañas de los demás pasajeros. ¿Qué sabían ellos? Eran libres.

Agarré mi teléfono y llamé a Gianna. Ella respondió al segundo timbre.

—¿Aria?

—Atrapé a Luca en la cama con Grace. —Más personas me miraron. ¿Acaso importaba? No sabían quién era yo. Los avisos de la boda en el periódico nunca habían incluido una foto de mí. Realmente no necesitaba más atención.

—Mierda.

—Sí. —Me bajé en la siguiente estación a medida que empezaba a contarle toda la historia a Gianna. Me alejé del subterráneo rápidamente porque ese sería el lugar que buscarían primero. Finalmente me detuve en un lugar ruidoso y oscuro donde vendían hamburguesas y cerveza. Pedí una Coca-cola y una hamburguesa, aunque no tenía ninguna intención de beber o comer.

—¿En dónde estás ahora? —preguntó Gianna.

—En algún lado. Ni siquiera sé. En un restaurante, más o menos.

—Ten cuidado. —No dije nada—. ¿Estás llorando? —Así era. Una vez más me quedé en silencio.

—No lo hagas. No cuando no estoy cerca para consolarte y patear el puto culo de Luca. Sabía que era un idiota. Bastardo de mierda. Aún no has dormido con él, ¿verdad?

—No, no lo he hecho. Probablemente por eso es que me está engañando.

—No te atrevas a culparte a ti misma, Aria. Cualquier hombre decente habría mantenido su pene en sus pantalones o usado su mano.

La hamburguesa y una Coca cola llegaron y di las gracias a la camarera que se quedó junto a mi mesa durante un par de segundos, su mirada persistiendo en mis lágrimas. Le di una sonrisa y finalmente captó la indirecta y se fue.

—¿Qué harás ahora? ¿Estás pensando en volver a casa?

—¿De verdad crees que padre va a permitir que deje a Luca porque me engañó? Padre ha tenido una amante durante *años*. —Tampoco es que Luca lo permitiría. Era suya, como Romero nunca dejaba de recordarme.

117

—Todos los hombres son unos cerdos.

—No puedo olvidar la mirada que Grace me dio. Parecía que había ganado.

—Ella quería que lo vieras, quería humillarte. —Gianna se quedó en silencio—. Eres la esposa del futuro Capo dei Capi. Si alguien te humilla, prácticamente están insultando a Luca.

—Bueno, él estaba muy ocupado ayudándola a insultarme.

Gianna resopló.

—Espero que se le caiga el pene.

—No pienso contener la respiración esperando.

—Apuesto a que le van a patear el culo a Romero por dejar que te escaparas. Se lo merece.

Casi sentí lástima por Romero, pero luego recordé que había sabido sobre Grace desde el principio. Había estado escrito en su rostro. Dios, ¿cuánta gente sabía? ¿Acaso todos estarían riéndose de mí a mis espaldas?

—¿Estás hablando con Aria? —Pude oír la voz emocionada de Lily en el fondo.

—Eso no es asunto tuyo. Sal de mi habitación, pequeña entrometida.

—¡Quiero hablar con ella! ¡También es mi hermana!

—Ahora no. Esto es privado. —Hubo gritos y entonces el sonido de un portazo, seguido de los puños martillando contra la madera. Mi corazón se llenó de calidez y sonreí. Esa había sido mi vida no hacía mucho tiempo. Ahora solo tenía un marido infiel al que volver.

—¿Y ahora qué? —preguntó Gianna con el tiempo.

—Sinceramente, no sé. —Pagué y dejé el restaurante, volviendo a recorrer las calles. Estaba oscuro, pero todavía estaban llenas de gente camino a casa de cenar o de camino a un club o bar.

—No puedes dejar que te trate así. Debes luchar.

—No sé si luchar con Luca es algo que quiero hacer.

—¿Qué puede hacerte? No eres su enemigo o su soldado y dijo que no golpea a las mujeres ni que te obligaría a nada. Entonces, ¿qué queda? ¿Encerrarte en tu habitación sin cenar? —Suspiré—. Tal vez deberías engañarlo. Ir a un club, encontrar un chico caliente y dormir con él.

118

Eso no resultaría nada bien con Luca.

—Lo mataría. No quiero sangre en mis manos.

—Entonces, haz otra cosa. No me importa, siempre y cuando le hagas pagar a Luca por lo que te está haciendo. Probablemente solo seguirá engañándote. Lucha.

Pero Gianna era la luchadora. Yo prefería las tácticas sutiles.

—Debería deshacerme de este teléfono ahora mismo. Necesito más tiempo para pensar y no quiero que Luca me rastree.

—Llámame tan pronto como sea posible. No importa la hora. Si no escucho nada de ti mañana por la mañana, no me importará a quién tengo que derribar para volar a Nueva York.

—De acuerdo. Te quiero. —Antes de que Gianna pudiera decir nada más, apagué el teléfono, lo deshabilité y lo arrojé en un cubo de basura antes de caminar por las calles sin rumbo fijo. Era pasada la medianoche y estaba cansada. La única cosa que me mantenía en marcha era la imagen de Luca volviéndose loco al no poder

encontrarme. Odiaba no tener el control. Y ahora me le había escapado de las manos. Deseé poder verlo.

Compré un café y envolví mis dedos alrededor de la taza de papel caliente mientras me apoyaba en la fachada de la cafetería y dejaba que mis ojos se perdieran sobre el escaso número de transeúntes. Cada vez que una pareja pasaba por delante de mí, tomados de la mano, besándose, riéndose y enamorados, mi pecho se apretaba. Mis ojos ardían por el cansancio y mi anterior llanto. Estaba tan cansada.

Paré un taxi y dejé que me lleve a nuestro edificio. Cuando entré en el vestíbulo, el recepcionista inmediatamente levantó el teléfono. Buen perro, quise decir. En cambio, torcí la boca en una sonrisa y entré en el ascensor, luego deslicé la tarjeta para que así me lleve al piso correcto. Estaba casi en calma ahora, al menos por fuera. ¿Acaso Luca estaba en el penthouse? ¿O estaba fuera cazándome? O tal vez había regresado a su puta y dejado que sus hombres hicieran el trabajo por él. Cuando había despertado con los brazos de Luca a mi alrededor, o cuando él me había besado, me había permitido creer que tal vez podría hacerlo amarme. Cuando habíamos cenado juntos, había pensado que podría enamorarme de él.

Entré al piso. Romero estaba allí y prácticamente se dejó caer con alivio.

—Está aquí —dijo en su teléfono, luego asintió antes de terminar la llamada.

—¿Dónde está Luca? ¿De vuelta con su puta?

Romero frunció el ceño.

—Buscándote.

—Me sorprende que se moleste. Podría haberte enviado o a uno de sus otros perros. Después de todo, haces todo lo que dice. Incluso cubrirlo mientras él está fuera engañándome. —Romero no dijo nada. No estaba segura de por qué estaba atacándolo.

Me alejé.

—¿A dónde vas?

—Voy a desvestirme y ducharme. Si quieres ver, eres mi invitado. —Romero se detuvo, pero sus ojos me siguieron por las escaleras. Cerré de golpe la puerta de la habitación detrás de mí, luego la aseguré antes de entrar en el baño para tomar una ducha. Puse la temperatura tan alta como pude soportarla, pero el agua no podía lavar las imágenes que se habían refugiado en mi cerebro. Luca enterrado en Grace. Su sonrisa. El sonido de sus caderas golpeando contra su culo. No estaba muy segura de lo que estaba sintiendo. Decepción. ¿Celos? No había elegido a Luca, pero él era mi

marido. Quería que me fuera fiel. Quería que solo me quisiera a mí. Quería ser suficiente.

Hubo un golpe en la puerta de la habitación cuando salí de la ducha. Envolví una toalla a mi alrededor y lentamente salí del cuarto de baño hacia el dormitorio.

—¡Aria, déjame entrar! —Había rabia en su voz. ¿Estaba *enfadado*?

Dejé caer la toalla y me puse un camisón de seda sobre mi cuerpo.

—Voy a patear la puerta si no me dejas entrar.

Me gustaría ver que lo hagas. Tal vez te disloques un hombro.

—¡Aria, abre la maldita puerta!

Estaba demasiado cansada para seguir jugando con él. Quería que este día se termine. Quería dormir para eliminar mágicamente mi memoria. Desbloqueé la puerta, luego me di la vuelta y regresé a la cama. La puerta se abrió de golpe, chocando contra la pared y Luca irrumpió. Agarró mi brazo y la furia ardió a través de mí. ¿Cómo se atrevía a poner sus manos sobre mí después de agarrarle el culo a esa puta con ellas?

—¡No me toques! —grité, retorciéndome de su agarre. Él estaba jadeando, los ojos desorbitados por la emoción. Su cabello era un desastre y su camisa no estaba abotonada correctamente. Matteo estaba parado en la puerta, Romero y Cesare unos pasos más atrás.

—¿Dónde has estado? —dijo él en voz baja, estiró una mano hacia mí otra vez y me tambaleé hacia atrás.

—¡No! Ni se te ocurra tocarme otra vez. No cuando usaste esas mismas manos para tocar a tu *puta*.

Su expresión fue absolutamente impasible.

—Fuera, todo el mundo. Ahora.

Matteo se volvió, y él y los otros dos hombres desaparecieron de la vista.

—¿Dónde has estado?

—No te estaba engañando si eso es lo que te preocupa. Nunca haría eso. Creo que la fidelidad es lo más importante en un matrimonio. Así que puedes calmarte ahora mismo, mi cuerpo todavía es solo tuyo. —Prácticamente escupí las últimas palabras—. Solo caminé por la ciudad.

—¿Caminaste por Nueva York en la noche, *sola*?

Me quedé mirando sus ojos, esperando que pudiera ver lo mucho que lo odiaba por lo que había visto, cuánto dolía saber que me respetaba tan poco.

—No tienes derecho a estar enfadado conmigo, Luca. No después de lo que vi hoy. Tú me engañaste.

Luca gruñó.

—¿Cómo puedo estar engañándote cuando ni siquiera tenemos un matrimonio real? Ni siquiera puedo follarme a mi propia esposa. ¿Crees que voy a vivir como un monje hasta que decidas que puedes soportar mi cercanía?

Ese cerdo arrogante. Él y mi padre se habían asegurado que ni siquiera hablara con otros hombres hasta mi boda con Luca.

—Dios no lo quiera. ¿Cómo me atrevo a esperar que mi marido me sea fiel? ¿Cómo me atrevo a esperar esta pequeña decencia en un monstruo?

—No soy un monstruo. Te he tratado con respeto.

—¿Respeto? —Mi voz se elevó—. ¡Te atrapé con otra mujer! Tal vez debería salir, traer a un individuo al azar de vuelta conmigo y dejarlo que me folle delante de tus ojos. ¿Cómo te haría sentir eso?

121

De pronto me arrojó sobre la cama y estaba encima de mí, mis brazos sujetos por encima de mi cabeza. Empujando a través del asfixiante miedo, dije:

—Hazlo. Tómame, así realmente puedo odiarte. —Sus ojos eran lo más aterrador que jamás había visto.

Sus fosas nasales se dilataron. Volví la cara y cerré los ojos. Él estaba respirando con dureza, su agarre en mis muñecas demasiado apretado. Mi corazón latía con fuerza contra mi caja torácica mientras yacía inmóvil debajo de él. Se movió y presionó su cara en mi hombro, liberando una respiración brusca.

—Dios, Aria.

Abrí los ojos. Soltó mis muñecas, pero mantuve mis brazos por encima de la cabeza. Lentamente levantó los ojos. La ira había desaparecido de su rostro. Alcanzó mi mejilla, pero me alejé.

—No me toques con *ella* en ti.

Se incorporó.

—Voy a tomar una ducha ahora, ambos vamos a calmarnos y luego quiero que hablemos.

—¿De qué hay que hablar?

—De nosotros. Este matrimonio.

Bajé los brazos.

—Te follaste a una mujer delante de mis ojos hoy mismo. ¿Crees que todavía hay una oportunidad para este matrimonio?

—No quería que vieras eso.

—¿Por qué? ¿Así podrías engañarme en paz y con tranquilidad a mis espaldas?

Él suspiró y comenzó a desabrocharse la camisa.

—Déjame tomar una ducha. Tienes razón. No debería faltarte más el respeto tocándote así.

Me encogí de hombros. En este momento no pensaba que alguna vez querría que me tocara de nuevo, sin importar cuántas duchas tome. Desapareció en el cuarto de baño. La ducha duró un largo tiempo. Me senté contra la cabecera, las sábanas subidas hasta mi cadera cuando Luca finalmente emergió. Aparté los ojos cuando dejó caer la toalla y se puso los calzoncillos, luego se metió en la cama a mi lado con su espalda contra la cabecera. No trató de tocarme.

122

—¿Lloraste? —preguntó con voz desconcertada.

—¿Creíste que no me importaría?

—Muchas mujeres en nuestro mundo están contentas cuando sus maridos usan prostitutas o adquieren una amante. Como tú dijiste, hay pocos matrimonios por amor. Si una mujer no puede soportar el toque de su marido, a ella no le importa que él tenga romances para satisfacer sus necesidades.

Me burlé.

—Sus necesidades.

—No soy un buen hombre, Aria. Nunca pretendí lo contrario. No hay hombres buenos en la mafia.

Mis ojos se posaron en el tatuaje sobre su corazón.

—Lo sé. —Tragué—. Pero me hiciste pensar que podía confiar en ti y que no me lastimarías.

—Nunca te lastimé.

¿De verdad no lo entendía?

—Dolió verte con *ella*.

Su expresión se suavizó.

—Aria, tenía la sensación de que no querías dormir conmigo. Pensé que estarías contenta si no te tocaba.

—¿Cuándo dije eso?

—Cuando te dije que te quería, te echaste hacia atrás. Parecías disgustada.

—Nos besamos y dijiste que querías follarme más que a cualquier otra mujer. Por supuesto, me alejé. No soy una puta que puedes usar cuando quieras. Nunca estás en casa. ¿Cómo se supone que voy a conocerte? —Lució frustrado. Los hombres de la mafia eran incluso más despistados que los hombres normales—. ¿Qué habías pensado? Nunca he hecho nada. Eres el único hombre que he besado. Sabías eso cuando nos casamos. Tú y mi padre incluso se aseguraron que fuera así, y a pesar de eso, esperabas que fuera de nunca haber besado a un chico a extender mis piernas para ti. Quería lentitud. Quería conocerte para poder relajarme, quería besarte y hacer *otras cosas* primero antes de que durmiéramos juntos.

La realización finalmente se asentó en sus rasgos, luego sonrió satisfecho.

—¿Otras cosas? ¿Qué tipo de otras cosas?

Lo observé. No estaba de humor para bromas.

—Esto es inútil.

—No, no lo es. —Volteó mi cara a él, luego dejó caer la mano. Había aprendido su lección—. Lo entiendo. Para los hombres la primera vez no es un gran paso, o al menos no lo fue para los hombres que conozco.

—¿Cuándo fue tu primera vez?

—Tenía trece y mi padre pensó que era momento para que me convirtiera en un hombre real ya que ya había sido iniciado. “No puedes ser virgen y un asesino a la vez”. Eso fue lo que dijo. —Luca sonrió con frialdad—. Pagó a dos nobles prostitutas para pasar un fin de semana conmigo y enseñarme todo lo que sabían.

—Eso es horrible.

—Sí, supongo que lo es —dijo Luca tranquilamente—. Pero era un adolescente de trece años que quería probarse a sí mismo. Era el miembro más joven en la familia de Nueva York. Y no quería que el hombre más viejo pensara en mí como un niño. Sentí un gran orgullo cuando el fin de semana acabó. Dudo que las prostitutas estuvieran demasiado impresionadas con mi actuación pero pretendieron que era el

mejor amante que habían tenido. Mi padre probablemente les pagó extra por eso. Me tomó muy poco descubrir que no a todas las mujeres les gustaba si te venías sobre su cara cuando te dan una mamada.

Arrugué la nariz y Luca soltó una carcajada.

—Sí —murmuró, luego alcanzó una hebra de mi cabello y la dejó deslizarse sobre su dedo. No estaba segura de por qué siempre hacía eso—. Estuve realmente preocupado esta noche.

—¿Preocupado de que dejara a alguien tener lo que es tuyo?

—No —dijo firmemente—. Sabía, *sé* que eres leal. Las cosas con la Bratva están escalando. Si logran hacerse contigo... —Sacudió la cabeza.

—No lo hicieron.

—No lo *harán*.

Me alejé de su mano, que se movió de mi cabello a mi garganta. No quería su toque. Él suspiró.

—Harás esto realmente difícil, ¿verdad? —Lo miré—. Me disculpo por lo que viste hoy.

—Pero no por lo que hiciste.

Él lució exasperado.

—Raramente digo que lo siento. Cuando lo digo, es en serio.

—Quizás deberías decirlo más a menudo.

Tomó una profunda respiración.

—No hay forma de que salgas de este matrimonio, tampoco para mí. ¿Realmente quieres ser miserable?

Estaba en lo correcto. No había forma de salir. E incluso si la hubiera, ¿luego qué? Mi padre volvería a casarme con el siguiente hombre. Quizás un hombre como el esposo de Bibiana. Y sin importar lo mucho que quisiera negarlo, podía estar desarrollando sentimientos por el Luca que vi en el restaurante. No hubiera dolido tanto verlo con otra mujer si no lo hiciera. Cuando tocaba mi cabello, me besaba o envolvía sus brazos en mí durante la noche, había sentido que comenzaba a enamorarme de él. Deseé poder odiarlo con todo mi corazón. Si Gianna hubiera estado en mi lugar, ella habría preferido odiar a su esposo y ser miserable que darle la satisfacción a él y a nuestro padre de tomarle afecto.

—No —dije—. Pero no puedo pretender que nunca te vi con ella.

—No espero que lo hagas, pero pretende que nuestro matrimonio empiece hoy. Un limpio comienzo.

—No es así de fácil. ¿Qué hay de ella? Esta noche no fue la primera vez que estuviste con ella. ¿La amas? —Mi voz tembló cuando lo dije.

Luca se dio cuenta, por supuesto. Me miró como si fuera un rompecabezas que no podía entender.

—¿Amar? No. No tengo sentimientos por Grace.

—Entonces, ¿por qué la sigues viendo? La verdad.

—Porque sabe cómo chupar una polla y porque es muy buena follando. ¿Suficientemente sincero?

Me ruboricé. Luca pasó un dedo por mi mejilla.

—Amo cuando te ruborizas cada vez que digo algo sucio. No puedo esperar para ver tu rubor cuando te haga algo sucio.

¿Por qué no podía dejar de tocarme?

125

—Si realmente quieres hacer que este matrimonio funcione, *si incluso quieres una oportunidad* de hacerme algo sucio, entonces tienes que dejar de ver a otras mujeres. Quizás a otras esposas no les importa, pero no dejaré que me toques mientras haya alguien más.

Luca asintió.

—Lo prometo. Te tocaré solo a ti de ahora en adelante.

Lo consideraré.

—A Grace no le va a gustar.

—¿A quién carajo le importa lo que ella piense?

—¿Su padre no te dará problemas?

—Nosotros pagamos sus campañas y tiene un hijo siguiéndole los pasos que necesita dinero tan pronto como pueda. ¿Por qué le importaría una hija que no es buena para nada más que comprar y eventualmente se casará con un hombre rico? — Lo mismo podía ser dicho para mí y cada mujer en nuestro mundo. Los hijos podían seguir los pasos de los padres, podían volverse miembros de la mafia. Todavía

recordaba lo mucho que padre había celebrado cuando descubrió que su cuarto hijo era finalmente un niño.

—Probablemente esperaba que tú fueras ese hombre.

—No nos casamos con personas ajenas a la mafia. Nunca. Ella sabía eso, y no es que fuera la única mujer que me follé.

Le di una mirada severa.

—Lo dijiste tú mismo. Tienes tus necesidades. ¿Cómo puedes decirme que no me vas a engañar otra vez si te cansas de esperar para dormir conmigo?

Luca inclinó la cabeza, sus ojos se estrecharon pensativos.

—¿Intentas hacerme esperar demasiado?

—Pienso que ambos tenemos conceptos muy diferentes de la palabra “esperar demasiado”.

—No soy un hombre paciente. Si demasiado significa un año... —Se apagó. No podía creerle—. ¿Qué quieres que te diga, Aria? Mato, chantajeo y torturo a personas. Soy el Jefe de los hombres que hacen lo mismo cuando se los ordeno, y pronto seré el Capo dei Capi, el líder de la más poderosa organización criminal en la Costa Este y probablemente de Estados Unidos. ¿Pensaste que te tomaría en nuestra noche de bodas y ahora estás enojada porque no quiero esperar meses para dormir contigo?

Cerré los ojos.

—Estoy cansada. Es tarde. —Era tan tarde que en realidad era temprano.

—No —dijo Luca, tomando mi cintura—. Quiero que entiendas. Soy tu esposo. No es como si fueras como otras chicas que pueden elegir al hombre con el que van a perderla. ¿Estás asustada de que voy a ser rudo contigo por lo que viste hoy? No lo seré. Te dije que quiero que te retuerzas debajo de mí de placer, y aunque eso probablemente no sucederá la primera vez que te tome, te haré venir tan a menudo como quieras con mi lengua y mis dedos hasta que puedas venirte cuando esté dentro de ti. No me importa ir lento, pero ¿por qué quieres esperar?

Lo observé a través de mis ojos entrecerrados. Por algo que nunca sucederá: que quieras *hacerme el amor* y no *tomarme* como tu posesión. Una parte de mí no quería aceptar menos, la otra parte sabía mejor. “El amor es algo que las chicas esperan cuando no conocen nada mejor, algo que las mujeres anhelan cuando yacen despiertas en la noche, y algo que solo conseguirán de sus hijos. Los hombres no tienen tiempo para tales nociones”. Eso es lo que mi padre decía.

—No te haré esperar por meses —dije en lugar de lo que realmente quería decir, luego me dormí.

Diez

*Traducido por LizC y Lyla
Corregido por DariiB*

Luca canceló sus planes para el día siguiente y envió a Matteo a hacer lo que necesitaba ser hecho. Como una mujer en nuestro mundo, aprendías rápidamente a no hacer demasiadas preguntas porque las respuestas rara vez eran buenas.

Luca se preparó primero y cuando entré en la cocina vestida y duchada, estaba mirando en la nevera con el ceño fruncido en su rostro.

—¿Sabes cocinar?

Resoplé.

—¿No me digas que nunca has hecho el desayuno por tu cuenta?

128

—Por lo general agarro algo en mi camino al trabajo, a excepción de los días en que Marianna está aquí y prepara algo para mí. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo. Había elegido unos pantalones cortos, una blusa sin mangas y sandalias ya que se supone que iba a hacer mucho calor hoy—. Amo tus piernas.

Negué con la cabeza, luego caminé hacia él para mirar en la nevera. Él no retrocedió y nuestros brazos se rozaron. Esta vez me las arreglé para no estremecerme. Su toque ya no era incómodo y cuando él no me sobresaltaba, en realidad podía imaginarme disfrutándolo. La nevera estaba bien abastecida. El problema era que yo tampoco había cocinado nunca, pero no se lo mencionaría a Luca. Agarré la caja de huevos y unos pimientos rojos, y los puse sobre la encimera de la cocina. No podía ser tan difícil preparar un omelet. Había visto a nuestro cocinero unas cuantas veces antes.

Luca se apoyó en el mesón central de la cocina y se cruzó de brazos mientras sacaba una sartén del armario y encendía la estufa. Lo miré por encima del hombro.

—¿No me ayudarás? Puedes picar los pimientos. Por lo que he oído, sabes cómo usar un cuchillo.

Eso hizo que las comisuras de sus labios se contraigan, sin embargo, sacó un cuchillo del cubo y se acercó a mi lado. La parte superior de mi cabeza apenas le

llegaba hasta el pecho con mis sandalias planas. Tenía que admitir que en cierto modo me gustaba. Le entregué los pimientos y señalé hacia una tabla de madera, porque me dio la sensación de que Luca habría comenzado cortar justo encima de las caras encimeras de granito negro. Trabajamos en silencio, pero Luca se mantuvo mirándome a escondidas. Puse un poco de mantequilla en la sartén, y después sazoné los huevos batidos. No estaba segura si necesitaba añadir leche o crema, pero decidí no hacerlo. Vertí los huevos en la sartén chisporroteando.

Luca señaló con el cuchillo a los pimientos picados.

—¿Qué hay de estos?

—Mierda —susurré. Los pimientos deberían haber ido primero.

—¿Alguna vez has cocinado?

No le hice caso y arrojé los pimientos en la sartén con los huevos. Puse la estufa al máximo y pronto el indicio de un olor a quemado llegó a mi nariz. Agarré rápidamente una espátula y traté de voltear la tortilla, pero se pegó a la sartén. Luca me observaba con una sonrisa.

—¿Por qué no preparas café para nosotros? —Le espeté mientras raspaba los huevos medio quemados desde el fondo de la sartén.

129

Cuando pensé que los huevos eran seguros para comer, los distribuí en dos platos. En realidad no se veían muy apetitosos. Las cejas de Luca se alzaron cuando puse un plato delante de él. Se dejó caer en el taburete y salté al que estaba junto a él. Lo observé a medida que tomaba el tenedor y pinchaba un trozo de huevo, luego lo llevó a sus labios. Tragó, pero era evidente que no estaba muy impresionado. También tomé un bocado y casi los escupí de inmediato. Los huevos estaban demasiado secos y demasiado salados. Solté el tenedor y tragué la mitad de mi café, ni siquiera importándome que estaba caliente y negro.

—Oh, Dios mío, eso es repugnante.

Había un toque de diversión en la cara de Luca. La expresión más relajada le hacía parecer mucho más accesible.

—Tal vez deberíamos salir a desayunar.

Fulminé con la mirada a mi taza de café.

—¿Qué tan difícil puede ser hacer un omelet?

Luca dejó escapar lo que podría haber sido una risa. Y entonces sus ojos revolotearon de nuevo a mis piernas desnudas, las cuales casi tocaban las suyas. Él

puso su mano sobre mi rodilla y me quedé helada con mi taza contra mis labios. No hizo nada, solo trazó ligeramente su pulgar de ida y vuelta sobre mi piel.

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

Reflexioné eso, incluso si su mano era muy distractora. Estaba alternando entre querer quitarlo de mi rodilla y pedirle que siguiera acariciándome.

—La mañana después de nuestra noche de bodas, me preguntaste si sabía cómo luchar, así que tal vez me puedes enseñar cómo utilizar un cuchillo o una pistola y tal vez un poco de auto-defensa.

La sorpresa cruzó el rostro de Luca.

—¿Estás pensando en usarlos contra mí?

Resoplé.

—Como si alguna vez pudiera vencerte en una pelea limpia.

—No peleo limpio.

Por supuesto que no lo hacía.

—Entonces, ¿vas a enseñarme?

—Quiero enseñarte muchas cosas. —Sus dedos se cerraron sobre mi rodilla.

—Luca —dije en voz baja—. Lo digo en serio. Sé que tengo a Romero y a ti, pero quiero ser capaz de defenderme por mi cuenta si pasa algo. Tú mismo lo dijiste, a la Bratva no le importa que sea mujer.

Eso le afectó. Y él asintió.

—De acuerdo. Tenemos un gimnasio en el que ejercitamos y nos entrenamos en combate. Podríamos ir allí.

Sonreí, emocionada por salir del penthouse y hacer algo útil.

—Voy a buscar mi ropa de entrenamiento. —Salté del taburete y corrí escaleras arriba.

130



Treinta minutos más tarde nos estacionamos delante de un edificio en mal estado. Estaba extasiada de emoción y me alegraba tener algo para distraerme de lo

que había sucedido ayer. Luca y yo bajamos del auto y él cargó nuestros bolsos a medida que nos dirigíamos a través de una puerta de acero oxidado. Cámaras de seguridad estaban por todas partes y un hombre de mediana edad se encontraba sentado en un rincón que albergaba una mesa y una silla, así como un televisor. Dos armas estaban en su funda. Se enderezó cuando vio a Luca, y entonces me vio y sus ojos se abrieron como platos.

—Mi esposa —dijo Luca con un toque de advertencia y la mirada del hombre se apartó de inmediato de mí. Luca puso una mano en la parte baja de mi espalda y me guió a través de otra puerta que daba a un salón enorme. Había un ring de boxeo, todo tipo de máquinas de ejercicio, maniqués de entrenamiento de lucha y cuchillos, y una esquina con estereras donde unos cuantos hombres estaban luchando. Era la única mujer.

Luca hizo una mueca.

—Nuestros vestuarios son solo para hombres. Por lo general no tenemos visitas femeninas.

—Sé que vas a asegurarte que nadie me vea desnuda.

—Por supuesto que lo haré.

131

Me reí, y algunos rostros se volvieron en nuestra dirección, y luego más hasta que cada uno estaba mirando. Volvieron rápidamente a lo que habían estado haciendo antes, cuando Luca me llevó hacia una puerta a un lado, pero siguieron lanzando miradas mal disimuladas en mi dirección. Algunos de los hombres mayores le enviaron un saludo a Luca. Él abrió la puerta y se detuvo.

—Déjame ver si alguien está ahí dentro. —Asentí, luego me apoyé en la pared cuando Luca desapareció en el vestidor. Justo al momento en que se fue, pude sentir toda la fuerza de atención de los hombres dirigiéndose hacia mí. Traté de no dejarles ver lo nerviosa que me ponía su escrutinio y casi di un suspiro de alivio cuando Luca volvió a salir, seguido por unos pocos hombres que fingieron no verme. Me pregunté lo que Luca les había dicho.

—Ven. —Sostuvo la puerta abierta para mí y entramos a una habitación con techo bajo, lleno de humedad y el olor de demasiados cuerpos masculinos ejercitando duro. Arrugué mi nariz. Luca rio—. Sé que no es apto para las sensibles narices femeninas.

Agarré mi bolso de sus manos y caminé hacia un armario. Luca me siguió y puso su propio bolso en el banco de madera rayado.

—¿No vas a darme algo de privacidad? —pregunté, con las manos en el borde de mi camisa.

Luca me levantó una ceja antes de quitar su funda y luego tirar de su propia camisa por la cabeza, revelando su musculoso torso. Dejó caer su camisa en el banco y luego alcanzó su cinturón, aún esa mirada desafiante en sus ojos.

Apretando los dientes, le di la espalda y deslicé mi blusa sin mangas por encima de mi cabeza. Estiré mi mano detrás de mí para abrir el broche de mi sostén, pero la mano de Luca estaba allí y expertamente lo hizo por mí. Bastardo. Por supuesto, podía abrir un sujetador con un dedo. Agarré mi sujetador deportivo y me lo puse, tratando de no pensar en Luca que sin duda estaba observando cada movimiento. Me quité los pantalones cortos y me podría haber pateado a mí misma por elegir una tanga esta mañana. Tiré de ella también y oí a Luca inhalar bruscamente cuando me incliné un poco hacia adelante. Mis mejillas quemaron con calor, al darme cuenta qué tipo de vista le había dado. Tomé una de las bragas negras sencillas que siempre usaba cuando trabajaba en la cinta de correr, luego me puse mis pantalones cortos para correr sobre ellas y me di la vuelta hacia Luca. Se había puesto pantalones de chándal negros y una camisa blanca ultra ajustada que mostraba su espectacular cuerpo. Había un bulto en sus pantalones. ¿Todo por culpa de mi trasero?

132

—¿Eso es lo que vas a usar para las clases de defensa personal?

Me miré a mí misma.

—No tengo nada más. Esto es lo que llevo puesto cuando salgo a correr. —Los pantalones cortos eran apretados y terminaban en lo alto de mis muslos, pero no me gustaba mucha tela cuando corría.

—Te das cuenta que tendré que patear el culo de cada tipo que te mire de manera equivocada, ¿verdad? Y al verte así mis hombres tendrán un momento difícil para no mirarte de la manera equivocada.

Me encogí de hombros.

—No es mi trabajo que ellos se controlen. El hecho de que estoy usando ropa reveladora no significa que estoy invitando a que miren. Si no pueden comportarse, ese es problema de ellos.

Luca me llevó fuera del vestuario y hacia las esteras de lucha. Los hombres allí se retiraron inmediatamente y deliberadamente dejaron de mirarme. Seguí a Luca hacia un despliegue de cuchillos. Sus ojos escaneándolos, luego eligió uno con una larga hoja lisa y me lo entregó. No tomó uno para sí mismo.

Se colocó frente a mí, viéndose completamente relajado. Debía haber sabido que todo el mundo nos estaba mirando, pero él actuaba como si no le pudiera importar menos. Esto no era privado. Tenía que montar un espectáculo para sus hombres.

—Atácame, pero trata de no cortarte.

—¿No vas a usar un cuchillo también?

Luca negó con la cabeza.

—No necesito uno. Tendré el tuyo en un minuto.

Entrecerré mis ojos ante su tono desenfadado. Probablemente tenía razón, pero no me gustó que lo dijera.

—Entonces, ¿qué se supone que debo hacer?

—Trata de lanzar un golpe. Si logras cortarme, ganas. Quiero ver cómo te mueves.

Tomé aire y traté de olvidar a los hombres observándome. Apreté mi agarre en el cuchillo, y entonces me lancé hacia delante. Luca se movió rápido. Esquivó mi golpe, agarró mi muñeca y me dio la vuelta hasta que mi espalda chocó con su pecho.

—Al menos no conseguiste mi cuchillo —dije con voz entrecortada. Sus dedos se apretaron un poco alrededor de mi muñeca, incómodamente pero no dolorosamente.

Sus labios rozaron mi oreja.

—Tendría que hacerte daño para conseguirlo. Podría romper tu muñeca, por ejemplo, o simplemente quebrarla. —Me soltó y me tambaleé hacia delante.

—Una vez más —dijo Luca. Intenté un par de veces, pero ni siquiera conseguí acercarme a ningún lugar para cortarlo. Para mi próximo intento, decidí dejar de jugar limpio. Avancé hacia él, y entonces cuando intentó agarrarme, dirigí una patada entre sus piernas. Los hombres vitorearon, pero la mano de Luca atrapó mi pie antes de que pudiera hacer impacto y antes de saber lo que estaba pasando aterricé sobre mi espalda con un ruido sordo. Me quedé sin aliento y el cuchillo se deslizó de mi mano. Cerré mis ojos con fuerza. Luca tocó mi estómago y mis músculos se contrajeron bajo su cálida palma.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Abrí mis ojos.

—Sí. Solo tratando de recuperar el aliento. —Después exploré la multitud—. ¿No tienes un soldado que solo mida un metro cincuenta y algo, y esté aterrado de su propia sombra dispuesto a pelear conmigo?

—Mis hombres no tienen miedo de nada —dijo Luca en voz alta. Me tendió la mano y me levantó. Se dirigió a sus soldados—. ¿Alguien está dispuesto a luchar con mi mujer?

Por supuesto, nadie dio un paso adelante. Probablemente les preocupaba que Luca los despellejara vivos.

Algunos de ellos sacudieron la cabeza, riendo.

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro de Luca.

—Tendrás que pelear conmigo.

Unos cuantos intentos de ataque más tarde, estaba sin aliento y molesta por mi incapacidad de hacerle el más mínimo daño a Luca, pero luego una probabilidad se ofreció. Me sostuvo contra su cuerpo y su brazo estaba cerca de mi cara, así que me volví y lo mordí. Él se quedó tan sorprendido que en realidad me soltó y traté de golpearlo con el cuchillo, pero él agarró mi muñeca.

134

—¿Me mordiste? —preguntó a medida que miraba mis marcas de dientes en sus bíceps.

—No lo suficientemente fuerte. No hay ni siquiera sangre —dije.

Los hombros de Luca se movieron una vez, luego otra vez. Estaba luchando contra la risa. No el efecto que había previsto cuando lo mordí, pero tenía que admitir que me encantó el sonido de su risa profunda.

—Creo que has hecho suficiente daño por un día —dijo.



Agarramos algo de comer de camino a casa, luego nos sentamos en el sofá de mimbre en la terraza con una copa de vino.

—Estoy sorprendida —dije finalmente. Luca y yo estábamos sentados muy juntos, casi tocándonos y su brazo se extendía sobre el respaldo detrás de mí, pero hasta el momento se había contenido—. No creí que realmente lo intentarás.

—Te dije que intentaría. Mantengo mi palabra.

—Apuesto a que esto es difícil para ti. —Hice un gesto al espacio entre nosotros.

—No tienes ni idea. Quiero besarte con todas mis jodidas ganas.

Dudé. Besarle se había sentido bien. Luca dejó la copa, luego se movió un poco más cerca y agarró mi cintura.

—Dime que no quieres que te bese.

Separé mis labios, pero no salió nada. Los ojos de Luca se oscurecieron y se inclinó hacia mí, capturando mi boca en un beso, haciéndome perder en la sensación de su lengua y labios. Luca no presionó, nunca movió su mano de mi cintura, pero había empezado a frotar mi piel allí ligeramente y la otra mano masajeaba mi cuero cabelludo. ¿Cómo podría sentir eso directo entre mis piernas?

Con el tiempo me recosté en el sofá, Luca se acomodó por encima de mí. Podía sentirme humedecer pero no tenía el tiempo o el enfoque necesario para sentir vergüenza. Los besos de Luca me mantenían ocupada. El hormigueo en mi centro se volvió difícil de ignorar y traté de aliviar la tensión presionando mis piernas juntas.

Luca se echó hacia atrás con una expresión concededora. Y el calor se elevó en mis mejillas.

135

—Podría hacerte sentir bien, Aria —murmuró, su mano en mi cintura estrechándose—. Quieres venirte, ¿verdad?

Oh, Dios mío, sí. Mi cuerpo estaba gritando por ello.

—Estoy bien. Gracias.

Luca soltó una pequeña risa.

—Eres tan terca. —No lo dijo en el mal sentido. Sus labios bajaron a los míos de nuevo y me di cuenta que daba todo de él, decidido a romper mi resolución y un par de veces estuve a punto. Estaba palpitando entre mis piernas, pero no cedería, no tan pronto. Tenía más control que eso.

Esa noche me quedé dormida con los brazos de Luca a mi alrededor y su erección una insistente presencia en contra de la parte superior de mi muslo. Tal vez realmente podríamos hacer funcionar este matrimonio.

Once

Traducido por Beatrix85, Peticompeti, Rihano, Cook 15
Âmenoire, Osbeidy y LizC
Corregido por Ana Ancalimë

Cuando desperté a la mañana siguiente, estaba sola en la cama. Me senté, decepcionada de que Luca no me hubiera despertado. Salí de la cama cuando entró en la habitación desde el pasillo, ya vestido de negro, con una funda de pistola en el pecho que llevaba dos cuchillos y dos revólveres, y quién sabía cuántas fundas más llevaba sobre el resto de su cuerpo con más armas.

—¿Ya te vas?

Hizo una mueca.

—La Bratva atrapó a uno de los nuestros. Lo dejaron en pequeños trozos alrededor de uno de nuestros clubes.

—¿Alguien que conozca? —pregunté con temor. Luca negó con la cabeza—. ¿Se involucrará la policía?

—No si puedo evitarlo. —Luca acunó mi cara—. Voy a tratar de estar en casa temprano, ¿de acuerdo?

Asentí. Bajó la cabeza, mirándome todo el tiempo para ver si iba a echarme hacia atrás. Sus labios rozaron los míos. Abrí la boca para él y se hundió en el beso, pero terminó demasiado rápido. Observé su espalda cuando se marchó. Entonces tomé el teléfono y llamé a Gianna.

—Pensé que nunca llamarías. —Fue lo primero que salió de su boca.

Sonreí.

—Ni siquiera me he duchado todavía y son solo las ocho en Chicago. No puedes haber estado despierta durante mucho tiempo.

—No llamaste ayer. Estaba absolutamente preocupada. No pude dormir pensando en *ti*. No me gusta que estemos tan lejos y no poder ver por mí misma si estás bien. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. —Le hablé de mi conversación con Luca y cómo pasamos el día de ayer juntos.

—Qué noble por su parte el estar de acuerdo en no engañarte de nuevo y realmente tratar que funcione el matrimonio. Denle a ese hombre unas flores.

—No es un buen hombre, Gianna. No hay hombres buenos en nuestro mundo. Pero creo que él realmente quiere intentarlo. Y yo también lo quiero.

—¿Por qué no le preguntas si puedo ir de visita por unos días? No tengo escuela hasta dentro de dos semanas y me muero de aburrimiento sin ti. Podríamos pasar un par de días en la playa en los Hamptons e ir de compras por Manhattan.

—¿Qué hay de padre? ¿Le preguntaste?

—Me dijo que les preguntara a Luca y a ti.

—Le preguntaré. No creo que le importe. No es que esté en casa muy a menudo en este momento. La mayoría de los días estoy sola con Romero.

—¿Por qué no le preguntas a Luca si puedes ir a la universidad? Tienes calificaciones perfectas. No tendrías problemas para entrar en Columbia.

—¿Para qué? No se me permitirá trabajar nunca. Es muy peligroso.

—Podrías ayudar a Luca con sus clubes. Podrías ser su secretaria o lo que sea. Vas a volverte loca si permaneces en ese penthouse todo el tiempo.

—No te preocupes, voy a estar bien —le dije, aunque en realidad no estaba segura. Gianna tenía un punto—. Voy a hablar con Luca en cuanto a tu visita. Ahora de verdad tengo que tomar una ducha y comer algo.

—Llámame tan pronto como sea posible. Necesito reservar un vuelo.

Sonreí.

—Lo haré. No te metas en problemas.

—Igualmente.

Colgué. Entonces me preparé y me vestí con un simple vestido de verano. Estaba soleado afuera y quería caminar por Central Park. Cuando entré en la sala de estar, Romero estaba sentado a la mesa con una taza de café frente a él.

—¿Luca se enojó mucho contigo? —pregunté mientras caminaba junto a él hacia la enorme cocina abierta. Un pastel de zanahoria casero se hallaba situado en el mostrador y pude oír a Marianna tarareando en alguna parte. Probablemente estaba limpiando. Romero se levantó, tomó su taza y se apoyó en la isla de la cocina.

—No estaba contento. Pudiste haber muerto. Se supone que debo protegerte.

—¿Qué está haciendo Luca hoy?

Romero sacudió la cabeza.

—¿Qué está haciendo? Quiero saber más detalles. ¿Por qué llevaba tantas armas con él?

—Él, Matteo y algunos otros se van a encontrar con los tipos que mataron a nuestro hombre y luego van a vengarse.

—Eso suena peligroso. —Un toque de preocupación me llenó. La venganza nunca era el fin de las cosas. La Bratva se vengaría a su vez de la venganza de Luca. Era una historia interminable.

—Luca y Matteo han estado haciendo esto durante mucho tiempo, son los mejores y también lo son los hombres que van con ellos.

—Y en lugar de estar divirtiéndote, tienes que cuidar de mí.

Romero se encogió de hombros, luego sonrió.

—Es un honor.

138

Puse los ojos en blanco.

—Me gustaría ir a correr a Central Park.

—¿Vas a tratar de escapar de nuevo?

—¿Por qué lo haría? No hay dónde pueda huir. Y dudo que me dejes escapar otra vez. Te ves suficientemente en forma.

Romero se enderezó.

—Está bien. —Me di cuenta que todavía sospechaba de mis motivos.

Me puse pantalones cortos, una camiseta de tirantes y mis zapatillas de correr, entonces volví a salir. Romero se había puesto pantalones de chándal y una camiseta. Mantenía un alijo de ropa en una de nuestras habitaciones, pero vivía en un apartamento a unos diez minutos de aquí.

—¿Dónde has escondido tus armas?

—Ese es mi secreto —dijo con una rara sonrisa, pero luego se contuvo y puso su expresión profesional.

Romero estaba en forma y fácilmente pudo seguir mi ritmo a medida que corríamos a través de los muchos senderos en Central Park durante la próxima hora. Se sintió maravilloso en realidad correr fuera por una vez, en lugar de estar siempre limitada a la cinta de correr. Me sentí libre, casi como si perteneciera entre todas las personas que hacían cosas normales como pasear a sus perros o jugar al béisbol. Tal vez Luca iría conmigo a correr un día, cuando los rusos no le estuvieran dando tantos problemas. ¿Cuándo sería eso?



Más tarde ese día me senté en la terraza, viendo la puesta de sol, mis piernas dobladas frente a mi cuerpo. Romero estaba comprobando su teléfono.

—Luca tendrá más tiempo para ti pronto.

Lo miré. ¿Le había parecido solitaria?

—¿Te dijo cuándo llegaría a casa hoy?

—No ha escrito todavía —dijo lentamente.

—Eso es una mala señal, ¿verdad?

Romero no dijo nada, solo frunció el ceño hacia su teléfono.

Entré en la casa cuando hizo demasiado frío fuera, me puse el camisón y me acurruqué en el sofá, encendiendo la televisión. No pude evitar seguir preocupándome a medida que el reloj se acercaba a la medianoche, pero con el tiempo me dormí.



Me desperté cuando fui levantada del sofá. Mis ojos se abrieron y miraron la cara de Luca. Estaba demasiado oscuro para distinguir mucho. Romero debe haber apagado las luces en algún momento.

—¿Luca? —murmuré.

No dijo nada. Puse una mano en su pecho. Su camisa estaba resbaladiza con algo, ¿agua? ¿Sangre?

Su respiración era constante, sus pasos medidos. Los latidos de su corazón eran calmos bajo mi palma. Pero no podía leer su estado de ánimo. Era extraño. Me llevó por las escaleras como si no pesara nada. Llegamos a nuestra habitación y me puso en la cama. Solo podía ver su figura alta imponiéndose por encima de mí. ¿Por qué no decía nada?

Me estiré y a tientas di al interruptor principal junto a la cama. Lo rocé con mis dedos y las luces se encendieron, y jadeé. La camisa de Luca estaba cubierta de sangre. Empapada en ella. Había un pequeño corte en la garganta de Luca y si las rasgaduras en su camisa eran alguna indicación, probablemente tenía más heridas. Entonces mis ojos se encontraron con su rostro y me quedé inmóvil, como un cervatillo tratando de mezclarse, para no atraer la atención del lobo. Creí que había visto la oscuridad de Luca en algunas ocasiones, creí que ya había entrevisto antes al monstruo bajo la máscara civilizada. Ahora me daba cuenta que no era así. Su expresión era impasible pero sus ojos hacían que se me erizaran los vellos en el cuello.

Lamí mis labios.

—¿Luca?

Comenzó a desabrocharse la camisa, revelando pequeños cortes y una herida más larga debajo de sus costillas. Su piel estaba cubierta de sangre. Pero no podía ser toda suya, en especial no toda la sangre de su camisa. Me preocupó que todavía no hubiera hablado. Se despegó de su camisa y la dejó caer al suelo. Entonces se desabrochó el cinturón.

—Luca —dije—. Me estás asustando. ¿Qué ha pasado?

Empujó sus pantalones hacia abajo y salió de ellos. Ahora estaba descalzo y solamente con sus calzoncillos mientras se arrodillaba sobre la cama y llevaba una rodilla entre mis piernas. Comencé a arrepentirme de solo llevar un camisón puesto. Ascendió lentamente hasta que su cabeza se cernió sobre mí. El pánico apretó mi garganta, haciendo palpar mi corazón con más fuerza.

Sus ojos me hicieron querer huir, llorar y gritar, escapar. En lugar de eso levanté mi mano y acuné su mejilla. Su expresión cambió, una grieta en su máscara monstruosa. Se inclinó ante el contacto, y entonces bajó su cara y la presionó en el hueco de mi cuello. Respiró profundamente y no se movió durante un buen rato. Intenté no aterrorizarme. Pero mi mano estaba temblando contra su mejilla.

—¿Luca? —dije suavemente.

Levantó la cabeza otra vez. Pude ver un destello del Luca que conocía. Se deslizó de la cama y fue hacia el cuarto de baño. Cuando estuvo fuera de mi vista,

respiré hondo. Cualquier cosa que hubiera ocurrido hoy debió ser horrible. Me senté mientras escuchaba el agua de la ducha correr. ¿Con qué estado de ánimo volvería Luca al dormitorio? ¿El del monstruo contenido, o casi desatado como hacía un momento?

El agua se detuvo y rápidamente me tumbé en mi lado de la cama y tiré de las sábanas. Unos minutos después, la puerta se abrió y Luca entró con una toalla alrededor de la cintura. Era blanca, pero unas cuantas gotitas de sangre se habían filtrado de su herida y manchado el tejido. No caminó hacia el armario para agarrar un bóxer como solía hacer, en su lugar vino directamente a la cama.

Cuando echó mano a la toalla, aparté los ojos y me giré hacia el otro lado, dándole la espalda. Levantó la manta y el colchón se movió bajo su peso. Se apretó contra mí, con su mano enroscada sobre mi cadera, en un agarre que era casi doloroso, antes de hacerme dar la vuelta hacia él.

Mi mente me chillaba que lo detenga. Estaba completamente desnudo y de un humor escalofriante. Había pasado parte del día recogiendo los pedazos de uno de sus hombres y el resto del día matando a sus enemigos. Agarró el dobladillo de mi camisón y comenzó a subirlo. Puse mis manos sobre las suyas.

—Luca —susurré.

Sus ojos se encontraron con los míos. Me relajé ligeramente. Aún había oscuridad en ellos pero estaba más contenida.

—Esta noche quiero sentir tu cuerpo contra el mío. Quiero sostenerte.

Casi pude oír las palabras tácitas: *te necesito*.

Tragué fuerte.

—¿Solo sostenerme?

—Lo juro. —Su voz era ronca como si hubiera pasado horas gritando órdenes.

Bajé mi mano y le dejé quitarme el camisón. Dejó escapar la respiración suavemente a medida que miraba fijamente mis pechos desnudos. Tuve que luchar contra el impulso de cubrirme. Las puntas de sus dedos acariciaron el borde de mis bragas pero cuando me tensé se retiraron y rodó sobre su espalda alzándome sobre él. Me senté a horcajadas sobre su estómago, mis rodillas a ambos lados de él, mis pechos presionados contra su torso. Intenté no mantener mi peso en él porque no quería lastimar sus heridas, pero envolvió un brazo alrededor de mi espalda y me presionó firmemente contra él. Su otra mano tocó mi trasero, haciéndome saltar. Comenzó moviendo su pulgar sobre mi espalda baja y mi trasero, y lentamente me relajé. Sus

ojos estuvieron todo el tiempo taladrando los míos y con cada momento que pasaba un poquito más de la oscuridad desaparecía.

—¿Tu corte no necesita puntos?

Se dobló hacia delante y me besó dulcemente.

—Mañana. —Continuó acariciando mi trasero y besándome lentamente como si quisiera saborear cada momento. Estaba completamente abrumada pero era agradable. Me encantó que de repente fuera tan amable. Si era así cuando intimáramos por primera vez, quizás no sería tan terrible. Sentí mis párpados pesados pero no pude apartar la mirada de Luca. Toqué su garganta, unos centímetros por debajo del corte. No estoy segura de por qué me incliné hacia delante y presioné un beso, ligero como una pluma, sobre su herida. Era pequeña y no necesitaría puntos, no como la que estaba debajo de sus costillas. Cuando me retiré, Luca casi pareció sorprendido. Su mano en mi trasero se movió hacia abajo, acunando mis nalgas. Su dedo meñique casi estaba tocándome *ahí*. Estrujó mis nalgas y por un momento su dedo rozó mi hendidura por encima del tejido.

Aguanté la respiración, impactada por la sacudida que me había atravesado con el pequeño roce. El calor se acumuló entre mis piernas y pude sentir cómo me humedecía. Avergonzada, intenté liberarme, sin querer que Luca se diera cuenta que un simple roce y sus caricias en mi trasero habían causado tal reacción. Quizás no fuera una experta pero había estado imaginando ciertas cosas, me había acariciado muchas noches. No es que fuera frígida. El cuerpo de Luca me excitaba. Quizás quisiera amor, pero mi cuerpo quería algo más. El tacto del fuerte torso de Luca y su musculoso estómago debajo de mí, sus dulces besos, sus suaves caricias, hacían que quisiera algo más, aún si la razón me decía que era una mala idea.

Luca frunció el ceño un poco mientras me estudiaba, como si fuera una difícil ecuación que quisiera resolver. Entonces ligeramente acarició con las puntas de sus dedos la entrepierna de mis bragas y supe que podía sentirlo. Podía *sentir* que el fino tejido estaba empapado. Mis mejillas ardieron con mortificación y bajé la mirada pero no pude girarme y deslizarme de él o siquiera cerrar mis piernas. Las puntas de sus dedos contra mi núcleo eran agradables incluso si dejaba de moverlos.

—Mírame, Aria —dijo Luca con voz severa.

Eché un vistazo a sus ojos, aun cuando mi cara estaba a punto de explotar de vergüenza.

—¿Estás avergonzada por esto? —Trazó su dedo sobre mis bragas mojadas.

Mi trasero se arqueó y exhalé bruscamente.

No podía decir nada. Mis labios se separaron a media que se escabullían pequeños sonidos que no eran del todo gemidos. Luca movió sus dedos de arriba hacia abajo cuidadosamente, coquetamente, y pequeños escalofríos de placer reptaron por mi cuerpo. Siempre había pensado que la pasión y los orgasmos llegaban como una oleada contundente sin dejar nada después, algo casi intimidante, pero esto era como un lento goteo; una tensión deliciosamente dulce que iba creciendo hacia algo más grande.

Me estremecí encima de Luca, mis dedos enredados en sus hombros. Nunca aumentó la velocidad de sus caricias pero el placer ascendió con cada roce. Sus ojos perforaron los míos cuando deslizó dos dedos por mi hendidura y luego entre mis labios, presionando mi clítoris. ¿Cómo podía sentirse tan intenso? Ni siquiera estaba tocando mi piel. Jadeé y temblé mientras chispas de placer se disparaban por mi cuerpo. Enterré mi cara contra el cuello de Luca a medida que me aferraba a él. Su dedo frotó mi clítoris a través de las bragas, más y más lento hasta que simplemente descansó su mano posesivamente sobre mis pliegues.

Luca presionó su cara en mi cabello.

—Dios, estás tan mojada, Aria. Si supieras cuánto te deseo ahora mismo, huirías. —Rio de manera amenazante—. Casi puedo sentir tu humedad en mi polla.

143

No dije nada, solo intenté calmar mi respiración. El latido de Luca bajo mi mejilla era fuerte y rápido. Se movió y por poco tiempo su longitud rozó el interior de mi muslo. Estaba caliente y duro.

—¿Quieres que te toque? —dije en el más silencioso suspiro. Estaba medio asustada y medio excitada por verle desnudo y tocarlo de verdad. Quería dejar mi marca en él, quería hacerle olvidar las mujeres de su pasado. La mano de Luca en mi espalda se tensó e inhaló profundo, su pecho se expandió debajo de mí.

—No —gruñó y levanté mi cabeza confundida y un poco herida. Algo debe haberse mostrado porque Luca sonrió sombrío—. Todavía no soy del todo yo mismo, Aria. Hay demasiada oscuridad en la superficie, demasiada sangre y rabia. Hoy fue malo. —Sacudió la cabeza—. Hoy cuando vine a casa y te encontré tumbada en el sofá, tan inocente, vulnerable y mía. —Algo parpadeó en sus ojos, un poco de esa oscuridad que había mencionado—. Me alegro que no sepas los pensamientos que entonces corrieron por mi mente. Eres mi esposa y juré protegerte, aún si es necesario de mí mismo.

—¿Crees que perderías el control? —susurré.

—Lo sé.

—Tal vez te subestimás. —Arrastré mis dedos sobre sus hombros. No estaba segura si estaba tratando de convencerlo o a mí misma. Me había asustado, no había cómo negarlo. Pero él había salido de ello.

—Tal vez confías demasiado en mí. —Pasó un dedo por mi espalda, enviando una nueva oleada de hormigueos hacia mi núcleo—. Cuando te acosté en la cama como un cordero de sacrificio, debiste haber corrido.

—Alguien me dijo una vez que no corriera de los monstruos ya que ellos persiguen.

El fantasma de una sonrisa cruzó su rostro.

—La próxima vez, corre. O si no puedes, embiste tu rodilla en mis bolas.

No estaba bromeando.

—Si hubiera hecho eso hoy, habrías perdido el control. La única razón por la que no lo hiciste fue porque te traté como mi marido, no como un monstruo.

Él trazó mis labios con su pulgar, luego rozó mi mejilla.

—Eres demasiado hermosa e inocente para estar casada con alguien como yo, pero soy un bastardo demasiado egoísta para dejarte ir. Eres mía. Por siempre.

144

—Lo sé —le dije, luego bajé mi mejilla de nuevo a su pecho. Luca apagó las luces y me quedé dormida escuchando los latidos de su corazón. Sabía que una persona normal habría huido de Luca, pero había crecido entre depredadores. Los chicos decentes y normales, con trabajos que no implicaban violar las leyes eran una especie extraña para mí. Y en el fondo, una parte primordial de mí no podía imaginar estar con alguien que no fuera un alfa como Luca. Me emocionaba saber que un hombre como él podía ser gentil conmigo. Me emocionaba que fuera mío y yo fuera suya.



El cielo apenas se estaba volviendo gris sobre el horizonte de Nueva York cuando desperté a la mañana siguiente. Todavía estaba tumbada sobre el pecho de Luca, mis pechos desnudos presionados contra su piel caliente, pero me había deslizado por su cuerpo durante la noche y su rígida longitud estaba presionada contra mi pierna. Me moví con cuidado y miré la cara de Luca. Sus ojos estaban cerrados y

parecía tan tranquilo, dormido, que era difícil de creer que la misma cara había albergado tanta violencia y oscuridad la noche anterior.

La curiosidad se apoderó de mí. Nunca había visto una erección, pero estaba preocupada por despertar a Luca. Después de lo que él había dicho, realmente no quería arriesgarme a que perdiera el control. Traté de mirar por encima de mi hombro la erección de Luca, pero de la forma en que estábamos posicionados tendría que romperme el cuello para verlo.

De repente, un zumbido provino de la mesita de noche y Luca se incorporó tan rápido que chillé. Me llevó con él, con un brazo estabilizándome alrededor de mi cintura, el otro tratando de alcanzar su móvil. Pero la nueva posición me había hecho deslizarme por su cuerpo, y ahora su erección estaba entre mis piernas, su longitud presionada contra mi núcleo. Estaba prácticamente montándolo como una escoba. Nunca había estado más agradecida por mi ropa interior.

Me puse rígida y también lo hizo Luca, el móvil ya presionado contra su oreja. Traté de llegar a una posición menos problemática, pero eso solo hizo que su pene se frotara contra mí. Él gimió y me quedé helada. Los ojos de Luca se dilataron mientras sus dedos se apretaban en mi cintura.

—Estoy bien Matteo —dijo con voz áspera—. Estoy *jodidamente* bien. No. Puedo manejar esto. No necesito ver al Doc. Ahora déjame dormir. —Luca colgó, puso el teléfono en la mesita de noche y se quedó mirándome. Estaba tan rígida que él podría haberme utilizado como una tabla de planchar.

Se hundió de nuevo lentamente con todo el control que solo un montón de abdominales podrían darte. Terminé en una posición sentada, montando entre sus caderas, pero rápidamente coloqué un brazo delante de mis pechos. Ahora que él estaba acostado su erección ya no estaba tocándome. Reuniendo valor, balanceé mi pierna por encima de sus caderas, rozando accidentalmente la erección de Luca.

—Mierda —gruñó Luca, sacudiéndose debajo de mí. Tuve que reprimir una sonrisa. Me arrodillé junto a él, mi brazo todavía cubriendo mis pechos y luego me permití mirar. Guau. No tenía nada con qué compararla, pero no podía imaginar que pudiera ser más grande. Era largo y grueso, y circuncidado. Gianna había ganado su estúpida apuesta.

—Vas a ser la muerte para mí, Aria —dijo Luca en voz baja.

Me di la vuelta, avergonzada. Había estado *mirando*. Había hambre en la cara de Luca cuando me encontré con sus ojos. Una de sus manos descansaba sobre su estómago, la otra estaba arrojada sobre su cabeza. Sus abdominales estaban tensos por la tensión, de hecho cada centímetro de su cuerpo parecía de esa manera. De repente

fui invadida por la timidez. ¿Por qué había pensado que era una buena idea echarle un vistazo? Arriesgué otra mirada.

—Si sigues mirando mi verga con esa expresión aturdida, voy a explotar.

—Lo siento si mi expresión te molesta, pero esto es nuevo para mí. Nunca he visto a un hombre desnudo. Cada primera vez que voy a experimentar será contigo, *así que...*

Luca se incorporó. Su voz bajó una octava.

—No me molesta. Es jodidamente caliente y voy a disfrutar de cada primera vez que compartirás conmigo. —Acarició mi mejilla—. Ni siquiera te das cuenta lo mucho que me excitas.

Con él sentado, nuestras caras estaban cerca y Luca me atrajo para un beso. Presioné mi mano contra su hombro, luego, lentamente, la corrí por su pecho hacia su estómago. Luca detuvo el beso.

—Anoche me preguntaste si quería que tú me tocaras.

—Sí —le dije, mi respiración alterada—. ¿Quieres que te toque ahora?

El fuego en sus ojos se oscureció.

—Mierda, sí. Más que cualquier cosa. —Extendió la mano hacia el brazo presionado contra mis pechos—. Déjame verte. —Cerró los dedos alrededor de mi muñeca, pero no lo apartó. Dudé. Él los había visto ayer, pero ahora me sentía más expuesta. Poco a poco bajé mi brazo. Me senté muy quieta mientras los ojos de Luca vagaban sobre mí.

—Sé que no son grandes.

—Eres jodidamente hermosa, Aria.

No supe qué decir.

—¿Quieres tocarme ahora? —dijo en voz baja.

Asentí y lamí mis labios. Miré hacia abajo, luego, tentativamente extendí la mano y pasé mi dedo por encima de su longitud. Se sentía suave, caliente y firme. Luca dejó escapar una respiración áspera, los músculos en sus brazos tensos por el esfuerzo de contenerse. Rocé la punta, maravillándome de lo suave que era. Luca apretó los dientes.

Sentí una extraña sensación de poder sobre él a media que corría mis dedos de arriba hacia abajo lentamente, fascinada por su sedosidad.

Luca tembló bajo mi tacto.

—Tómame en tu mano —dijo en voz baja.

Envolví ligeramente mis dedos alrededor de su eje, preocupada por hacerle daño. Moví mi mano hacia abajo, luego hacia arriba, sorprendida de lo pesado que se sentía en mi palma. Luca se recostó. Sabía que me estaba viendo, pero no podía encontrar su mirada, demasiado mortificada por mi propio valor.

—Puedes agarrar más duro —dijo él, después de unas pocas más de mis caricias tentativas.

Apreté los dedos.

—Más fuerte. No se caerá.

Me sonrojé y me alejé, dejando caer mi mano.

—No quería hacerte daño. —Dios, esto era embarazoso. Ni siquiera podía hacer esto. Tal vez Luca realmente debería volver a su puta Grace. Ella sabía qué hacer.

—Oye —dijo Luca con calma, tirando de mí contra él—. Estaba bromeando. Está bien. —Me besó. Su boca moviéndose contra la mía, inflexible pero suave, y su mano se deslizó por mi brazo, mi cadera y sobre la curva de mi culo hasta que su dedo se deslizó entre mis piernas y rozó mis pliegues. La deslizó de ida y vuelta ligeramente, antes de introducir la punta de su dedo debajo de mi ropa interior. Contuve la respiración al sentirlo contra mi piel desnuda. Se sumergió entre mis pliegues, luego se deslizó hasta mi clítoris, recubriéndolo con mi humedad. Gemí contra sus labios antes de deslizar mi lengua en su boca para bailar con la suya. El placer se extendió a través de mí a medida que él hacía girar su dedo sobre mi sensible protuberancia.

Arrancó su boca de la mía, sus ojos clavados en mí.

—¿Quieres intentarlo de nuevo? —preguntó con voz ronca, con una inclinación de cabeza hacia su dura longitud.

Su dedo se movió sobre mí una vez más y me quedé sin aliento, casi incapaz de pensar con claridad, mucho menos de formar una frase coherente. Mi cuerpo dolía con una necesidad que nunca antes había sentido. Deslicé mi mano por su torso musculoso, siguiendo el fino rastro de vello oscuro hasta su erección. Envolví mi mano alrededor de ésta y saltó bajo mi toque.

Los dedos de Luca se deslizaron más rápidamente contra mi carne húmeda. Sus caricias firmes haciéndome jadear, pero estaba demasiado ida para que me importara.

Luca cubrió mi mano alrededor de su miembro con la suya, demostrándome qué tan fuerte apretarlo. Después movió nuestras manos de arriba hacia abajo por su asta. Yo miré fascinada. Nos movimos más rápido y más duro de lo que me hubiera atrevido. Los dedos de Luca entre mis pliegues, me frotaban más rápido también, hasta que escasamente podía respirar y mi pulso palpitaba en mis venas. Estaba cerca de despeñarme sobre el borde.

—Luca —jadeé y el golpeó suavemente mi clítoris, haciéndome caer en espiral, fuera de control. Mi cuerpo se contrajo con espasmos mientras gemía. Mi mano bombeó el pene de Luca aún más rápido y con un gruñido gutural su liberación se extendió sobre él. Temblé contra él a medida que lo miraba venir sobre nuestras manos y su estómago. Mis pezones estaban duros y se frotaban contra su pecho, enviando oleadas de placer a través de mí. Su erección palpitando en mi palma, se relajó lentamente. Luca sacó los dedos de abajo de mis bragas y los posó sobre mis nalgas.

Cerré los ojos, escuchando el estruendo de su corazón. Luca besó mi coronilla, sorprendiéndome con ese gesto amoroso. Mi corazón rebozó de nueva esperanza. Gradualmente nuestra respiración se estabilizó. Luca alcanzó la caja de pañuelos desechables de la mesa de noche y me dio un pañuelo, antes de limpiarse él mismo. Me sentí un poco cohibida a medida que limpiaba su espermatozoos de mi mano. No podía creer que lo había tocado de esa manera. Seguía sintiéndome sensible entre las piernas y aun así quería sentir sus dedos nuevamente. ¿Estaba mal haber disfrutado tanto del toque de Luca?

Era mi esposo, pero aun así. Mi madre siempre había considerado el sexo como algo que solo los hombres deseaban. Las mujeres simplemente cumplían con su deber. Luca acarició mi brazo y decidí no pensar mucho en ello. Haría lo que sintiera correcto. Dejé escapar un pequeño suspiro, pero después mis ojos se enfocaron en la herida bajo las costillas de Luca. Estaba sangrando.

Me senté en seguida.

—Estás sangrando. —Me había olvidado de eso—. ¿Te duele?

Luca se veía sumamente relajado. Echó una mirada a su herida.

—No mucho. No es nada. Estoy acostumbrado.

Toqué la piel bajo su herida.

—Necesita puntadas. ¿Y si se infecta?

—Tal vez tengas suerte y te vuelvas una viuda joven.

Lo miré con furia.

—Eso no es gracioso. —No después de lo que acabábamos de hacer. Me sentía más cerca de él que nunca, y mi padre solo me conseguiría otro esposo de cualquier manera.

—Si te molesta tanto, ¿por qué no tomas el estuche de primeros auxilios del baño y me lo traes?

Salté fuera de la cama y me apresuré hacia el baño.

—¿En dónde está?

—En el cajón, bajo el lavamanos.

No había solamente un estuche de primeros auxilios. Había cerca de doce estuches. Tomé uno y regresé a la habitación pero antes de unirme a Luca en la cama, levanté mi camisón del suelo y me lo puse. Luca se sentó apoyándose en la cabecera, seguía estando gloriosamente desnudo. Me concentré en su torso, un poco avergonzada por su flagrante desnudez.

Luca acarició mi mejilla cuando me acomodé cerca de él.

—Sigues siendo demasiado tímida para mirarme después de lo que pasó. —
Jaló el borde de mi camisón—. Me gustabas más sin esto.

Apreté los labios.

—¿Qué quieres que haga? —Coloqué el estuche de primeros auxilios entre los dos y lo abrí.

—Muchas cosas —murmuró Luca.

Puse los ojos en blanco.

—Con el corte.

—Hay toallitas desinfectantes. Limpia mi herida y yo prepararé la aguja.

Abrí uno de los paquetes. El poderoso olor a desinfectante inundó mi nariz. Saqué una toallita, la desdoblé y la pasé sobre la cortada. Luca hizo un gesto, pero no hizo ningún sonido.

—¿Arde?

—Estoy bien —dijo simplemente—. Limpia más fuerte.

Lo hice, y aunque se sacudió varias veces, nunca me pidió que me detenga. Eventualmente tiré la toallita en la basura y me recosté. Luca perforó su piel con la

aguja y comenzó a coserse a sí mismo, sus manos firmes y seguras. Solo mirarlo me hizo sentir indispueta. No podía imaginarme hacerme eso a mí misma, pero mientras mis ojos vagaban por el cuerpo de Luca y las muchas cicatrices, me di cuenta que probablemente no era la primera vez que hacía esto. Cuando Luca estuvo satisfecho con su trabajo, guardó la aguja.

—Tenemos que cubrirlo —dije. Busqué en el estuche de primeros auxilios, pero Luca negó con la cabeza.

—Se curará más rápido si permitimos que respire.

—¿En serio? ¿Estás seguro? ¿Qué tal si se infecta?

Luca rio entre dientes.

—No necesitas preocuparte. Esta no será la última vez que llegaré a casa herido. —¿Estaba preocupada? Sí. Y no me gustaba pensar en él tomando su salud tan a la ligera.

Luca abrió los brazos.

—Ven.

—¿No tienes que irte? —Miré el reloj. Eran apenas las ocho, pero la mayoría de los días Luca se había ido para esta hora.

—Hoy no. Nos hemos ocupado de la Bratva por el momento. Tendré que estar en uno de los club de la familia por la tarde.

Me reí levemente. No pude evitarlo. Estaba contenta de no tener que pasar todo el día sola nuevamente. Me acurruqué contra el costado de Luca y él envolvió su brazo a mi alrededor.

—No esperaba que te vieras tan feliz —dijo en voz baja.

—Estoy muy sola. —Odiaba lo débil que eso me hacía sonar, pero era la verdad. Los dedos de Luca se apretaron en mi brazo.

—Tengo algunas primas con las que podrías salir. Estoy seguro que les gustaría ir de compras contigo.

—¿Por qué todo el mundo piensa que quiero ir de compras?

—Entonces haz algo más. Toma un café o ve a un spa, no sé.

—Aún tengo el certificado para un spa que me dieron en mi despedida de soltera.

—¿Ves? Si quieres puedo invitar a algunas de mis primas.

Negué con la cabeza.

—No tengo muchas ganas de conocer a otra de tus primas después de lo que Cosima hizo.

—¿Qué es lo que hizo? —Se puso rígido junto a mí.

Me retiré, mirando a Luca. Después me di cuenta que nunca le había dicho cómo lo había encontrado en la cama con Grace y después de toda la confusión de los últimos días, él nunca me lo había preguntado. Probablemente había tenido más que suficiente ocupándose de la Bratva.

—Ella me dio la carta que me condujo hasta ti y Grace. —Solo decir su nombre hizo que mi estómago se revuelva nuevamente, y los recuerdos indeseados volvieron a la superficie. Me senté, lejos de la calidez de Luca. Encogí mis piernas contra mi pecho, agobiada por todo lo que había sucedido.

Luca se sentó y me dio un beso en el hombro.

—¿Cosima te dio una carta que te pedía que fueras al apartamento? —Su voz sonó tensa con la furia apenas controlada.

Asentí, después tragué antes de atreverme a hablar.

—Y una llave. Aún está en mi bolso.

—Esa maldita perra —rugió.

—¿Quién?

—Ambas. Grace y Cosima. Son amigas. Grace debe haberla convencido para hacerlo. Esa zorra.

Me encogí, alejándome de la furia en su voz. Dejó salir un fuerte suspiro y envolvió mi cintura con su brazo, atrayéndome contra su pecho y enterrando la cara en mi cabello.

—Grace quería humillarme. Se veía realmente feliz cuando los encontré.

—Apuesto que sí —dijo—. Es una jodida rata tratando de humillar a una reina. No es nada.

Guau, estaba furioso. Y no pude evitar sentir alegría por ver a Grace caer en su desgracia.

—¿Cómo reaccionó cuando le dijiste que no podías verla nunca más?

Se quedó callado. Me tensé.

—Prometiste que no la verías a ella ni a otras mujeres de nuevo. —Mi voz tembló y traté de zafarme de su abrazo pero me apretó rápidamente. ¿Me había mentido? No podía creer que había confiado en él, no podía creer que lo había dejado tocarme ahí y que en realidad yo lo había tocado.

—Lo hice, y no lo haré. Pero no hablé con Grace. ¿Por qué debería? No le debo una explicación, al igual que no le debo ni una maldita explicación a las otras zorras que follé. —Su cuerpo podría haber estado hecho de piedra de tan tenso que estaba. Quería creerle. Agarró mi barbilla entre su pulgar y su dedo índice y giró mi rostro hasta que estuve mirando hacia él—. Tú eres la única que quiero. Mantendré mi promesa, Aria.

—Así que no la verás de nuevo.

—Oh, la veré de nuevo para decirle lo que pienso de su pequeño truco.

—No lo hagas.

Él frunció el ceño.

—No quiero que hables con ella otra vez. Solo vamos a olvidarnos de ella. — Pude ver que él no quería olvidar—. Por favor.

152

Exhaló, luego asintió.

—No me gusta, pero si eso es lo que quieres...

—Lo es —dije decididamente—. Ni siquiera vamos a hablar de ella nunca más. Finjamos que no existe.

Luca levantó su mano y frotó su pulgar sobre mi labio inferior.

—Tus labios son tan jodidamente besables. —Agaché la cabeza para ocultar mi sonrisa de satisfacción.

—Hay algo sobre lo que quería hablarte —dije.

—¿Más malas noticias?

—Bueno, supongo que eso depende de tu punto de vista. Quiero que Gianna me visite. La escuela no empieza hasta dentro de dos semanas y la extraño.

—Han pasado solo algunos días desde que la viste.

—Lo sé.

—¿Dónde se quedaría?

—No lo sé. ¿Tal vez en nuestra habitación de invitados? —Teníamos tres de ellas en la planta baja del penthouse.

—Tu hermana es un gran dolor en el culo. —Le di una mirada suplicante—. ¿Qué tal un trato? —dijo con voz ronca.

Los nervios revolotearon en mi estómago.

—¿Un trato?

—No luzcas tan nerviosa. —Luca sonrió con sarcasmo—. No voy a pedir que duermas conmigo para que puedas ver a tu hermana. No soy así de imbécil.

—¿No? —bromeé y golpeó sus labios contra mí en un beso que envió una descarga de sensaciones por todo el camino hasta los dedos de mis pies.

—No —dijo contra mis labios—. Pero me gustaría explorar tu cuerpo.

Levanté las cejas.

—¿Cómo?

—Esta noche, trataré de estar en casa temprano después de la reunión en el club y quiero que nos relajemos en el jacuzzi por un rato y luego quiero que te recuestes y me dejes tocarte y besarte donde yo quiera. —Lamió mi oreja—. Te encantará.

153

Separé los labios con sorpresa. Esto era moverse mucho más rápido de lo que había pensado que sería, de lo que había pensado que debería.

Luca debe haber visto la incertidumbre en mi expresión porque deslizó su mano entre mis piernas y presionó la palma de su mano contra mi clítoris por encima de la tela de mi ropa interior. Di un salto y dejé escapar un gemido antes de que pudiera detenerme. Dios, esto era ridículo. Esto era lo que sucedía cuando eras obligada a vivir en abstinencia durante tanto tiempo.

—Te gusta esto, Aria. Sé que lo haces. Admítelo.

Presionó más fuerte y me sacudí contra él.

—Sí —jadeé. Movié su mano lentamente sobre mí, enviando torrentes de placer a través de mi cuerpo—. No te detengas.

—No lo haré —dijo, mordisqueando mi garganta—. Entonces, ¿me dejas tenerte a mi manera esta noche? No haré nada que no quieras.

Ni siquiera estaba segura de lo que quería en este momento. A excepción de que Luca no dejara de hacer lo que estaba haciendo con su mano. Le habría prometido lo que sea en ese momento.

—Sí.

Aumentó la presión sobre mi clítoris y succionó en mi garganta, luego movió su lengua por mi clavícula y exploté.

Luca me besó debajo de mi barbilla antes de retirarse con una sonrisa. Una vez que bajé de mi clímax, necesité encontrar una manera de equilibrar el poder entre nosotros. Él me quería más de lo que yo lo quería a él. Estaba segura de ello. Y tenía que aprovecharme de eso.

Apoyé mi frente contra su hombro.

—Entonces, ¿puedo llamar a Gianna y decirle para compre sus boletos de avión?

Luca rio entre dientes.

—Claro, pero recuerda nuestro trato. —Su teléfono sonó en la mesita de noche. Lo recogió—. Por el amor de Dios, Matteo, ¿ahora qué?

154

Me aparté. Luca se levantó y comenzó a caminar por el dormitorio, completamente desnudo.

—Cubrimos su espalda. No dejaré que otro jodido restaurante vaya a los rusos. Sí. Sí. Estaré listo dentro de media hora. —Arrojó su teléfono sobre la mesita de noche.

—Tengo que hablar con el dueño de una cadena de restaurantes.

—Está bien —dije, tratando de ocultar mi decepción.

—Llama a tu hermana y dile que puede venir. Y estaré de regreso a tiempo para la cena, ¿de acuerdo? Tengo un par de menús de comida para llevar en la cocina. Ordena lo que quieras. —Se inclinó y me besó—. Dile a Romero que te lleve a un museo o algo por el estilo.

Quince minutos más tarde, se había ido, y yo me quedé con mis dudas. ¿Cómo pude haber aceptado su oferta? Porque me encantaba el placer que me daba. ¿Por qué no disfrutar de ello? Tal vez tendría que vivir sin amor, pero eso no significaba que tenía que ser miserable.

Gianna estuvo en éxtasis cuando la llamé para decirle que podía visitarme. No le dije sobre el trato. No podía hablar sobre algo así por teléfono, o nunca. Sabía que no aprobaría que ceda ante Luca tan rápidamente.



Como prometió, Luca regresó a casa temprano. Estaba increíblemente nerviosa. Había elegido un hermoso vestido amarillo y puse la mesa en la terraza. La sorpresa cruzó el rostro de Luca cuando me encontró afuera.

—¿Pensé que podíamos comer aquí?

Envolvió sus brazos alrededor de mí y me jaló hacia un persistente beso. Mariposas revolotearon en mi estómago.

—Ordené comida india.

—Estoy hambriento por una sola cosa.

Me estremecí.

155

—Vamos a comer. —¿Qué haría Luca si le dijera que ya no habría trato? Tomé asiento. Luca me miraba con intensidad. Finalmente se dejó caer en la silla frente a mí. Había una suave brisa que acariciaba mi piel y tiraba de mi cabello.

—Te ves jodidamente atractiva.

Empecé a comer.

—Romero me llevó al Metropolitan hoy. Fue increíble.

—Bien —dijo Luca con un toque de diversión. ¿Podía ver lo nerviosa que estaba?

—¿Qué pasó con el dueño del restaurante? ¿Lo convenciste de que la familia lo protegerá de los rusos?

—Por supuesto. Ha estado bajo nuestra protección durante más de una década. No hay ninguna razón para cambiar eso ahora.

—Claro —dije distraídamente, tomando un trago de vino blanco.

Luca bajó su tenedor.

—¿Aria?

—¿Hm? —Picoteé un trozo de coliflor en mi plato, sin encontrar la mirada de Luca.

—Aria. —Su voz envió un escalofrío por mi espalda y eché un vistazo hacia él. Se recostaba sobre su silla, con los brazos cruzados sobre su fuerte pecho—. Estás asustada.

—No lo estoy. —Entrecerró los ojos—. Tal vez un poco, pero sobre todo estoy nerviosa.

Se levantó de la silla y rodeó la mesa.

—Vamos. —Tendió su mano. Después de un breve momento de vacilación, la tomé y me puso de pie—. Vamos a entrar en el jacuzzi, ¿de acuerdo? Eso te relajará.

Dudaba que estar en el Jacuzzi con él solo en traje de baño me pondría menos nerviosa. No sabía qué esperar y eso me aterraba.

—¿Por qué no buscas tu bikini y yo voy a preparar el jacuzzi?

Asentí y volví a entrar. Escogí mi bikini favorito de encaje blanco con puntos rosas. Puse mi cabello en una coleta alta y luego me miré en el espejo del baño. No estaba segura por qué esto me ponía tan nerviosa. Esta mañana el toque de Luca había puesto mi piel en llamas. Había prometido no hacer nada que no quisiera.

Respiré profundo y entré al dormitorio. Luca estaba esperando por mí en unos shorts negros que no hacían nada para ocultar su firme cuerpo. Todo músculo y fuerza. Sus ojos viajaron sobre mí, y entonces deslizó una mano por mi cadera.

—Eres perfecta —dijo en voz baja. Con un suave empujón, me llevó fuera de la habitación, por las escaleras y a la terraza.

Temblé en mi bikini. La brisa había aumentado y estaba definitivamente demasiado frío para estar afuera en nada más que un bikini. Luca me levantó en sus brazos. Jadeé sorprendida, mi mano apoyándose contra el tatuaje sobre su corazón.

Mi propio corazón estaba galopando en mi pecho. Enterré mi rostro en el hueco del cuello de Luca, intentando relajarme. El agarre de Luca en mí se apretó cuando entró en el jacuzzi y poco a poco nos bajó en la burbujeante agua caliente. Me senté en su regazo, mi cara todavía oculta contra su piel. Luca frotó su mano de arriba hacia abajo por mi espalda.

—No hay razón para que estés asustada.

—Lo dice el hombre que aplastó la garganta de un hombre con sus propias manos. —Quise decirlo bromeando pero mi voz salió inestable.

—Eso no tiene que ver con nosotros, Aria. Eso son negocios.

—Lo sé. No debería haber sacado el tema.

—¿Cuál es realmente el problema?

—Estoy nerviosa porque me siento vulnerable, estoy a tu merced debido al trato.

—Aria, olvida el trato. ¿Por qué no intentas relajarte y disfrutar esto? —Levantó mi barbilla hasta que nuestros labios se estaban casi tocando y nuestros ojos estaban fijos en el otro.

—Prométeme que no vas a forzarme a hacer algo que no quiero hacer. —Bajé la mirada hacia su pecho—. Prométeme que no me harás daño.

—¿Por qué te haría daño? —preguntó Luca—. Te dije que no voy a dormir contigo a menos que tú quieras.

—¿Entonces me harás daño cuando durmamos juntos?

Los labios de Luca se retorcieron en una sonrisa irónica.

—No, a propósito no, pero no creo que haya manera de evitarlo. —Besó el punto por debajo de mi oreja—. Pero esta noche quiero hacerte retorcer de placer. Créeme.

157

Quería, pero la confianza era una cosa peligrosa en nuestro mundo. Una parte de mí quería aferrarse a la chispa de odio que había sentido cuando lo había atrapado con Grace. Pero, otra parte más grande quería fingir que no habíamos sido forzados a esta unión, quería pretender que podíamos amarnos el uno al otro.

La lengua de Luca se arrastró sobre mi garganta. Se detuvo sobre mi pulso latiendo a toda prisa y chupó la piel en su boca. Me estremecí por la sensación. Su cuerpo se sentía caliente y duro contra el mío, me encantaba sentarme en su regazo; aunque esto no era exactamente cómodo. No había mucha suavidad en el cuerpo de Luca, solo firmes músculos. Se removió, presionando su erección contra mi trasero mientras sus labios reclamaban mi boca. Los besos enviaron pequeños relámpagos a través de mi cuerpo pero necesitaba que esto fuera más que algo físico. Quería conocer más sobre el hombre con el que pasaría el resto de mi vida.

Me aparté, consiguiendo un gruñido de Luca en respuesta. Sus dedos se apretaron sobre mi cintura, sus ojos grises cuestionándome a medida que subían a mi cara. Besé su pecho y lancé mis brazos alrededor de su cuello.

—¿Podemos hablar un momento?

Estaba claro por la expresión de Luca que hablar era la última cosa en su mente, pero se apoyó contra la pared del jacuzzi.

—¿Sobre qué quieres hablar?

Una de sus manos se deslizó hacia abajo y comenzó a acariciar mi trasero. No permití que me distrajera de mi objetivo. Incluso si esto era una gran distracción. La mirada hambrienta en los ojos de Luca tampoco ayudó.

—¿Qué le pasó a tu madre? —Sabía que había muerto cuando Luca había sido joven pero Umberto no había dicho mucho más, ya sea porque no sabía o porque pensaba que no debería saber.

El cuerpo de Luca se volvió rígido, sus ojos duros.

—Murió. —Dio vuelta a su rostro, flexionando la mandíbula—. Ese no es el tipo de cosas de las que quiero hablar esta noche.

Su reprimenda escoció. Quería acercarme a él, quería conocer más caras de él, pero estaba claro que no me dejaría. Asentí. Luca removió su mano de mi trasero y la arrastró lentamente sobre mi cadera, luego la bajó hasta que alcanzó la cara interna de mi muslo. Se deslizó bajo el fondo de mi bikini, frotando su dedo a lo largo de mis pliegues. Debería haberlo alejado de un empujón, pero en su lugar abrí mis piernas un poco más. Luca acarició mi cuello, luego se echó hacia atrás. Enganchó los dedos de su otra mano bajo la parte superior de mi bikini y tiró de él hacia abajo. Mi pecho voló libre, piel de gallina cubriendo mi piel y mi pezón erecto por el contacto con la fría brisa.

Luca hizo un sonido bajo en su garganta a medida que observaba mi pecho. Entonces se inclinó y succionó mi pezón en su boca y, al mismo tiempo, frotó su pulgar sobre mi clitoris. Gemí por la sensación. Gruñó contra mi piel y liberó mi pezón con un audible sonido hueco. Acercó su mirada a mí mientras su lengua acariciaba mi protuberancia. Traté de mirar hacia otro lado, pero gruñó.

—No, mírame.

Y lo hice. Observé mi pezón desaparecer en su boca una vez más, lo observé mientras jugueteaba con su lengua, sus hambrientos ojos sobre mí. Mordió suavemente y mis caderas se sacudieron contra su mano, todavía burlándose contra mis pliegues. La liberación se estremeció a través de mi cuerpo. Luca se retiró a la velocidad de un rayo, agarró mis caderas y me levantó sobre el borde del jacuzzi.

—Luca, ¿qué...? —Luca arrancó la parte inferior de mi bikini, prácticamente rasgándolo por la mitad. Di un grito ahogado y traté de cerrar las piernas, pero Luca

se posicionó entre ellas, empujó mis piernas tan lejos como fue posible y bajó su cabeza.

Grité de nuevo, horrorizada y sorprendida y... oh, Dios. Luca corrió su lengua todo el camino desde mi entrada hasta mi clítoris.

—Mierda, sí —gruñó.

Mis ojos se lanzaron alrededor. ¿Y si la gente nos veía? Una parte del jacuzzi estaba abarcada por una pantalla, pero Luca chupó mis labios externos y no importó nada más.

—Mírame —ordenó contra mis pliegues, la sensación de su aliento contra mi carne caliente haciéndome estremecer. Miré hacia abajo, mi piel ardiendo con vergüenza y excitación mientras me encontraba con su mirada. Sus ojos se clavaron en los míos, y lentamente, deslizó su lengua entre mis pliegues. Gemí—. Eres mía —dijo con dureza, me lamió de nuevo con más fuerza pero aún más lento—. Dilo.

—Soy tuya —dije sin aliento, sus pulgares me separaron aún más, revelando mi pequeña protuberancia rosada. Soltó una respiración baja, una sonrisa satisfecha curvando sus labios. Quería que me tocara ahí, no deseaba nada más. Se inclinó hacia adelante, sus ojos en mí, y dio vueltas con su lengua alrededor de mi protuberancia. Chillé, mi mano disparándose y agarrando el cabello de Luca. Me vine de manera violenta, temblando y gritando, retorciéndome contra los labios de Luca.

159

Pero no se detuvo. Era implacable. Tiré mi cabeza hacia atrás, mirando hacia el cielo nocturno. Luca no me dijo que lo mirara esta vez. Pero podía escuchar todo lo que estaba haciendo. Cómo chupaba y lamía, la forma en que canturreaba con aprobación, la forma en que soplabla contra mi carne caliente, luego lamía de nuevo. Mi cuerpo entero estaba en llamas, temblando. No podía soportar mucho más, pero Luca puso su lengua dentro de mí y me vine, mis músculos apretándose alrededor de él. Apreté los ojos, y mi espalda se arqueó sobre el frío mármol. Estaba tan mojada. ¿Cómo puede alguien estar tan mojado? Los sonidos de Luca lamiéndome estaban mal pero me excitaban como nada nunca lo había hecho.

Luca sacó su lengua a medida que los últimos picos de mi orgasmo me hundían. Antes de saber lo que estaba pasando, sentí su dedo contra mi abertura y lo deslizó casi todo el camino. La intrusión fue extraña e inesperada. Me sacudí y jadeé por el dolor. Mi cuerpo se volvió rígido mientras trataba de recuperar el aliento. No había usado ni siquiera tampones porque estos eran demasiado incómodos y porque mi madre se preocupaba de que accidentalmente rompiera mi himen.

—Mierda, estás tan jodidamente apretada, Aria.

Apoyé las palmas contra el borde del jacuzzi, tratando de relajarme. El agua se derramó cuando Luca salió del agua para inclinarse sobre mí, su dedo todavía en mí. Me mordí el labio, pero no lo miré.

—Oye —dijo en una voz áspera. Me encontré con su mirada—. Debería haber entrado más lento, pero estabas tan mojada.

Asentí, pero no dije nada. No podía superar la sensación de su dedo en mí. No se movía, pero estaba ahí, llenándome. Luca me besó en los labios. Sus ojos estaban más oscuros de lo que jamás los había visto y tan llenos de deseo y hambre que me asustaron y excitaron al mismo tiempo.

—¿Todavía duele? —dijo con voz áspera.

Moví mi cadera ligeramente, tratando de encontrar las palabras para la sensación.

—Es incómodo y arde un poco. —Me sonrojé.

Luca lamió mis labios, luego chupó mi labio inferior.

—Sé que soy un imbécil por decirlo, pero la idea de mi pene dentro de tu apretado coño me pone tan duro.

160

Mis ojos se abrieron más, pero él sacudió la cabeza.

—No estés tan aterrada. Te dije que no lo intentaría esta noche.

—También dijiste que no me harías daño. —Fue más para provocarlo que nada más, ya que en realidad no estaba enfadada con él. Poco a poco me estaba acostumbrando a su dedo dentro de mí y lo que había hecho antes de eso había sido un paraíso. Ya quería sus labios y lengua de nuevo sobre mí.

Algo en la expresión de Luca cambió, pero no pude leer la emoción.

—No pensé que lo haría, Aria —dijo en voz baja—. Estabas tan mojada y dispuesta. Pensé que mi dedo entraría sin problemas. Quería usar mis dedos para tu cuarto orgasmo.

Me estremecí y una pequeña descarga de placer se formó en mi núcleo una vez más. Casi deseé que Luca moviera su dedo ahora.

—Dolió porque tomaste mi ya sabes... —El calor se precipitó en mis mejillas y algo brilló en los ojos de Luca.

—¿Tu virginidad? No, principessa. No estoy tan profundo y quiero reclamar esa parte de ti con mi polla, no con mi dedo.

¿Principessa? Una calidez se instaló en mi pecho. Sacó su dedo lentamente, mis músculos apretándose alrededor de él, enviando un extraño cosquilleo a través de mi núcleo. Trazó el mismo dedo sobre mi labio y lo sumergió en mi boca. Lo rodeé con mi lengua, sin siquiera saber por qué.

Luca gimió. Sacó su dedo de inmediato y empujó su lengua entre mis labios. Me apreté contra su pecho, mi lengua luchando con la suya.

—Vamos adentro. Quiero lamerte otra vez.

Exhalé.

—¿Me dejarás poner mi dedo en ti una vez más? Esta vez voy a ir muy lento.

—Sí —dije. Él saltó del jacuzzi y me ayudó a ponerme de pie. Luego me levantó en sus brazos, mis piernas envolviéndose alrededor de su cintura mientras me llevaba adentro.

Me bajó frente a la cama y desapareció en el cuarto de baño solo para volver con una toalla. Me ayudó a salir de la parte superior de mi bikini, envolvió la toalla alrededor de mí y empezó a frotar suavemente para secarme. Cerré los ojos, disfrutando de la sensación. No podía creer que había dejado que Luca hiciera lo que había hecho. No podía creer que quería que lo hiciera de nuevo. Todo era tan abrumador. Sabía que era demasiado rápido, pero como Luca había dicho, ¿qué estaba esperando? Él era mi marido.

—¿Tienes frío?

Mis ojos se abrieron lentamente. Luca dejó caer la toalla, dejándome desnuda. Sus manos se deslizaron de arriba abajo por mis brazos. Todo mi cuerpo estaba cubierto de piel de gallina.

—Un poco.

Luca me tumbó en la cama antes de que él se enderezara y deslizará hacia abajo sus pantalones cortos. Su erección saltó libre, dura y larga, y de repente la ansiedad se apoderó de mí. Había puesto un dedo en mí, tal vez ahora quería dar el siguiente paso. Tal vez estaba confundida acerca de algunas cosas en este momento, pero sabía una cosa: no estaba lista para eso.

Todavía apenas conocía al hombre frente a mí, y dormir con él, dejarlo estar en mí de esa forma era demasiado, muy íntimo. Tal vez esta noche había sido su forma de manipularme. Nadie iba tan lejos en la mafia sin ser un maestro de la manipulación. Apreté las piernas juntas y me corrí hacia atrás. Luca se detuvo, con una rodilla ya apoyada en la cama.

—¿Aria? —Sus dedos se cerraron alrededor de mi pantorrilla y me eché hacia atrás y empujé mis piernas contra mi pecho. Él suspiró—. ¿Ahora qué? —Se sentó a mi lado, su longitud casi rozando mi pierna—. Di algo.

—Esto es demasiado rápido —dije en voz baja.

—¿Porque estoy desnudo? Ya has visto antes mi pene. Incluso me hiciste una paja.

Mi cara ardió.

—Creo que estás tratando de manipularme. Si te diera la oportunidad, irías todo el camino hoy mismo.

—Por supuesto que lo haría, pero no puedo ver lo que la manipulación tiene que ver con eso —dijo con una pizca de ira en su voz—. Te deseo. Nunca mentí sobre eso. Voy a aceptar lo que sea que estés dispuesta a dar y estabas dispuesta en el jacuzzi.

—No con lo del dedo —espeté, de repente también enojada—. Tal vez intentarás lo mismo con el sexo. —Sabía que sonaba ridícula.

Luca se echó a reír. Se inclinó muy cerca.

162

—Eso no funcionará. Mi pene no se deslizará dentro de ti tan fácilmente, créeme, y va a dolerte mucho más.

Me estremecí, recordando lo que Grace había dicho en nuestra boda. *Te follará como un animal*. Luca soltó una respiración áspera.

—No debería haber dicho eso. No fue mi intención asustarte.

Lo observé por encima de mis piernas. Deslizó los nudillos por mi costado ligeramente. Sus labios se aflojaron.

—Dime que disfrutaste lo que te hice en la terraza —murmuró Luca, había una pizca de necesidad en su voz, tal vez incluso vulnerabilidad.

—Sí —dije sin aliento. Él se inclinó más cerca, sus labios en mi oído.

—¿Qué te gustó más? ¿Mi lengua follándote? ¿O cuando pasé la lengua todo el camino por encima de tu coño? ¿O cuando chupe tu clítoris?

Oh, Dios. Me estaba mojando de nuevo. La profunda voz de Luca vibró a través de mi cuerpo.

—No lo sé.

—¿Tal vez tengo que mostrarte otra vez? —Luca empujó contra mis tobillos, que estaban presionados contra mí hasta que hubo suficiente espacio para que su mano se deslice entre ellos y mis muslos superiores. Él me acunó con su mano. Estaba a punto de acostarme para que fuera más fácil para él, pero él negó con la cabeza—. No —dijo con voz áspera—. Quédate de esa manera. —Sus dedos comenzaron a moverse en contra de mis pliegues, cuatro de ellos burlando, dando vueltas, frotando.

Apoyé la barbilla en mis rodillas, respirando con dificultad. Luca besó mi oreja y pasó un brazo alrededor de mi hombro, empujándome contra su costado. Era extraño, sentarse con las piernas apretadas contra el pecho mientras él me tocaba, pero se sentía muy bien. La erección de Luca se frotaba contra la cara externa de mi muslo, su respiración caliente contra mi oído.

—Relájate —dijo en voz baja. Hubo una ligera presión contra mi apertura. Miré hacia abajo entre mis piernas. Luca me tentaba con su dedo meñique. Sumergió la punta, y luego rodeó mi abertura otra vez antes de entrar en mí una vez más, deslizándose un poco más profundo cada vez que lo hacía.

—Mírame.

Lo hice, atrapada en la intensidad de sus ojos grises.

—Estás tan húmeda, suave y apretada. No puedes imaginar lo jodidamente bien que se siente. —Su longitud se deslizó a lo largo de la cara externa de mi muslo de nuevo. Sus labios apretados contra los míos, su lengua exigiendo entrada. Su dedo se deslizó dentro de mí, esta vez todo el camino. Era solo su dedo pequeño pero ya estaba emocionada. Él comenzó a moverse dentro de mí y jadeé en su boca, sacudiendo mis caderas, necesitando más. Él bombeó dentro y fuera lentamente, su pulgar frotando mi clítoris. Podía sentir el placer creciendo de nuevo y moví mi pelvis en sincronía con su dedo. Apartó la mano, provocando un sonido de protesta de mi parte.

Luca se rio, un estruendo profundo en su pecho. Se arrodilló frente a mí y separó mis piernas para entonces mirarme fijamente. Él trazó su dedo índice sobre mis pliegues, y luego frotó mi abertura con él. Sin apartar nunca su mirada de mi cara, empujó la punta dentro, mis músculos se apretaron y solté una respiración baja. No dolió, así que me relajé. Comenzó a deslizarse dentro y fuera lentamente, moviéndose un poco más profundo cada vez como había hecho con su dedo meñique. Su boca se cerró sobre mi clítoris.

Gemí, mis piernas cayendo más abiertas. Mi placer iba en aumento atterradoramente rápido a medida que Luca trabajaba sobre mí con su dedo y labios. Me vine una vez más con un grito, sacudiendo mis piernas, mis caderas estremeciéndose. Mis dedos apretaron la manta cuando me rompí en pedazos. Luca

retiró el dedo, besó mi ombligo, y luego se acostó a mi lado, su erección roja y brillante. Extendí la mano, extendiendo la gotita de líquido que había goteado por toda su punta.

Luca gruñó, sus abdominales flexionándose.

—Quiero tu boca sobre mí —dijo en voz baja. Me quedé inmóvil, con la mano también inmóvil sobre él. Parecía justo después de lo que acababa de hacer, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo realmente. Una mamada era un nombre bastante confuso, porque sabía que no debía mamar su erección exactamente, pero por desgracia no estaba muy segura de qué hacer en detalle. ¿Y si no me gustaba?

Recordé sus palabras en cuanto a Grace, que sabía cómo chupar una polla. No es que quería ser cualquier cosa como Grace. No tenía ninguna intención de convertirme en la puta de Luca, pero tampoco quería fallarle por completo. Estaba pensando demasiado en esto.

—¿Es porque no quieres o porque no sabes cómo hacerlo? —preguntó Luca con calma, pero me di cuenta que tenía problemas para hacer que su voz sonara de esa manera. Me había dado varios orgasmos. Probablemente estaba a reventar—. Puedes masturbarme como la última vez —dijo cuando me quedé en silencio. Su mano apartó un mechón de cabello rubio de mi cara, sus ojos grises interrogantes.

164

—No, quiero decir, creo que quiero hacerlo.

—¿Crees? —La diversión teñía la voz de Luca—. ¿Pero?

—¿Qué pasa si no me gusta?

Luca se encogió de hombros, pero era obvio por su expresión que no le gustaba la idea.

—Entonces no lo hagas. No voy a forzarte.

Asentí y llevé mi cara un poco más cerca de su erección, que no se había suavizado en absoluto durante nuestra conversación. Luca se tensó en anticipación, las yemas de sus dedos contra mi cuero cabelludo retorciéndose.

—No sé qué hacer —admití, avergonzada.

Su erección se sacudió en respuesta. No pude evitar reír y Luca sonrió con su sonrisa depredadora.

—Te gusta torturarme con tu inocencia, ¿verdad?

Soplé contra su punta, haciéndolo gemir.

—No creo que por eso se llame mamada, ¿verdad?

De hecho soltó una verdadera risa y el sonido llenó mi estómago con mariposas.

—Vas a ser mi muerte, principessa.

—No te rías —dije con una sonrisa—. No quiero hacer algo mal.

—¿Quieres que te diga qué hacer? —La excitación ardió en sus ojos.

Asentí.

—Está bien —dijo con voz ronca—. Cierra tus labios alrededor de la punta y ten cuidado con tus dientes. No me importa que sea un poco áspero, pero no lo mastiques.

Resoplé, y entonces, los nervios me hicieron quedarme inmóvil. Los dedos de Luca se deslizaron por mi cabello hasta que llegaron a descansar en la parte posterior de mi cabeza. Él no me empujó, aunque por la forma en que se tensó me di cuenta que quería. Tomé la punta en mi boca. Era gruesa, así que tuve cuidado de no arañarlo con mis dientes.

Su punta estaba un poco salada, pero no en un mal sentido.

—Ahora gira tu lengua alrededor de él. Sí, de esa forma. —Me observaba, con la mandíbula apretada—. Llévelo un poco más en tu boca y mueve tu cabeza de arriba hacia abajo. Ahora chupa mientras te mueves. Sí, mierda. —Sus caderas se sacudieron cuando estuve lo más profundo que podía llegar, conduciendo su erección aún más en mi interior.

Me dieron arcadas así que me eché hacia atrás, tosiendo.

Acarició mi cabello.

—Mierda, lo siento. —Frotó su pulgar sobre mis labios—. Voy a tratar de quedarme quieto.

En lugar de llevarlo de nuevo en mi boca, lo lamí desde la base hasta la punta. Él gimió.

—¿Está bien así? —susurré antes de hacerlo de nuevo.

—Mierda, sí.

Me tomé mi tiempo lamiendo cada centímetro de él, pero sobre todo su punta. Me encantaba la sensación de ella contra mi lengua.

—Esto se siente jodidamente bien, pero en serio me quiero correr. —Miré hacia arriba con incertidumbre. Me había corrido cuando él me acarició y lamíó suavemente. ¿Necesitaba que fuera más brusca? ¿También iba a necesitar que fuera brusca durante el sexo? Las estúpidas palabras de Grace saltaron de nuevo a mi mente, pero las hice a un lado. No dejaría que esa puta arruinara esto para mí.

—¿Qué necesitas que haga? —susurré.

—Chupa más duro y sigue mirándome con tus malditos hermosos ojos.

Fijé mi mirada en la suya y lo llevé en mi boca hasta que golpeó la parte posterior de mi garganta, luego, bombeé mi cabeza de arriba hacia abajo rápido y duro, mis labios firmemente apretados en torno a él. Luca gimió, sus caderas sacudiéndose suavemente. Sus ojos ardiendo en los míos, sus dientes apretados.

—Si no quieres tragar, tienes que apartarte...

Me aparté, liberándolo con un sonoro sonido y un momento más tarde derramó su semilla sobre su estómago y piernas. Luca cerró los ojos a medida que su erección se estremecía. Su mano estaba todavía en mi cabello, acariciando suavemente mi cuello y cuero cabelludo. Me soltó poco a poco, pero agarré su mano y la apreté contra mi mejilla, necesitando su cercanía después de lo que habíamos hecho. Sus ojos se abrieron con una mirada ilegible en ellos. Su pulgar rozó mi mejilla suavemente. Nos quedamos así durante un par de segundos, y luego Luca se incorporó, fijándose en el lío en sus muslos y abdominales.

—Necesito una puta ducha. —Luca tomó un pañuelo y limpió el esperma antes de balancear las piernas sobre la cama y ponerse de pie.

Asentí, extrañamente decepcionada de que hubiera salido de la cama tan rápido. De pronto me sentí consciente de mi misma, de lo que había hecho.

Luca me tendió la mano.

—Ven. No quiero ducharme solo.

Salí de la cama torpemente, puse mi mano en la suya y lo seguí al baño.

A medida que el agua caliente se vertía sobre nosotros, Luca comenzó a enjabonar mi cuerpo, así que cerré los ojos, disfrutando de la sensación de sus manos sobre mí. Él se presionó contra mi espalda, envolviendo un brazo alrededor de mi estómago.

—Entonces, ¿eso estuvo bien para ti? —preguntó en voz baja.

Probablemente estaba preocupado de que no lo haría otra vez, si no me había gustado.

—Sí.

Me besó en la garganta. Lo hacía muy seguido. Se sentía tan suave, amoroso e íntimo, pero sabía que no estaba destinado a eso.

—Me alegra, porque en serio me gustó mucho estar en tu boca.

Me sonrojé de vergüenza y una extraña sensación de logro. Ridículo.

—¿Estás enojado que no lo hice, ya sabes, tragar? Apuesto a que las mujeres con las que has estado hasta ahora siempre lo hacen.

—No, no estoy enojado. No voy a mentir, me encantaría venirme en tu boca, pero si no quieres eso, está bien.

Salimos de la ducha y nos secamos antes de arrastrarnos de nuevo en la cama. Apoyé la cabeza sobre el pecho de Luca. Él apagó las luces, envolviéndonos en la oscuridad.

—¿Cuál fue tu reacción, cuando tu padre te dijo que ibas a casarte conmigo?
—murmuré. Había estado pensando en ello durante un tiempo.

167

Los dedos de Luca en mis caderas se detuvieron.

—Lo esperaba. Sabía que tendría que casarme por razones tácticas. Como futuro Capo, no puedes dejar que las emociones o los deseos gobiernen cualquier parte de tu vida.

Me alegré por la oscuridad, de ese modo Luca no podía ver mi cara. Sonó tan desapegado y sin emociones. Sus toques y besos me daban ganas de creer que tal vez estaba empezando a preocuparse por mí, pero ahora no estaba tan segura.

—¿Y tú? —preguntó.

—Estaba aterrada.

—Solo tenías quince. Por supuesto que estarías aterrada.

—Todavía estaba aterrada el día de nuestro matrimonio. Aún no estoy del todo segura que no me aterra.

Luca se quedó en silencio.

—Ya te lo dije, no tienes ninguna razón para temerme. Voy a proteger y cuidar de ti. Te voy a dar todo lo que quieras y necesites.

Excepto por una cosa: *amor*.

—Pero la familia siempre es lo primero —dije ligeramente—. Si tuvieras que matarme para proteger el negocio, lo harías.

Luca se puso rígido, pero no lo negó. Mi padre siempre decía que solo hay espacio para un amor verdadero en la vida de un hombre y eso es la mafia.

Doce

*Traducido por âmenoire, LizC, Rihano, Lyla,
Luisa.20, Peticompeti y Osbeidy
Corregido por Ana Ancalimë*

Gianna se las arregló para conseguir un boleto para un vuelo dos días más tarde. Estaba desbordada de emoción ese día. No había pasado mucho tiempo desde la última vez que la había visto pero se sentía como una eternidad. Ya estaba oscureciendo cuando Luca y yo llegamos al JFK. Deseé que Gianna hubiera conseguido un vuelo matutino o en la tarde, en lugar de este.

Desde mi comentario que Luca me mataría para proteger a la familia, había estado emocionalmente desconectado, no que hubiera sido un libro abierto inclusive antes de eso. La única manera en que interactuábamos era en la noche cuando Luca me daba placer con sus manos y boca, y yo a él en respuesta. Tal vez sin la visita inminente de Gianna, hubiera intentado hablar con él o incluso pedido que me muestre dónde trabajaba, en lugar de eso le había dado el espacio que obviamente quería. Luca estacionó el auto y salimos. No intentó tomar mi mano. No creía que fuera el tipo de hombre que toma de la mano, pero tocó mi espalda baja mientras entrábamos al área de llegadas en el aeropuerto.

169

—¿Estás seguro que estarás bien con Gianna viviendo con nosotros durante los próximos días?

—Sí. Y le prometí a tu padre que la protegería. Es más fácil si está viviendo en nuestro apartamento.

—Te provocará —dije.

—Puedo manejar a una niña.

—No es tan pequeña. Apenas es más joven que yo.

—Puedo manejarla.

—Luca —dije firmemente—. Gianna sabe cómo presionar los botones en las personas. Si no estás absolutamente seguro que puedes controlarte, no la dejaré cerca de ti.

Lo ojos de Luca se encendieron. Había estado al borde durante todo el día.

—No te preocupes. No la mataré ni a *ti* en los próximos días.

Di un paso hacia atrás. ¿De dónde salió eso? ¿Estaba enojado por lo que había dicho? Era la verdad, ambos lo sabíamos.

—¡Aria!

Me di la vuelta y Gianna se precipitó hacia mí, dejando caer su maleta en el camino. Chocamos casi dolorosamente, pero la apreté fuertemente contra mí.

—Estoy tan feliz que estés aquí —susurré.

Asintió, luego se hizo hacia atrás, buscando mi rostro.

—No hay moretones visibles —dijo audiblemente, su mirada dirigiéndose detrás de mí hacia Luca—. ¿Solo golpeas lugares que estén cubiertos por la ropa?

Agarré su mano y le di una mirada de advertencia.

—Ve por tu equipaje —ordenó Luca—. No quiero quedarme aquí toda la noche.

Gianna lo miró fijamente pero fue a recuperar su maleta y regresó hacia nosotros.

—Un caballero lo habría traído por mí.

—Un caballero, sí —dijo Luca con una apretada sonrisa.

Caminamos de vuelta hacia nuestro auto, mi brazo enlazado con el de Gianna. Luca caminó unos cuantos pasos por delante y se puso detrás del volante sin una palabra.

—¿Cuál es su problema? Es incluso más idiota de lo que recordaba.

—Creo que los rusos le están dando problemas.

—¿No lo hacen siempre? —Gianna puso su maleta en la cajuela del auto antes de que ambas nos sentáramos en el asiento trasero.

Luca levantó sus cejas hacía mí.

—No soy tu chófer. Ven al frente conmigo.

Me sorprendió su severidad, pero hice lo que dijo y me senté de inmediato. El rostro de Gianna se frunció con enojo.

—No deberías hablarle de esa forma.

—Es mi esposa. Puedo hacerle y decirle lo que quiera.

Fruncí el ceño. Luca se giró hacia mí, encontrando mi mirada. No pude reconocer la mirada en sus ojos. Así que se volvió para mirar la calle.

—¿Cómo están Lily y Fabi?

—Tan molestos como el infierno. Especialmente Lily. No deja de hablar de Romero. Está enamorada de él.

Me reí e incluso los labios de Luca temblaron. No estaba segura por qué, pero me estiré y coloqué mi mano sobre su pierna. Sus ojos se movieron hacia mí brevemente, luego cubrió mi mano con la suya hasta que tuvo que cambiar la velocidad de nuevo. Los ojos de Gianna estuvieron atentos a medida que observaba. Me bombardearía de preguntas al momento que estuviéramos solas, sin duda.



Cuando entramos en el apartamento, el olor a cordero rostizado y romero llegó hasta nosotros.

—Le pedí a Marianna que prepare una agradable cena —dijo Luca. Las cejas rojas de Gianna se levantaron con sorpresa.

—Gracias —dije.

Luca asintió.

—Muéstrale a tu hermana su habitación y luego podemos comer. —Todavía estaba distante y tenso. Lo observé dar vuelta en la esquina hacia el área de la cocina.

Le mostré a Gianna su habitación de invitados, pero rápidamente me jaló dentro y cerró la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí. Te lo dije al teléfono. Estoy bien.

—Prefiero escucharte decirlo cuando puedo ver tu rostro.

—No te estoy mintiendo, Gianna.

Agarró mi mano.

—¿Te forzó a dormir con él?

—No, no lo hizo. Y no lo he hecho.

Sus ojos se ampliaron.

—Pero algo sucedió entre ustedes dos. Quiero detalles.

Me alejé.

—Debemos ir a cenar ahora. Marianna estará molesta si la comida se enfría. Podemos hablar mañana cuando Luca esté ocupado con sus asuntos.

—Mañana —dijo Gianna firmemente.

Abrí la puerta y la llevé hacia el área del comedor. Sus ojos lo asimilaron todo, luego se volvieron rendijas cuando vio quién más estaría cenando con nosotros: Matteo. Él y Luca estaban de pie junto a la mesa, discutiendo algo, pero se separaron cuando nos notaron.

—¿Qué está haciendo él aquí? —dijo Gianna, su nariz arrugada.

Destellando su sonrisa de tiburón, Matteo caminó hacia ella y agarró su mano para besarla.

—Es bueno verte de nuevo, Gianna.

Gianna alejó su mano rápidamente.

—No me toques.

Tenía que dejar de provocarlo; a él le gustaba demasiado. Luca y yo nos sentamos juntos y Matteo junto a Gianna. No estaba segura que fuera la mejor decisión. Miré hacia Luca, pero su mirada cautelosa estaba sobre su hermano y mi hermana.

Marianna irrumpió, sirviendo el cordero rostizado, papas al romero y ejotes. Comimos en silencio por un momento hasta que Gianna no pudo contener más su lengua.

—¿Por qué aplastaste la garganta de ese tipo?

Bajé mi tenedor, esperando que Luca explote, pero solo se reclinó en su silla y cruzó los brazos sobre su pecho.

Gianna resopló.

—Vamos. No puede ser un gran secreto. Tienes tu apodo por eso.

Matteo sonrió.

—Tenazas es un lindo nombre.

Luca sacudió la cabeza.

—Lo odio.

—Te lo ganaste —dijo Matteo—. Ahora cuéntales la historia o lo haré yo.

Había tenido curiosidad sobre ello por un buen rato. Nadie en la Organización de Chicago quiso darme detalles y todavía no me había atrevido a preguntarle a Romero.

—Tenía diecisiete —comenzó Luca—. Nuestro padre tiene muchos hermanos y hermanas, uno de mis primos subió a las filas de la mafia a mi lado. Él era varios años mayor y quería convertirse en Capo. Sabía que mi padre me elegiría, así que me invitó a su casa y trató de apuñalarme por la espalda. El cuchillo solo rozó mi brazo y cuando tuve la oportunidad envolví mis manos alrededor de su garganta y lo ahogué.

—¿Por qué no le disparaste? —preguntó Gianna.

—Era de la familia y solía ser parte de la tradición dejar nuestras armas cuando entrábamos a la casa de un miembro de la familia —dijo Luca con frialdad—. Ya no es así, por supuesto.

—La traición enojó tanto a Luca, que aplastó por completo la garganta de nuestro primo. Se ahogó en su propia sangre debido a que los huesos de su cuello cortaron a través de la arteria. Fue un desastre. Nunca había visto nada igual. —Matteo parecía un niño en la mañana de navidad. Era algo más que un poco perturbador.

Luca miró hacia su plato, las manos agarrando con fuerza sus muslos. No era de extrañar que no le gustara confiar en la gente. Ser traicionado por la familia debe haber sido horrible.

—Es por eso que Luca siempre duerme con un ojo abierto. Ni siquiera pasa la noche con una mujer sin un arma bajo la almohada o en algún lugar de su cuerpo.

Luca disparó a su hermano una mirada fulminante.

Matteo levantó las manos.

—No es como si Aria no sepa que te follabas a otras mujeres.

No creía que esa fuera la razón por la reacción de Luca.

—Así que, ¿estás llevando un arma ahora mismo? —preguntó Gianna—. Todos somos de la familia, después de todo.

—Luca siempre lleva un arma. —Matteo se inclinó hacia Gianna—. No lo tomes como algo personal. No creo haberlo visto nunca sin un arma desde ese día. Es la manía de Luca.

Luca no llevaba un arma de fuego cuando estábamos solos. Llevaba una cuando Romero o Marianna estaban allí, incluso cuando Matteo estaba allí, pero cuando Luca y yo compartimos cama, no había una pistola debajo de la almohada o en cualquier otro lugar. *Eso es probablemente porque puede dominarte con las manos atadas a la espalda.* Aun así parecía un riesgo innecesario.

Luca pasó el resto de la cena tenso y silencioso, pero los argumentos de Matteo y Gianna llenaron el silencio. No estaba segura de quién ganó más peleas.

Cuando terminamos de comer, me levanté para limpiar la mesa. Marianna ya se había ido y no quería dejar los platos sucios esperando para cuando ella regresara mañana. Luca me sorprendió cuando también se levantó y llevó los platos de servir y las demás cosas al lavavajillas. Bostecé, exhausta.

—Vamos a la cama —dijo Luca en voz baja.

Miré a Gianna. Había tanto que quería hablar con ella, pero era tarde y mañana sería otro día.

—No antes de que Matteo se vaya. No voy a dejarlo solo con mi hermana.

Luca asintió con gravedad.

—Tienes razón. No debería estar a solas con él. —Se acercó a Matteo y puso una mano en su hombro antes de inclinarse y decirle algo al oído. La cara de Matteo oscureció de ira, pero se levantó sin problemas, dio a Gianna su sonrisa de tiburón y luego salió del apartamento sin decir nada más.

Gianna vino hacia mí.

—Está obsesionado conmigo.

La preocupación se aferró en mi interior.

—Entonces deja de meterte con él. Le gusta que lo hagas.

—No me importa lo que le gusta.

Luca se inclinó a mi lado contra el mostrador, envolviendo su brazo alrededor de mi cintura para el evidente descontento de Gianna.

—Matteo es un cazador. Ama la persecución. Será mejor que no hagas que quiera perseguirte.

Me preocupaba que ya fuera demasiado tarde para esa advertencia. Gianna puso los ojos en blanco.

—Me puede cazar todo lo que quiera. No llegará hasta mí. —Ella me miró—. No te vas a ir a la cama, ¿verdad?

—Estoy muy cansada —le dije con aire de culpabilidad.

Los hombros de Gianna se desplomaron.

—Sí, yo también. Pero mañana te quiero toda para mí. —Dio una mirada mordaz a Luca antes de partir hacia su habitación. Se detuvo en el umbral de su puerta—. Si escucho gritos, ninguna pistola debajo de la almohada te salvará, Luca. —Con eso, cerró la puerta.

Luca rozó mi oreja con sus labios.

—¿Vas a gritar para mí esta noche? —Lamió mi piel y me estremecí.

—No con mi hermana bajo el mismo techo —dije, incluso cuando un hormigueo se deslizó entre mis piernas, traicionándome.

—Ya lo veremos —gruñó Luca, luego mordió suavemente mi garganta. Gemí, pero rápidamente mordí mi labio para ahogar el sonido. Luca tomó mi mano y me llevó escaleras arriba. Con cada paso que nos acercamos a la habitación, la presión entre mis piernas aumentó. No podía creer lo ansioso que estaba mi cuerpo por su toque, por la liberación que me traía. Era la única vez que me olvidaba de todo acerca de mi vida, la única vez que era libre de las ataduras de nuestro mundo.

175

Luca cerró la puerta detrás de nosotros y esperé que eso no llamara la atención de Gianna. Pero no tuve mucho tiempo para preocuparme porque Luca sacó mi vestido, y entonces me levantó en sus brazos, solo para recostarme en medio de la cama. Luca me dio un beso en contra de mis bragas de encaje, inhalando, antes de besar mi estómago y costillas, luego mis pechos a través de los encajes de mi sujetador.

—Mía —gruñó contra mi piel, haciéndome temblar de excitación. Deslizó sus manos por debajo de mi espalda, desabrochó mi sostén y poco a poco lo sacó. Mis pezones estaban duros—. Amo tus putos pezones. Son tan rosados, pequeños y perfectos.

Apreté las piernas juntas, pero Luca agarró mi ropa interior y la bajó. Pasó un dedo por mis pliegues, sonriendo satisfecho. Su mirada hambrienta volvió a mis pechos e inclinó la cabeza y arrastró su lengua de un pezón al otro. Gemí suavemente. Se tomó su tiempo con mis pechos y cuando se movió lentamente más abajo ya estaba

jadeando. Sus labios encontraron mis pliegues, burlándose suavemente, y luego de repente su lengua se deslizó hacia fuera fuerte y rápido; me tapé la boca con una palma, ahogando los jadeos y gritos.

—No —gruñó Luca. Agarró mis dos muñecas en sus manos y las apretó contra mi estómago, atrapándolas allí.

Mis ojos se abrieron más.

—Gianna escuchará.

Él sonrió y chupó mi clítoris duro y rápido, después, suave y gentil. Lloriqueé y gemí, mi cuerpo temblando por el esfuerzo para mantenerme tranquila.

—Oh, Dios —jadeé cuando Luca deslizó su dedo dolorosamente lento en mi interior, luego moviéndolo dentro y fuera a ritmo con sus movimientos en mi clítoris. Enterré la cara en la almohada. El agarre de Luca en mis muñecas se tensó y el placer rasgó a través de mí. Grité en la almohada, mi espalda arqueada, mis piernas temblorosas.

Luca se trasladó más arriba en mi cuerpo hasta que se inclinó sobre mí, de rodillas entre mis piernas abiertas.

—¿Cuándo vas a dejar que te tome? —susurró con dureza contra mi garganta.

Me volví de piedra. Luca levantó la cabeza, sus ojos encontrando los míos.

—Mierda. ¿Por qué tienes que verte tan jodidamente asustada cuando te hago esa pregunta?

—Lo siento —dije en voz baja—. Solo necesito más tiempo.

Luca asintió, pero había una necesidad profunda en sus ojos que parecía crecer cada día.

Pasé las manos sobre su pecho, sintiendo la funda de su pistola debajo de la camisa. Se echó hacia atrás y yo me incliné hacia delante, comenzando a desabrochar su camisa, dejando al descubierto su torso tonificado y la funda de color negro con la pistola y el cuchillo. Luca se quitó la camisa y yo abrí la funda, ayudándole a salir de ella. Las empujó al suelo. Y las palabras de Matteo volvieron a mí a medida que pasaba las manos por el pecho desnudo de Luca.

Presioné un beso contra el tatuaje de Luca, luego contra las heridas cicatrizando sobre sus costillas. Rocé los pezones de Luca con mis dedos y él gimió en respuesta. Rápidamente salió de sus pantalones. Bajé mis labios a su erección, pero me detuve a unos centímetros de su punta.

—Si no te quedas en silencio, voy a parar.

Los ojos de Luca destellaron. Él puso su mano sobre mi cabeza.

—Tal vez no voy a permitir que pares.

—Tal vez voy a morderte.

Luca se rio entre dientes.

—No te detengas, no voy a hacer ni un sonido. No quiero ofender los oídos virginales de tu hermana.

—¿Y qué hay de mis oídos virginales? —Besé su punta.

—No deberías ser una virgen todavía —dijo Luca en voz baja. Tomé su erección en mi boca para distraerlo. Hizo un sonido profundo en su garganta, luego se calmó mientras me ocupaba de él.

Lo saqué de nuevo antes de que se viniera.

Después de que él mismo se hubo limpiado, me abrazó.

—Lo siento, por lo que te hizo tu primo —dije en la oscuridad.

—Debería haber sabido bien que no podía confiar en nadie. La confianza es un lujo que la gente en mi posición no puede permitirse.

Puedes confiar en mí, quería decir, porque él podía hacerlo. No importa lo mucho que trataba de luchar contra esto, me había enamorado de él.

—La vida sin confianza es solitaria.

—Sí, lo es. —Besó la parte de atrás de mi cuello, luego nos quedamos en silencio.

177



Luca estaba durmiendo cuando desperté, su cuerpo envuelto alrededor del mío, su dureza presionando contra mi espalda baja. Me desenredé y me deslicé en el cuarto de baño. No era tarde aún, pero Gianna era madrugadora y yo no podía esperar a pasar el día con ella. Tomé una larga ducha, sintiéndome más despierta ya. Salí de la ducha y envolví una toalla alrededor de mí, entonces regresé al dormitorio. Luca estaba sentado en el borde de la cama, pero se levantó cuando entré. Su erección sobresalía. Le di una sonrisa burlona mientras él curvaba sus dedos sobre mi cadera.

—¿Duro de nuevo?

Él gruñó.

—Siempre estoy duro por ti. Un día mis bolas van a explotar.

Podía oír movimiento en algún lugar en el apartamento, entonces una maldición. Gianna estaba despierta.

—Debería ir con ella.

—Oh no, no lo harás —dijo Luca con voz áspera. Me besó posesivamente y me paré de puntillas para hacerlo más fácil para él. Un beso no podía lastimar, pero por la forma en que Luca estaba frotándose contra mí sabía que quería más que un beso. Él me dio la vuelta y tiró de mí a ras contra su pecho así su erección presionaba en mi espalda.

Jadeé. Estábamos frente al espejo que llegaba hasta el piso al otro lado de la cama. Luca agarró la toalla y la tiró al suelo, dejándome desnuda. Él besó mi garganta, los ojos puestos en mí a través del espejo. Sus fuertes manos viajaron hasta mis costados y tomó mis pechos. Capturó mis pezones entre su índice y pulgar, y los hizo girar. Mis labios se abrieron y un suave gemido escapó.

178

Podía escuchar a Gianna subiendo las escaleras hacia nuestro piso. Oh Dios.

Luca pellizcó mis pezones, luego tiró de ellos. Cerré los ojos ante la deliciosa sensación que se extendió a través de mí. Salpicó mi garganta y clavícula con besos y lamidas, mientras su mano se deslizaba hacia abajo por el valle entre mis pechos, por encima de mi estómago y entre mis muslos. Gianna se detuvo fuera de nuestra habitación. Luca movió su pulgar sobre mi clítoris y yo mordí mi labio para evitar gemir.

—¿Aria? ¿Estás despierta?

—Tu hermana es una jodida molestia —murmuró Luca en mi oído, luego lamió la piel debajo antes de chuparla. Su dedo índice se deslizó entre mis pliegues, luego entró en mí. Exhalé—. Pero estás tan jodidamente mojada, principessa. —Una nueva ola de humedad se acumuló entre mis piernas—. Sí —gruñó Luca en mi oído. Sus ojos se clavaron en mí en el espejo y no pude apartar la mirada. Su dedo se deslizó dentro y fuera de mí, extendiendo la humedad por todos mis pliegues.

No podía creer que estaba haciéndome observarlo follarme con el dedo. No podía creer lo mucho que esto me excitaba. Sus dedos pellizcaron mi pezón de nuevo, más duro esta vez y pude sentirlo todo hasta mi clítoris. Lloriqué.

—¿Aria? —Gianna golpeó la puerta. Dios, ella no se detendría. Traté de apartarme. Esto estaba mal. No podía hacer esto con mi hermana fuera de la puerta. Luca sonrió, su agarre en mí apretándose. Su segunda mano se movió hacia abajo y frotó mi clítoris mientras la otra seguía deslizándose dentro y fuera de mí. Estaba girando fuera de control. Sus labios se aplastaron contra los míos, tragando mis gemidos a medida que el placer me cubría. Mis piernas se contrajeron y me mecí contra las manos de Luca mientras me venía con fuerza. Luca no dejó de mover sus manos, incluso cuando traté de alejarme. En su lugar, empujó mis hombros hasta que me incliné hacia delante, mis manos levantándose para apoyarme contra el espejo. Mis ojos se abrieron como platos cuando él se arrodilló detrás de mí, palmeando mi trasero y luego abriéndome. Y entonces su lengua estaba allí, deslizándose por mis pliegues. Lamió toda mi longitud. Me tensé cuando su punta se deslizó a lo largo de mi entrada trasera y rápidamente volvió su boca a mi clítoris. Perdí todo sentido de mí misma, incluso cuando escuché el insistente toque de Gianna y sus llamadas ocasionales. Lo único que importaba era la lengua de Luca, mientras me llevaba más y más alto. Esto tenía que estar mal, pero se sentía demasiado bien. Mordí el interior de mi mejilla y a medida que el dolor y el placer se mezclaban, mi segundo orgasmo cayó sobre mí. Mis piernas cedieron y caí de rodillas al lado de Luca, jadeando y resollando, con la esperanza de que Gianna no pudiera oírlo.

179

Miré a Luca, pero él sonrió, había hambre en su rostro. Se puso de pie, y su erección se movió. Vi cómo empezaba a acariciarse frente a mi cara. Sabía lo que quería. Separé mis labios y él deslizó su punta dentro. El sabor salado de su pre-eyaculación extendiéndose en mi lengua. No podía creer que estaba chupando a Luca con Gianna cerca, pero lo erróneo de esto me excitó aún más. ¿Qué estaba mal conmigo? Luca acarició mi mejilla mientras su otra mano agarraba la parte posterior de mi cabeza. Sus ojos nunca me dejaron a medida que se deslizaba lentamente dentro y fuera de mi boca. No estaba segura de por qué me gustaba, pero lo hacía.

—Eres tan hermosa, Aria —murmuró él, empujando un poco más profundo en mi boca. Giré mi lengua alrededor de su punta y exhaló bruscamente, así que lo hice de nuevo.

Los pasos de Gianna retrocedieron por las escaleras pero yo seguí chupando a Luca, lenta y sensualmente. La mano de Luca me guio, una ligera presión contra mi cabeza. Lo chupé más rápido, aumentando la presión de mis labios.

—Agarra mis bolas.

Lo hice. Me encantaba cuán suaves se sentían en mi palma. Luca meció sus caderas más rápido.

—Quiero venirme en tu boca, principessa —dijo ásperamente. No estaba segura si eso era algo que me gustaría, pero a Luca no le importaba saborearme ahí abajo, de modo que debería al menos darle una oportunidad. Asentí y chupé más profundamente. Luca gruñó, sus caderas corcoveando más rápido. Después de unos pocos empujes más, se vino en mi boca. Tragué. Sabía extraño y era más de lo que había pensado que sería, pero no era exactamente malo.

Luca aún acarició mi mejilla mientras se ablandaba en mi boca. Se echó hacia atrás, su pene deslizándose fuera de mis labios. Tragué otra vez. Luca agarró mi brazo y me levantó, su boca aplastando la mía en un beso feroz. No le importó probarse a sí mismo en mis labios.

—Espero que recuerdes esto todo el día.



Luca se fue poco después del desayuno y Gianna inmediatamente me sacó a la terraza del techo, lejos de los oídos atentos de Romero.

180

—¿Qué está pasando? Has estado actuando extraña toda la mañana. ¿Por qué no contestaste cuando te llamé esta mañana? —Aparté la vista, un rubor extendiéndose en mis mejillas. Los ojos de Gianna se abrieron de golpe—. ¿Qué hizo?

—Él me chupó —admití.

—¿Lo dejaste?

Me reí.

—Sí. —Más calor se elevó en mis mejillas ante el sonido de ansiedad en mi voz.

Gianna se inclinó hacia delante.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Gianna se mordió el labio.

—Odio pensar en ti con él, pero realmente parece disfrutar de eso. Supongo que tiene sus ventajas que Luca follara a cada chica de sociedad en Nueva York.

No quería pensar en ello.

—Entonces, ¿cómo se siente?

—Como si estuviera rompiéndome. Es abrumador y sorprendente, y no sé cómo describirlo.

—Pero, ¿no dormiste con él?

Negué con la cabeza.

—Todavía no, pero no creo que Luca quiera esperar mucho más tiempo.

—Que se joda. Puede follarse a sí mismo. —Ella entrecerró los ojos—. ¿Te hizo mamarlo?

—No me hizo hacerlo. Quise hacerlo.

Gianna no parecía muy convencida.

—¿Y? Dime más. Sabes que tengo que vivir a través de ti. Estoy tan jodidamente cansada de estar bajo vigilancia durante todo el día. Quiero un novio. Quiero tener sexo y tener orgasmos.

Resoplé.

—Dudo que padre lo permita.

—No tengo la intención de preguntarle —dijo Gianna con un encogimiento de hombros—. Estoy aquí ahora. Nadie me está impidiendo divertirme, ¿verdad?

Mis ojos se abrieron más.

—Padre me mataría si dejas que ligués con chicos mientras estás aquí.

—Él no tiene que saber, ¿verdad? —Se encogió de hombros—. No es que yo voy a decirle.

Me quedé boquiabierta, luego reí.

—Bueno, a menos que quieras seducir a Romero o a Matteo, tus opciones son un poco limitadas.

—Uff, no. No quiero a ninguno de los dos. Quiero un hombre normal. Un tipo que no sepa quién soy.

—Bueno, no sé cómo podríamos encontrar un hombre para ti.

Gianna sonrió.

—¿Qué tal si vamos a un club?

—Romero no me deja fuera de su vista después de que escapé de él una vez. No hay manera en que podamos escaparnos de él e ir a un club.

Gianna analizó esto. Me preocupaba el plan loco que pudiera ocurrírsele. De hecho, me gustaba la idea de salir por una noche a bailar. Siempre había imaginado cómo sería pasar una noche en la pista de baile y soltarme.

—Romero puede venir con nosotras. Te está vigilando a ti, no a mí. Tal vez puedo escabullirme.

—¿Y entonces qué? ¿Un polvo rápido en una cabina de baño? ¿De verdad quieres experimentar todas tus primeras veces de esa manera?

Gianna me fulminó con la mirada.

—Al menos, los experimentaría en mis propios términos. Sería mi elección. Tú no tienes opción alguna. Luca y padre te las quitaron todas. No entiendo cómo puedes estar tan tranquila al respecto. ¿Cómo no puedes odiar a Luca?

A veces me preguntaba eso.

—Debería odiarlo.

La cara de Gianna se desmoronó.

—Pero no lo haces. Mierda, Aria, ¿realmente te preocupas por él? ¿Lo amas?

—¿Realmente preferirías que lo odie y sea miserable?

—Te trata como una prisionera. En realidad, no crees que Romero está solo para tu protección, ¿cierto? Él te vigila, para que ningún otro hombre consiga nada de ti.

Sabía eso.

—Vamos de compras.

—¿En serio? Eso es tan esposa trofeo de tu parte.

—Cállate —le dije en broma, queriendo aligerar el ambiente—. Vamos de compras por algunos ardientes atuendos para esta noche. Podemos visitar uno de los clubes de Luca.

Gianna sonrió.

—Quiero vestir algo que le dé a los chicos una puta erección con solo mirarme.



Romero había esperado fuera de la tienda mientras íbamos de compras. Probablemente, había comprobado previamente si había una entrada trasera que pudiéramos utilizar para escapar. Aún no le había dicho acerca de nuestro plan para salir a un club. Era mejor si se lo revelaba de golpe al último momento.

Gianna silbó cuando me di la vuelta para que pudiera admirar mi atuendo.

—Santa mierda. Eres sexo andante. O tal vez muerte andante, porque Luca probablemente matará a cada tipo que te mire de la manera equivocada.

Puse los ojos en blanco.

—Luca no matará a nadie por mirar.

—¿Quieres apostar?

No, no lo haría. Nunca había usado nada atractivo en público. Los pantalones de cuero negro se abrazaban a mi cuerpo con tanta fuerza, que parecía una segunda piel. La blusa transparente negra sin mangas que había metido en la cadera, revelaba mi brillante sostén push-up por debajo.

—Tampoco te ves nada mal —le dije.

Gianna saltó de la cama.

—¿Te parece? —Me dedicó una sonrisa seductora. Realmente se veía muy atractiva en su leotardo negro y calientes pantalones de cuero negro.

—Eres una peligrosa menor de edad. —Lo bueno es que no teníamos que preocuparnos de tener que mostrar una identificación. Enlacé nuestros brazos y la saqué de la habitación y bajamos la escalera. Romero estaba sentado en el sofá, limpiando su cuchillo. Sus ojos se alzaron y se detuvo por completo. Su mirada vagó por nuestros cuerpos. Nunca antes me había mirado abiertamente.

—¿Nos estás comprobando? —No pude dejar de burlarme de él. Era siempre tan controlado. Esta pequeña llama de humanidad era un alivio.

Se puso de pie bruscamente, envainando el cuchillo en su funda. Sus ojos se centraron de nuevo firmemente en mi cara.

—¿Qué está pasando? —Había un atisbo de tensión en su voz.

Me acerqué a él y en realidad se tensó como si pensara que saltaría sobre él. Eso casi me hizo reír.

—Gianna y yo queremos ir a Marquee. —Ese era uno de los clubes más populares de la ciudad.

Romero negó con la cabeza.

—Ese pertenece a la Bratva.

—Oh, entonces, ¿cuál es el club más caliente que pertenece a la familia?

Romero no dijo nada al principio. Metió la mano en el bolsillo y sacó su teléfono, probablemente para llamar a Luca. Algo se rompió dentro de mí entonces. No podía creer que él tuviera que pedirle permiso a Luca. Le di una mirada a Gianna y señalé a Romero que había empezado a escribir. Se acercó a él y le pellizcó el trasero. Él saltó y yo aproveché el momento para arrebatarse su teléfono. Él dio un paso amenazador hacia mí, con los ojos llameantes de furia, luego se congeló.

—Aria —dijo—. Devuélvemelo.

Deslicé el teléfono en mi cintura. Los pantalones eran lo suficientemente apretados como para no haber riesgo de que se deslice hacia abajo.

Gianna se alejó de Romero, sonriendo.

—Por qué no metes la mano en los pantalones de Aria y lo consigues. Voy a tomar una foto y enviársela a Luca.

Los ojos de Romero se detuvieron en la forma de su teléfono en mis pantalones, pero sabía que él no trataría de conseguirlo.

—Esto no es divertido.

—No, no lo es, tienes razón —dije bruscamente—. Soy una adulta. Si te digo que me lleves a un club, no quiero que le pidas permiso a mi marido. No soy una niña, ni soy su propiedad.

—Eres de Luca —dijo Romero con calma.

Me acerqué a él, tan cerca que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás.

—Gianna y yo vamos a un club. Así que a menos que quieras mantenerme a punta de pistola, nos llevarás allí o nos dejarás en paz.

La mandíbula de Romero se tensó. La mirada en sus ojos me hizo comprender por qué era mi guardaespaldas. Por primera vez recordaba que Romero era un asesino.

—Te llevaré. Pero irán a Sphere. Es de Luca.

—¿Es bueno? —preguntó Gianna.

—Es más caliente que el maldito Marquee. —Romero estaba realmente molesto.

—Entonces, llévanos allí.

Se puso la chaqueta y nos llevó al ascensor.

—A Luca no le va a gustar —dijo.



Gianna y yo nos sentamos en la parte trasera mientras Romero conducía el auto a través del tráfico. Saqué el teléfono y comprobé lo que Romero había estado escribiendo.

A quiere ir a un club. ¿Tiene permiso?

Él había conseguido enviarlo antes de que yo se lo arrebatara, pero la respuesta de Luca había llegado después.

No.

Mi sangre hirvió. Gianna resopló.

—No puedo creer su puta osadía.

Romero nos miró a través del espejo retrovisor.

—¿Luca respondió?

—Sí —respondí—. Dijo que debes estar cerca en todo momento.

Romero se creyó mi mentira y realmente se relajó. Gianna parpadeó. Luca se pondría como una furia, pero en realidad no podía importarme menos. Romero estacionó el auto en un callejón lateral y nos llevó alrededor de la edificación. Una línea larga de personas esperaban frente a la entrada, pero Romero los pasó de largo.

—Oye, estúpido de mierda, hay una fila —gritó un chico. Romero se detuvo, una fría furia reemplazó su calma usual.

—Adelántense —nos dijo Romero a nosotras antes de girarse hacia el chico. Gianna apretó mi mano y me jaló hacia los dos guardias del frente. Eran tan altos y musculosos como Luca.

—No pareces lo suficientemente mayor para entrar a un club —dijo el hombre de piel oscura.

—¿Es un problema? —preguntó Gianna con una sonrisa coqueta.

Los ojos del hombre se movieron a algo detrás de mí.

—Romero —dijo con un indicio de confusión.

—Pertenece al jefe, Jorge. Es Aria Vitiello y su hermana Gianna Scuderi de la Organización de Chicago.

Ambos hombres me miraron, luego dieron un paso atrás respetuosamente.

—No sabíamos que iba a venir esta noche. El jefe no dijo nada —dijo Jorge.

Romero hizo una mueca, pero no dijo nada. En su lugar nos guió a Gianna y a mí al interior, más allá del guardarropa teñido de luz azulada y el área del bar. Detrás, las puertas se abrían hacia una oscura pista de baile. Luces azules y blancas destellaban y ritmos de hip hop llegaron hacia nosotros. Gianna tiró de mi mano, esperando que fuéramos en esa dirección.

—Deberíamos ir primero con Luca —dijo Romero.

—¿Está aquí? —pregunté sorprendida.

Romero asintió.

—El club tiene muchos cuartos traseros y un sótano donde manejamos algunos negocios.

—¿Por qué no vas a decirle que estoy aquí mientras Gianna y yo vamos a la pista?

Romero me dio una mirada.

—De ninguna jodida manera.

—Entonces es tu problema. Gianna y yo vamos a bailar. —Romero agarró mi muñeca. Me tensé—. Déjame ir ahora mismo —susurré y lo hizo, su pecho se agitó. Gianna y yo caminamos dentro del club. Los ritmos vibraban bajo nuestros pies como si el piso hubiera cobrado vida. El club estaba lleno de cuerpos sudorosos. Romero nos siguió a mi hermana y a mí mientras nosotras nos retorcíamos a través de la multitud de bailarines hacia otra área del bar.

—Dos Gin Tonics —dije. El camarero frunció el ceño brevemente antes de ver a Romero, luego preparó nuestras bebidas y nos las dio. Romero se inclinó sobre la barra y dijo algo al hombre, quien asintió y se alejó de la barra. Sabía lo que

significaba. Tomé un profundo trago de mi bebida, luego dejé el vaso en la barra y fui hacia la pista de baile.

Dejé que la música reclamara mi cuerpo y comencé a retorcerme al compás. Gianna rio salvajemente, echando su cabeza hacia atrás. Parecía más feliz de lo que la había visto en un largo tiempo. Movía sus caderas y su trasero, sacudiendo y girando su cuerpo al ritmo. Me paré más cerca y copié sus movimientos. Nuestros ojos cerrados a medida que perdíamos completamente el sentido de todo lo que nos rodeaba, mientras dejábamos que el sonido nos aleje de quiénes éramos. No estaba segura de dónde estaba Romero y no me importaba. Esto se sentía como la libertad.

Los hombres estaban viéndonos. No reaccioné a sus miradas hambrientas. No sería justo alentarlos. Gianna no compartía mi moderación. Sonreía y coqueteaba, batiendo sus pestañas y pasando las manos por su cabello. Unos pocos hombres comenzaron a bailar alrededor de nosotras. Gianna se presionó a uno de ellos, con las manos en su pecho. Otro hombre elevó sus cejas hacia mí, pero sacudí la cabeza. Abrió su boca, luego la cerró y se retractó.

No necesité mirar atrás. Solo seguí bailando. Sabía quién estaba detrás de mí, lo sabía por las miradas de respeto de los hombres alrededor de mí, por las miradas de admiración de las mujeres. Giré mis caderas, empujando mi trasero, levantando mis manos. Unas firmes manos se asentaron en mis caderas. Por un segundo temí que pertenecieran a algún suicida idiota, pero eran unas manos fuertes que conocía. Me arqueé, presionando mi trasero contra una entrepierna. Sonreí. Estaba retorciéndome contra un cuerpo musculoso y la respiración caliente de Luca rozó mi oreja.

—¿Para quién estás bailando?

Incliné mi cabeza para mirar sus flameantes ojos grises.

—Para ti. Solo para ti.

La expresión de Luca era hambrienta, pero todavía había un indicio de enojo, también.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Bailando.

Estrechó sus ojos.

—Le dije a Romero que no.

—No soy tu posesión, Luca. No me trates como si lo fuera.

Sus dedos en mi cintura se apretaron.

—Eres mía, Aria, protejo lo que es mío.

—No me importa ser protegida, pero me importa estar presa. —Me di la vuelta en los brazos de Luca, vislumbrando a Gianna en un odioso argumento con Matteo—. Baila conmigo —grité.

Y Luca lo hizo. Sabía por fotos en internet que a menudo había estado en clubes en el pasado y era bastante obvio cómo movía su cuerpo. Un hombre tan alto y musculoso como él no debería ser capaz de moverse tan suavemente. Sus ojos nunca dejaron los míos, sus manos posesivamente en mi cintura. Luca agachó su cabeza hacia mí para susurrar en mi oído.

—Te ves jodidamente caliente, Aria. Cada hombre en este club te desea y por eso, quiero matarlos a todos.

—Soy solo tuya —dije ferozmente, y Dios me ayude porque era la verdad, no solo por el anillo en mi dedo que me marcaba como suya. Los labios de Luca chocaron contra los míos, feroces, demandantes y posesivos, y me abrí a él, dejando que me reclame frente a todos.

—Estoy tan jodidamente duro —gruñó Luca contra mis labios y pude sentir su erección contra mi estómago—. Mierda. Tengo una reunión con uno de nuestros distribuidores en cinco minutos.

No pregunté qué estaban distribuyendo. No quería saber.

—Está bien —dije—. Regresa cuando tengas tiempo. Voy a tomar una bebida.

—Ve al área VIP.

Sacudí la cabeza.

—Quiero pretender que soy una chica ordinaria esta noche.

—Nadie que te mire pensará que eres ordinaria. —Sus ojos viajaron por la longitud de mi cuerpo y me estremecí. Luego dio un paso atrás, con obvio pesar en su cara—. Cesare y Romero te estarán vigilando. —Estaba a punto de asentir cuando reconocí una cara familiar en el área VIP mirándome. Grace.

Mi respiración se detuvo. Estaba sentada en el regazo de otro hombre y no estaba aquí por Luca, pero la mirada en sus ojos lo decía todo. No había terminado con él. Luca siguió mi mirada y maldijo.

—No está aquí por mí.

—Sí, claro que lo está.

—No puedo sacarla. Viene aquí todas las veces de fiesta. Ni siquiera la he visto desde esa noche. Usualmente me quedo en la parte trasera.

Asentí, un bulto formándose en mi garganta. Luca tomó mi barbilla entre su pulgar y su índice, forzándome a mirarlo a los ojos.

—Solo eres tú, Aria. —Miró a su reloj, luego se alejó—. Realmente necesito irme ahora. Estaré de regreso tan pronto como pueda. —Se dio la vuelta y se fue dando zancadas a través de la multitud que se abrió ante él. Matteo lo siguió y Gianna se paró detrás de mí.

—Ese idiota.

—¿Quién? —dije distraídamente. Grace había desaparecido del área VIP.

—Matteo. El tipo tuvo el nervio de pedirme que no baile con otros hombres. ¿Quién se cree que es? Mi dueño. Qué se joda. —Se detuvo—. ¿Estás bien?

—Sí —susurré—. Vamos a la barra. —Romero y Cesare caminaron a un paso detrás de nosotras pero me giré hacia ellos, sintiéndome al borde—. ¿Pueden vigilarnos de lejos? Me están volviendo loca. —Sin una palabra más se separaron y tomaron posiciones en las esquinas del club. Solté una respiración y me senté en un banco en la barra.

189

Ordené dos nuevos Gin Tonics y tomé un profundo sorbo del frío líquido, tratando de relajarme. Gianna sacudía su pierna.

—Puedes ir a bailar —le dije, pero sacudió la cabeza y balanceó su cabeza con la música.

—En unos minutos. Te ves pálida.

—Estoy bien —dije, mis ojos registraban el club en señal de Grace, pero parecía haber desaparecido en el aire. Había demasiadas personas en la pista de baile para encontrarla, de todos modos.

—De verdad necesito ir al baño —dijo Gianna después de un rato. Su Gin Tonic estaba casi terminado.

—Necesito sentarme durante unos minutos más.

Gianna me miró preocupada pero después se escabulló y Cesare la siguió a una distancia prudente.

Apoyé la cabeza en mi palma, respirando hondo. Un brazo chocó levemente contra el mío, alarmándome. Retrocedí cuando un hombre con cabello largo y rubio se apoyó a mi lado contra la barra. Estiró el brazo hacia mí para agarrar una pajita. Su

chaqueta rozó mis pechos y me incliné aún más hacia atrás, y aparté la vista, incómoda con la mirada que me estaba dando.

—¿Cómo te llamas? —gritó.

Intenté ignorarlo. Algo en él estaba seriamente poniéndome de los nervios. Tomé un sorbo de mi bebida e intenté parecer que estaba ocupada buscando a alguien. El hombre continuó mirándome de forma lasciva con una fea sonrisa en su cara sin afeitar.

—¿Estás esperando a alguien?

Me di la vuelta, intentando de verdad ignorarlo y no hacer de esto algo importante. Si comenzaba a perder los nervios, Romero vendría y haría una escena. Quizás ya estaba de camino. Mi visión comenzó a nublarse y mi estómago dio una sacudida. Tomé otro sorbo de mi bebida pero no ayudó. Me deslicé del taburete pero mis piernas estaban temblando y me sentía mareada. Me agarré a la barra detrás de mí. Y de repente la boca del hombre estaba en mi oreja, con su aliento a cigarrillo rancio en mi cara.

—Voy a follar tu culo apretado. Te haré gritar, zorra.

Su agarre en mi brazo fue demoledor cuando intentó arrastrarme lejos de la barra. Mis ojos encontraron a Romero quien se estaba dirigiendo hacia mí, con la mano bajo su chaqueta donde estaban su arma y cuchillo. Impaciente debido a nuestro lento progreso, mi agresor envolvió un brazo a mi alrededor, como un novio enamorado preparado para ayudar a su novia borracha a salir del club.

—Te follaré como un animal. Te follaré como un maldito salvaje, perra — rugió en mi oreja.

Lo miré fijamente, sentía mis extremidades pesadas, mi boca como si estuviera llena de algodón. Había oído esas mismas palabras no hacía mucho.

Forcé mis labios a sonreír.

—Eres hombre muerto.

La confusión atravesó la cara del hombre un segundo antes de que se contorsionara en agonía. Me soltó y mis piernas me traicionaron, pero Cesare me agarró, su brazo reemplazando el del hombre. Mis ojos corrieron a toda velocidad buscando a Gianna. Merodeaba detrás de Cesare, con su cara lánguida de preocupación. Romero estaba cerca detrás de mi agresor, su cuchillo enterrado en el muslo del hombre.

—Vas a seguirnos. Si intentas correr, morirás.

—Agarra su bebida —le dijo Cesare a Gianna—. Pero no bebas.

Cesare medio me cargó hacia la parte trasera del club y un tramo de escaleras abajo. Abrió la puerta con el hombro y entramos dentro de una especie de oficina.

—¿Qué está pasando?

—Probablemente drogas —dijo Romero, dándole al hombre que agarraba una buena sacudida.

—Traeré a Luca —dijo Matteo con una sonrisa perversa. Atravesó otra puerta y un momento después Luca entró a toda prisa en la habitación, tan alto e impactante como de costumbre. Colgaba en el agarre de Cesare, mi cara medio presionada contra su pecho. Luca frunció el ceño, y entonces comenzó a ir de un lado para otro entre mi agresor y yo.

—¿Qué pasó? —rugió.

De repente estaba frente a mí, alzándose en sus brazos. Mi cabeza cayó contra su torso al mirar hacia él. Me llevó al sofá. Gianna se arrodilló a mi lado, sujetando mi mano.

—¿Qué le ha pasado? —gritó.

—Drogas —dijo Romero otra vez—. Este jodido enfermo estaba intentando arrastrarla fuera.

Luca se acercó a mi agresor.

—¿Pusiste drogas en la bebida de mi mujer, Rick?

¿Luca conocía a ese hombre? Un destello de confusión cruzó por mi mente nublada.

—¡Esposa! No sabía que era tuya. No lo sabía. ¡Lo juro! —El labio inferior del hombre estaba temblando.

Luca apartó la mano de Romero y envolvió sus dedos alrededor del mango del cuchillo aún enterrado en la pierna de Rick. Lo giró y el hombre gritó. Romero lo retuvo erguido por los brazos.

—¿Qué planeabas hacer con ella una vez que la sacaras?

—¡Nada! —gritó el hombre.

—¿Nada? Así que si mis hombres no te hubieran detenido, ¿tú simplemente la habrías dejado en el hospital? —La voz de Luca era placentera, calmada, su rostro desprovisto de emoción.

El agarre de Gianna era doloroso. Tragué y aclaré mi garganta.

—Voy a follar tu culo apretado —susurré.

Luca giró la cabeza y entonces, estuvo a mi lado, su cara tan cerca de la mía que podría haberlo besado. Quizás eran las drogas pero absurdamente en ese momento, quería besarlo de verdad, quería arrancarle su camisa, quería...

—¿Qué has dicho, Aria?

—Voy a follar tu culo apretado. Te haré gritar, zorra. Te follaré como un maldito salvaje, perra. Eso fue lo que me dijo.

Luca me miró fijamente a los ojos, un músculo trabajando en su mandíbula. Antes que pudiera moverse, Gianna se había puesto de pie de un salto y voló hacia Rick. Golpeó su cara y pateó su ingle, y luchó ferozmente contra el agarre de Matteo cuando este la arrastró lejos de Rick.

—¡Vas a morir! —gritó.

Luca se enderezó y ella dejó de moverse.

—Suéltame —siseó.

—¿Prometes comportarte? —preguntó Matteo con una sonrisa entretenida.

Asintió, con su mirada fija en Rick. Matteo dejó caer sus brazos y ella arregló su ropa.

—Te harán sangrar —dijo fríamente—. Y espero que violen ese culo feo tuyo con ese palo de escoba que está ahí.

—Gianna —dije con voz ronca. Ella se volvió hacia mí y se hundió al borde del sofá, tomando mi mano una vez más.

Matteo no apartó la mirada de ella.

—Le haré pagar, Gianna.

—No —dijo Luca firmemente. Rick pareció a punto de estallar de alivio—. Es mi responsabilidad.

Matteo y Luca intercambiaron una larga mirada, entonces Matteo asintió.

Luca acercó su cara a la de Rick.

—¿Querías follarte a mi esposa? ¿Querías hacerla gritar? —Su voz atravesó mi creciente mareo y envió un escalofrío por mi espalda. Estaba encantada de que no

fuera dirigida hacia mí. Había estado asustada de Luca antes, pero nunca había sonado nada parecido a esto.

Rick sacudió la cabeza frenéticamente.

—No, por favor.

Luca envolvió su mano alrededor del cuello de Rick y lo levantó hasta que se sostuvo sobre las puntas de los dedos de sus pies y su cabeza comenzó a tornarse roja. Luego, lo lanzó lejos y Rick chocó contra el muro y se desplomó en el suelo.

—Espero que tengas hambre —gruñó Luca—, porque voy a hacerte comer tu polla.

—Lleva a las chicas al auto, Romero —ordenó Matteo mientras Luca desenfundaba su cuchillo. Romero me tomó en sus brazos y salió por la puerta de atrás, con Gianna justo detrás de nosotros. El mareo recubrió mi cerebro y presioné mi cara contra la chaqueta de Romero. Se puso tenso.

Gianna resopló.

—¿Crees que Luca también cortará tu pito porque ella se apoyó en ti mientras estaba mal?

—Luca es mi jefe y Aria es suya.

Gianna murmuró algo por lo bajo pero no pude entender sus palabras.

—Ábreme la puerta —dijo Romero y a continuación estaba tendida en el frío cuero. Gianna levantó mi cabeza y la puso en su regazo. Sus dedos desenredaban mi cabello y posó su frente contra la mía.

—Ese tipo recibirá lo que merece. —Cerré los ojos. Había condenado a muerte a un hombre con mis palabras. Mi primer asesinato—. Tu guardaespaldas ni siquiera se atreve a esperar en un auto con nosotras. Luca es una bestia.

—Romero, sigue vigilando —susurré.

—Claro.

Debo haberme quedado dormida porque de repente la puerta se abrió de un tirón y Luca habló.

—¿Cómo está?

—Mierda —dijo Gianna, con voz estridente—. Estás cubierto en sangre.

Abrí los ojos, pero tenía problemas enfocando.

—Solo mi camisa —dijo Luca, la molestia clara en su voz. Hubo susurros.

—Eres un sin vergüenza —dijo Gianna.

—Me voy a quitar la camisa, no mis malditos pantalones. ¿Alguna vez cierras la boca?

—Tome, jefe.

Borrosamente vi a Luca poniéndose una nueva camisa.

—Quema eso, y encárgate de todo, Romero. Yo manejaré.

Una mano rozó mi mejilla y el rostro de Luca flotó sobre mí. Luego se marchó, cerró la puerta y se deslizó detrás del asiento del conductor. El auto comenzó a moverse y mi estómago se revolvió.

Gianna se inclinó hacia adelante, su cabeza entre los asientos.

—Eres bastante sexy, ¿lo sabías? Si no estuvieras casado con mi hermana y no fueras tan cabrón, podría considerar darte una oportunidad.

—Gianna —gruñí. Cuando ella estaba asustada, nerviosa o enojada, nunca paraba de hablar y cuanto más hablaba más ofensiva se ponía. Y alrededor de Luca estaba constantemente enojada.

—¿Qué? ¿Un gato se comió tu lengua? He oído que usualmente saltas a todo lo que no tiene un pene —dijo Gianna.

Luca aún no había dicho nada. Me hubiera gustado ver su cara para ver qué tan cerca de explotar estaba. Había matado a un hombre no hacía mucho tiempo; Gianna realmente debería callarse.

Gianna se echó hacia atrás, pero sabía que no había terminado aún. No se rendiría hasta que consiguiera molestarlo un poco. Entró en el garaje subterráneo del edificio de apartamentos.

—Aquí estamos —susurró Gianna en mi oído. Deseé que le hablara así de razonable a Luca como lo hacía conmigo.

La puerta del auto se abrió y Luca me levantó en sus brazos. Me llevó hacia el ascensor privado y entró en él. Las luces halógenas brillantes lastimaron mis ojos, pero los mantuve abiertos para observar a Luca y a Gianna en el espejo. Ella se inclinó a su lado y su expresión no era un buen augurio.

—¿Has tenido un trío?

Luca no movió ni un músculo. Estaba mirándome pero mantuve mi atención en el espejo, intentando enviar a Gianna un mensaje en silencio, de que cierre la boca.

—¿Cuántas mujeres has violado antes de mi hermana?

La cabeza de Luca se disparó hacia arriba, sus ojos ardiendo mientras miraba a Gianna. Presioné la palma de mi mano suavemente contra su pecho y bajó la mirada hacia mí. La tensión continuó.

—¿No puedes hacer algo más con tu boca que ladrar?

Gianna se enderezó.

—¿Como qué? ¿Darte una mamada?

Luca rio.

—Chica, nunca has visto ni siquiera una polla. Solo mantén tu boca cerrada.

—Gianna —grazné en señal de advertencia.

Por fin llegamos al último piso y Luca salió a nuestro penthouse. Se dirigió a las escaleras hacia nuestro dormitorio cuando Gianna le bloqueó el paso.

—¿A dónde la estás llevando?

—A la cama —dijo Luca, intentando esquivar a mi hermana pero ella siguió sus movimientos.

—Está drogada con Roofies. Ésta es probablemente la oportunidad que has estado esperando. No voy a dejarla sola contigo.

Luca se quedó muy quieto como un lobo a punto de atacar.

—Voy a decirlo una sola vez y es mejor que obedezcas. Sal de mi camino y ve a la cama.

—¿O qué?

—Gianna, por favor —supliqué.

Buscó mi cara, y entonces, asintió una vez y rápidamente besó mi mejilla.

—Mejorate.

Luca pasó a su lado, llevándome por las escaleras y luego dentro del dormitorio principal. Las náuseas que habían sido una presión distante en mi estómago se convirtieron en una punzada insistente.

—Voy a vomitar.

Luca me llevó al baño y me sostuvo sobre el sanitario mientras vomitaba.

—Lo siento —dije cuando terminé.

—¿Por qué? —Me ayudó a ponerme de pie, aunque lo único que me mantenía en posición vertical era su agarre de acero sobre mi cintura.

—Por vomitar.

Luca negó con la cabeza y me dio una toalla húmeda. Mis manos temblaron a medida que me limpiaba la cara con ella.

—Es bueno que sacaras algo de esa mierda de tu sistema. Putas drogas, es la única manera para que feos como Rick metan sus pollas en un coño.

Me llevó de vuelta a la habitación hacia la cama.

—¿Puedes desnudarte?

—Sí. —Para el momento en que me soltó, caí hacia atrás y aterricé en el colchón. La risa burbujeó de mis labios, y entonces una nueva ola de mareos me golpeó y gemí. Se inclinó sobre mí, su cara ligeramente borrosa.

—Voy a sacarte tu ropa, huele a humo y vómito. —No estaba segura por qué estaba diciéndolo. No era como si no me hubiera visto desnuda antes. Agarró el dobladillo de mi blusa y la pasó sobre mi cabeza. Lo observé mientras bajaba la cremallera de mis pantalones de cuero y los deslizó bajo mis piernas, sus nudillos rozando mi piel, dejando la piel de gallina a su paso. Desenganchó mi brillante sostén y lo tiró al suelo antes de enderezarse y mirarme fijamente. Se giró bruscamente y desapareció de mi vista. Puntos de colores bailaron dentro y fuera de mi visión y estaba a punto de otro ataque de risa cuando Luca regresó y me ayudó a entrar en una de sus camisas. Él estaba solamente en calzoncillos. Deslizó los brazos bajo mis rodillas y omóplatos y me movió hacia arriba hasta que mi cabeza se apoyó en la almohada, luego se metió en la cama junto a mí.

—Eres impresionante, ¿sabes? —balbuceé.

Luca escaneó mi rostro, después presionó una palma sobre mi frente. Me reí tontamente y extendí la mano esperando tocar su tatuaje, pero calculé mal la distancia y rocé mis dedos a través de su abdomen y luego más abajo. Siseó y arrancó mi mano, alejándola, y la presionó contra mi estómago.

—Aria, estás drogada. Intenta dormir.

—Tal vez no quiero dormir. —Me moví en su agarre.

—Sí quieres.

Bostecé.

—¿Vas a sostenerme?

Luca no dijo nada pero apagó las luces y envolvió sus brazos a mi alrededor desde atrás.

—Es mejor que te recuestes de lado en caso de que te sientas enferma de nuevo.

—¿Lo mataste?

Hubo una pausa.

—Sí.

—Ahora hay sangre en mis manos.

—Tú no lo mataste.

—Pero tú lo mataste por *mí*.

—Soy un asesino, Aria. Eso no tiene nada que ver contigo. —Tenía todo que ver conmigo pero estaba demasiado cansada para discutir.

Escuché su respiración durante algunos instantes.

197

—Sabes, a veces me gustaría poder odiarte, pero no puedo. Creo que te amo. Nunca pensé que pudiera. Y a veces me pregunto cómo sería si me hicieras el amor.

Luca apretó sus labios contra mi cuello.

—Duerme.

—Pero no me amas —murmuré—. No quieres hacerme el amor. Quieres follar conmigo porque te pertenezco. —Su brazo se apretó a mi alrededor—. A veces me gustaría que me hubieras tomado en nuestra noche de bodas, entonces por lo menos ya no desearía algo que nunca será. Me quieres follar como follaste a Grace, como un animal. Por eso es que me dijo que vas a follarme salvajemente, ¿cierto?

Mi lengua se sentía pesada y mis párpados se pegaban entre sí. Estaba hablando sin sentido, soltando palabras que no debería decir.

—¿Cuándo te dijo eso? ¿Aria, cuándo?

La voz aguda de Luca no pudo extraerme de la niebla cubriendo mis pensamientos y la oscuridad me reclamó.

Trece

Traducido por Beatrix85, LizC y Peticompeti
Corregido por Ana Ancalimë

Una ola de malestar me despertó. Tropecé hacia el baño y vomité otra vez, de rodillas sobre el suelo de mármol frío, demasiado agotada para levantarme. Me estremecí. Luca se acercó a mí y tiró de la cadena antes de apartarme el cabello de la frente.

—No luzco tan sexy, ¿verdad? —Me reí con voz ronca.

—Esto no debería haber sucedido. Debería haberte mantenido a salvo.

—Lo hiciste. —Agarré el asiento del inodoro y me tambaleé hasta levantarme. Las manos de Luca me agarraron de la cintura.

—Tal vez un baño te ayudará.

198

—Creo que me ahogaría si me tumbo en la bañera ahora mismo.

Luca abrió el grifo de la bañera mientras todavía me sostenía con una mano. El cielo se volvía gris sobre Nueva York.

—Podemos tomar un baño juntos.

Intenté una sonrisa burlona.

—Solo quieres agarrar y tocar.

—No voy a tocarte mientras estás drogada.

—¿Un Capo con moral?

La cara de Luca lucía seria.

—Aún no soy un Capo. Y tengo moral. No mucha, pero un poco.

—Solo estoy bromeando —susurré a medida que apoyaba la frente contra su pecho desnudo. Me frotó la espalda y el movimiento envió un dulce hormigueo hasta mi núcleo. Retrocedí y cuidadosamente me acerqué al lavabo para cepillarme los dientes y lavarme la cara.

Luca cerró el grifo cuando la bañera estaba casi llena. Entonces me ayudó a salir de mi ropa interior y se quitó sus calzoncillos antes de levantarme hacia la bañera. Zambullí la cara bajo el agua por un momento, esperando que se despeje la niebla que quedaba en mi cabeza. Luca se deslizó detrás de mí y me atrajo hacia su pecho. Su erección se presionaba contra mi muslo. Me giré, de modo que estaba frente a Luca y su longitud se deslizó entre mis piernas, rozando mi entrada. Me puse rígida. Luca solo tendría que empujar sus caderas hacia arriba para entrar en mí. Él gimió, apretó los dientes, y entonces estiró su mano entre nosotros y apartó su erección de manera que descansara sobre el muslo de nuevo; luego tiró de mí hacía su torso.

—Algunos hombres se habrían aprovechado de la situación —murmuré.

Luca apretó la mandíbula.

—Soy esa clase de hombre, Aria. No te engañes creyendo que soy un buen hombre. No soy ni noble ni un caballero. Soy un bastardo cruel.

—No conmigo. —Apoyé la nariz contra el hueco de su cuello, respirando su familiar olor a almizcle.

Luca besó la parte superior de mi cabeza.

—Es mejor si me odias. Hay menos posibilidades que te lastimes de esa manera.

¿Qué es lo que dije anoche cuando estaba drogada? ¿Le dije que me había enamorado de él? No podía recordar.

—Pero no te odio.

Luca besó mi cabeza una vez más. Me hubiera gustado que dijera algo. Me hubiera gustado que dijera que él...

—Mencionaste algo que Grace te dijo. —Su voz era casual, pero la tensión se apoderaba de su cuerpo—. Algo sobre follarte salvajemente.

—Oh, sí. Dijo que me harías daño, follarme como un animal, follarme como un maldito salvaje, cuando me habló durante la recepción de nuestra boda. Me asustó mucho. —Entonces fruncí el ceño—. Creo que ese tipo de anoche dijo lo mismo.

—Antes de que lo matara, dijo que una de las mujeres que le compró la droga le dijo que eras una mujerzuela que necesitaba que le dieran una lección. Le dio dinero en efectivo.

Levanté la cabeza.

—¿Crees que fue Grace?

Los ojos de Luca lucían como un cielo tormentoso.

—Estoy seguro que fue ella. La descripción encaja y quién más tendría interés en atacarte.

—¿Qué vas a hacer?

—No puedo matarla, incluso si quiero cortar su puta garganta, causaría demasiados problemas con su padre y hermano. Sin embargo, voy a tener que hablar con ellos. Decirles que necesitan ponerle una puta correa o no habrá más dinero de nuestra parte.

—¿Qué pasa si se niegan?

—No lo harán. Grace ha jodido las cosas durante mucho tiempo. Probablemente la enviarán lejos a Europa o Asia para rehabilitación o alguna mierda como esa.

Le di un beso pero la tensión no dejó el cuerpo de Luca.

—No puedo dejar de pensar en lo que habría ocurrido si Romero y Cesare no hubieran estado allí, si ese hijo de puta te hubiera sacado del club. El pensamiento de sus sucias manos sobre ti me da ganas de matarlo de nuevo. La idea de que podría haber... —Negó con la cabeza.

Sabía que no era porque Luca tuviera sentimientos por mí. Era posesivo. No podía soportar la idea de que alguien más pudiera haber puesto sus manos sobre mí, que alguien pudiera haber tomado lo que Luca consideraba suyo. La resignación me llenó.

—Cuando Gianna se marche en unos pocos días, puedes tenerme —susurré contra su garganta. Las manos de Luca se detuvieron en mi espalda. No me preguntó si estaba segura. No lo esperaba tampoco. Luca lo había dicho: no era un buen hombre.



Gianna y yo habíamos pasado los últimos días probando diferentes cafeterías y restaurantes, hablando, riendo y comprando, pero hoy Gianna tenía que volver a Chicago. Mis brazos alrededor de ella la apretaban mientras estábamos de pie en el pasillo de embarques del John F. Kennedy. Gianna tenía que pasar por seguridad pronto, pero no quería dejarla ir. No solo porque la echaría de menos terriblemente, sino también porque estaba ansiosa por mi promesa a Luca.

Me preparé y me aparté de Gianna.

—Visítame de nuevo pronto, ¿de acuerdo?

Ella asintió, con los labios apretados.

—Llámame todos los días, no te olvides.

—No lo haré —le prometí. Ella retrocedió lentamente, luego se volvió y se dirigió a la línea de seguridad.

Esperé hasta que entró y desapareció de mi vista.

Luca se quedó unos pasos detrás de mí. Corrí hacia él y presioné mi cara contra él. Me acarició la espalda.

—Pensé que podríamos ir a cenar y luego tener una noche relajante. —Sonaba hambriento y emocionado, pero no por la comida.

—Sueno bien —dije con una pequeña sonrisa. Algo se removió en la cara de Luca, pero luego desapareció de inmediato.

201

No había comido mucho; mi estómago ya estaba agitado. No quería correr ningún riesgo. Luca fingió no darse cuenta. Comió lo que yo no. Cuando entramos de nuevo en nuestro penthouse, me dirigí hacia el mueble del bar, en busca de un poco de coraje líquido, pero Luca agarró mi muñeca y me atrajo hacia él.

—No lo hagas.

Me levantó en sus brazos y me llevó escaleras arriba a nuestra habitación. Cuando me puso en el borde de la cama, mis ojos encontraron su entrepierna. Ya estaba duro. Los nervios se retorcieron en mi interior. Me quería. No me negaría a él, no esta noche.

Luca se subió a la cama y me tumbé, con las palmas de mis manos contra la manta. Sus labios encontraron los míos, su lengua adentrándose, así me relajé bajo su hábil boca. Esto era bueno, familiar y reconfortante. Los músculos de mis piernas se aflojaron. Luca apartó su boca de la mía y me chupó el pezón a través de la tela de mi vestido. Acuné su cabeza, dejando que sus caricias experimentadas se llevaran mi miedo. Había una urgencia en sus besos y toques que nunca antes había sentido.

Tiró de mi vestido y lo deslizó por mi cuerpo, dejándome en solo mi ropa interior. Se tomó un momento para admirar mi cuerpo antes de moverse hacia abajo y enterrar su cara entre mis piernas, deslizando la lengua entre los pliegues sobre mi ropa interior. Con un gruñido, las agarró y arrancó, y luego las tiró. Su boca era caliente y exigente, pero con demasiada rapidez se detuvo y metió un dedo en mí. Luego se levantó bruscamente y se quitó la camisa antes de quitarse las fundas y los pantalones. Su cuerpo estaba tenso y la erección más dura de lo que había visto. El hambre cruda en su rostro envió una punzada de miedo a través de mí.

—Eres mía.

Y entonces Luca se inclinó sobre mí, sus rodillas separando mis piernas y su punta tocando mi entrada. Mis músculos se paralizaron y clavé las uñas en sus hombros, cerrando los ojos. Esto iba demasiado rápido. Él parecía apenas controlado. Pegué la cara en el hueco de su cuello, tratando de dejar que su olor me calme.

Luca no se movió, su erección todavía solo tocando ligeramente mi entrada.

—Aria —dijo en voz baja—. Mírame. —Lo hice. Su mirada era hambre mezclada con algo más gentil. Intenté concentrarme en la parte más suave. Durante mucho tiempo, nos miramos el uno al otro. Él cerró los ojos y descendió de modo que su cuerpo estaba al ras del mío—. Soy un idiota —dijo con voz áspera. Me besó en la mejilla y la sien.

La confusión me invadió.

—¿Por qué? —Dios, ¿esa voz pequeña era mía? Luca era mi marido y sonaba como si estuviera aterrada.

Estaba aterrada, pero debería haberlo ocultado mejor.

—Estás asustada y se me ocurre perder el control de esta manera. Debería saberlo mejor. Debería prepararte adecuadamente y en su lugar casi empujo mi polla en ti.

No sabía qué decir. Me moví y la erección de Luca se frotó sobre mi entrada, haciéndome jadear. Luca soltó una respiración áspera, cerrando los ojos con fuerza. Cuando los abrió de nuevo, el hambre estaba contenida. Se deslizó hacia abajo hasta que su cabeza se cernió sobre mis pechos y sus abdominales se presionaron contra mis pliegues. Exhalé ante la fricción y los músculos de Luca se flexionaron. Podía decir que aún estaba al borde.

—Eres mi esposa —dijo con ferocidad, como para recordárselo a sí mismo. Luego sus dedos se cerraron alrededor de mis pezones y tiró de ellos. Gemí,

sacudiendo mi pelvis, haciendo que mi núcleo roce contra los abdominales de Luca una vez más.

—Deja de retorcerte —ordenó Luca, casi suplicante. Él tiró de nuevo, y esta vez me obligué a quedarme quieta, pero un gemido escapó de mis labios. La expresión de Luca era de absoluta concentración y restricción a medida que tiraba y retorció, giraba y frotaba. Arqueé la espalda, prácticamente empujando mis pechos en su rostro y con mucho gusto aceptó mi invitación y chupó el pezón en su boca. Cerré los ojos mientras chupaba uno de mis pechos así como sus dedos pellizcaban el otro. Se movió y sus dedos se deslizaron delicadamente sobre mis costillas, mis caderas, mis costados antes de que su lengua siguiera el mismo camino. Mordió la piel sobre los huesos de mi cadera, y luego acarició el lugar con su lengua. Todo mi cuerpo estaba en llamas, desesperado por la liberación.

Sus dedos comenzaron a masajear mis muslos, separándolos aún más a medida que avanzaba más abajo. Besó mi montículo, y entonces la cara interna de mi muslo antes de morderlo suavemente. Jadeé y balanceé las caderas. Él deslizó su mano por debajo de mi trasero y me alzó unos cuantos centímetros, luego besó mis pliegues. Gemí ante el suave toque. Me besó de nuevo, moviendo los labios contra mis pliegues, y entonces se echó hacia atrás. Mis ojos abriéndose por completo. Me observó, y luego besó mi apertura y pude sentir la humedad vertiéndose de mí. Los pulgares de Luca abrieron mis labios para él y pasó su lengua sobre mi humedad.

203

Me estremecí y sentí otra oleada. Luca lamió suavemente, sin tocar ni una sola vez mi clítoris. Chupó mis pliegues, los lamió, rodeó la lengua alrededor de mi entrada, pero nunca me tocó donde necesitaba su toque.

—Luca, por favor. —Sacudí las caderas una vez más.

Luca empujó mi clítoris con su lengua y yo grité.

—¿Quieres esto?

—Sí.

—Pronto —gruñó y deslizó un dedo en mi interior, follándome con él lentamente mientras su lengua se deslizaba alrededor de mi apertura, recubriéndome con su saliva. Su lengua se movió hacia arriba, finalmente rodeando mi clítoris. Me relajé con un gemido. Luca se llevó entonces mi clítoris a su boca y succionó, trayéndome más y más cerca del borde.

—Dime cuando te corras —dijo Luca contra mi carne húmeda.

Movió su dedo más rápido y presionó su lengua contra mi clítoris con más fuerza.

—Me voy a co...

Luca sacó su dedo y entonces entró de nuevo con dos dedos. Di un grito ahogado ante el malestar, pero mi orgasmo rasgó a través de mí, el dolor mezclándose con el placer a medida que mi cuerpo trataba de acostumbrarse a la plenitud. Luca besó la cara interna de mi muslo, luego gimió.

—Estás tan jodidamente apretada, Aria. Tus músculos están exprimiendo mis dedos ferozmente.

Mi pulso estaba desacelerando, y eché un vistazo a Luca. Me estaba observando, con dos dedos enterrados en mi interior. Los deslizó un par de centímetros y di un respingo, pero lentamente encontró un ritmo mientras se deslizaba dentro y fuera.

—Relájate —murmuró Luca, y lo intenté—. Tengo que dilatarte, principessa. —Luca trazó su lengua por mis pliegues y clítoris otra vez. Tarareé de placer. El malestar en mi núcleo disminuyendo con cada golpe de la lengua de Luca y pude sentir cómo me acercaba a otra liberación. Luca también debió haberlo sentido. Sacó sus dedos y se alzó hasta que quedar apoyado sobre mí. Se alineó a sí mismo, abrió mis piernas y movió mis caderas hasta que encontró el ángulo que quería, entonces su punta rozó mi entrada. Y solo así me congelé de nuevo. Tenía ganas de llorar de frustración. ¿Por qué mi cuerpo no cooperaba conmigo?

Luca besó mi barbilla, luego mis labios.

—Aria. —Mis ojos finalmente encontraron los suyos. Su expresión reflejaba una especie de lucha interna. Envolví mis brazos alrededor de él, mis palmas descansando en su espalda flexionada. La resolución reclamó su expresión.

Empujó sus caderas y la presión aumentó. Me puse aún más tensa y Luca dejó escapar una respiración áspera.

—Relájate —dijo a medida que acunaba mi mejilla y besaba mis labios—. Ni siquiera estoy dentro todavía. —Su mano acarició mi costado hasta llegar al muslo. Él lo tomó y me abrió un poco más. Luego se empujó lentamente. Apreté mi agarre sobre él, presionando mis labios. Dolió. Dios, dolía como el demonio. Jamás encajaría. Lloriqué cuando la sensación de desgarro fue demasiado y me tensé aún más. Luca detuvo su movimiento, con la mandíbula apretada. Llevó una de sus manos hacia arriba y tomó mi pecho, frotando y retorciendo mi pezón.

—Eres tan hermosa —murmuró en mi oído—. Tan perfecta, principessa. — Sus palabras y sus toques en mi seno me hicieron relajarme un poco, así que empujó un poco más lejos. Me tensé nuevamente. Y Luca me besó en la boca—. Ya casi. —

Deslizó su mano por mi cuerpo, sus dedos rozando suavemente mi vientre hasta que acarició mis pliegues. Frotó mi clítoris lentamente y exhalé. A través del dolor y el malestar podía sentir pequeñas descargas de placer. Luca se tomó su tiempo burlando mi clítoris y besándome. Sus labios eran calientes y suaves, y su dedo enviaba sensaciones de hormigueo por todo mi cuerpo. Poco a poco, mis músculos se aflojaron alrededor de su pene.

Balanceando sus caderas hacia delante, empujó hasta el fondo y me quedé sin aliento, mi espalda arqueándose en la cama. Apreté los ojos con fuerza, respirando por la nariz para conseguir superar el dolor. Me sentía demasiado llena, como si fuera a rasgarme. Enterré mi cara contra la garganta de Luca, y empecé a contar, tratando de distraerme.

“*Se vuelve mejor*”, eso es lo que dijeron las mujeres en mi despedida de soltera, ¿pero cuándo?

Luca se movió, lentamente y solo un centímetro, pero dolía demasiado.

—Por favor, no te muevas —jadeé, y entonces apreté los labios de vergüenza. Otras mujeres habían pasado por esto y se habían acostado y sufrido a través de todo. ¿Por qué no iba yo a hacerlo? El cuerpo de Luca se puso tenso como una cuerda estirada. Tocó mi mejilla a medida que se retiraba, obligándome a mirarlo.

205

—¿Te duele tanto? —Su voz era pura moderación, sus ojos oscuros con una emoción que no podía ubicar.

Contrólate, Aria.

—No, no mucho. —Mi voz quedó atrapada en la última palabra, porque Luca se había girado—. Está bien, Luca. Solo muévete. No voy a enojarme contigo. No tienes que contenerme por mí. Solo acaba de una vez.

—¿Crees que quiero usarte de esa forma? Puedo ver lo jodidamente doloroso que es. He hecho muchas cosas horribles en mi vida, pero no voy a añadir eso a mi lista.

—¿Por qué? Haces daño a la gente todo el tiempo. Solo porque estamos casados no tienes que fingir que te importan mis sentimientos.

Sus ojos brillaron.

—¿Qué te hace pensar que tengo que fingir?

Mis labios se separaron. No me atreví a tener esperanza, no me atreví a leer demasiado en sus palabras, pero Dios, quería hacerlo.

—Dime qué hacer —dijo con dureza.

—¿Puedes abrazarme un tiempo? Pero no te muevas.

—No lo haré —prometió, y entonces me besó en los labios. Él apretó los dientes mientras bajaba por completo. Estábamos tan cerca, ni siquiera una hoja de papel habría encajado entre nosotros. Luca envolvió un brazo bajo mis hombros y me apretó contra su pecho, luego nos besamos, nuestros labios deslizándose uno sobre el otro, nuestras lenguas enredándose, suaves y tentadoras. Luca acarició mi costado y mis costillas antes de deslizar una mano furtivamente entre nosotros y dibujar pequeños círculos en mi pezón. Poco a poco mi cuerpo se relajó bajo su suave caricia y el sabor de su boca en la mía. El dolor entre mis piernas se tornó en un dolor sordo y mi núcleo se aflojó en torno a Luca, mi cuerpo acostumbrándose a su tamaño. Luca no pareció darse cuenta o prefirió ignorarlo, en lugar de eso siguió besándome. Su uña arañó suavemente mi pezón y una descarga de placer se disparó entre mis piernas. Me eché hacia atrás, mis labios hinchados y calientes de nuestros besos.

Los ojos de Luca estaban entrecerrados.

—¿Aún puedes...? —pregunté.

Se movió y pude sentir lo duro que estaba. No se había suavizado en absoluto. Mis ojos se abrieron con sorpresa.

206

—Te dije que no soy un buen hombre. Aunque sé que estás sufriendo, todavía tengo una erección porque estoy dentro de ti.

—Porque me deseas.

—Nunca he deseado nada más en mi vida —admitió Luca.

—¿Podemos ir despacio?

—Por supuesto, principessa. —Manteniéndome cerca todavía, se retiró unos centímetros mirando mi rostro. La mirada de preocupación en su rostro deshizo un nudo en mi pecho.

Exhalé. Todavía dolía pero no tanto como antes y tras el dolor había un toque de algo mejor. Luca se movió con cuidado dentro de mí y encontró un lento y suave ritmo. Me impregné en la sensación del cuerpo fuerte de Luca presionado contra mí, las afiladas líneas en su rostro. Sus ojos nunca dejaron el mío. No parecía importarle el ritmo lento. La tensión en sus hombros y cuello era el único signo de cuán difícil estaba siendo esto para él. Cambió el ángulo y una chispa de placer me atravesó. Jadeé. Luca se detuvo.

—¿Te he hecho daño?

—No, me ha gustado —dije con una sonrisa temblorosa.

Luca sonrió y repitió el movimiento, enviando otro hormigueo a través de mí. Bajó sus labios a los míos. No estaba segura de cuánto tiempo mantendría el ritmo lento, pero estaba sintiéndome dolorida y sabía que no iba a correrme. Ni siquiera estaba cerca, a pesar de los destellos ocasionales de placer. Un dolor leve los cubría demasiado. No sabía cómo decir lo que necesitaba decir. Debió ver algo en mi rostro porque dijo:

—¿Estás bien?

Mordí mi labio.

—¿Cuánto queda hasta que tú...?

—No mucho, si voy un poco más deprisa. —Escaneó mi rostro y asentí. Se sostuvo a sí mismo con sus codos y empujó más rápido y un poco más duro, y presionó los labios y enterré la cabeza en su hombro, agarrándome a su espalda. El dolor había vuelto, pero quería que Luca se corriera.

—¿Aria? —dijo Luca con voz áspera.

—Sigue. Por favor. Quiero que te corras.

207

Gruñó y siguió empujando. Sus jadeos iban más rápido. Se empujó más profundamente que antes y mordí su hombro para evitar sollozar de dolor. Luca se tensó con un gruñido, después se estremeció y pude sentirle expandirse aún más en mí, llenándome hasta que estuve segura que me desharía. Paró de moverse, sus labios contra mi garganta. Pude sentirle ablandándose en mí y casi suspiré con alivio. Me sostuve de Luca, disfrutando de la sensación de su rápido latido y del sonido de su pesada respiración.

Luca salió y se tumbó junto a mí, llevándome a sus brazos. Me apartó el cabello de mi rostro sudoroso con una caricia. Sentí algo hormigueándome por dentro y me cambie de posición incómoda.

—Te traeré una toallita. —Luca salió de la cama y se dirigió hacia el cuarto de baño. Me sentí fría sin él. Estiré las piernas e hice una mueca por el dolor. Me senté y mis ojos se ampliaron. Había sangre embadurnando mis muslos y la cama, mezclada con el semen de Luca. Luca se arrodilló en la cama a mi lado. Debió de lavarse a sí mismo porque no había nada de sangre en él.

—Hay mucha más sangre que en la escena falsa que creaste durante nuestra noche de bodas. —Mi voz temblaba.

Luca separó mis piernas cuidadosamente y presionó la toallita cálida y húmeda contra mí. Aguante la respiración. Luca besó mi rodilla.

—Eres mucho más ceñida de lo que pensaba —dijo en voz baja.

Retiró la toallita y me sonrojé, pero la arrojó al suelo sin volverla a mirar antes de presionar sus manos contra mi abdomen.

—¿Qué tan malo es?

Volví a poner mi cabeza en la almohada.

—No tan mal. ¿Cómo puedo quejarme cuando tú estás cubierto de cicatrices de cuchillos y heridas de bala?

—No estamos hablando de mí. Quiero saber cómo te sientes, Aria. En una escala del uno al diez, ¿cuánto te duele?

—¿Ahora? ¿Cinco?

Luca se tensó. Se tumbó a mi lado, enrollando un brazo a mi alrededor y escaneando mi rostro.

—¿Y durante?

208

Evité sus ojos.

—Si diez es para el peor dolor que nunca haya sentido, entonces ocho.

—La verdad.

—Diez —susurré.

Luca tenso su mandíbula.

—La próxima vez será mejor.

—No creo que pueda pronto otra vez.

—No me refería ahora —dijo firmemente, besando mi sien—. Estarás dolorida por un tiempo.

—En una escala del uno al diez, ¿cómo de duro fuiste? La verdad —imité sus palabras.

—Dos.

—¿Dos? —Debí parecer bastante horrorizada porque Luca frotó mi estómago suavemente.

—Tenemos tiempo, seré tan amable como necesites.

—No puedo creer que Luca, El Tenazas, Vitiello haya dicho “amable” —dije coquetamente para suavizar su humor.

Luca sonrió con suficiencia. Acunó mi rostro y se inclinó hacia mí.

—Será nuestro secreto.

Las emociones se atestaron en mi pecho.

—Gracias por ser amable. Nunca pensé que lo serías.

Luca rio, un sonido franco.

—Créeme, nadie está más sorprendido que yo de esto.

Rodé hasta mi lado, retorciéndome de dolor y acomodándome contra el hombro de Luca.

—¿Nunca has sido amable con nadie?

—No —dijo amargamente—. Nuestro padre nos enseñó a Matteo y a mí que cualquier tipo de amabilidad era una debilidad. Y nunca hubo espacio en mi vida para ello.

209

Aún si las palabras querían quedarse atascadas en mi garganta, dije:

—¿Qué pasa con las chicas con las que estuviste?

—Eran el medio para un fin. Quería follar, así que buscaba una chica y me la follaba. Era duro y rápido, definitivamente no amable. Mayormente me las follaba desde atrás así no tenía que mirarlas a los ojos y pretender que me importaban una mierda. —Sonaba frío y cruel.

Besé su tatuaje, queriendo disipar de nuevo esa parte de él. Sus brazos a mi alrededor se estrecharon.

—La única persona que podría haberme enseñado cómo ser amable era mi madre. —Sostuve la respiración. ¿Me diría ahora algo sobre ella?—. Pero se mató cuando tenía nueve años.

—Lo siento. —Quise preguntar qué pasó pero no quería presionarle y hacer que se retire detrás de su fría máscara. En lugar de eso, acuné sus mejillas. Parecía sorprendido por el gesto pero no me aparté. Lamí mi labio, intentando suprimir mi curiosidad.

—¿Todavía te duele? —preguntó de repente. Por un momento, no supe de qué hablaba. Acaricié con su mano mi abdomen.

—Sí, pero hablar ayuda.

—¿Cómo te ayuda?

—Me distrae. —Reuní coraje—. ¿Puedes decirme más cosas sobre tu madre?

—Mi padre le pegaba. La violaba. Yo era joven pero entendía lo que pasaba. No pudo soportar a mi padre mucho más, así que decidió cortarse las venas y meterse una sobredosis.

—No debió dejarlos a ti y a Matteo solos.

—Yo la encontré.

Me levanté de un salto y le miré fijamente.

—¿Tú encontraste a tu madre después de que se cortara las venas?

—En realidad, ese fue el primer cadáver que vi. Por supuesto, no fue el último. —Se encogió de hombros como si no tuviera importancia—. El suelo estaba cubierto de su sangre, me resbalé y caí. Mi ropa se empapó en su sangre. —Su voz era calmada, indiferente—. Salí del cuarto de baño corriendo, gritando y llorando. Mi padre me encontró y me abofeteó. Me dijo que fuera un hombre y me lavara. Lo hice. No he vuelto a llorar otra vez.

—Eso es horrible. Debiste estar aterrizado. Solo eras un niño.

Se quedó en silencio.

—Me hizo duro. Llegado el momento, cada niño tiene que perder su inocencia. La mafia no es lugar para los débiles.

Sabía eso. Había visto cómo padre había intentado entrenar a Fabiano en los últimos años y siempre me rompía el corazón cuando mi hermano pequeño tenía que actuar como un hombre en lugar del niño pequeño que era.

—Las emociones no son una debilidad.

—Sí, lo son. Los enemigos siempre apuntan a aquello que pueda hacerte más daño.

—¿Y a dónde tendría que apuntar la Bratva si quisieran hacerte daño?

Luca apagó las luces.

—Nunca lo sabrán.

Esa no era la respuesta que esperaba pero estaba demasiado cansada para reflexionar sobre ello. En lugar de eso, cerré los ojos y dejé que el sueño me reclame.

Catorce

*Traducido por Cook15 y Rihano
Corregido por Ana Ancalimë*

Ir al baño ardía como el infierno y caminar no era exactamente cómodo tampoco. Hice una mueca de dolor cuando regresaba a la habitación en donde Luca estaba acostado con su cabeza apoyada sobre su brazo. Me observaba.

—¿Adolorida?

Asentí, sonrojándome.

—Sí. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes?

Me recosté a su lado.

—Pensé que tal vez querrías hacerlo de nuevo, pero no creo que yo pueda hacerlo.

Luca deslizó la punta de sus dedos sobre mis costillas.

—Lo sé. No esperaba que estuvieras lista tan pronto. —Acarició mi estómago, después lo hizo un poco más abajo—. Podría lamerte si estás dispuesta a ello.

Mi centro se contrajo y realmente quise decir que sí.

—No creo que sea buena idea.

Luca asintió y volvió a acomodarse contra las almohadas. El cobertor se enredaba alrededor de sus caderas, revelando su musculoso torso y las cicatrices que ahí había.

Me acerqué, poniéndome sobre él. Tracé sus cicatrices, preguntándome qué clase de historias se escondían detrás de cada una de ellas. Quería saberlas todas, quería comprender a Luca cicatriz por cicatriz, como un rompecabezas. ¿Dónde había obtenido la cicatriz larga en su hombro y la herida de bala bajo sus costillas? Luca estaba haciendo su propia exploración con sus ojos, vagando sobre mis pechos y cara. Pasó un dedo por mis pezones.

—Tus pechos son jodidamente perfectos. —Su toque era más posesivo que sexual, pero podía sentirlo hasta en medio de mis piernas, de cualquier forma.

Tratando de distraerme, me detuve con las yemas de los dedos en una cicatriz casi borrada en sus abdominales.

—¿Cuándo obtuviste esta cicatriz?

—Tenía once años. —Mis ojos se ensancharon. Estaba bastante segura de saber hacia dónde iba la historia—. La familia no estaba tan unida como lo está ahora. Algunos hombres pensaron que podían arrebatarse el poder matando a mi padre y sus hijos. Era medianoche cuando escuché gritos y balazos. Antes de poder salir de la cama, un hombre entró en la habitación apuntando su pistola hacia mí. Sabía que moriría mientras miraba el cañón. No estaba tan asustado como pensé que lo estaría. Él me hubiera matado, si Matteo no hubiera brincado desde atrás cuando jaló el gatillo. La bala golpeó mucho más abajo de lo que se suponía e hirió mi parte central. Dolió jodidamente. Estaba gritando y probablemente me habría desmayado si el hombre no se hubiera dado la vuelta para matar a Matteo. Yo tenía una pistola escondida en un cajón de mi mesa de noche, la saqué y metí una bala en la cabeza del hombre antes de que pudiera matar a Matteo.

—Fue tu primer asesinato, ¿cierto? —murmuré.

213

Los ojos de Luca, que habían estado perdidos en otro tiempo, se enfocaron sobre mí.

—Sí. El primero de muchos.

—¿Cuándo volviste a matar?

—Esa misma noche. —Sonríó sin humor—. Después de ese primer hombre, le dije a Matteo que se escondiera en mi armario. Protestó pero era más grande y lo encerré. Para entonces había perdido mucha sangre pero tenía mucha adrenalina y podía seguir oyendo los balazos en la parte de abajo, así que me dirigí hacia el ruido con mi pistola en alto. Mi padre estaba en un duelo con dos atacantes. Bajé las escaleras pero nadie me prestó atención, así que le disparé a uno de ellos por la espalda. Mi padre se encargó del otro con un disparo en el hombro.

—¿Por qué no lo mató?

—Quería interrogarlo para saber si aún había otros traidores en la familia.

—¿Entonces qué hizo con el tipo mientras te llevaba al hospital?

Luca me dirigió una mirada irónica. Jadeé.

—No me digas que no te llevó.

—Llamó al Doc de la familia, me dijo que presionara la herida y comenzó a torturar al tipo para obtener información.

No podía creer que un padre dejara a su hijo sufrir dolor y arriesgara su vida, para poder obtener información.

—Podrías haber muerto. Algunas cosas deben de atenderse en el hospital. ¿Cómo pudo hacer eso?

—La familia es lo primero. Nunca llevamos a los heridos a un hospital. Hacen muchas preguntas y la policía se ve involucrada, además, significa admitir debilidad. Y mi padre tenía que asegurarse que el traidor hablara antes de tener oportunidad de suicidarse.

—¿Entonces estás de acuerdo con lo que hizo? ¿Habrías visto a alguien que amas sangrar hasta morir para así poder proteger a la familia y tu poder?

—Mi padre no me ama. Matteo y yo somos su garantía para el poder y una manera de mantener el nombre de la familia. El amor no tiene nada que ver con eso.

—Odio esta vida. Odio a la mafia. Algunas veces desearía que hubiera alguna manera de escapar.

214

La cara de Luca se quedó inmóvil.

—¿De mí?

—No —dije sorprendiéndome—. De este mundo. ¿Nunca has querido llevar una vida normal?

—No. Esto es quien soy, quien nací para ser, Aria. Es la única vida que conozco, es la única vida que quiero. Para mí el conformarme con una vida normal sería como ser un águila en una pequeña jaula del zoológico. —Se detuvo—. Tu casamiento conmigo te encadena a la mafia. Sangre y muerte serán tu vida mientras yo viva.

—Entonces que así sea. Iré a donde tú vayas, sin importar lo oscuro que sea el camino.

Por un momento Luca contuvo la respiración, después agarró la parte trasera de mi cabeza y me besó ferozmente.



Había pensado que Luca querría dormir pronto conmigo después de nuestra primera vez, pero no me presionó. Aún cuando traté de ocultarlo, podía darse cuenta que seguía adolorida unos días después. Me dio placer con la lengua algunas veces, sin penetrarme nunca con su dedo, y yo lo hice venirse con mi boca para corresponder.

No estaba segura si estaba esperando mi aprobación, pero cuando regresó a casa una semana después de haber tomado mi virginidad, viéndose exhausto y enojado, quise hacerlo sentir mejor. Después de bañarse, se tambaleó hasta la cama usando solo sus calzoncillos, sus ojos llenos de oscuridad.

—¿Mal día? —susurré mientras se acostaba en la cama a mi lado. Se recostó sobre su espalda y miró hacia el techo con la mirada vacía.

—¿Luca?

—Perdí a tres de mis hombres hoy.

—¿Qué pasó?

—La Bratva atacó uno de nuestros almacenes. —Sus labios se estrecharon, su pecho jadeando—. Haremos que ellos paguen. Nuestra respuesta los hará sangrar.

—¿Qué puedo hacer? —dije suavemente, mientras mi mano acariciaba su pecho.

—Te necesito.

—De acuerdo. —Deslicé el camisón sobre mi cabeza y me quité las bragas. Me hincé a un lado de Luca. Él se deshizo de sus calzoncillos y su erección se liberó. Aferrándose a mis caderas, me puso sobre su estómago. Los nervios me revolvían el estómago. Había esperado que para mi segunda vez Luca volviera a estar arriba. La idea de descender sobre su pene después de lo mucho que me había dolido la última vez me aterrorizaba, pero si Luca me necesitaba, entonces podía hacerlo.

Grité de sorpresa cuando Luca agarró mi trasero y me izó hacia su cara, de ese modo me estaba cerniendo sobre su boca. Me presionó hacia abajo y grité de placer, mis manos levantándose para presionarse contra la cabecera. Esto era más intenso que cualquier cosa que Luca me hubiera hecho.

Su lengua se deslizó en mí profundamente y masajé mi culo con dedos firmes. Miré hacia abajo a los ojos de Luca a medida que cerraba su boca sobre mi clítoris. Sacudí mis caderas, presionándome contra su boca. Él gruñó. La vibración envió placer a través de mí y comencé a rotar mis caderas, montando la cara de Luca. Cerré los ojos, dejé que mi cabeza cayera hacia atrás mientras Luca me follaba con su lengua una vez más, gimiendo todo el tiempo. Y entonces me rompí en pedazos, meciéndome

contra la boca de Luca y gritando su nombre. En algún lugar profundo dentro de mí quería estar avergonzada, pero estaba demasiado excitada.

Cuando mi orgasmo se calmó, traté de apartarme de los labios de Luca, pero él me sostuvo rápido, sus ojos quemándome mientras me lamía con movimientos lentos. Era demasiado, pero él era implacable. Con caricias suaves y golpecitos de su lengua poco a poco construyó mi placer de nuevo. Mis jadeos llegaron más rápido y dejé de escapar, en cambio, permití que Luca moviera mis caderas de ida y vuelta mientras lamía. Estaba a segundos de mi segundo orgasmo. Sin previo aviso, se retiró y en un movimiento fluido me volteó sobre mi espalda y se arrodilló entre mis piernas, su erección presionada contra mi entrada.

Me tensé, pero Luca no entró. Incluyó la cabeza para poder succionar mi pezón en su boca y frotó la punta de su erección de ida y vuelta sobre mi clítoris. Maullé inútilmente ante la sensación. Había estado tan cerca de venirme antes y podía sentirme llegando allí de nuevo. Luego él sumergió solo la punta en mi apertura. Di un grito ahogado ante el breve dolor, pero él se retiró rápidamente y deslizó su resbaladiza punta sobre mi clítoris de nuevo. Hizo esto una y otra vez hasta que estaba jadeando y tan mojada que podía oírlo, entonces soltó mi pezón con un ruido de succión y acercó su cara a la mía. Su punta se deslizó en mi apertura, pero esta vez no se retiró.

216

Lentamente se deslizó dentro de mí hasta el fondo, sin apartar sus ojos de mí. Mordí mi labio para ahogar un sonido. No fue tan doloroso como la última vez, pero todavía era incómodo. Me sentía demasiado estirada, demasiado llena. Luca tomó la parte posterior de mi cabeza y comenzó a moverse. Mi respiración se enganchó a pesar del ritmo lento pero Luca no vaciló. Se deslizó dentro y fuera a un ritmo dolorosamente lento y suave, hasta que mi respiración se detuvo atrapada en mi garganta. Él aceleró pero arañé sus brazos y volvió a desacelerar. Bajó su boca a mi oído, su voz baja y ronca cuando habló.

—Me encanta tu sabor, principessa. Me encanta cómo montaste mi maldita boca. Me encanta mi lengua en ti. Me encanta tu coño y tus tetas, y me encanta que eres toda mía. —Luca mantuvo su empuje constante mientras susurraba en mi oído. Y me olvidé del dolor sordo, y gemí. Nada era más atractivo que Luca hablándome sucio con su profunda voz de barítono.

Luca siguió hablando y a través de la incomodidad pude sentir un orgasmo construyéndose. Luca coló su mano entre nosotros y encontró mi clítoris, frotando frenéticamente a medida que empujaba dentro de mí. Aceleró un poco, y me quejé de ambos, dolor y placer. Sin embargo, Luca no desaceleró. Él estaba jadeando, su piel resbaladiza por el sudor mientras luchaba por controlarse. Pude ver en su rostro cómo

su agarre se desvanecía, pero no perdió el control. Gemí mientras se deslizaba mucho más profundo en mí. El placer irradiaba a través de mi cuerpo.

—Córrete para mí, Aria —dijo con voz áspera, aumentando la presión sobre mi clítoris. Otro pico de placer mezclado con dolor golpeó a través de mí y me corrí, jadeando y gimiendo mientras mi orgasmo sacudía mi cuerpo. Luca gruñó y empujó con más fuerza. Me aferré a él, los dedos clavándose en sus hombros a medida que él se acercaba a su propio clímax. Con un gemido gutural, Luca se tensó por encima de mí y pude sentirlo liberarse en mi interior. Gemí ante lo llena y estirada que me sentía. Luca se mantuvo empujando hasta que pude sentirlo ablandarse. Salió pero se quedó encima de mí, su peso apoyado en sus antebrazos—. ¿Fui demasiado rudo? —preguntó con voz ronca.

—No, estuvo bien. —No me atreví a preguntar cuánto más duro podía ir.

Besó la comisura de mi boca, luego mi labio inferior hasta que hundió su lengua en mí para un delicioso beso. Nos besamos durante mucho tiempo, nuestros cuerpos resbalosos presionados uno contra el otro. No estaba segura de cuánto tiempo estuvimos así, besándonos, pero con el tiempo pude sentir a Luca poniéndose duro de nuevo.

Mis ojos se abrieron con sorpresa.

—¿Tan pronto? Pensé que los hombres necesitaban tiempo para descansar.

Luca se rio, un sonido profundo y atractivo.

—No con tu cuerpo desnudo debajo de mí. —Amasó mi trasero—. ¿Cuán adolorida estás?

Demasiado adolorida, pero por la forma en que frotaba su erección ligeramente contra mis pliegues, no podía decirlo.

—No demasiado adolorida.

Luca me dio una mirada que dejó en claro que reconocía la mentira, pero rodó sobre su espalda, llevándome con él. Monté a horcajadas sus abdominales. Debe haber visto lo nerviosa que estaba porque acarició suavemente mis costados.

—Tómate tu tiempo. Tienes el control.

Balanceó sus caderas, frotando su longitud sobre mis nalgas.

—Te quiero en control —admití.

Los ojos de Luca se oscurecieron.

—No le digas algo así a un hombre como yo. —Pero agarró mis caderas y me colocó por encima de su erección. Desde este punto de vista se veía aún más grande. Frotó su punta en pequeños círculos sobre mi clítoris mientras su otra mano se arrastraba hacia mi pecho y lo tomaba. Se alineó a sí mismo con mi apertura antes de agarrar mis caderas y lentamente guiarme hacia abajo. Cuando estaba casi en el fondo, me detuve, recuperando el aliento. Coloqué mis palmas contra su pecho a medida que trataba de acostumbrarme a la nueva posición. Se sentía más grande y mis músculos se apretaron con fuerza alrededor de su erección. Luca apretó los dientes. Pasó sus manos hacia arriba por mi torso y tomó mis pechos otra vez, retorciendo mis pezones entre sus dedos. Gemí e hice pequeños movimientos de balanceo con mis caderas. Luca presionó su pulgar contra mi clítoris y lo frotó, entonces, mientras gemía, me empujó hasta el final, hasta la base de su erección.

Grité de sorpresa más que de dolor y me congelé, exhalando lentamente para superar la sensación de plenitud absoluta.

—Aria —dijo Luca con voz áspera. Me encontré con su mirada. Un indicio de incertidumbre brillaba en sus ojos.

Forcé en mis labios una sonrisa.

—Dame un momento.

Él asintió, sus manos descansando ligeramente en mi cintura mientras me observaba. Solté otra respiración, y luego moví mis caderas experimentalmente. Había una punzada dolorosa pero también había placer.

—¿Me ayudas? —susurré, mirándolo fijamente a través de mis pestañas.

Sujetó mi cintura, sus dedos extendiéndose a través de mi trasero y guiándome en un ritmo lento de balanceo y rotación. Era estimulante sentir la fuerza de su cuerpo debajo de mis manos, sentir sus músculos pectorales flexionarse bajo mis dedos, pero incluso mejor, era la mirada en sus ojos mientras me veía encima de él. El hambre y la admiración mezcladas con otra emoción que no me atrevía a adivinar se desplegaron en sus ojos. El pecho de Luca se sentía sólido bajo mis palmas, su respiración volviéndose más rápida mientras empezaba a empujar hacia arriba, conduciéndose dentro de mí más duro y más rápido. Su pulgar se movía de ida y vuelta sobre mi clítoris a medida que se conducía dentro de mí sin cesar. Grité. Luca agarró mis caderas en un apretón fuerte y empujó más rápido. Lancé mi cabeza hacia atrás, montando a través de mi orgasmo mientras sentía a Luca tensarse debajo de mí y liberarse con un gemido bajo.

Me estremecí sin poder evitarlo encima de él cuando bajé de mi clímax. Me dejé caer hacia delante sobre el pecho de Luca y presioné mis labios en los suyos. Su

corazón latía con fuerza contra mis pechos. Colgó sus brazos alrededor de mi espalda y me apretó con fuerza contra él.

—No voy a perderte —gruñó, sorprendiéndome.

—No lo harás.

—La Bratva se está acercando. ¿Cómo puedo protegerte?

¿Por qué la Bratva tendría algún interés en mí?

—Encontrarás una manera.

Quince

*Traducido por LizC
Corregido por Ana Ancalimë*

Un par de semanas había pasado y el sexo se había vuelto mejor cada vez que lo hacíamos. Tenía la sensación de que Luca seguía refrenándose un poco, pero no me importaba. A veces me preguntaba si tal vez él necesitaba hacer el amor suavemente tanto como yo, después de todo el estrés que pasaba con la Bratva.

¿Hacer el amor? Sin importar lo mucho que tratara de ignorar mis sentimientos, sabía que amaba a Luca. Tal vez era natural enamorarse de la persona con la que estabas casado, la persona con la que compartías intimidad. No estaba segura de por qué me había enamorado de Luca, a pesar de mis mejores intenciones antes de nuestro matrimonio de no dejarlo entrar en mi corazón, solo sabía que lo había hecho. Sabía lo que los hombres como Luca pensaban del amor. No le había contado de mis sentimientos, a pesar de que un par de veces las palabras habían estado en la punta de mi lengua después de yacer en los brazos del otro, sudorosos y saciados después del sexo. Sabía que Luca no lo diría de vuelta y no quería quedar tan vulnerable.

220

Vi la puesta del sol sobre Nueva York desde mi posición en el sillón de la azotea. Romero estaba adentro, leyendo una revista deportiva en el sofá. Algunas veces había considerado pedir a Luca que detuviera la constante presencia de Romero. Nada podía pasarme en nuestro penthouse, pero bueno, no podía hacerlo. Me habría sentido más sola sin Romero en el apartamento, incluso si no hablábamos mucho. Marianna solo venía en torno a la hora del almuerzo para limpiar y preparar el almuerzo así como la cena, y Luca desaparecía casi todos los días. Todavía no me había encontrado con ninguna de las mujeres de la familia para un café. De todos modos, después de la traición de Cosima en realidad no estaba interesada en conocer mejor a la familia de Luca.

Mi teléfono vibró en la mesa pequeña. Lo recogí, viendo el nombre de Gianna aparecer en la pantalla. La felicidad estalló en mi pecho. Solo habíamos hablado esta mañana, pero no era inusual que mi hermana llamase más de una vez al día y no me importaba. Al momento en que oí su voz, me incorporé, con el corazón latiendo en mi pecho como loco.

—Aria —susurró ella, su voz llena de lágrimas.

—Gianna, ¿qué pasó? ¿Qué está pasando? ¿Estás herida?

—Padre me ha cedido a Matteo.

No entendí, no pude.

—¿Qué quieres decir con que te ha cedido a Matteo? —Mi voz tembló y las lágrimas ya ardían en mis ojos al escuchar los sollozos desgarradores de Gianna.

—Salvatore Vitiello habló con padre y le dijo que Matteo quería casarse conmigo. ¡Y padre estuvo de acuerdo!

No podía respirar. Me preocupaba que Matteo no dejara a Gianna salirse con la suya respecto a su rudeza en su contra. Era un hombre al que no le gustaba ser rechazado, pero ¿cómo padre podía haber accedido?

—¿Padre dijo por qué? No entiendo. Ya estoy en Nueva York. No necesitaba casarte también con alguien de la familia.

Me puse de pie, ya no podía quedarme quieta. Empecé a caminar por la terraza, tratando de calmar mi pulso corriendo a toda prisa con respiraciones lentas.

—No sé por qué. Tal vez padre quiere castigarme por decir lo que pienso. Él sabe lo mucho que desprecio a nuestros hombres y lo mucho que odio a Matteo. Quiere verme sufrir.

Quería estar en desacuerdo, pero no estaba segura que Gianna estuviera equivocada. Padre pensaba que las mujeres necesitaban ser puestas en su lugar y que mejor manera de hacerlo con Gianna que atarla a un hombre como Matteo. Detrás de sus sonrisas se ocultaba algo oscuro y enojado, y tenía la sensación de que Gianna no tendría el sentido común para no provocarlo hasta que él perdiera el control.

—Oh, Gianna. Lo siento mucho. Tal vez pueda hablar con Luca y él puede hacer que Matteo cambie de opinión.

—Aria, no seas ingenua. Luca lo sabía desde el principio. Es el hermano de Matteo y el futuro Capo. Algo así no se decide sin que él no esté involucrado.

Sabía que ella tenía razón, pero no quería aceptarlo. ¿Por qué Luca no me había dicho nada de esto?

—¿Cuándo tomaron la decisión?

—Hace unas semanas, incluso antes de ir a visitarte.

Mi corazón se encogió. Luca había dormido conmigo, me había hecho confiar en él y amarlo y no se había molestado en decirme que mi hermana estaba siendo vendida a su hermano.

—¡No lo puedo creer! —susurré con dureza. Romero me observaba a través de las ventanas, ya levantándose del sofá—. Voy a matarlo. Él sabe cuánto te amo. Sabe que no lo hubiera permitido. Habría hecho cualquier cosa para evitar el acuerdo.

Gianna se quedó en silencio en el otro extremo.

—No te metas en problemas por mí. De todos modos, es demasiado tarde. Nueva York y Chicago ya se dieron la mano en cuanto a esto. Es un trato cerrado y Matteo no dejará que me escape de sus garras.

—Quiero ayudarte, pero no sé cómo.

—Te amo, Aria. La única cosa que me impide cortarme las venas en este momento es saber que mi matrimonio con Matteo significa que voy a vivir en Nueva York contigo.

El miedo aplastó mi corazón.

—Gianna, eres la persona más fuerte que conozco. Prométeme que no vas a hacer nada estúpido. Si te haces daño, no podría vivir conmigo.

—Eres mucho más fuerte que yo, Aria. Tengo una boca y una ostentosa bravuconería, pero tú eres resistente. Te casaste con Luca, vives con un hombre como él. No creo que yo pudiera haberlo hecho. No creo que pueda.

—Lo resolveremos, Gianna.

Las puertas del ascensor se abrieron y Luca entró en nuestro apartamento. Sus ojos se movieron de Romero a mí, sus cejas frunciéndose.

—Acaba de llegar. Te llamaré mañana. —Colgué a medida que la furia ardía a través de mí. No había pensado que jamás podría odiar a Luca de nuevo, ni siquiera por un momento, pero en este segundo quería hacerle daño. Irrumpí dentro, mis manos envolviéndose en puños mientras me dirigía hacia Luca. No movió ni un músculo, solo me observó con controlada calma. Esa calma más que cualquier otra cosa alimentó mi rabia. No estaba segura de lo que él pensó que iba a hacer, pero no era atacarlo, eso fue obvio a partir de su reacción. Mis puños golpearon su pecho tan duro como pude. La conmoción cruzó el rostro de Luca, todo su cuerpo explotó con tensión. Por el rabillo del ojo, vi a Romero dar un paso en dirección a nosotros, obviamente inseguro si se suponía que debía hacer algo. Él era mi guardaespaldas, pero Luca era su jefe. Por supuesto, Luca no tuvo problemas para controlarme. Después de un

momento, agarró mis dos muñecas en su mano. Odié que pudiera vencerme tan fácilmente.

—Aria, ¿qué...?

No pudo terminar porque alcé mi rodilla y solo sus reflejos rápidos me impidieron golpear mi objetivo. El sonido de los sollozos de Gianna resonó en mi mente, haciéndome perder cualquier racionalidad que aún me quedara.

—Vete —ordenó Luca bruscamente. Romero lo hizo sin protestar. Los ojos llameantes de Luca se encontraron con los míos, pero estaba más allá de tener miedo. Moriría por Gianna. Probé otra patada y rocé la ingle de Luca esta vez. Él gruñó y me empujó abajo en el sofá, inmovilizando mis piernas con sus rodillas, y empujó mis brazos por encima de mi cabeza—. Por el amor de Dios, Aria. ¿Qué te pasa?

Lo fulminé con la mirada.

—Sé lo de Gianna y Matteo —espeté, y luego perdí por completo el control y me puse a llorar, grandes sollozos arrasaron mi cuerpo. Luca soltó mis muñecas y se echó hacia atrás para que así pudiera mover las piernas. Me miró como si fuera una criatura que jamás entendería.

—¿De eso se trata esto? —Sonaba incrédulo.

—Por supuesto que no entiendes, porque nunca has querido a nadie más que a tu propia vida. Jamás podrás entender cómo se siente que tu propio corazón se rompa al pensar en la persona que amas siendo lastimada. Yo moriría por las personas que amo.

Sus ojos eran duros y fríos cuando se levantó.

—Tienes razón. No entiendo. —La máscara fría estaba de vuelta. No la había visto dirigida a mí en semanas.

Me sequé los ojos y también me puse de pie.

—¿Por qué no me lo dijiste? Lo has sabido desde hace semanas.

—Porque sabía que no te gustaría.

Sacudí la cabeza.

—Sabías que estaría enojada contigo y no querías arruinar tus posibilidades de follar conmigo. —Ni siquiera me sonrojé, a pesar de que nunca había usado la palabra abiertamente.

Luca se puso rígido.

—Por supuesto que quería follarte. Pero me dio la impresión de que disfrutaste nuestras sesiones follando.

Quise hacerle daño. Era tan frío. Por supuesto que siempre había sido sobre tomar lo que era suyo, de reclamar mi cuerpo. No le importaba una mierda sobre mí, o nadie.

—Y te preocupaba que no fuera una actriz lo suficientemente buena para engañar a todo el mundo después de nuestro pequeño truco en nuestra noche de bodas. Incluso te engañé. —Dejé escapar una risa horrible—. Te hice creer que en realidad lo disfruté.

Algo brilló en los ojos de Luca, algo que me hizo querer retractarme de mis palabras por un momento, pero luego su boca se alzó en una sonrisa cruel.

—No me mientas. He follado con suficientes putas para reconocer un orgasmo cuando lo veo.

Me estremecí como si me hubiera golpeado. ¿Acababa de compararme con sus putas? Dije la cosa más horrible que pude pensar.

—Algunas mujeres incluso experimentan un orgasmo cuando están siendo violadas. No es porque lo estén disfrutando. Es la forma en que su cuerpo le hace frente.

224

Durante un largo tiempo, Luca no dijo nada. Sus fosas nasales se dilataron, su pecho se hinchó y sus manos se apretaron en puños. Parecía como si quisiera matarme en el acto. Entonces la cosa más espantosa ocurrió, la ira desapareció de su rostro. Su expresión se volvió una sin emociones, sus ojos tan suaves e impenetrables como el acero.

—Tu hermana debería estar feliz de que Matteo la quiera. Pocos hombres pueden soportar su labia.

—Dios, esa es la razón, ¿verdad? —dije con disgusto—. Es porque ella le dijo que nunca conseguiría su cuerpo caliente ese día en el hotel. No le gustó. No pudo soportar que ella fuera inmune a su encanto espeluznante.

—No debió haberlo desafiado. Matteo es un cazador determinado. Consigue lo que quiere. —Todavía sin un atisbo de emoción, ni siquiera en la voz de Luca. Era como si estuviera hecho de hielo.

—¿Consigue lo que quiere? No es una cacería si la obliga a casarse al pedirle a mi padre su mano. Eso es cobardía.

—No importa. Se van a casar. —Giró su espalda hacia mí, como si me estuviera permitiendo marchar.

Luca no lo entendía. No podía. No conocía a Gianna tan bien como yo. Ella no accedería a esta unión sin refutar como yo. Me dirigí al ascensor.

—Aria, ¿qué coño estás haciendo?

Estuve en el ascensor antes de que Luca pudiera llegar a él, y estaba de camino a un piso más abajo. Salí al apartamento de Matteo. Era básicamente un reflejo de nuestro propio apartamento, excepto que no era un dúplex. Matteo se encontraba sentado en un sillón, escuchando algún tipo de música rap de mierda cuando me vio. Se puso de pie, mirándome con cautela a medida que se acercaba hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Empujé mis palmas contra su pecho cuando se detuvo frente a mí.

—Retira tu propuesta. Dile a mi padre que no quieres a Gianna.

Matteo rio.

—¿Por qué lo haría? La quiero. Siempre consigo lo que quiero. Gianna no debería haber jugado con los chicos grandes.

225

Perdí el control y le di una bofetada en la cara. Mi estúpido temperamento italiano. Por lo general reinaba sobre él, mejor que mis otros hermanos, por lo menos, pero no hoy. Agarró mi brazo, me empujó hacia atrás de modo que mi espalda chocó dolorosamente con la pared y me atrapó entre ella y su cuerpo. Di un grito ahogado.

—Tienes suerte de que eres la esposa de mi hermano.

El ascensor sonó cuando se detuvo y se abrió.

—Suéltala —gruñó Luca, saliendo de él. Matteo retrocedió a la vez y me dio una sonrisa fría.

Luca se acercó a mí, sus ojos escaneando mi cuerpo antes de enfrentarse a su hermano.

—No vas a hacer eso otra vez.

—Entonces, enséñale modales. No voy a dejar que me golpee de nuevo. —
¿Enseñale modales? Su matrimonio con Gianna terminaría en una catástrofe total.

La voz de Luca cayó una octava.

—No vas a tocar a mi esposa otra vez, Matteo. Eres mi hermano y recibiría una bala por ti, pero si lo haces de nuevo, tendrás que vivir con las consecuencias. —Se enfrentaron entre sí y por un momento me preocupé que sacaran sus cuchillos y lucharan contra el otro. Eso no era lo que había pretendido. Sabía cuánto se preocupaba Luca por su hermano, más de lo que se preocupaba por mí, de todos modos. Matteo era la única persona en que Luca confiaba. Durante un tiempo, había pensado que yo podría ser esa persona, pero si ese fuera el caso, hoy habría ido de manera muy diferente. Sabía que el hecho de que me protegiera era un juego de poder y no de emociones. Por tocarme, Matteo había mostrado una falta de respeto hacia Luca y por supuesto no podía dejarlo pasar.

—No voy a golpearte de nuevo, Matteo —dije entre dientes, aunque las palabras supieron horribles en mi boca—. No debería haberlo hecho.

Los dos hombres se volvieron hacia mí con sorpresa. Matteo relajó su postura. Luca no lo hizo.

—Lamento si te lastimé o asusté —dijo Matteo. No podía decir si lo decía en serio o no. Tenía la máscara impasible puesta al igual que su hermano.

—No lo hiciste.

226

Luca sonrió, luego se acercó a mí y me empujó contra él posesivamente. Nuestros ojos se encontraron y como si recordara nuestras palabras anteriores, su sonrisa desapareció y sus labios se apretaron. No me soltó pero su agarre en mí se aflojó.

Me aparté de él, siendo incapaz de soportar su expresión por más tiempo y enfrenté a Matteo.

—No te cases con Gianna —lo intenté de nuevo y el agarre de Luca en mi cintura se apretó en señal de advertencia. No le hice caso—. Ella no quiere casarse contigo.

—Tú tampoco querías casarte con Luca y aquí están —dijo Matteo con su sonrisa de tiburón.

—Gianna no es como yo. Ella no va a llegar a un acuerdo con un matrimonio arreglado.

Luca dejó caer su mano de mi cintura.

—Va a ser mi esposa en el momento en que cumpla dieciocho años. Ningún poder en este universo me detendrá de hacerla mía.

—Me das asco. Todos ustedes lo hacen —dije. Con eso di un paso atrás en el ascensor. Luca no me siguió. Ni siquiera me miró para ver si estaba volviendo de nuevo a nuestro apartamento. Sabía que no iría a ninguna parte. Incluso si aún quisiera huir, no podía. Mi corazón le pertenecía, aunque él no tuviera un corazón que me pudiera dar a su vez.

Dieciséis

Traducido por M.Arte
Corregido por Ana Ancalimë

Me retorcí y di vueltas, sin poder conciliar el sueño. No estaba acostumbrada a estar sola en la cama. Aunque Luca y yo apenas habíamos hablado en los últimos tres días desde nuestra pelea y no habíamos tenido relaciones sexuales, siempre terminábamos en los brazos del otro durante la noche. Claro que al momento de despertar nos separábamos. Echaba de menos la cercanía de Luca. Extrañaba hablar con él, extrañaba sus besos, sus caricias, su lengua caliente entre mis piernas. Suspiré a medida que me humedecía. No cedería. De todos modos, ¿cuánto tiempo más podría Luca aguantar sin sexo?

¿Y si no aguantaba? ¿Y si follaba otra vez con Grace? Supuestamente ella estaba en Inglaterra, pero quién sabía si eso era la verdad. O tal vez había encontrado una mujer nueva para follar. Mis ojos encontraron el reloj. Eran casi las dos de la madrugada. Un gran peso se instaló en mi pecho. ¿Renunciaría Luca tan fácilmente a nuestro matrimonio?

¿Por qué no? Había conseguido lo que quería. Había reclamado mi cuerpo. No era como si fuera la única persona que podía darle lo que deseaba.

Un golpe sonó en la planta baja, seguido de voces profundas. Una de ellas era de Romero, la otra de Luca. Me deslicé fuera de la cama y rápidamente salí corriendo de la habitación en mi camisón. Me quedé inmóvil en la escalera. Las luces estaban apagadas pero la luna y los rascacielos circundantes proporcionan suficiente luz para que pudiera ver lo que estaba sucediendo. Luca estrangulaba a Romero. Di otro paso hacia abajo y los ojos de Luca se dispararon hacia mí, furiosos y salvajes. El monstruo había regresado. Sus brazos estaban cubiertos de sangre. Romero dejó de luchar cuando se dio cuenta que Luca era demasiado fuerte.

—Nunca traicionaría a la familia —dijo Romero con voz ahogada, luego tosió—. Soy leal. Moriría por ti. Si fuera un traidor, Aria no estaría aquí, segura e ilesa. Estaría en manos de la Bratva.

Luca aflojó su agarre y Romero cayó de rodillas, jadeando. Bajé las escaleras restantes, ignorando la negación de Romero con la cabeza. ¿Qué estaba sucediendo? Luca nunca había estado tan alterado.

228

—Fuera, ahora —gruñó a Romero. Cuando Romero no se movió, Luca lo agarró por el cuello y lo arrastró hasta el ascensor. Antes de que las puertas se cerraran, la mirada preocupada de Romero se posó en mí. Luca tecleó el código en el panel al lado del ascensor que lo desactivaba y evitaba que la gente entre a nuestro apartamento, y luego se volvió hacia mí. No solo los brazos sino también su camisa estaba cubierta de sangre. Sin embargo, no vi agujeros de bala en su camisa o pantalones.

—¿Estás bien? —dije, pero incluso mi susurro se sintió demasiado alto en el silencio.

Me acerqué a Luca lentamente mientras sus ojos seguían mi movimiento como un tigre al ver a un antílope. Un extraño destello de excitación me atestó. A pesar de lo que había visto, sabía que Luca realmente no me haría daño. Cuando casi lo había alcanzado, Luca se abalanzó hacia mí y estrelló sus labios contra los míos. Jadeé y empujé su lengua dentro de mi boca. Sus manos desgarraron mi camisón, arrancándolo de mi cuerpo. Cuando este cayó al suelo, rasgó mis bragas de encaje fino. Su mirada hambrienta me recorrió, me atrajo hacia él y mordió mi garganta, luego mi pezón. Jadeé de dolor y excitación. Debí haber corrido como Luca me había dicho hacía mucho tiempo, pero este lado de él me encendió, y mi excitación habló más fuerte que mi miedo, incluso cuando Luca me empujó hacia el sofá y me inclinó sobre el respaldo. Una mano sostenía mi cuello mientras la otra mano se deslizaba entre mis pliegues. Empujó dos dedos en mi interior y me encontró húmeda y ansiosa. Solté una respiración áspera a medida que mis paredes se estrechaban firmemente alrededor de sus dedos. Los sacó. Le oí desabrochar su cinturón y sus pantalones, y me estremecí de miedo y excitación. Luca me mordió una nalga, después la espalda baja y entonces el hombro antes de empujar toda su longitud en mi interior sin previo aviso.

Grité, pero Luca no dudó, presionó su pecho contra mi espalda mientras me sometía con un brazo alrededor de mi pecho, y entonces empezó a arremeter fuerte y rápido. Me mordí el labio. Dolía pero también se sentía bien. Cada vez que me embestía golpeaba un lugar profundo en mí que enviaba chispas de placer a través de mi cuerpo. Luca se inclinó, su cálido aliento contra mi cuello y frotó sus dedos sobre mi clítoris. Grité, jadeé y gemí. Pude sentir la tensión construyéndose. Los gruñidos y jadeos de Luca encendiéndome aún más. Sus dedos retorcieron mi pezón de forma casi dolorosa y mordió el hueco de mi cuello, estrellas estallaron ante mi visión mientras explotaba. Grité el nombre de Luca una y otra vez mientras temblaba como consecuencia de mi orgasmo pero no se detuvo. Me embistió más fuerte y rápido, sus implacables dedos en mi clítoris a medida que su respiración se volvía dificultosa, y luego me vine de nuevo, rompiéndome en mil pequeños pedazos de placer. Mis

piernas se desmoronaron pero Luca me clavó contra el respaldo con su cuerpo. Con un gruñido, agarró mis caderas y me folló más duro. Mañana estaría magullada y dolorida, pero me tenía sin cuidado. Cuando se estremeció contra mí y mordió el otro lado de mi garganta, me quedé sin fuerzas sobre el sofá. Demasiado satisfecha y agotada para hacer cualquier cosa mientras se venía en mi interior.

Pensé que había terminado, pero Luca me apartó del respaldo y me bajó al suelo. Separó mis piernas tanto como pudo. Estaba demasiado sensible y posiblemente no podría venirme de nuevo, pero los ojos de Luca me inmovilizaron con su intensidad. Agarró mis muñecas y empujó mis brazos por encima de mi cabeza, luego frotó dos dedos a lo largo de mis pliegues, adelante y atrás, antes de hacer círculos en mi apertura y deslizarlos hacia adentro centímetro a centímetro. Puse los ojos en blanco a medida que me tocaba de una manera tortuosamente lenta. Mis paredes ciñendo sus dedos y escuché sonidos procedentes de la parte posterior de mi garganta que no reconocí. No tocó mi clítoris, simplemente me folló con sus dedos con una intensa mirada en su rostro.

—¿Es esto una puta mentira? —preguntó a medida que retorció sus dedos en mi interior, haciéndome jadear de placer—. Dime, Aria. Dime que disfrutas esto tanto como yo. —La desesperación en su voz me sobresaltó.

230

Retorció sus dedos otra vez y gemí.

—Sí, Luca. Disfruto esto.

Golpeó mi clítoris con su pulgar y me arqueé, apartándome del suelo, pero retiró su pulgar a pesar de mi protesta.

—¿Así que mentiste? ¿Por qué?

Me estaba volviendo loca de deseo. Quería que tocara mi clítoris, quería que sus dedos fueran más rápido, quería que me folle.

—¡Sí, mentí! —Me retorcí en su agarre, deseando liberar mis manos para alcanzar su polla. Ya estaba duro y quería convencerlo de detener mi tortura, pero era demasiado fuerte y demasiado implacable.

—¿Por qué? —gruñó. Sus dedos se detuvieron y quise gritar de frustración.

—Mentí porque odio amarte, porque odio que puedas herirme sin tener que poner un dedo sobre mí, porque me odio por amarte a pesar de que nunca me amarás de vuelta. —Luca liberó mis muñecas, sus ojos oscuros y cuestionadores.

No quería hablar. Alcancé su erección y le di un fuerte apretón.

—Ahora, fóllame.

Agarró mis piernas y me atrajo hacia él, mis pies presionando contra sus hombros, y entonces se deslizó en mi interior con una fuerte estocada, mis músculos apretándose alrededor de su polla con tanta fuerza que gruñó. Me folló aún más duro y arañé con mis dedos el piso de madera a medida que mis ojos permanecían firmemente cerrados. Desmoronándome por las emociones y el placer. Mi espalda se frotó contra el suelo duro, estaba dolorida y mis piernas estaban rígidas pero me vine otra vez cuando Luca se liberó, y luego me desmayé.



Mi cuerpo entero dolía. Gemí cuando me moví y me di cuenta que estaba acostada en la cama. Luca debe haberme llevado hasta arriba anoche. Mis ojos se abrieron y encontré a Luca observándome con una expresión extraña en su rostro.

—¿Qué hice? —preguntó en un susurro áspero.

Fruncí el ceño, bajé la mirada hacia mi cuerpo. Las mantas estaban retiradas, revelando toda la longitud de mi cuerpo y las pruebas de las acciones de anoche. Había moretones en forma de dedos en mis caderas y muñecas. Mi garganta y hombros estaban sensibles donde Luca me había marcado y mis muslos internos estaban rojos por la fricción. Estaba hecha un desastre. Me senté e hice una mueca por el agudo dolor entre mis piernas. Sin embargo, no pude encontrar algo de lo cual lamentarme. No siempre desearía esta rudeza, pero de vez en cuando era agradable un cambio de ritmo.

—Aria, por favor dime. ¿Yo hice...?

Busqué sus ojos, tratando de averiguar de qué estaba hablando. Odio a sí mismo brilló en su rostro y entonces me di cuenta lo que pensaba.

—¿No recuerdas?

—Recuerdo fragmentos. Recuerdo someterte. —Su voz se rompió. No estaba tocándome. De hecho, estaba sentado al borde de la cama tan lejos de mí como le era posible. Parecía agotado y roto.

—No me heriste.

Sus ojos se posaron en los moretones.

—No me mientas.

Me arrodillé y me moví hacia él, incluso cuando se tensó.

—Fuiste un poco más rudo que de costumbre pero lo deseaba. Lo disfruté.

Luca no dijo nada, pero me di cuenta que no me creía.

—No, en serio, Luca. —Besé su mejilla y bajé la voz—. Me vine por lo menos cuatro veces. No recuerdo exactamente todo. Me desmayé por la sobrecarga de sensaciones. —El alivio arrastró un poco la oscuridad de los ojos de Luca, pero me sorprendió que no se burlara de mi comentario.

—No entiendo qué te pasó. Incluso atacaste a Romero.

—Mi padre está muerto.

Salté.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Anoche. Tenía una cena en un restaurante pequeño en Brooklyn cuando un francotirador le metió una bala en la cabeza.

—¿Y tu madrastra?

—Ella no estaba allí. Estaba con su amante. También fue asesinada, probablemente porque la Bratva pensó que era su esposa. Alguien debe haberles dicho dónde encontrarlo. Solo unos pocos sabían que iba allí. Estaba de incógnito. Nadie podría haberlo reconocido. Tiene que haber un traidor entre nosotros.

232

Diecisiete

*Traducido por LizC, Osbeidy y âmenoire
Corregido por Ana Ancalimë*

El cielo sobre Nueva York colgaba con nubes pesadas, pero no llovió. Se ajustaba a la ocasión. Para el entierro de Salvatore Vitiello, la élite de Nueva York, la familia, así como los miembros más importantes de la Organización de Chicago se habían reunido en el cementerio. El perímetro alrededor de él había sido cerrado y la mayor parte de los soldados de la mafia de Nueva York estaban resguardando para asegurarse que la Bratva no perturbara el funeral. Una reunión de los miembros más importantes de Nueva York y Chicago en este momento era un riesgo, pero pagar respeto al Capo dei Capi era más importante.

Luca se alzaba alto y estoico junto a la tumba de su padre. Él era ahora el nuevo Capo y no podía mostrar ni un atisbo de debilidad, ni siquiera después de la muerte de su padre. Luca y su padre no habían sido cercanos en el sentido tradicional, pero perder a tu padre, por cruel y frío que hubiera sido, siempre abría un agujero en ti. Me di cuenta que muchos de los hombres mayores en la familia veían a Luca con una mirada calculadora en sus ojos.

Luca no dio ninguna indicación de darse cuenta, pero eso sin duda era un acto. Tan pronto después que asumiera el poder era el momento más peligroso para cualquiera. No había conocido muy bien a Salvatore Vitiello y no me lamentaba por eso. Para mí, el funeral solo podía significar una cosa: la oportunidad de ver a mi familia de nuevo.

Gianna, Fabi y Lily estaban con padre y madre entre los invitados de la Organización de Chicago. Habían llegado esta mañana y no podía esperar a pasar algún tiempo con ellos. Cada invitado estrechó la mano de Luca, palmeó su hombro y le dijo algunas palabras de consuelo, la mayoría de ellas mentira. ¿Cuántos de estos hombres estaban esperando una oportunidad para arrebatar el poder de las manos de Luca?

Cuando fue el turno de mi padre, tuve que impedirme atacarlo por haber accedido a casar a Gianna con Matteo. En lugar de eso, apreté los dientes y le di una sonrisa fría. Gianna deliberadamente evitó los ojos de Matteo. Había perdido peso y se me rompió el corazón al verla tan desesperada.

233

Me alegré cuando terminó el funeral. Los hombres tenían una reunión prevista para la noche, para discutir la creciente amenaza de los rusos. En nuestro mundo no había mucho tiempo para llorar a los muertos. Chicago y Nueva York tenían que encontrar una manera de detener a la Bratva antes de que otro Capo perdiera la vida. Y esos serían Luca o Dante Cavallaro.



Luca me quería fuera de Nueva York, así que me envió a la mansión Vitiello en los Hamptons. A Gianna, Lily y Fabi se les permitió acompañarme durante la noche antes de que tuvieran que irse a Chicago mañana por la noche. Tenía la sensación de que padre esperaba que yo hiciera entrar en razón a Gianna en cuanto a su matrimonio arreglado con Matteo. La fiesta de compromiso estaba prevista para inicio de noviembre, así que Gianna no tenía mucho tiempo para llegar a un acuerdo con eso. Madre se quedó con padre en Manhattan, pero enviaron a Umberto con nosotros. Él, Cesare y Romero nos mantendrían a salvo.

Llegamos a la mansión alrededor de la hora de la cena y el personal ya había preparado una comida para nosotros. Mi corazón se llenó de felicidad cuando Lily, Fabi, Gianna y yo nos instalamos alrededor de la larga mesa de comedor, pero quedó atenuado por el hecho de que nuestros tres guardaespaldas discutían de la amenaza rusa en voz baja y por la negativa de Gianna a comer más de dos bocados. No quería hablar de su compromiso con Matteo con todo el mundo allí presente. Más tarde, cuando se hubieran ido a la cama, Gianna y yo tendríamos tiempo suficiente para eso.

234

Fabi fue el único que mantuvo la conversación en nuestro lado de la mesa yendo a toda marcha a medida que me contaba con entusiasmo sobre la colección de cuchillos que padre le había dado. Lily estaba ocupada dando miradas furtivas a Romero, que era completamente ajeno a sus suspiros.

Después de la cena, nos dirigimos a la logia con vista al mar. El cielo de la noche aquí centelleaba con estrellas. En Nueva York, rara vez podía verlas. Cesare se había ido a hacer Dios sabe qué, probablemente comprobar el sistema de seguridad, y Umberto y Romero se habían instalado en la sala de estar; desde allí nos podían observar sin oír nuestra conversación. Fabi se encontraba acurrucado junto a Lily, dormido, mientras ella estaba escribiendo algo en su teléfono a medida que comprobaba a Romero de vez en cuando.

—¿Quieres hablar? —le susurré a Gianna que estaba sentada a mi lado, con las piernas apretadas contra su pecho. Ella sacudió la cabeza. Sentía como si una grieta

hubiera crecido entre nosotras desde que se había enterado de la noticia de su compromiso y no sabía por qué—. Gianna, por favor.

—No hay nada de qué hablar.

—Tal vez no es tan malo como piensas. —Ella me dio una mirada de incredulidad pero seguí hablando—. Cuando me enteré que tenía que casarme con Luca, estuve aterrorizada, pero he llegado a un acuerdo con eso. Luca y yo nos estamos llevando mejor de lo que creía posible.

Gianna me fulminó con la mirada.

—No soy como tú, Aria. Tú estás dispuesta a complacerlo, a hacer todo lo que él diga. No soy así. No me someto a nadie.

Me estremecí. Gianna nunca había arremetido contra mí de esa manera.

Se levantó de un salto. Traté de alcanzar su brazo, pero ella se lo quitó de encima.

—Déjame sola. No puedo hablar contigo ahora mismo. —Se dio la vuelta y salió corriendo hacia la playa. Me puse de pie, sin saber si debía seguirla, pero sabía que no me haría caso cuando estaba así. Umberto se asomó. Levanté una mano.

235

—No, dale unos minutos a solas. Está enfadada.

Umberto asintió y luego sus ojos se dirigieron a Fabi.

—Debería llevarlo a la cama.

Estaba a punto de asentir cuando una alarma estridente rompió el silencio, pero se detuvo unos segundos más tarde. Los ojos de Fabi se abrieron de golpe mientras se aferraba a Lily, ambos me miraron como si yo supiera lo que estaba pasando. Romero irrumpió hacia nosotros, con dos armas en mano, cuando apareció un punto rojo en la frente de Umberto. Grité, pero era demasiado tarde. Hubo un disparo y la cabeza de Umberto salió arrojada hacia atrás, salpicando sangre por todas partes. Lily empezó a gritar y aun así no podía moverme. Me quedé mirando a los ojos muertos de Umberto. Un hombre que había conocido toda mi vida.

Romero se lanzó sobre mí y aterrizamos en el suelo cuando una segunda bala golpeó la puerta de cristal, enviando fragmentos por todas partes.

—¿Qué está pasando? —grité, la histeria sacudiendo mi cuerpo.

—La Bratva —fue todo lo que Romero dijo mientras me arrastraba hacia la sala de estar. Luché contra él. Lily y Fabi se encogían al lado de un sillón, todavía en el campo de tiro del francotirador.

—¡Ve por ellos!

Pero Romero ignoró mi orden y él era demasiado fuerte para mí. Me empujó contra una pared interior de la sala de estar, su agarre clavándose en mi piel con mucha fuerza, sus ojos duros y salvajes.

—Quédate aquí. No te muevas.

—Lily y Fabi —jadeé.

Él asintió, luego se agachó y se precipitó al exterior. Me temblaba todo el cuerpo. Romero regresó con mi hermana y hermano, que se aferraban a él desesperadamente. Envolví mis brazos alrededor de ellos fuertemente al momento en que estuvieron a mi lado. Y entonces mi mundo se inclinó.

—Gianna —susurré.

Romero no me oyó. Estaba gritando en su teléfono.

—¿Dónde? ¿Cuántos? —Su rostro palideció—. Mierda. —Se volvió hacia mí y su expresión hizo que mi estómago diera un vuelco—. Los rusos están en la propiedad. Demasiados para nosotros. Te llevaré a la habitación de pánico en el sótano donde vamos a esperar hasta que lleguen los refuerzos.

236

Agarró mi brazo pero me aparté.

—Lleva a Fabi y Lily allí. Tengo que advertir a Gianna.

—Tú eres mi responsabilidad —siseó Romero. En algún lugar de la casa, el cristal se hizo añicos. Sonaron más disparos.

—No me importa. No voy a ir contigo. Harás lo que digo. Llévalos a la habitación de pánico. Si algo le pasa a Lily o Fabi me mataré y ni tú ni Luca o cualquier otro poder en el mundo podrán hacer que cambie eso. Quiero que los protejas. Mantenlos a salvo. Eso es todo lo que me importa.

—Deberías venir con nosotros.

Sacudí la cabeza.

—Tengo que encontrar a Gianna.

—Luca estará aquí pronto.

Sabía que eso no era cierto.

—¡Vayan, ahora!

Nos miramos el uno al otro y finalmente se giró hacia mis hermanos.

—Quédense abajo y sigan mis órdenes.

Voces masculinas gritaron algo en ruso, y entonces, más tiros salieron disparados. Cesare no sería capaz de mantenerlos alejados por mucho tiempo si el número de voces eran alguna indicación.

Romero me empujó un arma. La agarré, luego me agaché y corrí hacia afuera. La sangre de Umberto cubría las baldosas de piedra pero no miré su cuerpo. Me apresuré por la pendiente hacia la bahía cuando me di cuenta de la vibración de mi teléfono. Lo saqué y lo presioné sobre mi oreja a medida que escaneaba la playa buscando a Gianna.

—¿Aria? —sonó la voz preocupada de Luca—. ¿Estás a salvo?

—Mataron a Umberto. —Fue la primera cosa que salió de mi boca.

—¿Dónde estás?

—Buscando a Gianna.

—Aria, ¿dónde está Romero? ¿Por qué no está llevándote a la habitación de pánico?

—Tengo que encontrar a Gianna.

—Aria. —Luca sonaba desesperado—. La Bratva te quiere. Ve a la habitación de pánico. Estoy tomando el helicóptero. Estaré ahí en veinte minutos. Ya estoy en camino.

Luca necesitaría más de veinte minutos incluso en helicóptero y no sería capaz de llevar a muchos hombres con él, eso sin mencionar el tiempo que le tomaría abrirse paso dentro de la mansión. Existía la posibilidad de que fallara.

Gianna vino corriendo hacia mí. Sus ojos muy abiertos.

—No puedo hablar más —le susurré.

—Aria...

—¿Qué está pasando? —preguntó Gianna, mientras tropezaba contra mí.

—La Bratva. —La arrastré hacia el muelle, donde estaba el barco anclado. Sería más seguro esconderse allí que volver a entrar y buscar la habitación de pánico. Las tablas del muelle gimieron bajo nuestro peso a medida que avanzábamos hacia el barco. Pero entonces el grito de Lily atravesó la noche y me congelé. Gianna y yo intercambiamos una mirada. Sin decir una palabra, nos dimos la vuelta y corrimos hacia la casa.

Mi corazón martillaba en mi pecho cuando llegamos a la logia. La sala estaba desierta. Me arrodillé junto a Umberto y tomé sus cuchillos incluso aunque me estremecía. Le di uno a Gianna y puse otro en mi bolsillo trasero.

—Vamos —dije en voz baja. Ni siquiera estaba segura de lo que Gianna y yo íbamos a hacer una vez que estuviéramos dentro. Había disparado una pistola una vez y solo había manejado un cuchillo cuando estuve haciendo fintas con Luca, que no era una buena señal en contra de la mafia rusa. Sin embargo sabía que no podría vivir conmigo misma si no encontraba a Lily y Fabi.

Gianna y yo nos arrastramos dentro. Estaba oscuro. Alguien debe haber apagado las luces de toda la casa. Contuve la respiración, pero estaba terriblemente tranquilo. Me acerqué a la puerta que conducía al vestíbulo cuando un brazo salió disparado y se envolvió alrededor de mi cintura. Grité, luchando, tratando de apuntar la pistola hacia mi atacante, pero torció mi muñeca. El dolor atravesó mi brazo y el arma cayó de mis dedos. Gianna jadeó detrás de mí. Lo golpeé. Una voz profunda me gruñó en ruso. Oh, Dios. Mi pie chocó con su espinilla. Me empujó, pero antes de que pudiera recuperar el equilibrio, su puño chocó con mis labios. Mi visión se volvió negra y caí sobre mis rodillas mientras la sangre llenaba mi boca y goteaba sobre mi barbilla, el sabor salado y caliente haciendo que la bilis suba por mi garganta.

238

Unos dedos se retorcieron en mi cabello y fui levantada, llorando por el dolor en mi cuero cabelludo. A mi atacante no le importó. Me arrastró dentro del vestíbulo por mi cabello. Pude ver a Gianna en los brazos de otro hombre alto. Estaba inconsciente. Un hematoma ya formándose en su frente.

Me tiraron al piso delante de un par de piernas vestidas en jeans y rápidamente miré hacia arriba a una cara marcada por viruela y fríos ojos azules.

—¿Cuál es tu nombre, puta? —preguntó con un fuerte acento inglés. ¿No me reconocía? Supuse que me veía diferente con sangre en toda mi cara. Le devolví la mirada desafiante. Me dio una patada en el estómago y me tropecé, sin aliento—. ¿Cuál es tu nombre?

Mis ojos se dirigieron hacia un cuerpo a mi derecha. Cesare. Estaba haciendo ruidos de gorgoteo, agarrándose una herida sangrante en el estómago. No vi a Lily, Fabi o Romero en ningún lugar y esperé que hubieran llegado a la habitación de pánico. Por lo menos, ellos iban a sobrevivir.

Una mano agarró mi barbilla y tiró mi cabeza hacia arriba.

—¿Vas a decirme tu nombre o tengo que hacer que Igor le haga daño? — Señaló con la cabeza hacia Gianna que yacía de lado en el suelo de mármol, parpadeando aturdida.

—Aria —dije tranquilamente.

—¿Al igual que Aria Vitiello? —preguntó el hombre con una sonrisa cruel.

Asentí. No tenía sentido negarlo. Dijo algo en ruso y el hombre se carcajeó. Sentí escalofríos por la forma en que estaba mirándome.

—¿Dónde están los otros? ¿Tu sombra y los niños?

Me tomó un momento darme cuenta a quién se refería con mi “sombra”.

—No lo sé —dije.

Igor pateó a Gianna. Ella gritó. Sus ojos se encontraron con los míos y pude ver que no quería que yo dijera nada, pero, ¿cómo podía verlos lastimándola?

Voces y disparos nos llegaron desde afuera. El líder de los rusos me agarró y empujó mi espalda al ras contra su pecho, antes de colocar una cuchilla contra mi garganta.

El miedo paralizó mi cuerpo al escuchar el sonido de la lucha. Me arrastró hacia atrás, más cerca de la sala de estar. Igor estaba tirando a Gianna de su cabello. Ella no parecía capaz de pararse. Otro mafioso ruso salió arrojado hacia atrás cuando una bala atravesó su garganta.

239

—Tenemos a tu esposa, Vitiello. Si quieres verla en una sola pieza es mejor que detengas el combate y sueltes tus armas.

Luca entró, con una pistola en cada mano. Matteo estaba un paso detrás de él.

—Entonces, ¿ésta es tu esposa, Vitiello? —dijo el hombre. Su respiración caliente contra mi cuello. Me retorcí en su agarre, pero me sostenía en un abrazo mortal. La cuchilla rebanó mi piel y me quedé inmóvil.

El rostro de Luca era una máscara de furia mientras veía a mi captor. Matteo giró los cuchillos en sus manos una y otra vez, sus ojos desviándose hacia la silueta temblorosa de Gianna en el suelo. Cesare había dejado de gorgotear. Esta noche muy bien podría acabar con todos nosotros ahogándonos con nuestra propia sangre.

—Déjala ir, Vitali —gruñó Luca.

Vitali agarró mi garganta con más fuerza.

—No lo creo.

Apenas podía respirar en su agarre, pero en lo único que podía pensar era en que podía perder a todos los que amaba esta noche. Tenía la esperanza de que me matara primero. No podía soportar la idea de ver a todos morir.

—Tomaste algo que nos pertenece, Vitiello, y ahora tengo algo que te pertenece a ti. —Vitali lamió mi mejilla y casi vomité—. Quiero saber dónde está.

Luca dio un paso hacia adelante, luego se congeló cuando Vitali levantó el cuchillo a mi garganta de nuevo.

—Bajen sus armas o cortaré su garganta.

Vitali era estúpido si pensaba que Luca haría eso, pero entonces vi con horror cómo Luca dejaba caer sus armas al suelo.

—Tu esposa sabe deliciosa. Me pregunto si sabe así de delicioso en todas partes. —Me dio la vuelta, de modo que terminé frente a él. Su mal aliento golpeó mi rostro. Por el rabillo de mi ojo, pude ver a Luca mirándome, pero deseé que mirara hacia otro lado. No quería que viera esto. Los labios de Vitali se acercaron más y estuve segura que vomitaría.

Traté de inclinarme hacia atrás, pero se rio maliciosamente y agarró mi cadera pero apenas lo noté, porque mi movimiento había hecho que la navaja se hunda en mi trasero. Mientras Vitali arrastraba su lengua por mi barbilla, deslicé mi mano en el bolsillo trasero de mi pantalón, saqué el cuchillo, liberé la cuchilla y la hundí en su muslo.

240

Gritó, tambaleándose hacia atrás y luego se desató el caos. Luca prácticamente voló a través de la habitación y me atrajo hacia él a medida que cortaba la garganta de Vitali de oreja a oreja. La cabeza del hombre se inclinó hacia atrás, la sangre saliendo a borbotones, y entonces se desplomó. Las balas atravesaron el aire y hubo gritos. El suelo estaba resbaladizo por la sangre y solo el firme agarre de Luca en mi brazo me mantuvo en posición vertical. Debe haber dejado caer el cuchillo en algún momento porque estaba disparando una bala tras otra desde una elegante arma negra con silenciador. Recogí un arma de entre un charco de sangre. Estaba resbaladiza en mi mano, pero su peso se sentía bien. De repente, Romero también estaba allí. Mis ojos trataron de encontrar a Gianna pero se había ido de su lugar en el suelo.

Luca disparó a otro enemigo y se agachó por el arma del tipo muerto dado que la suya estaba sin balas, cuando uno de los mafiosos rusos a nuestra derecha apuntó a Luca. Grité una advertencia y al mismo tiempo me tambaleé hacia delante y apunté mi arma hacia el hombre y disparé. Ni siquiera pensé en ello. Me había jurado a mí misma que no vería a alguien que amaba morir esta noche, incluso si eso significaba que yo tenía que morir primero.

La bala impactó en mi hombro y mi mundo explotó con dolor. Mi disparo alcanzó al tipo en la cabeza y cayó al suelo muerto. Luca me llevó a su lado, pero mi visión se volvió negra.

Cuando recuperé mis sentidos, Luca estaba acunándome en sus brazos. Todo estaba en silencio a nuestro alrededor a excepción de los gemidos de alguien. Me tomó un momento darme cuenta que eran míos y luego el dolor pasó a través de mí y deseé haberme quedado inconsciente pero necesitaba saber si todo el mundo estaba bien.

—¿Estás bien? —grazné.

Luca temblaba contra mí.

—Sí —dijo entre dientes—. Pero tú no. —Estaba presionando mi hombro. Eso probablemente explicaba el dolor. La parte trasera y delantera de mi camiseta estaban resbaladizas con un líquido caliente.

—¿Qué hay de Gianna, Lily y Fabi? —susurré, incluso cuando la oscuridad quiso reclamarme de nuevo.

—Bien —gritó Gianna desde algún lugar. Sonaba muy lejos o tal vez era mi imaginación. Luca deslizó sus manos debajo de mí y se levantó. Grité de dolor, las lágrimas escapando de mis ojos.

El vestíbulo estaba lleno de nuestros hombres.

—Te llevaré al hospital —dijo Luca.

241

—Luca —dijo Matteo en tono de advertencia—. Deja que el Doc lo maneje. Él ha estado cuidando de nuestros asuntos desde hace años.

—No —gruñó Luca—. Aria necesita una atención adecuada. Ha perdido demasiada sangre. —Podía ver a algunos de los hombres de Luca mirando hacia nosotros antes de pretender que estaban ocupados. Él era su Capo. No podía mostrar debilidad, ni siquiera por mí.

—Puedo hacer una transfusión de sangre —dijo una voz profunda y tranquilizante. El Doc. Tenía más de sesenta años con el cabello blanco como la nieve y un rostro amable.

El agarre de Luca en mí se apretó. Me aferré a su brazo.

—Está bien, Luca. Deja que cuide de mí. No quiero que me lleves a un hospital. Es demasiado peligroso.

Los ojos de Luca mostraron vacilación, luego, lentamente, asintió.

—¡Sígame! —Me llevó hacia la escalera pero perdí el conocimiento otra vez.



Desperté en una cama suave, sintiéndome maltratada y mareada. Mis ojos se abrieron. Gianna yacía a mi lado, durmiendo. Afuera estaba iluminado, así que debían haber pasado varias horas. Había un enorme hematoma en su frente pero supuse que yo tenía peor aspecto. Estábamos solas y la decepción me llenó. Traté de incorporarme y fui recompensada con un feroz latido en mi hombro. Al mirar hacia abajo, encontré la parte superior de mi brazo y hombro envueltos con vendas.

Gianna se agitó, luego me dio una sonrisa de alivio.

—Estás despierta.

—Sí —susurré. Mi boca se sentía como si estuviera llena de algodón.

—Luca ha estado vigilando tu cama casi toda la noche, pero Matteo lo obligó a salir y ayudarlo con los mafiosos rusos que capturaron.

—¿Capturaron a varios?

—Sí, están tratando de extraerles información.

Mis labios se fruncieron, pero no podía sentirme mal por ellos.

—¿Cómo estás?

—Mejor que tú —dijo Gianna, luego cerró los ojos—. Siento haberte tratado mal ayer. Me habría odiado para siempre si eso hubiera sido lo último que te dijera.

Sacudí la cabeza.

—Está bien.

Saltó de la cama.

—Mejor le digo a Luca que estás despierta o me arrancará la cabeza.

Desapareció, y un par de minutos más tarde, Luca entró. Se paró en la puerta, con una expresión ilegible mientras dejaba vagar su mirada sobre mí. Luego se acercó a la cama y me dio un beso en la frente.

—¿Necesitas morfina?

Mi hombro se sentía como si estuviera en llamas.

—Sí.

Luca se volvió hacia la mesita de noche y tomó una jeringuilla. Alzó mi brazo y deslizó la aguja en el hueso de él. Cuando terminó, tiró la jeringa en la basura, pero no soltó mi mano. Entrelacé nuestros dedos.

—¿Perdimos a alguien?

—Unos pocos. Cesare y un par de soldados —dijo, entonces se detuvo—. Y Umberto.

—Lo sé. Lo vi recibir un disparo. —Mi estómago se revolvió violentamente. Todavía parecía irreal. Tendría que escribirle una carta a la esposa de Umberto, pero necesitaba tener la cabeza despejada para hacer eso.

—¿Qué quiso decir ese tipo Vitali cuando dijo que tenías algo que le pertenecía?

Los labios de Luca se apretaron.

—Interceptamos una de sus entregas de drogas. Pero eso no es importante ahora.

—¿Qué es importante, entonces?

—Que casi te pierdo. Vi que te dispararon —dijo Luca con una voz extraña, pero su expresión no reveló nada—. Tienes suerte que la bala solo golpeó tu hombro. El doctor dice que se curará por completo y serás capaz de utilizar tu brazo como antes.

243

Intenté una sonrisa, pero la morfina me estaba poniendo lenta. Parpadeé, tratando de mantenerme despierta. Luca se inclinó hacia abajo.

—No hagas eso de nuevo, nunca.

—¿Qué? —suspiré.

—Recibir una bala por mí.

Dieciocho

*Traducido por LizC
Corregido por M.Arte*

Tomar un baño era una lucha. Tuve que cubrir los vendajes con un adhesivo a prueba de agua, lo que a su vez era una molestia enorme, pero la sensación del agua caliente llevándose la sangre y el sudor valió la pena. Gianna, Lily y Fabi se habían ido hace menos de una hora. Padre había insistido en irse. No es que estuvieran mucho más seguros en Chicago. La Bratva también se acercaba a la Organización. Al menos, los tuve conmigo un día más de lo previsto. Me habían mantenido entretenida a medida que permanecía acostada en cama mientras Luca tenía que encargarse de todo. Como Capo no podía abandonar a sus soldados. Necesitaba mostrarles que tenía un plan de acción.

Ya me sentía mucho mejor. Tal vez ese era el efecto persistente de los analgésicos que había tomado hace dos horas. Salí de la ducha y torpemente me puse las bragas. Podía mover ambos brazos, pero el doctor había dicho que debía usar mi brazo izquierdo lo menos posible. Ponerme el camisón resultó más difícil. Me las había arreglado para deslizar una correa por encima de mi hombro lesionado cuando entré de nuevo en la habitación y encontré a Luca sentado en la cama. Se levantó inmediatamente.

—¿Terminaste con los negocios? —pregunté.

Asintió. Se acercó a mí y deslizó la segunda correa en su lugar, luego me llevó hacia la cama y me hizo sentar. No habíamos sido capaces de hablar a solas desde nuestra primera conversación y entonces había estado drogada por la morfina.

—Estoy bien —dije de nuevo, porque parecía que necesitaba oírlo. Él no dijo nada durante un largo tiempo antes de que de repente se arrodillara ante mí y presionara su cara contra mi estómago.

—Podría haberte perdido hace dos días.

Me estremecí.

—Pero no lo hiciste.

Miró hacia mí entonces.

244

—¿Por qué hiciste esto? ¿Por qué recibiste una bala por mí?

—¿De verdad no sabes por qué? —susurré.

Él se quedó muy quieto, pero no dijo nada.

—Te amo, Luca. —Sabía que decirlo en voz alta era un riesgo, pero pensé que iba a morir hace un par de días, así que esto no era nada.

Luca acercó su cara a la mía y acunó mis mejillas.

—Me amas. —Lo dijo como si le hubiera dicho que el cielo era verde, o que el sol giraba alrededor de la tierra, o que el fuego era frío al tacto. Como si lo que había dicho no tuviera sentido, como si no encajara en su visión del mundo—. No deberías amarme, Aria. No soy alguien que debe ser amado. La gente me teme, me odia, me respeta, me admira, pero no me ama. Soy un asesino. Soy bueno asesinando. Probablemente mejor que en cualquier otra cosa, y no me arrepiento. Mierda, incluso a veces me gusta. ¿Esa es la clase de hombre que deseas amar?

—No es una cuestión de desear, Luca. No es como si pudiera optar por dejar de amarte.

Él asintió, como si eso explicara mucho.

—Y odias amarme. Recuerdo que dijiste eso antes.

—No. Ya no. Sé que no eres un buen hombre. Siempre lo he sabido, y no me importa. Sé que debería hacerlo. Sé que debería pasar las noches despierta, odiándome por estar bien con el hecho de que mi marido es el jefe de una de las organizaciones criminales más brutales y más mortales en los Estados Unidos. Pero no lo hago. ¿En qué me convierte eso? —Hice una pausa, mirando hacia abajo a mis manos, las manos que habían acunado una pistola hace dos días, al dedo que había apretado el gatillo sin vacilar, sin una sacudida o temblor—. Maté a un hombre y no me siento mal. Ni un poco. Lo haría de nuevo. —Miré a Luca—. ¿En qué me convierte eso, Luca? Soy una asesina como tú.

—Hiciste lo que tenías que hacer. Él se merecía morir.

—No hay uno de nosotros que no merezca la muerte. Probablemente nos la merecemos más que la mayoría.

—Eres buena, Aria. Eres inocente. Te obligué a entrar en esto.

—No lo hiciste, Luca. Nací en este mundo. Elegí quedarme en este mundo. —Las palabras del día de mi boda me vinieron a la mente—. El hecho de nacer en

nuestro mundo significa nacer con sangre en tus manos. Con cada aliento que tomamos el pecado está grabado profundamente en nuestra piel.

—No tienes otra opción. No hay manera de escapar de nuestro mundo. Tampoco tenías opción al casarte conmigo. Si hubieras dejado que esa bala me matara, al menos habrías escapado de nuestro matrimonio.

—Hay pocas cosas buenas en nuestro mundo, Luca, y si encuentras una por lo general te aferras a ella con todas tus fuerzas. Tú eres una de esas buenas cosas en mi vida.

—No soy bueno —dijo Luca casi con desesperación.

—No eres un buen hombre, no. Pero eres bueno para mí. Me siento segura en tus brazos. No sé por qué, ni siquiera sé por qué te quiero, pero lo hago y eso no va a cambiar.

Luca cerró los ojos, pareciendo casi resignado.

—El amor es un riesgo en nuestro mundo y una debilidad que un Capo no puede permitirse.

—Lo sé —dije incluso cuando mi garganta se cerró con fuerza.

246

Los ojos de Luca se abrieron de golpe, feroz y ardiente por la emoción.

—Pero no me importa, porque amarte es lo único puro en mi vida.

Las lágrimas llenaron mis ojos.

—¿Me amas?

—Sí, aunque no debería. Si mis enemigos supieran lo mucho que significas para mí, harían cualquier cosa para conseguir poner sus manos sobre ti, para hacerme daño a través de ti, para controlarme mediante amenazas. La Bratva lo intentará de nuevo, y los demás también lo harán. Cuando me convertí en un hombre de la mafia, juré poner en primer lugar a la familia y reforcé ese mismo juramento cuando llegué a ser el Capo dei Capi a pesar de que sabía que estaba mintiendo. Mi primera opción siempre debería ser la familia.

Contuve la respiración, incapaz de pronunciar una palabra. La mirada que me dio casi me rompió en pedazos.

—Pero tú eres mi primera opción, Aria. Acabaré con el mundo entero si tengo que hacerlo. Mataré, mutilaré y chantajearé. Haré cualquier cosa por ti. Tal vez el amor es un riesgo, pero es un riesgo que estoy dispuesto asumir, y como has dicho, no es una opción. Nunca pensé que lo haría, nunca pensé que podría amar a alguien

así, pero me enamoré de ti. Luché contra eso. Es la primera batalla que no me importa perder.

Colgué mis brazos alrededor de él, llorando, y entonces gemí de la punzada en mi hombro. Luca se retiró.

—Necesitas descansar. Tu cuerpo necesita sanar. —Me hizo acostarme; pero me aferré a sus brazos.

—No quiero descansar. Quiero hacerte el amor.

Luca pareció afligido.

—Voy a hacerte daño. Tus suturas podrían rasgarse.

Arrastré mis manos sobre su pecho, por su estómago tenso hasta que rocé el bulto en sus calzoncillos.

—Él está de acuerdo conmigo.

—Siempre está pero no es la voz de la razón, créeme. —Me reí, y luego hice una mueca cuando el dolor se disparó por mi brazo.

Luca aún se cernía sobre mí, pero negó con la cabeza.

—A eso me refiero.

—Por favor —susurré—. Quiero hacerte el amor. He querido esto por mucho tiempo.

—Siempre he hecho el amor contigo, Aria.

Tragué fuerte y comencé a acariciar la erección de Luca través de la tela delgada. Él no se retiró.

—¿No quieres esto?

—Por supuesto que quiero. Casi nos perdimos el uno al otro. No quiero nada más que estar lo más cerca posible de ti.

—Entonces, haz el amor conmigo. Lento y suave.

—Lento y suave —dijo Luca en voz baja y supe que ya lo tenía. Se movió hasta el borde de la cama y comenzó a masajear mis pies y pantorrillas. Abrí mis piernas más amplio. Mi camión se alzó, dejando al descubierto mis delgadas bragas blancas a Luca. Sus ojos viajaron hacia arriba y supe que podía ver lo mucho que quería y necesitaba esto. Luca gimió contra mi tobillo, y entonces arrastró sus dedos por mi pierna, solamente rozando la piel hasta que acarició mi centro con los dedos. Mi ropa

interior se pegó a mi resbaladizo calor—. Haces que lento y suave sea muy duro para mí. Si no estuvieras herida, me enterraría en ti y te haría gritar mi nombre.

—Si no estuviera herida, querría que lo hicieras.

Luca sacudió su lengua a través de mi tobillo y luego suavemente chupó mi piel en su boca.

—Mía.

Luego cubrió mis pantorrillas y muslos de besos, diciendo la palabra “mía” una y otra vez mientras se abría camino hacia mi centro. Deslizó mis bragas hacia abajo, y entonces se posicionó entre mis piernas y besó mis labios externos.

—Mía —susurró contra mi carne caliente. Me arqueé e inmediatamente me estremecí de dolor.

—Quiero que te relajes por completo. Sin tensar los músculos o el hombro te hará daño —dijo, sus labios rozando contra mí mientras hablaba, dejándome mojada por la excitación.

—Siempre me tenso cuando me vengo —dije en broma—. Y realmente, en serio, tengo muchas ganas de venirme.

—Lo harás, pero sin tensarte.

No le dije que pensaba que eso era imposible. Luca probablemente podía verlo en mi cara y su expresión decía que aceptaba el desafío.

Debería desafiarlo más a menudo. Cuando empezó a darme placer con toques delicados, besos y lamidas que hicieron que mis dedos se doblaran con necesidad, sentí que mis músculos se relajaron y mi mente derivó a un capullo de felicidad. Mis gemidos tranquilos y el suave sonido de la boca de Luca trabajando en mis pliegues se mezclaban con el silencio de la habitación. Un nudo se formó lenta y profundamente en mi interior, y cada roce de la lengua de Luca lo tensó, luego deliciosa y lentamente el nudo aflojó y mi orgasmo fluyó a través de mi cuerpo como la miel, solté un largo suspiro a medida que Luca mantenía mi orgasmo en marcha por lo que pareció como un sin fin de toques suaves. Lo vi levantarse a través de una neblina que no tenía nada que ver con los analgésicos. Se deslizó fuera de sus calzoncillos mientras yo yacía acostada saciada en la cama. Mi cuerpo estaba zumbando como si cada célula hubiera sido infundida con el dulce placer. Se estiró por encima de mí, su punta en mi entrada. Luego se deslizó dentro de mí muy lentamente, estirándome. Dejé escapar un largo gemido cuando me llenó por completo.

—Mía —dijo en voz baja.

Me quedé mirándolo a los ojos a medida que se retiraba centímetro a centímetro hasta que sólo su punta estaba en mi interior antes de entrar de nuevo una vez más.

—Tuya —susurré.

El camino extendiéndose ante nosotros era uno de oscuridad, una vida de sangre, muerte y peligro, un futuro de siempre cuidarme las espaldas, de saber que todos los días podía ser el último para Luca, de temer que un día podría tener que verlo recibir una inyección letal. Pero este era mi mundo y Luca era mi hombre, y recorrería este camino con él hasta el final.

A medida que me hacía el amor, llevé mi mano hasta el tatuaje sobre su corazón, sentí su corazón latiendo contra mi palma. Sonreí.

—Mío.

—Siempre —dijo Luca.

Fin

249

Sobre la autora

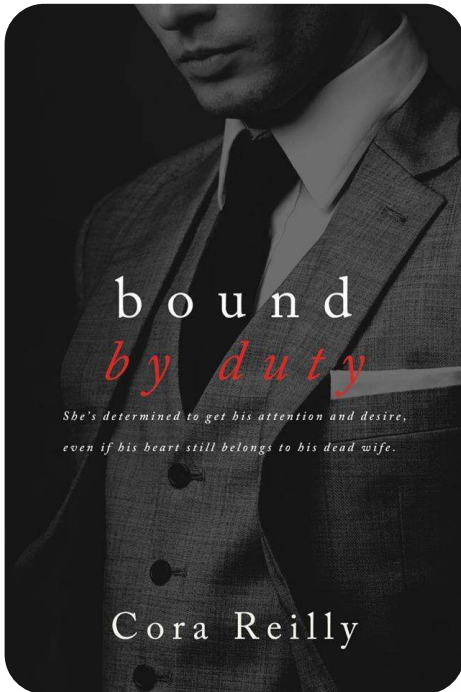
Cora Reilly es autora de romance erótico y novelas New Adult. Vive en una de las ciudades más feas del mundo con muchas mascotas y solo un marido. Es amante de la buena comida vegetariana, vinos y libros, y no quiere nada más que viajar por el mundo.

Serie Born in Blood Mafia Chronicles:

1. Bound by Honor
2. Bound by Duty
3. Bound by Love
4. Bound by Hatred
5. Bound by Temptation
6. Bound by Vengeance
7. Bound by...

250

Siguiente libro



La esposa de Dante “El Jefe” Cavallaro murió hace cuatro años. A punto de convertirse en el jefe más joven en la historia de la mafia de Chicago, Dante necesita una nueva esposa y Valentina fue elegida para el papel.

Valentina también perdió a su esposo, pero su primer matrimonio siempre había sido un espectáculo. Cuando tenía dieciocho años, accedió a casarse con Antonio con el fin de ocultar la verdad: que él era gay y amaba a un extraño. Incluso después de su muerte, ella mantuvo su secreto, no solo para preservar el honor de un hombre muerto, sino también para protegerse. Pero ahora que está a punto de casarse con Dante, su castillo de mentiras amenaza con desmoronarse. Dante solo tiene treinta y seis años pero ya es temido y respetado en la familia, y es conocido por conseguir siempre lo que quiere. Valentina está aterrorizada por la noche de bodas que puede revelar su secreto, pero sus preocupaciones

251

resultan infundadas cuando Dante muestra su lado frío. Pronto su miedo se sustituye por confusión e indignación. Valentina está cansada de ser ignorada. Está decidida a obtener la atención y el deseo de Dante, incluso si no puede conseguir su corazón que todavía pertenece a su difunta esposa.

Born in Blood Mafia Chronicles #2

Créditos

Staff de Traducción

Moderadoras

LizC M.Arte

Traductoras

Âmenoire
Apolineah17
Beatrix85
Cook15
LizC
Luisa.20

Lyla
M.Arte
Osbeidy
Peticompeti
Rihano

252

Staff de Corrección

Correctoras

Ana Ancalimë
M.Arte
Dariib
Camii

Lectura Final

Ana Ancalimë
LizC
M.Arte

Diseño

Cecilia.

Sigue la serie en...


BOOK
Hunters

253



Born in Blood Mafia Chronicles #1